

grandes novelistas

HENRY DENKER

autor de MEDICOS

**Vocación
de Curar**



Lectulandia

Ambientada a mediados del siglo XIX cuando la medicina no contaba con exigentes métodos de formación. En el hospital judío de NY una pareja de médicos trabaja en contacto con la miseria de los barrios bajos. David proviene de Europa de ascendencia judía siendo obligado a emigrar por la represión política. Mary hija de un prestigioso editor de ascendencia católica lucha por la admisión de las mujeres dentro del ámbito médico. Ambos se enfrentan con los cuestionamientos de un matrimonio mixto y la resistencia de la sociedad médica a aceptar nuevos métodos más seguros y efectivos. El amor y la ciencia luchando contra la ignorancia y la incompreensión.

Lectulandia

Henry Denker

Vocación de curar

ePub r1.0

Titivillus 25.06.2017

Título original: *The Healers*
Henry Denker, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A John T. Beaudouin,
extraordinario corrector que,
por su amor a la literatura
y su devota colaboración con los escritores,
ha enriquecido la vida
de millones de lectores en todo el mundo.

1848 — 1861

Capítulo 1

—*Frau* Lilliendahl, su hijo es un alumno excepcional. Dudo de que haya otro tan brillante como él en ningún *Gymnasium*^[1] de Viena —dijo el profesor Leopold Schranz, mirando por sus anteojos sin montura a la mujer tensa que tenía ante sí—. Confidencialmente, si no fuera por ciertos «factores» habría ganado la medalla de oro de este año.

—Comprendo —respondió Bertha Lilliendahl.

David Lilliendahl, alto para su edad (medía casi un metro ochenta), delgado, de pelo negro y ojos grises, intensos pero sensibles, lucía una postura agradable y muy asentada para sus dieciséis años. Si bien la revelación de su profesor le inspiraba orgullo, no podía evitar el escozor de la injusticia.

Schranz continuó:

—Dado que, a lo sumo, su hijo David sólo podrá entrar en la Escuela de Medicina de la Universidad, la medalla de oro sería un honor, pero le prestaría muy poca utilidad. En cambio, sería de valor para cualquier alumno no judío, que podría utilizarla para ingresar a cualquiera de las otras escuelas universitarias. De todos modos, quiero hacerle saber que su hijo David nos parece el más prometedor de nuestros estudiantes.

Sacó del cajón de su escritorio un paquete pequeño, envuelto en papel de seda azul y pulcramente atado con cinta roja.

—David, en vez de la medalla que te correspondería, quiero obsequiarle esto.

—Gracias, *Herr* profesor, muchísimas gracias —dijo David, con todo respeto.

Schranz sonrió débilmente.

—David, una pregunta: ¿qué carrera habrías escogido si toda la universidad estuviera abierta a los judíos?

—Aun así habría elegido medicina —replicó David, de inmediato.

La respuesta pareció tomar desprevenido a Schranz.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque recuerdo que, cuando era pequeño, allá en Czernowitz, de donde venimos, mi madre, al tener a su segundo hijo... —Se volvió hacia ella—. ¿Puedo hablar de eso, mamá?

Bertha Lilliendahl vaciló por un instante, pero acabó por asentir.

—Mi madre tuvo un parto muy difícil. Recuerdo que el médico pasó mucho tiempo en el dormitorio. Al salir dijo a mi padre que el niño había nacido muerto, pero que mi madre se salvaría. Mi padre rompió en llanto, tomó las manos del médico y repitió una y otra vez: «Benditas manos, benditas manos que salvaron a mi Bertha». Y se las besó. Al verlo me miré las manos e hice un voto: «Algún día, cuando sea grande, también mis manos curarán».

David agregó, con todo respeto:

—Verá, *Herr* profesor, entre los judíos hay un dicho: «Quien salva una sola vida es como si salvara al mundo entero».

En cuanto llegaron a la casa, la madre lo instó:

—¡Bueno, ábrelo ya!

David, al desenvolver el pequeño paquete, dejó al descubierto una caja de terciopelo azul que contenía un objeto redondo, de oro. Oprimió la parte superior y la tapa se abrió, revelando un reloj antiguo y delicado, que estaba en marcha y marcaba la hora exacta.

La madre exclamó:

—*Gott*^[2]! ¡Qué regalo tan valioso!

—Más de lo que tú te imaginas —confirmó David, conmovido—. No puedo aceptarlo.

—¡Tienes que devolverlo mañana mismo!

—No. Hoy. ¡Ahora! —dijo David, decidido.

Encontró al profesor Schranz saliendo del aula y le tendió el pequeño paquete.

—Señor, es demasiado valioso. Mi madre está de acuerdo en que no puedo aceptarlo.

Schranz sacudió tristemente la cabeza. Se quitó los anteojos y los limpió con un pañuelo que sacó del puño.

—¿Se le ha ocurrido a tu madre que hago esto tanto por mí como por ustedes? ¿Qué quizá no tenga a quién dejárselo? —preguntó, suavemente—. Justamente porque *es* valioso, no quiero que un desconocido, encargado de liquidar mis bienes, se lo venda a un extraño. Me gustaría saber que está en manos dignas de poseerlo. Así, algún día, cuando el importante doctor David Lilliendahl saque el reloj del bolsillo para decir: «Dentro de media hora me esperan en el hospital para una consulta», será mi reloj el que muestre.

En ese momento, estalló una gritería ante el viejo y clásico edificio del *Gymnasium*, que los hizo correr hacia la ventana. Eran jóvenes estudiantes de la universidad, que corrían por la calle gritando:

—*Freiheit, Freiheit!* ¡Libertad!

—*Gott in Himmel!*^[3] —exclamó Schranz—. Primero, París. Después, Berlín. Ahora nos toca a nosotros. Éste es el año de las revoluciones. ¡Tontos! ¿Creen acaso que el Emperador, o Metternich, les dejará salirse con la suya?

—¡Tratándose de la libertad uno debe correr el riesgo! —declaró David.

Schranz le puso en el hombro una mano imponente.

—¡David, no! Deja que los estudiantes universitarios ventilen sus locuras de primavera. Déjalos correr, gritar demandas y declaraciones de idealistas. Una vez que se hayan llenado de vino fresco en el primer *Heuriger*^[4], esta tontería juvenil habrá pasado. No arriesgues tus posibilidades de entrar en la Escuela de Medicina por semejante locura.

Por tentadora que fuera la idea de la libertad, David habría podido sofocar sus impulsos. Pero un grupo de estudiantes llegaba a la carrera por el distrito de Leopoldstadt, el barrio judío de Viena, gritando:

—*Freiheit!* ¡Libertad para todos! ¡Vengan, únense a nosotros!

David corrió a las ventanas de la salita, las abrió y se asomó sacando medio cuerpo. La madre salió de la cocina, donde estaba preparando la cena, para advertirle:

—¡David! No debemos tener demasiadas esperanzas; ni demasiadas ambiciones.

—¿Desear libertad es tener demasiadas ambiciones? —inquirió David—. En París, en Berlín, los estudiantes exigen más libertad y la consiguen.

—Los estudiantes sí. Los judíos no.

—Si no quisieran incluir a los judíos no habrían venido a Leopoldstadt —argumentó el muchacho.

—¡David! Lo más que puede esperar un judío es un poco de seguridad financiera. Además, nosotros estamos mejor que la mayoría. Tu padre tiene negocio propio...

—Una pequeña hilandería donde se fabrica tela barata —replicó él.

La madre respondió con aspereza:

—No se te ocurra criticar a tu padre. ¡Es un comerciante honrado y respetable!

—¿Respetable? —la desafió David—. ¿Y tiene que pagar impuesto como judío para que le permitan vivir aquí, en Viena?

—Todavía eres demasiado joven como para comprender. Con sólo dieciséis...

—¡Diecisiete, dentro de dos meses! —corrigió David.

—Aun así todavía eres un niño —dijo la madre—. Ahora vuelve a esos registros que papá te encargó revisar.

David, a desgano, regresó a la mesa donde estaba el grueso libro contable de su padre. En audaces y elegantes rasgos, en la primera página, se leía: *Moritz Lilliendahl, tejedor de paños finos*.

Aunque la declaración de su padre era algo pretenciosa, su modesta hilandería les proporcionaba una vida cómoda. Tenían un amplio departamento en Leopoldstadt; su madre contaba con la ayuda de una mujer tres veces a la semana y no sufrían privaciones dolorosas.

David tuvo que obligarse a concentrar la atención en las cifras que a su padre debían las sederías, los tapiceros, las modistas y sastres, así como en las que él debía a los vendedores de fibras.

Pero no había números capaces de expulsar de su mente aquella palabra tentadora: *Freiheit!* Con brusca decisión, empujó el voluminoso registro.

Su madre, desde la cocina, llamó, ansiosa:

—¿David?

La única respuesta fue un portazo. Comprendió que iba hacia la Universidad.

—¡Oh, los hijos! —se quejó.

«¡Oh, los padres!», dijo David Lilliendahl, para sus adentros. Sólo porque se

habían criado en una época de miedo y desesperanza, pensaban que el mundo debía seguir así para siempre.

David recordada haber ido con su abuelo, a los nueve años, al mercado de Czernowitz, un día, a principios de otoño. Un viejo judío había detenido allí su carro, rebosante de ciruelas purpúreas, y se preparaba a iniciar las ventas... pero un oficial de policía. de brillante uniforme rojo y reluciente casco de cuero negro, le ordenó circular. Como el viejo judío se negara, el policía se limitó a tumbar el carro y toda la carga de ciruelas cayó por la alcantarilla.

—¡No puede hacer eso! —gritó David arrojándose contra el policía.

—*Schweig!* ¡Silencio! Los judíos no deben buscar problemas. Los problemas los buscan a ellos.

—Algún día —comenzó a protestar el pequeño David.

Pero el abuelo lo interrumpió:

—Cuando llegue el Mesías será el día. Hasta entonces, por el resto de tu vida, no olvides esa palabra: *Schweig*. ¡Para los judíos siempre es mejor guardar silencio!

David no se había atrevido a discutir con su abuelo, pero en su interior hirvió un feroz enojo por la injusticia que se había visto obligado a tolerar. «Algún día», se prometió, «algún día dejaré de frenar la lengua. ¡Haré algo!».

Irrumpió en la Plaza de la Universidad, donde descubrió a cientos de jóvenes, incluyendo a algunas muchachas, atraídos hacia el antiguo edificio como por la fuerza de un imán. Gritaban, lanzaban vítores y desafiaban a las autoridades; así entraron en la Universidad, corriendo por sus pasillos hasta llegar al Aula, el gran salón utilizado sólo para las reuniones estudiantiles más numerosas.

El impulso de la multitud era tan fuerte que una muchacha rubia, frente a David, perdió el equilibrio. El jovencito se lanzó hacia adelante y formó con su cuerpo una cúpula protectora sobre ella. Así se mantuvo, firme, hasta que la marea de jóvenes ansiosos pasó por encima.

Entonces ofreció una mano a la muchacha para levantarla.

—Gracias —susurró ella, temblando y sin aliento. Y le tocó la mejilla—. ¡Estás sangrando!

—No es nada —aseguró él, caballeresco.

—Estaba aterrorizada. Creí que me arrollarían.

—Ven —dijo David—, dame la mano. Yo te protegeré.

De la mano, bajaron los peldaños poco a poco hasta que la apretada muchedumbre no los dejó avanzar más. Entonces se sentaron en uno de los escalones. Por doquier resonaban, en aquel salón antiguo y majestuoso, los gritos de «*Freiheit! Freiheit!*».

David se distrajo un momento en estudiar la expresión atenta de la cara de su nueva compañera. Era joven y bonita; una mirada decidida y laboriosa le iluminaba los ojos azules.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él, súbitamente.

La joven, sin apartar los ojos del escenario, respondió:

—Katerina. Katerina Jahre.

El apellido indicaba que no era judía.

—¿Y tú?

—David Lilliendahl.

Una mirada rápida y sonriente y los ojos de la muchacha volvieron a fijarse en el estrado. Esa mirada, esa sonrisa, la menor presión de su mano, ¿eran un comentario sobre su religión?

Un hombre alto, robusto, de cara redonda, ocupó el centro del escenario. Dejando de lado su atuendo sacerdotal, el padre Furster podría haber pasado por cualquier profesor universitario.

—Alumnos míos, hermanos: hoy comenzaremos a transitar un camino del que no hay retorno. Lo he predicado desde mi púlpito, lo he divulgado en mi aula, aquí, en la Universidad. ¡Austria no puede seguir aceptando el gobierno de una familia de déspotas!

Katerina susurró:

—¡Oh, al Obispo no le gustará eso!

Entonces David comprendió que debía de ser católica.

El sacerdote continuó.

—Cuando los hombres no tienen derecho a levantarse y cuestionar la autoridad, no son más que bestias del campo, que no analizan por qué se las ordeña o se las lleva al matadero. ¡Y cuando hablo de la autoridad me refiero también a mi propia Iglesia!

Katerina exclamó:

—¡Eso es una blasfemia!

Esa palabra perturbó a David pues tuvo que permanecer en el *Gymnasium* durante la Semana Santa, ya que todos los estudiantes, católicos, no católicos y judíos, eran obligados a revivir el terrible suplicio de la Crucifixión, en la cual esa palabra, *blasfemia*, jugaba un papel tan importante y detestable, que hacía que algunos estudiantes cristianos miraran de reojo a los pocos judíos presentes, con caras acusadoras.

En ese momento, David se preguntó si la joven lo condenaría con la misma mirada. Pero no hubo tiempo para cavilar, pues el sacerdote siguió diciendo:

—Mi batalla con la Iglesia está apenas en los comienzos. Estoy harto del idioma de la esclavitud. Mi Señor no hablaba en latín sino en el idioma de su tiempo: el arameo. Si para él era bueno el arameo, ¿por qué nosotros debemos utilizar el latín? ¿Por qué no nuestro propio idioma?

”Junto con eso, los sacerdotes exigiremos de Roma el derecho de vivir como hombres, abiertamente, sin vergüenza. ¡De casarnos, si así lo deseamos! ¡Fuera los grillos, las cadenas de la servidumbre! ¡Sean los de Roma o los de la Corona de Austria!

Un grito de acuerdo sacudió la antigua Aula.

”Jóvenes amigos míos, les presento una petición que someteremos al Emperador en persona. En ella hacemos las siguientes demandas: ¡Libertad de expresión! ¡Libertad de prensa! ¡Libertad de reunión! ¡Libertad de decidir nuestro propio destino! Aquellos de ustedes que estén dispuestos a apoyar estas exigencias, ¡adelántense! Tenemos muchas copias, muchas plumas, mucha tinta. ¡Vengan, únense a nosotros! Si estamos unidos nadie, ni siquiera el Emperador, podrá levantarse contra nosotros.

Se produjo una carrera de estudiantes ansiosos. David y Katerina, juntos, empujaron hacia el estrado; allí había compañeros listos para facilitarles plumas con las que inscribir sus nombres.

Con orgullo escribió: David Lilliendahl. Con eso consideró haber saldado parte de su deuda para con el viejo vendedor callejero de Czernowitz.

No tenía idea del enorme efecto que ese audaz acto causaría en su vida.

Caía la tarde. David Lilliendahl y Katerina Jahre se detuvieron ante la vieja Universidad. En aquella luz mortecina, el adorable rostro de Katerina parecía aun más frágil; su pelo trenzado, más áureo.

Avergonzado de admitir que la edad lo sometía aún a la estricta disciplina paterna, David dijo:

—Debo correr a casa para contar a mi padre lo ocurrido. Le va a interesar. Habla siempre de libertad.

—También el mío. Mi padre insiste en que trabajar en una fábrica en las condiciones actuales no se diferencia de la esclavitud.

—¿Volverás mañana?

Katerina asintió.

—¿Al mismo sitio? ¿A la escalera donde nos sentamos?

—Al mismo sitio —prometió la joven, con una tímida sonrisa.

—Hasta mañana entonces, Katerina.

—Kati —corrigió ella, suavemente—. Todos mis amigos me llaman Kati.

—Kati —pronunció David—. Kati. Me gusta el sonido.

—Y a mí me gusta el modo en que lo dices —replicó con seriedad.

David Lilliendahl, lleno de optimismo, echó a andar hacia su casa en Leopoldstadt.

Capítulo 2

David, su padre y su madre estaban sentados a la mesa para cenar. Los Lilliendahl habrían podido ser más numerosos, pero el niño nacido muerto había estado a punto de costarle la vida a Bertha.

—¡Lástima que no oyeran a ese sacerdote! —comentó David, entusiasmado.

—*Come, mein Kind*^[5] —le urgió la madre, lanzando una mirada nerviosa a su esposo, que estaba demasiado silencioso.

Pero David continuó:

—Especialmente cuando atacó a su propia Iglesia.

El padre siguió tomando su espesa sopa de remolacha.

—¡Hasta se atrevió a decir que los sacerdotes debían tener autorización para casarse!

Moritz Lilliendahl plantó la cuchara contra la mesa para marcar su enojo.

—¡Sólo eso nos hacía falta! Que los sacerdotes se casen y tengan hijos. ¡Así nacerán más antisemitas! —Se volvió hacia el hijo—. No volverás allí. ¡Jamás!

—¡Pero tengo que averiguar qué respondió el Emperador a nuestra petición! —respondió David, consciente de que también deseaba ver a Kati una vez más.

—¡Sabrás lo que dijo el Emperador tal como lo sabremos todos! Habrá nuevas represiones, nuevos impuestos. Y nuevas restricciones contra los judíos.

—El Emperador no se atreverá a rechazar la petición —argumentó el jovencito—. Hay demasiados nombres nuestros allí.

El padre se echó hacia atrás, horrorizado.

—¡Cómo «nombres nuestros»! ¡Pedazo de idiota!

—Moritz, por favor —intercedió su esposa.

Lilliendahl volvió su ira hacia ella.

—Siempre «Moritz, por favor». Cada vez que trato de enseñarle lo que es la vida, te entrometes. Bertha, ¿crees que el Emperador cometerá la tontería de prestar atención a un puñado de estudiantes acalorados? ¡Los echará de Viena a carcajada limpia! Y luego empezarán a revisar esa petición. —El padre centró en David su mirada acusadora—. ¿Y qué encontrarán allí? ¡*David Lilliendahl!* Vendrán a esta puerta a decirme: «¡Moritz Lilliendahl, como usted ha criado a un hijo tan rebelde, ya no se le permite vivir en Viena!». Tendremos que irnos y, por supuesto, deshacernos de la fábrica. ¿Sabes cuántos ahorros, cuántos esfuerzos se requirieron para levantar ese negocio? ¿De cuántas cosas nos privamos tu madre y yo para acumular el dinero? Aun ahora vivo a merced de un Banco que tiene una gran hipoteca sobre el negocio. Si dejo de pagar una sola cuota, la fábrica ya no será mía. Y ahora, Dios no lo quiera, si nos vemos obligados a salir de Viena, ¿cuánto crees que valdrá mi patrimonio? ¡Centavos, nada más! ¡Y tú pones tu firma en una petición!

El pánico formó gotas de transpiración en la cara atormentada del padre.

—*Freiheit!* ¿Alguna vez se te ocurrió pensar, mi querido hijo, que yo también tengo sueños? Cuando entro en la sinagoga, me gustaría que la gente dijera: «He aquí a Lilliendahl, un gran hombre, un comerciante de valía». Pero para ti, todo eso no significa nada.

Abandonó la mesa, murmurando, mientras se retiraba a la cama.

—Toda una vida de duro trabajo, destruida por un muchacho tonto. ¡Como para tener hijos! ¡Con uno bastó! ¡Sobró, también!

Contra las advertencias de su padre y los ruegos maternos, David estaba decidido a volver a la Universidad. A su llegada descubrió que la multitud ya no estaba compuesta sólo de estudiantes, sino también de hombres mayores, vestidos con ropa tosca y polvorienta de obreros y empleados de fábricas. La revolución se había convertido en algo más que la expresión de estudiantes idealistas y excitados.

Se abrió paso hasta el interior del Aula, por entre la gente apretujada, y llegó al peldaño que habían ocupado él y Kati.

La joven no estaba allí.

No era momento para buscarla. La comisión se había reunido en el escenario.

El padre Furster abrió los brazos para pedir silencio.

—Amigos, estudiantes, trabajadores, es mi deber anunciarles que nuestra petición ha recibido respuesta del Palacio Hofburg.

David gritó:

—¡Hemos puesto al Emperador de rodillas!

Otros repitieron su grito, pero el muchacho no tardó en notar que el sacerdote no estaba tan entusiasmado como anunciaba.

—El Emperador ha accedido a tomar en cuenta nuestras demandas y estudiarlas.

Los vítores ya no fueron tan potentes.

Desde la primera fila del púbcico, un joven delgado, de bigote negro y barba oscura recortada, subió al escenario de un brinco y proclamó:

—¡Amigos míos, permítanme presentarme! Soy Adolph Fischof. Médico. ¡Y judío!

Había pronunciado las últimas palabras con tanto orgullo que emocionó a David.

—Les digo esto para que sepan que provengo de un pueblo cuya historia de protestas se remonta hasta los faraones de Egipto y los emperadores de Roma. Nosotros, los judíos, conocemos demasiado bien el significado de las palabras huecas, como «tener en cuenta» y «estudiar». ¡A mi modo de ver, el Emperador ha respondido, simplemente, que no! Y yo, para empezar, no lo acepto. —Señaló a los obreros presentes en el escenario—. Ustedes pasan los días y las noches trabajando en jornadas tan largas que apenas ven a sus propios hijos. Los niños todavía no están despiertos cuando ustedes salen rumbo a las fábricas, al amanecer, y ya duermen cuando llegan a casa, por la noche. Con palabras como «tener en cuenta» y «estudiar» ¿resuelven sus problemas?

Un «¡No!» corrió por el Aula, tan atronador que hizo temblar de entusiasmo a

David, pues el hombre que había provocado tal reacción era judío. El doctor Fischof continuó:

—Éste puede ser un día histórico en Viena. Hoy, por una afortunada coincidencia, se reúnen aquí los Propietarios de la Baja Austria. Los Propietarios no son una mera turba de estudiantes y trabajadores: son la nobleza terrateniente, los banqueros ricos y los industriales del país. Yo digo: ¡Marchemos hacia ellos! Presentemos con insistencia nuestro pedido, para que ellos lo eleven al Emperador. ¡A los Propietarios! ¡Ahora! ¡Todos! ¡Los aplastaremos con nuestro número!

David Lilliendahl formó parte del primer grupo que irrumpió en la cámara de reuniones de los Propietarios. Permanecía detrás de su nuevo héroe, el doctor Fischof, que presentó el caso con toda elocuencia, ayudado por las vociferaciones de sus seguidores; David Lilliendahl estaba entre los más fervorosos.

Ante exigencias tan resonantes, los Propietarios acabaron por votar que se presentara una petición de apoyo al Emperador.

Fuera, la multitud, anhelante, esperaba la reaparición del doctor Fischof. Se lo vitoreó mientras caminaba hacia la calle, entre dos filas de estudiantes deslumbrados. David se sentía orgulloso de ese judío valiente y franco. La advertencia de su abuelo, *Schweig*, «silencio», parecía parte de la historia antigua.

Corrió para alcanzar a su héroe. Mientras los otros seguían gritando elogios al joven y audaz médico, David Lilliendahl barbotó:

—¡Yo también soy judío!

Fischof se detuvo, sonriendo. En tanto se estrechaban la mano le advirtió:

—No olvides que los Rothschild también son judíos, pero no veo a ninguno de ellos aquí. —David asintió, sobrio—. Era una broma —agregó Fischof—. ¡Sonríe! Si no puedes sonreír en momentos de graves problemas, has perdido la mitad del valor que tiene el ser judío.

Juntos marcharon por la calle, flanqueados por filas de partidarios vocingleros. De tanto en tanto, Fischof agitaba la mano y anunciaba:

—Esperemos a que el Emperador responda a los Propietarios antes de celebrar. ¡No beban demasiado vino en los *Heuriger* en los días venideros!

Todos los estudiantes reían. Siempre había sido costumbre que los jóvenes y sus amigas inundaran las pequeñas posadas, en los alrededores de Viena, para beber los primeros vinos de la estación, reír, cantar y, por lo común, hacer el amor. Ese año, más que nunca, parecía tiempo apropiado para tales regocijos.

Pero pronto David descubrió que había un consejo muy serio en esas frases tomadas como broma; en cuanto estuvieron donde los otros no podían oír, Fischof dijo, sombrío:

—Joven amigo, algún día recordarás cómo se inició esto: con una nota de elevado entusiasmo y valor. Por eso, si termina en derramamiento de sangre y en muerte, no te sentirás totalmente desilusionado.

—Entonces ¿por qué los agita usted? —preguntó David—. ¿Por qué los alentó a

presentarse ante los Propietarios?

—No había otra cosa que yo pudiera hacer —respondió Fischof. Y de pronto preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—David Lilliendahl.

—Ven conmigo, David Lilliendahl.

Fischof lo condujo hasta un pequeño café. En cuanto se sentaron, el médico tomó un sorbo de vino antes de hablar.

—Preguntas por qué ayudé a gritar el enojo, sabiendo que podía llevar a derramamientos de sangre y muertes. Porque soy médico, por eso.

—Pero los médicos juran salvar vidas —protestó David—. ¡Eso es lo que yo haré cuando sea médico!

Fischof sonrió, entristecido.

—David, ¿ves el edificio que se alza al otro lado de la plaza? Es nuestro reverenciado Allgemeines Krankenhaus, nuestro respetable y magnífico Hospital General. Totalmente inútil. Sé lo que te digo, pues atiendo a mucha gente en él. Gente pobre. Los ricos o los que tienen un moderado buen pasar prefieren hacerse atender en su casa, donde la posibilidad de sobrevivir es mucho mayor.

»Los desdichados que acuden a ese lugar son mi responsabilidad. Los reviso, hago el diagnóstico y les receto medicamentos. Con la mejor de las intenciones. Y el peor de los resultados. La verdad es que no contamos con ninguna cura específica para las enfermedades. Sólo podemos tranquilizar y consolar, lo cual es sólo un fraude benévolo.

»Entonces, mi querido amigo, si los médicos no podemos curar, ¿qué debemos hacer? Tratar *de prevenir* las enfermedades. ¡Apartando a nuestros pobres de la mugre y la miseria en donde ellas se cultivan!

Fischof descargó unos golpecitos en la mesa, pidiendo otro vaso de vino. Después de beberlo prosiguió:

»Verás: cuando el hombre inventó máquinas capaces de producir todos los objetos redituables^[6], la materia prima más barata de Europa pasó a ser la mano de obra humana. Si un granjero depende de sus caballos, ¿los obliga a trabajar hasta agotarlos? ¡Por supuesto que no! ¿Ordeña a las vacas hasta dejarlas secas? ¡No! Porque el ganado le es tan precioso como su propia familia. Pero los dueños de nuestras fábricas y quienes dirigen nuestros ferrocarriles hacen trabajar a sus empleados hasta el agotamiento.

»Cuando, por fin, llegan al hospital, no hay nada que se pueda hacer por ellos. A los que están tísicos, ¿qué puedo decirles? “En las montañas, cerca de Salzburgo, hay un buen sanatorio. Allí tendrá aire fresco, descanso y la comida nutritiva que necesita”. ¿Cómo puedo decir eso a un hombre tan pobre que no tiene pan para sus propios hijos?

»Si el médico no puede hacer nada por los pacientes ya enfermos, tiene el deber de luchar contra las condiciones económicas y sociales que provocan la enfermedad.

Deberíamos aprender a prevenir lo que no podemos curar.

Y Fischof confesó:

—No tengo derecho a desalentarte. La medicina es la única profesión que está abierta para ti.

—¿Desalentarme? No, me sorprende usted, me desilusiona. —A pesar de la mirada resentida que le echó Fischof, David continuó—: Me desilusiona que un judío hable de ese modo. Después de todo, los judíos tenemos antiguos antecedentes en la historia de la medicina, que se remontan a miles de años. Curar forma parte de nosotros, tanto como nuestra religión. Y no retaceamos^[7] nuestra habilidad a hombre alguno. Creo que la medicina es una profesión honorable. Si no es perfecta, ya mejorará. ¡Nosotros la mejoraremos!

Fischof asintió, compasivo.

—Eso espero, mi joven amigo; en verdad, eso espero. Ahora debo cruzar al hospital. Hay pacientes que me esperan. Pacientes que confían en mí. ¡Maldición, ojalá no confiaran tanto!

Fischof se levantó.

—David Lilliendahl, debido a los acontecimientos que están por ocurrir, es posible que no volvamos a vernos. Por eso te deseo buena suerte. Y confío en que tú me la desees también.

David alargó la mano. Fischof se la estrechó con firmeza.

—Debes sentirte siempre orgulloso de lo que eres, David. Y cuando seas médico, sé, no sólo orgulloso, sino también valiente. Porque hace falta valor para ser un buen médico.

David se quedó mirándolo mientras se alejaba.

«Algún día», pensó, «seré digno de su amistad y su confianza».

David abrió la puerta del departamento y recibió, a manera de saludo, el sarcástico estallido de su padre.

—¡Ajá! Acaba de llegar, finalmente, nuestro joven rey David. ¿Y dónde has estado, hijo mío? ¿En las calles, desfilando? ¡Esos estudiantes tontos han iniciado algo que sólo puede terminar con un desastre!

El padre aspiró profundamente, preparándose para el ataque siguiente.

—¿Estuviste con ellos? ¡Responde, David!

Habría sido fácil mentir. Bien podía decir que había estado en casa de su amigo Fred Buchsbaum. Pero admitió:

—Sí, estuve allí. ¿Y sabes quién los acicateó cuando, desalentados, estaban por renunciar? Un médico. ¡Un judío! Se llama Fischof. ¡Un hombre muy valiente!

—¡Podría mostrarte cementerios llenos de hombres valientes! —dijo el padre, con amargura—. Siéntate y cena. Y sin hablar, si no te molesta. No quiero saber nada de hombres valientes, aunque sean médicos y judíos.

Capítulo 3

En el Aula atestada se había hecho un silencio tan ominoso como el que precede a las fuertes tormentas de verano. Se esperaba, de un momento a otro, la respuesta del Emperador. Los dos estudiantes designados para que espieran frente al Palacio Hofburg habían visto llegar al primer ministro Metternich, antes del mediodía; no se retiró hasta las dos menos cuarto. Sin duda, a esa altura debían de haber llegado a alguna decisión.

David oyó todos esos chismes mientras buscaba desesperadamente a Adolph Fischof. Pero el médico no estaba por ninguna parte; tampoco el padre Furster ni los otros miembros de la comisión central. Seguramente se habían reunido privadamente en otro lado, y eso podía significar que, en realidad, tenían noticias del Palacio. Algunos estudiantes calculaban que la respuesta del Emperador era favorable. La mayoría sospechaba lo contrario.

David estaba enfrascado en una de tantas discusiones sobre el asunto cuando una voz femenina llamó:

—¡David!

Se volvió rápidamente. ¡Kati! Alargó la mano, impulsivamente, para tomar la de ella, pero de pronto se retiró, enrojeciendo. Kati, como para tranquilizarlo, le tendió la suya con una sonrisa.

—¿Dónde estabas? —inquirió David, estrechándosela—. Te eché de menos. Me senté en el escalón a esperar, pero...

—Mi padre —respondió, como si esto explicara todo.

—¿Le hablaste de mí?

—No me atreví.

La muchacha se percató de que David la miraba fijamente. Cuando sus miradas se encontraron, él se ruborizó y le soltó la mano.

—¡Qué inocente eres! —comentó Kati, suavemente, como para no abochornarlo.

—Nada de eso —protestó, aunque la joven había adivinado la verdad—. He tenido mujeres por docenas.

Kati, sin discutir, volvió a tomarle la mano con otra sonrisa.

—Claro.

Notaron cierto revuelo en el escenario. El padre Furster se acercó al borde de la plataforma y levantó las manos pidiendo silencio.

—Los Propietarios han recibido la misma respuesta por parte del Emperador, sin duda redactada por el primer ministro Metternich.

Hubo un estallido de burlas y silbidos hostiles. Algunos estudiantes se encaramaron a las sillas y comenzaron a entonar:

—¡Que Metternich se vaya, que Metternich se vaya!

Furster volvió a levantar las manos para que se hiciera el silencio.

—Es fácil pedir que Metternich se vaya, pero sólo una persona puede exigirle la

renuncia: el Emperador. ¡A Palacio!

El grito estridente fue repetido al instante por todos.

—¡A Palacio!

El Aula quedó vacía en una explosión de exuberancia juvenil. Sólo el hecho de que David tuviera fuertemente a Kati de la mano evitó que se vieran separados antes de llegar a la alta reja de hierro forjado del Palacio. El comandante de los Granaderos de Palacio hizo que los portones se cerraran con candado y cadenas. Como varios miles de estudiantes y trabajadores comenzaron a empujarlos, pidió instrucciones a su comandante, el conde La Tour.

La Tour mandó decir: «Si lo considera necesario, dispare contra ellos. Contra la multitud, si hace falta».

El comandante dio la primera orden:

—¡Disparen al aire!

Los granaderos obedecieron y la multitud se retiró hacia atrás.

Pronto se abrieron las altas puertas de un balcón en los pisos altos del Palacio. Allí apareció el Emperador, acompañado por el príncipe Metternich. Al ver al odiado ministro, ya viejo, los estudiantes se enfurecieron tanto que se lanzaron en una segunda embestida. El comandante ordenó:

—¡Fuego!

Y para sus soldados fue obvio que indicaba disparar contra la multitud.

Antes de que se apagarán los ecos de aquella descarga resonaron en la plaza gritos de dolor. La multitud retrocedió, reducida al silencio por la caída de sus camaradas. La sangre, sobre los adoquines de la calle, tornó crudamente real, de pronto, una guerra que, hasta ese momento, sólo se había librado con palabras y estribillos.

David y Kati se arrodillaron ante un joven caído. La muchacha le recogió la cabeza en el regazo y descubrió que le sangraba una herida en la sien. David utilizó el pañuelo para enjuagarla, mientras ella intentaba hacerlo reaccionar. Alguien se abrió paso entre la multitud y se arrodilló junto a ellos. El doctor Fischhof.

Después de examinar a la joven víctima, dijo simplemente:

—Muerto.

Y se retiró para ofrecer sus servicios a quienes aún pudieran beneficiarse con ellos.

Kati y David, arrodillados junto al estudiante caído, contemplaron el bigote rubio, el pelo rizado, las facciones rectas y agradables. La joven se echó a llorar. El muchacho la abrazó.

Un estudiante bajó la mirada y susurró, espantado:

—*Gott in Himmel!* ¡Gruening! —Y pidió ayuda a gritos—: ¡Aquí, Aquí! ¡Es Gruening! ¡Está muerto! ¡Vengan! ¡Fíjense!

De inmediato, un grupo de estudiantes corrió hacia ellos. Mientras se llevaban al joven fallecido, alguien gritó:

—¡Metternich pagará por esto! ¡Pagará el Emperador!

Y el grito fue repetido por muchos otros.

Sólo David y Kati quedaban en la calle desierta. Ella, sentada en los adoquines, se tocó la sangre seca de su vestido sollozando en silencio. David la abrazó.

Alguien quitó la cadena de los portones del palacio y los abrió de par en par. Salieron los sirvientes, con cepillos de mango largo y baldes de agua. Esas manchas de sangre en la calle ofendían al Emperador.

Al acercarse los servidores, David levantó a Kati, obligándola a ponerse de pie.

—Debemos volver al Aula. No van a dejar esto sin respuesta.

No se encontraron con gritos, estribillos y exigencias de venganza, sino con un silencio fantasmal, enervante. En el escenario, el padre Furster y un joven rabino presidían conjuntamente una plegaria muda. Ni un solo ruido se oía en aquella sala enorme, salvo los sollozos convulsos de una muchacha, en un lejano rincón.

David y Kati se unieron a la plegaria, silenciosos, tomados de la mano. Por fin, el sacerdote levantó la cabeza y dijo:

—La química de la libertad es tal que la sangre humana debe formar siempre parte de ella. Hemos librado nuestra primera batalla. Tenemos nuestros heridos y nuestros muertos. A los heridos debemos atenderlos. A los muertos, sepultarlos. Mañana, aquí mismo, habrá un servicio de funerales a las once.

Los estudiantes comenzaban ya a disiparse, pero el doctor Fischof voló por el pasillo y subió al escenario de un salto.

—¡A menos que queramos traicionar a nuestros muertos, no podemos salir de aquí sin un plan de acción! —proclamó—. ¡Propongo que marchemos hasta el Ministerio de Defensa para reclamar armas! ¡Tenemos derecho a protegernos! ¡Aun contra los granaderos del Emperador!

Los estudiantes, hasta entonces descorazonados y presas del terror, respondieron con nuevos vítores a la urgente instigación.

Él levantó su voz por sobre el clamor, para recordarles:

—¡Los gritos ya no bastan! ¡Armas! ¡Busquemos armas! ¡A la armería!

Y encabezó la carga contra la Armería Nacional, calle abajo. Los estudiantes lo siguieron, gritando y cantando una vez más.

Kati iba a seguirlos, pero David se quedó atrás.

—¿David?

—Armas no. No quiero tener nada que ver con asesinatos.

Ya fuera por temor a una nueva protesta o por remordimientos de conciencia causados por los muertos y heridos, el emperador Fernando otorgó a los enfurecidos estudiantes el derecho de armarse con revólveres de la Armería Nacional. Pero quedaba entendido, sin lugar a dudas, que tales armas eran sólo con propósitos defensivos y que el decano de Medicina, así como el doctor Adolph Fischof, debían

considerarse rehenes a tal fin.

Así alcanzó la Revolución de los Estudiantes su primera victoria.

Capítulo 4

Armados, sintiéndose victoriosos y justicieros, los jóvenes rebeldes formaron la Legión Académica y crearon, para sí mismos, un uniforme más colorido que los del ejército imperial: chaqueta azul con relucientes botones de plata; pantalones de color gris claro; manto plateado con forro escarlata y sombrero negro de fieltro con plumas de avestruz.

La mayoría de los vieneses se divertían, burlándose:

—¡Vaya uniformes! Muy adecuados para una ópera bufa.

Los estudiantes, disfrutando de su recién ganada importancia, no tenían idea de que la concesión del Emperador era, en realidad, una táctica astutamente pensada por Metternich para dilatar las cosas y mantener la paz hasta que las tropas regulares, a las cuales se adiestraba en las afueras, estuvieran listas para aplacar la revolución con una fuerza mortífera.

David Lilliendahl no lo sospechaba, sin duda, pues envidiaba a sus compañeros de mayor edad por vestir aquellos vistosos uniformes.

Los trabajadores de Viena estaban hartos de sentarse en el Aula a escuchar interminables discursos. Sus intereses eran básicos: trabajo, salarios, pan para sus familias. Como éstos, obviamente, no llegaban, se marcharon tempestuosamente.

La noticia volvió al Aula. Los trabajadores habían comenzado a asolar los sectores industriales de Viena, invadiendo fábricas y tejedurías, ventilando sus frustraciones. Incendiaban, destrozaban maquinarias, propiedades, plantas industriales completas.

Al saberse la noticia, los estudiantes lanzaron gritos de júbilo, pues ése era el tipo de acciones que podían apreciar. Pero para David Lilliendahl no había vítores ni alegría: sólo terror. En esa irrupción de hostilidades, la pequeña fábrica de su padre, con sus veinticuatro obreros, no sería la excepción. Huyó del Aula y corrió por las callejuelas hasta llegar al sector mercantil. Al acercarse lo asaltó el hedor de los edificios quemados.

En cuanto giró en la esquina descubrió que el grupo de trabajadores estaba reunido ante la pequeña tejeduría. David se adelantó corriendo y se abrió paso hasta la puerta de entrada. Allí, el capataz le bloqueó el paso.

—Nos mandó fuera a la hora del almuerzo y no ha dejado entrar a nadie desde entonces. Pero si cree que con eso va a detenernos... —amenazó el corpulento capataz.

—No, esperen —rogó David—. ¡Déjenme a mí! —Giró hacia la puerta y la golpeó con los puños—. ¡Papá! ¡Abre! ¡Abre!

Oyó que retiraban el cerrojo. Su padre espió por la hendidura, cauteloso, y sólo dijo:

—¡Rápido!

Una vez que David se deslizó hasta el interior, el padre cerró de un portazo y volvió a echar cerrojo.

—Esta mañana los oí discutir —dijo con un susurro aterrorizado—. Estaban planeando incendiar la fábrica. Es toda mi vida.

Le temblaban las manos. Se le contraían los labios. El sudor brillaba en su cara. Ya no era la figura fuerte y dominante que David conocía de toda la vida.

—Papá —dijo David—, déjame hablar con ellos.

—¿De qué sirve hablar? *Goyim*^[8]! Si incendian las fábricas de los suyos, ¿qué no harán con la de un judío!

—Yo hablaré con ellos! —insistió David.

Y abrió. En cuanto se oyó el ruido del cerrojo, la puerta se abrió de par en par y los trabajadores corrieron hacia los telares, lanzando gritos agresivos.

—¡Esperen! —gritó David—. Antes de hacer nada, ¡escúchenme!

Se interpuso ante la puerta de la fábrica, con los brazos extendidos, sujetándose de las jambas.

—¡Yo soy uno de ustedes! ¡Uno de los estudiantes! ¡He gritado más que nadie por sus derechos!

El jefe de los trabajadores levantó las manos para acallar la furia de los otros.

—Que diga lo suyo —gritó—. ¡Sigue, muchacho!

—Ustedes me conocen desde que era pequeño y caminaba entre los telares, admirando las telas que tejían con tanta diligencia. También sé lo que mi padre siente por todos.

”Siempre ha hecho lo posible para que a ustedes no les faltara empleo. Y no ha sido fácil, sobre todo en estos tiempos duros. Yo sé cuántas noches ha pasado sin poder dormir, planeando y cavilando cómo vender otra partida, cómo mantener los telares en funcionamiento para que ustedes siguieran trabajando y pudieran alimentar a los suyos.

”Mañana ¿adónde irán a trabajar los obreros que quemaron los ferrocarriles y las fábricas? Si todo les iba mal ayer, ¿cuánto peor estarán mañana?

Los trabajadores se volvieron hacia su jefe, un hombre alto y moreno, de ancha cara campesina. Ceñudo y pensativo, él dijo:

—Tiene razón. Sin los telares ¿qué haremos? ¡A trabajar! ¡Todo el mundo a trabajar!

David se hizo a un lado para que los hombres entraran en la fábrica. Una vez más, el ritmo de los telares anunció que la producción se había reiniciado. El padre lo saludó con lloroso orgullo.

—Yo no pude —no cesaba de repetir—. Mereces una recompensa. De las cosas que siempre has deseado, ¿qué prefieres? ¿Una cena en Sacher’s? ¿O quieres ir a la Staats Opera por primera vez en tu vida? ¡Pide lo que quieras y dalo por hecho!

—Papá, quiero un uniforme.

—¿Un uniforme? ¿Del ejército? —inquirió el padre, enfurecido.

—Un uniforme de la Legión Académica —explicó David—. Puedo hacerlo con rechazos de la tejeduría. ¡Quedará muy bien!

—Está bien —consintió el padre, con una sonrisa triste—, hazte un uniforme.

David pasó a la fábrica para revolver los cortes de tela y las piezas rechazadas por no ser dignas de lucir el nombre Lilliendahl. En pocos minutos reunió todo el material necesario: telas grises, negras, azules, doradas, escarlatas y plateadas, con las que su madre podría hacerle un uniforme tan resplandeciente como el de los estudiantes.

El uniforme estuvo listo en sólo dos días. Se lo puso por primera vez frente al espejo. Mientras se admiraba, deseó en secreto que Kati estuviera allí para verlo, cuando apareciera en el Aula.

No estaba, pero los estudiantes de más edad admiraron su uniforme nuevo.

—Ahora sí eres uno de nosotros —proclamaron.

Uno dijo:

—Lilliendahl, esta noche vamos todos a una fiesta. Pensamos alquilar un carruaje para que nos lleve a un *Heuriger* en la vinatería de mi tío. Acompáñanos. Trae a tu muchacha. ¿O todavía no tienes ninguna?

—¡Tengo! —se jactó David, aunque nada seguro de sí mismo.

—¡Bien! ¡Tráela!

Kati lo estaba espiando desde antes que él la viera. Corrió por el pasillo a saludarlo, admirando su nuevo esplendor.

—Dijiste que tus padres jamás estarían de acuerdo —le recordó.

Con más vanidad de la que él mismo se creía capaz, David le contó su victoria en la tejeduría.

—Por eso mi padre me concedió lo que quisiera. Elegí esto.

Impulsivamente, lo besó en plena boca, algo que David no se había atrevido a hacer. Por un momento ninguno de los dos habló. Por fin, en voz tan sofocada que ni los más próximos pudieron oír, Kati susurró:

—Eso no fue por el uniforme, sino por ti. Te escucharon, te tuvieron respeto. Eso significa que eres un hombre.

—¿Me ves como hombre? —inquirió él.

La muchacha, comprendiendo lo que intentaba preguntar, respondió suavemente:

—Sí.

—Te amo.

La joven sacudió la cabeza para impedir nuevas declaraciones, pero David repitió:

—Te amo, Kati Jahre. Y siempre te amaré.

—No digas eso. Sólo nos traería problemas. A los dos. Tienes toda una vida por delante. Irás a la Universidad. Puedes llegar a ser abogado, funcionario del gobierno, alguien importante, cuando toda la Universidad se abra a los judíos...

En cuanto esa palabra le cruzó los labios, se quedó callada. Sin quererlo había mencionado el tema prohibido. David, miró sus ojos azules. Por fin, Kati confesó:

—Juro por Dios que yo no pienso de ese modo. Pero mi padre se pone violento

tratándose de los judíos.

—Si tú no eres igual, demuéstalo —la desafió David.

—¿Cómo?

—Esta noche, algunos iremos en grupo a un *Heuriger*. ¿Vienes conmigo?

Kati vaciló.

—Los otros van con sus muchachas. ¡Ven conmigo!

Por fin, ella asintió.

El antiguo vehículo, cargado con el doble de pasajeros que debía llevar, avanzaba lento y crujiente. Pero las canciones, los besos y la sensación de victoria hicieron que el viaje pareciera más breve.

Así, amontonados los jóvenes cuerpos, en estrecho contacto, se despertaron las pasiones antes de que se bebiera el vino de la primavera. David sentía muy agudamente la proximidad de Kati, pues era la primera vez que mantenía un contacto tan prolongado e íntimo con una joven atractiva. Estaban tan apretados que él sentía todas las partes de su cuerpo. Su fragancia y la redondez de los pechos jóvenes le provocaron un terrible apetito. La estrechó con fuerza, besándola con lo que creyó enorme audacia. La muchacha devolvió los besos con idéntico fervor.

Cuando se atrevió a rozar los encajes de su blusa, Kati lo ayudó sutilmente. Y al aventurar la mano hasta sus pechos jóvenes y firmes, ella se estrechó contra David, apasionadamente.

Al cabo de varias horas, el gusto del vino fresco empezó a palidecer. Las parejas se iban alejando del patio, demasiado iluminado.

David y Kati buscaron un lugar tranquilo, junto a una parva de heno. Sin declaraciones verbales, se tendieron en el suelo, abrazados. David no había oído ni leído ni imaginado nada que lo preparara para ese momento. Pero con mutua ayuda, los jóvenes enamorados perdieron la inocencia.

Cuando todo terminó, levantaron la vista al cielo estrellado.

—Jamás amaré a otra mujer —susurró David, fervoroso.

—No es cierto —dijo Kati, suavemente.

—¡Jamás!

Y la abrazó una vez más. Volvieron a hacer el amor. Y lo hubieran hecho por tercera vez, pero les llegó un grito:

—¡Todavía falta una pareja! ¡No podemos salir sin ellos!

Kati, apresuradamente, se abotonó la blusa y se arregló las enaguas, mientras David hacía lo posible por ponerse presentable. De la mano, corrieron hacia el patio iluminado donde esperaba el viejo carruaje.

En el trayecto de regreso hubo muchas menos canciones y muchos más besos.

—Jamás amaré a otra —susurró David al oído de Kati, mientras le acariciaba el pecho.

—No es cierto, no es cierto —repitió ella, con alguna tristeza.

A partir de aquella noche, día a día, David y Kati robaban tiempo al Aula para pasear por el canal Donau. De la mano, como tantos otros amantes, caminaban, conversaban, reían. Pero con mucha frecuencia, la presión de una mano o una mirada reveladora traicionaban el doloroso apetito mutuo.

Buscaban un banco solitario, debajo de algún árbol, donde pudieran hablar de casi cualquier cosa, menos de amor. Kati levantaba las manos de David para admirarlas y decía:

—Algún día estas manos curarán.

—Espero ser de los buenos.

—Te conozco, mi amor. ¡Serás el mejor de todos!

Se abrazaban, se besaban. Y cuando creían que nadie los estaba observando se ocultaban para hacer el amor entre los árboles.

—Te amo —susurraba David.

—Lo sé —repetía Kati, con tristeza.

Era su modo de decir que ella también lo amaba.

Capítulo 5

Ese verano y el otoño siguiente fueron los más excitantes en la vida de David Lilliendahl. Su amor por Kati era cada vez más profundo y su devoción por la Legión Académica colmaba los días. La Legión, con sus coloridos uniformes, gobernaba, virtualmente, en Viena, bajo el liderazgo del padre Furster y el doctor Fischhof.

Lo que tanto David como los jefes de la revolución ignoraban era que, mientras tanto, lejos de Viena, se estaba organizando un ejército de soldados croatas. Ya habían tenido su bautismo de fuego, ya habían probado los frutos de la victoria: tras derrotar a los turcos en una guerra fronteriza, la recompensa había sido la libertad de saquear las ciudades turcas y violar a las mujeres a voluntad.

Bien adiestrado, afilado para la muerte, ese ejército croata estaba listo para invadir a Viena con cualquier pretexto aceptable. Y así ocurrió un día, a principios de otoño.

El Ministerio de Guerra estaba bajo el mando del conde La Tour, que no disimulaba su desprecio por los rebeldes, las constituciones y las asambleas. Se presentaba en las altas ventanas para mirar a las multitudes, desafiante, y reía al oír sus gritos:

—¡Que ahorquen a La Tour!

Aquel día de otoño, de pie en medio de la muchedumbre, David y Kati gritaban: «¡Que ahorquen a La Tour!» con tanta potencia como los demás. Era, simplemente, otro estribillo de los que alimentaban la revolución desde hacía cinco meses entusiastas.

La Tour, para burlarse de esos vacuos reclamos, se envolvió en su capa militar carmesí y salió del Ministerio. Otros oficiales le advirtieron:

—No los provoque. ¡No sea tonto!

—A la chusma hay que tratarla con desprecio —replicó La Tour—. ¡Se escurrirán como perros asustados!

Al llegar al portón, miró fijamente a la turba que reclamaba su muerte y ordenó al guardián:

—¡Ahora!

Salió, desafiante, sonriendo, seguro de que la multitud se abriría a su paso. Pasó tan cerca de David y Kati que ellos pudieron estudiar el helado desprecio de sus ojos acerados.

De pronto, detrás de David y Kati, se oyó una áspera voz:

—¡Ese arrogante malnacido está en nuestras manos! ¡Vamos a ahorcarlo!

En un instante, lo que había sido un simple estribillo estudiantil se transformó en una orden. La muchedumbre de idealistas se convirtió en un gentío incontrolable, con una sola finalidad.

David, al sentir que todos se abalanzaban contra La Tour, se enfrentó a ellos, gritando:

—¡Basta! ¡No se puede! ¡La revolución no consiste en eso!

Abrió los brazos, en un desesperado esfuerzo por detenerlos. Pero el odio contra La Tour era tan fuerte que apartaron a David a empujones, derribándolo. El muchacho seguía protestando:

—¡Esperen! ¡No! No pueden... no deben...

Pero la turba ya lo había dejado atrás.

Cuando David se levantó de la calle adoquinada, La Tour ya había desaparecido de la vista, devorado por los jóvenes furiosos y vociferantes. A mano limpia lo derribaron al suelo, hasta que la sangre lo cubrió por las muchas heridas recibidas.

David lo miraba todo horrorizado, sacudiendo la cabeza. Kati se acercó para limpiarle la sangre de una herida en la mejilla, pero él seguía mirando fijamente el cadáver mutilado de La Tour, susurrando:

—¿Viste eso? Un hombre muerto a golpes. Y en segundos... sólo segundos...

Los estudiantes levantaron el cuerpo sin vida y lo desnudaron, gritando:

—¡Colguémoslo, colguémoslo!

El uniforme fue desgarrado en pedazos repartidos como recuerdo. Colgaron el cuerpo desnudo de un poste de alumbrado.

David y Kati escaparon a una tranquila calle lateral, lejos del bullicio. David se dejó caer en el cordón de la acera. No cesaba de repetir, en tanto la joven trataba de limpiarle el sudor del rostro:

—Qué hicieron... qué hicieron...

Al cabo de un rato dijo, serenamente:

—Ven. Te llevaré a tu casa.

La muchacha sólo respondió con una mirada fija. Aquel ofrecimiento era un mero gesto. Si el padre de Kati hubiera sospechado de su amistad con un judío, si llegara siquiera a sospechar que eran amantes, la expulsaría de la casa.

Ya en la esquina, David no se atrevió a besarla, aunque lo necesitaba mucho, después de aquellos sucesos. Se contentaron con estrecharse furtivamente las manos húmedas.

—Te amo —susurró él.

—Lo sé —dijo Kati.

David la vio desaparecer en el interior de su casa.

Sólo pocos días después del linchamiento de La Tour se recibió la noticia de que un ejército avanzaba desde el sur. Los vieneses que habían permanecido leales al Emperador se negaban a creer que él permitiera el ataque a la ciudad.

Los estudiantes no eran tan optimistas. Se apoderaron del arsenal para contar con una fuente continua de armas y municiones, preparándose para la inminente batalla. En una última reunión, en el Aula, el doctor Fischof se irguió ante todos, proclamando.

—No nos atacan con vieneses, a los que podríamos convertir a nuestra causa, sino con croatas. ¡Con extranjeros que nos tratarán como trataron a los turcos! ¡Saquearán

la ciudad y se apoderarán de nuestras mujeres! ¡Debemos luchar a muerte!

La Legión Académica, armada no sólo con revólveres, sino también con la arrogante confianza de la juventud, respondió con un grito al unísono:

—¡A muerte!

Fuera del Aula, David ordenó a Kati:

—¡Ve a tu casa! ¡Escóndete! No quiero que te atrapen.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó la joven.

—De algún modo te haré llegar un mensaje. ¡Ahora vete!

—Te amo —dijo Kati.

Y esa vez fue David el que dijo, tristemente:

—Lo sé. ¡Pero vete!

Antes de que Kati desapareciera de su vista, la primera descarga de la artillería croata castigó el muro que rodeaba a Viena. Los estudiantes corrieron a las calles para enfrentarse al enemigo.

La batalla por Viena había comenzado.

Entre los rebeldes, cada estudiante y cada trabajador contribuían según sus posibilidades y su adiestramiento. Los obreros sacaban piedras de las calles adoquinadas para impedir que los croatas utilizaran la caballería contra los estudiantes. Los universitarios llevaban alimentos, bebida y municiones para los que libraban combate.

David Lilliendahl había sido enrolado para otras funciones. Fischof dijo:

—Quieres ser médico. Entonces ayúdame. Aprenderás más de lo que puede enseñarle cualquier escuela de medicina.

Se asignó a David la tarea de recibir a los heridos en el puesto de primeros auxilios, que había sido establecido en el edificio más sólido y seguro. Más de una vez llevó adentro a un estudiante ensangrentado, sólo para que Fischof le dijera que ya estaba muerto.

Fischof no era sólo el cirujano en jefe, sino que también se lo consultaba sin cesar sobre problemas militares. Trazaba planes de batalla sobre los cuerpos abiertos de los heridos y daba órdenes mientras cosía piernas, brazos, cabezas.

David lo observaba, prometiéndose: «Algún día, algún día seré tan buen cirujano como Fischof».

El médico, mientras operaba, iba dando instrucciones a David sobre anatomía y técnicas quirúrgicas. Eso estaba haciendo cuando la primera bala de cañón dio contra el puesto de primeros auxilios.

Piedras y ladrillos cayeron estruendosamente sobre la precaria sala de operaciones, esparciendo implacablemente sangre y carne. El paciente murió de inmediato; el impacto lanzó a Fischof y a David contra la pared. Tras un momento de horror, David se recobró. Pero el médico estaba atrapado bajo un enorme trozo de mármol mellado, cuyo filo se le hundía profundamente en la pierna y ya había cortado una arteria.

David, reuniendo toda su fuerza, logró apartar la piedra a un lado. Pero en el momento en que lo hacía, otras dos balas dieron contra el edificio. A pesar de la lluvia de escombros, el joven se arrodilló junto a Fischof, quien le ordenó:

—¡Quítate el cinturón! ¡Hazme un torniquete en la pierna!

David enrolló su cinturón a la pierna ensangrentada.

—¡Más tenso! —ordenó el médico herido. David obedeció—. ¡Bien! —Fischof echó una mirada por la devastación que los rodeaba—. Ahora estamos al alcance de la artillería. ¡Salgamos de aquí!

David lo ayudó a levantarse, pero Fischof cayó de inmediato. Mientras contemplaba fijamente su pierna destrozada, comentó:

—Está peor de lo que yo creía. ¡Deja que me apoye en tu hombro!

El muchacho se arrodilló y el médico se tomó con fuerza de su hombro.

—Ahora levántate. ¡Despacio!

David se levantó y el médico con él, apoyando el peso en la pierna sana.

Juntos, David Lilliendahl y Adolf Fischof avanzaron renqueando entre los escombros. Huyeron así, calle tras calle, dejando detrás un rastro de sangre, a medida que el improvisado torniquete se iba aflojando. Por fin, débil por la pérdida de sangre, Fischof admitió:

—No puedo seguir. —Y se dejó caer en tierra, diciendo—: ¡Vete! ¡Sálvate!

David se negó a moverse. Por encima de sus cabezas silbaban las balas de la artillería.

—¡Estás en peligro! —advirtió Fischof—. ¡Corre!

En cambio, David se agachó para tomar al médico de un brazo y lo levantó en vilo, cargándose sobre los hombros. Así, tambaleándose bajo su carga, echó a andar calle abajo, consciente de que la pierna del herido sangraba ya libremente.

—Es inútil... inútil... —insistía Fischof.

—¡Conseguiré ayuda! —prometió David.

Se encaminó hacia la puerta abierta del edificio más cercano y golpeó con el codo en todas las puertas de la planta baja. Gritó, pidiendo auxilio. Nadie respondió.

—O bien se han ido o tienen demasiado miedo como para abrir —dijo Fischof—. Mejor así. En caso de que haya un cañonazo directo, lo más seguro será el sótano.

David llevó a su camarada herido por los peldaños de piedra que bajaban al sótano. Sólo una luz escasa se filtraba por el vidrio sucio y rajado de la única ventana, muy alta. Las paredes chorreaban humedad. Se olía a moho.

David, con mucho cuidado, dejó al médico en el suelo, sabiendo que padecía grandes dolores. Una vez acomodado, Fischof ordenó:

—¡Córtame la tela del pantalón!

El joven obedeció, dejando al descubierto una masa de carne sanguinolenta. También asomaba un trozo agudo y blanco, que él reconoció como un hueso fracturado. Fischof estudió la pierna con objetividad profesional y, con decisión, indicó:

—Mete la mano en mi bolsillo trasero. Hallarás una navaja.

David la sacó.

—Desplégala —ordenó Fischof, secamente. La navaja desplegó una hoja de diez centímetros—. Bien. Ahora, afílala.

—¿Cómo?

—¡Estamos rodeados por paredes de piedra! Busca un sitio donde haya un borde saliente y afila esa hoja.

David frotó la hoja de acero contra una esquina de piedra húmeda. Dos veces le mostró la navaja a Fischof. Las dos veces, el médico le ordenó afilarla más. Por fin la estudió a la luz escasa y asintió.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó David.

—Yo no —corrigió Fischof—. ¡Tú!

—¿Yo? —exclamó David, sobresaltado.

Con frialdad profesional, como si calculara el tratamiento de un anónimo paciente del hospital, Fischof dijo:

—La fractura es múltiple y con perforación. La pierna no tiene salvación. Antes de que se presente la gangrena, es preciso amputarla. Lo harás tú.

—No sé cómo.

—Yo te enseñaré. Primero ata la arteria para detener la hemorragia. Después cortarás toda la carne en la zona de la fractura. Como el hueso ya está fracturado, se separará solo cuando retires la pierna.

—Pero eso debe ser efectuado en un hospital, por la mano de un cirujano —protestó David.

—Toma ese cuchillo y comienza —ordenó el médico—. Yo te diré exactamente qué hacer.

—Pero el dolor... —señaló David, desesperado, en la esperanza de librarse de esa terrible tarea.

—¿Qué crees que pasaría en un hospital? Me llenarían de alcohol, a fin de aturdirme y disminuir las sensaciones. Pero dolería igual. ¡Vamos, comienza! Allí, ese trozo de carne magullada: ¡Córtalo!

David levantó la hoja reluciente, bien afilada, y la acercó a la carne descolorida, manchada de sangre seca. Pero no se decidía a aplicarla contra la herida. Apartó la cara, diciendo:

—¡No puedo, no puedo!

—¡Maldición! —tronó Fischof—. ¿Eres hombre o niño? ¡Hazlo! ¿Me oyes? ¡Corta, maldito, corta!

David volvió a inclinarse sobre la pierna destrozada, pero las lágrimas le empañaban la vista. Por fin dejó caer el cuchillo y se apartó para apoyar la cabeza contra el áspero muro de piedra, repitiendo interminablemente:

—No puedo, no puedo, no puedo...

Fischof bajó la mirada a su pierna y tomó una decisión.

—¡Está bien! ¡Sal de aquí! —gritó.

David se volvió a mirarlo. Fischof había recogido el cuchillo afilado y estaba comenzando a cortar su propia carne. Lo fulminó con la mirada.

—¡Dije que salieras!

David Lilliendahl corrió hacia la puerta, abierta del sótano.

Cuando llegó a ella, oyó que Adolph Fischof lo denigraba con palabras que lo perseguirían toda la vida. Aunque en ese momento no comprendió el significado de esas palabras, la vehemencia del médico era una acusación en sí.

¡Josefo! ¡Flavio Josefo^[9]!

Las palabras resonaron en el sótano vacío.

Capítulo 6

Cuatro veces, durante su huida, David se vio obligado a detenerse y a ocultarse en los callejones, atacado por vómitos al recordar a Fischhof cortando su propia pierna. ¿O era por vergüenza de su propia cobardía?

No sólo había traicionado a su héroe, sino también a sus padres. Hasta al viejo Schranz, su maestro, que le diera, con tanto orgullo y confianza, su reloj de oro, su posesión más preciada, diciéndole: «Dame el gusto de saber que, algún día, cuando el importante doctor David Lilliendahl saque el reloj de su bolsillo para decir: dentro de media hora me esperan en el hospital para una consulta, sea mi reloj el que esté mostrando».

Los había traicionado a todos. Pero, por sobre todas las cosas, había traicionado su propia y ardiente vocación de ser médico.

Al doblar la esquina de su calle se detuvo en seco. Ante la puerta de su casa había un grupo con el uniforme de la Guardia Nacional, grupo leal a la Corona y notoriamente hostil a la Legión Académica.

Comprendió entonces que, próximos los croatas a apoderarse de la ciudad, se iniciaban ya las represalias contra los estudiantes rebeldes.

Avanzó hasta la casa. Se le permitió pasar sin preguntas y subir, cautelosamente, hasta el segundo piso, donde oyó la conversación que se estaba llevando a cabo ante la puerta de su departamento.

—Hay sólo otra familia Lilliendahl en Viena —insistía el iracundo capitán de la Guardia Nacional— y tienen dos hijas mujeres. Ningún varón. ¡Ese tal David Lilliendahl tiene que ser su hijo!

—No puede ser —improvisó la madre de David—. El día en que se firmó esa petición mi hijo estaba... estaba en Galitzia. Sí, en Galitzia, visitando a mi padre, que agonizaba.

El capitán no se dejó confundir.

—¿Y dónde está ahora, ese hijo suyo?

—Fue... —Su madre trataba, desesperadamente, de dar alguna respuesta que condujera al guardia hacia un lugar donde el muchacho no pudiera estar—. Fue... fue a ayudar a su padre en la tejeduría. En estos tiempos no se puede confiar mucho en los trabajadores. Hay que contar con todas las manos posibles.

—Iremos a ver. Y por su propio bien, espero que no nos haya mentido. La Corona nunca olvida las traiciones de los radicales como su hijo. ¡Y judío, además!

David se escondió en un rincón del pasillo oscuro, en tanto el oficial bajaba ruidosamente la escalera. En cuanto oyó el portazo de la entrada, subió corriendo el último tramo de escaleras y llamó a la puerta. La madre abrió jadeando:

—¡Te están buscando!

—Ya sé. Oí cuando les dijiste que estaba en la tejeduría.

—Tenía que decir algo —respondió llorosa.

—Debo ir allá y advertir a papá.

—¡No, David! Te encontrarán. Sólo Dios sabe lo que son capaces de hacerte.

—Y si no estoy allí y creen que papá me está ocultando, ¿qué le harán a él?

Giró en redondo y salió corriendo por las escaleras.

Ya sin aliento, con una insoportable puntada en el costado, llegó, por fin, a la pequeña fábrica de su padre. Le abrió el viejo porteador que su padre empleaba como sereno.

—¿Dónde está mi padre?

—En la fábrica.

David pasó rozándolo y entró en la gran sala donde se erguían los telares, como esqueletos de monstruos prehistóricos. El sol de la tarde avanzada se filtraba por las ventanas sucias, atrapando partículas de hilachas suspendidas en el aire, que creaban conos de polvo iluminado. Descubrió a su padre en un extremo, sentado ante el último de los telares, esforzándose por impulsarlo con la potencia de sus propios pies. Su padre llevaba años sin trabajar en un telar, desde que fuera empleado en otra tejeduría, cuando era un muchacho, en Galicia.

—Papá, ¿qué estás haciendo?

El padre con una perturbadora indiferencia, respondió:

—Con guerra o sin guerra, la función de una tejeduría es seguir haciendo telas.

—¿Dónde están tus obreros?

—Donde deben: protegiendo a sus esposas y a sus hijos. Sólo el dueño protege la fábrica.

Inquieto por el modo indirecto en que su padre se había referido a sí mismo, David lo tomó del brazo.

—Escúchame, papá: vendrán a buscarme. Esperan encontrarme aquí. Tienes que estar preparado para recibirlos, papá, ¿comprendes?

El padre lo miró vagamente. Por fin centró la vista.

—¿David? ¿Qué estás haciendo aquí?

El muchacho se lo explicó rápidamente. Cuando terminó, Moritz pareció recobrar la presencia de ánimo.

—Cuando vengan les diré que estabas aquí, pero que huiste, no sé adónde.

—¿Y si emplean la fuerza contra ti?

—Hay maneras de entenderse con ellos —le aseguró el padre—, ¡Ahora sube y escóndete! En la buhardilla, entre los rollos de hilado. ¡De prisa!

Unos golpes descargados en la puerta de calle pusieron urgencia en la huida de David por la escalerilla de mano. En cuanto su hijo estuvo escondido, Moritz fue a atender. El oficial lo enfrentó con la firma de David en el petitorio.

—No puede ser mi hijo —protestó Lilliendahl—. Ha de ser otro David Lilliendahl.

—No hay ningún otro en Viena —dijo el capitán, con tanta firmeza en su tono que no admitía discusión—. Si no lo entrega, cuando lo hallemos las cosas serán

peores para él.

David mantenía la oreja apretada contra el suelo de madera, por sobre la pequeña oficina de su padre, pero no oía nada. Por fin se abrió la puerta del despacho, chirriando, y le llegó el susurro cauteloso de su padre, que decía al oficial:

—Capitán, pase.

—¿Por qué?

—Ya verá.

David oyó los pasos directamente abajo. Se cerró la puerta y la voz del padre dijo:

—Si se olvidan de mi hijo, puedo recompensarles el favor.

David percibió el matraqueo metálico del llavero; estaba abriendo la puerta del armario e insertando la llave en la caja fuerte. Tras el ruido de la caja al abrirse, se oyó la voz sorprendida y codiciosa del capitán, que exclamaba:

¡Oro!

—Veinte monedas. Divididas entre ustedes cuatro es un buen año de trabajo —lo tentó Moritz.

David ahogó una exclamación. Veinte monedas de oro. Eran para cubrir el pago anual de la hipoteca sobre la tejeduría. Si el padre dejaba de pagar, el Banco le quitaría la fábrica. Y David no podía permitir eso, cualquiera fuese el castigo. En vez de perder tiempo en bajar la escalerilla, se dejó caer al piso inferior, provocando un estruendo que atrajo la atención de su padre y del capitán.

Antes de que Moritz pudiera impedirlo, él dijo:

—Soy David Lilliendahl.

Y se adelantó para entregarse.

—Bueno —se vanaglorió el capitán, tomándolo del brazo—, David Lilliendahl, por fin. ¡Vamos!

El padre tomó a David por el otro brazo y lo retuvo.

—Capitán, tenemos que concluir cierto negocio. No he dicho todo lo que tenía pensado.

—¿No? —respondió el oficial, dejando que la codicia volviera a dominarlo.

—Veinte monedas de oro, divididas entre cuatro hombres, es mucho dinero. Sin embargo, si usted no dijera a ninguno de sus compañeros...

—Papá... —intentó protestar el muchacho.

—¡Silencio, joven! —ordenó el capitán. Y se volvió hacia Moritz Lilliendahl—. ¿Quedará entre nosotros? ¿No lo sabrá nadie más?

—No, a menos que usted lo diga.

—¡De acuerdo!

David contempló los dedos temblorosos de su padre, que contaban las veinte monedas de oro como si vertiera su propia sangre. Luego, Moritz Lilliendahl preguntó:

—¿Cuál será su informe?

—Diré que los croatas lo alcanzaron primero, que ha muerto.

En cuanto el oficial se retiró, David dijo, con tristeza:

—Papá, la fábrica es toda tu vida.

—¿Iba a dejar que te apresaran? Sólo Dios sabe lo que te habrían hecho.

—Pero la fábrica... el negocio... ¿Qué vas a hacer?

Moritz replicó, estoico:

—Cuando se es judío, uno se asegura de vivir el día de hoy para poder, cuanto menos, enfrentarse con los problemas de mañana.

—¿Le digo a mamá lo que hiciste?

—¡No volverás a casa! —dijo el padre.

—¿Por qué?

—Cuando se negocia con un extorsionador, cabe esperar nuevas extorsiones. Ese cerdo volverá. La próxima vez, a casa. Pensará que debo de tener oro escondido allí.

—¿Y adónde iré?

—A casa de tu tío Abram, en Czernowitz —decidió Moritz—. Espera aquí. Volveré a casa y te traeré ropas limpias y algún dinero, para que te vayas cuanto antes.

David no podía salir de Viena sin hacer dos cosas. Debía ver a Kati para decirle adónde iba y por qué. Pero más urgente aún era visitar el sitio donde había ocurrido el suceso más aterrador de su vida.

Se aproximó a la casa desierta. Buscó la puerta del sótano y se detuvo allí, a escuchar. No se oían gemidos de dolor. Tampoco el ruido de una respiración penosa. Debía de haber muerto. David abrió la puerta e inició un cauteloso descenso por la escalera; las botas de cuero raspaban la piedra húmeda. En el tercer escalón, contando desde abajo, se agachó para inspeccionar la zona oscura. ¡No había señales de Fischof!

La primera idea de David fue que, en su horrorizada huida, había olvidado cuál era la casa. Pero al llegar al último escalón divisó una gran mancha oscura en el suelo de piedra. Juntó coraje para acercarse y se arrodilló, tocándola con los dedos. Sangre, seca, negra, cristalizada. ¿Adónde podría haber ido Fischof? ¿Acaso había muerto y alguien, tras encontrar el cadáver, se lo había llevado?

Las marcas de sangre seca quemaban los dedos de David como ácido. Un desafío a su cobardía contra el exaltado valor de otro hombre.

«¡Josefo!». Aún podía oír ese reproche, que retumbaba en el sótano como si Fischof acabara de acusarlo.

Llevaba más de una hora rondando la esquina de Kati. Por fin la vio salir, con una lechera blanca vacía. La muchacha tomó en dirección opuesta y entró en un pequeño almacén. David, con tanta indiferencia como pudo fingir, caminó hasta el negocio. Mientras esperaba fuera echó una mirada, por la vidriera, a los estantes vacíos. La comida escaseaba desesperadamente en los sectores más pobres de Viena, desde la invasión croata.

Vio sonreír al almacenero, que hacía ademanes sugestivos hacia Kati y le

acariciaba los pechos. David se enfureció hasta el punto de irrumpir en el local, decidido a atacarlo, pero notó que Kati en vez de resistirse, lo dejaba hacer. A continuación, el almacenero le llenó la lechera vacía. sacó dos hogazas de pan de bajo el mostrador y las envolvió en una hoja de papel de diario.

La muchacha, al salir, se llevó un sobresalto al encontrarse con David. Antes de que pudiera decir una palabra, él le espetó:

—¡No debiste dejar que hiciera eso!

Kati, sin emoción, respondió:

—Las madres jóvenes que tienen pequeños que alimentar permiten cosas peores. ¿Qué haces aquí?

David le explicó lo de su huida, todo, salvo las manchas de sangre seca en la punta de los dedos.

—¿Y si no puedes salir de la ciudad? —preguntó Kati—. Dicen que están deteniendo a todos.

—No te preocupes. Ya encontraré el modo. Pero tenía que venir a decírtelo, para que no te creyeras abandonada.

La joven cobró conciencia de que los vecinos los miraban fijamente.

—Vamos a algún lugar donde podamos conversar —dijo.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—Pero tu padre...

—Te mostraré —dijo echando a andar.

David no tuvo más remedio que seguirla. Una vez franqueada la puerta del edificio, Kati lo condujo al espacio oscuro que se abría debajo de la escalera, donde estarían a salvo de las miradas y, si hablaban en voz baja, también a salvo de oídos.

En cuanto estuvieron solos, sin decir palabra, se abrazaron, aferrándose mutuamente con un apetito aumentado como nunca durante los días de separación.

Por fin, los besos y las caricias no bastaron. Cayeron al suelo. David le besó los pechos, que ella le había descubierto, mientras Kati le apretaba la cabeza. Pronto se perdieron en el acto de amor, apasionadamente, sin prestar atención a nada que no fuera la pareja.

Ignoraban que August Jahre, al regresar de otro día frustrante en que no había hallado trabajo, fue detenido ante la puerta por dos maliciosos vecinos, quienes le preguntaron por el joven a quien Kati hizo entrar en la casa.

—Por el modo en que se miraban —exclamó uno de ellos—, si no es su prometido más vale que lo sea. ¡Y pronto!

Jahre negó eso, virtuoso.

—Ahórrese esas malditas insinuaciones. Mi muchacha es una buena católica, incapaz de hacer nada malo.

El otro vecino, que conocía los prejuicios de Jahre, sugirió, astutamente:

—Si puedo dar mi opinión, yo diría que ese joven es judío.

Jahre pasó rudamente ante ellos para entrar en la casa. Había comenzado a subir cuando oyó ruidos debajo de la escalera. Entonces se detuvo y escuchó los jadeos apasionados de su propia hija. Dio subrepticamente la vuelta a las escaleras y, bajo la luz escasa del vestíbulo, descubrió a los dos amantes abrazados.

—¡Kati! —bramó, con voz contenida y baja, pero que no disimulaba su cólera. Alargó una mano, arrojó a David a un lado y descargó la pesada mano de obrero contra la cara de la chica, con tanta fuerza que los labios le estallaron en un borbotón de sangre.

—¿Es así como te he criado? ¡Putá!

Levantó el brazo para volver a pegarle, pero David se interpuso de un salto y le tomó la mano, obligándolo a retroceder contra la pared. Forcejearon, entre gritos y golpes. Por fin, David resultó poco adversario para ese obrero musculoso, que acabó por inmovilizarlo con el brazo izquierdo y, con el derecho, le golpeó la cabeza contra la pared. La fuerza del golpe fue tal que el muchacho cayó al suelo, inconsciente.

Jahre se volvió hacia su hija, semidesnuda:

—¡Arriba!

Kati, en vez de obedecer, se dejó caer junto a David para atenderlo, pero el padre la levantó de un tirón y la impulsó hacia la escalera.

—¡Arriba, dije!

Kati, al volverse, descubrió que el alboroto había atraído a los vecinos, no sólo del edificio, sino también de la calle. Para subir la escalera se vio obligada a caminar entre ellos, con la cara magullada, los labios ensangrentados, la ropa en desorden y los cordones de la blusa desatados, descubriendo los pechos jóvenes.

Un vecino, particularmente envidioso, se burló en un susurro audible:

—Mírenla. ¡La «santa» de August Jahre!

Jahre se acercó a David Lilliendahl, que estaba recobrando la conciencia. Lo levantó como una bolsa de cereal y le estudió el rostro, para ver si la sugerencia del vecino era cierta. Sí, decidió, sombrío: un judío. Más enfurecido aún, lo arrastró hasta la puerta de entrada para arrojarlo a la calle.

Capítulo 7

David no podía volver a su casa sin arriesgarse a ser capturado por la Guardia. Pero tampoco se decidía a abandonar la ciudad. Vagó por las calles y, por fin, se vio atraído hacia el canal de Donau.

Allí había hecho tantas veces el amor con Kati, que esos recuerdos le desataban un torbellino de remordimientos que lo ahogaban.

«Kati, Kati», sollozó, recordando sus labios ensangrentados y pensando en el castigo que, sin duda, habría recibido después.

Esa noche, David Lilliendahl durmió, inquieto, bajo los árboles que bordeaban el Donau. Al amanecer recordó, con dolor, que Fischef había desaparecido. No había modo de salvar la fábrica paterna. Pero aún había algo que podía arreglar. Y echó a andar hacia el distrito obrero.

Se acercó a la casa, decidido, sin prestar atención a los vecinos burlones y curiosos. Subió al departamento de los Jahre y, después de escuchar ante la puerta, golpeó.

Se asomó Freda Jahre. No lo había visto nunca, pero adivinó.

—¡Usted! —exclamó, mirándolo; tenía los ojos enrojecidos por el llanto—. ¿Qué está haciendo aquí otra vez?

Trató de cerrarle la puerta, pero David metió el pie para impedirlo.

—No fue culpa de Kati —suplicó—. Ella es honrada. Yo fui el primero, el único. La amo, la respeto. Quiero que su esposo lo sepa. Sobre todo quiero que Kati lo sepa. Porque... —Y entonces estalló:

—¡Porque quiero casarme con ella!

—¿De veras? —preguntó Freda Jahre, amargamente—. Me temo que llega un poco tarde.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? —inquirió David, atontado.

—El padre se la llevó. A primera hora de la mañana. Por mucho que le imploré...

—¿Adónde?

—A lo de las Hermanas de la Misericordia —explicó Freda Jahre—. Se hará monja.

—¡No!

—Era el único modo de que él la perdonara. —Freda Jahre volvió a llorar—. Mi única hija. Y ella no quería. Pero la obligó, la obligó...

David se detuvo ante la pequeña iglesia de la plaza para preguntar dónde podía encontrar a las Hermanas de la Misericordia. Al llegar al convento, las altas e imponentes puertas del edificio amurallado no se abrieron para él, a pesar de sus frenéticos intentos por explicarse.

Se alejó, contra su voluntad. «Kati, Kati, nadie sabrá jamás lo cálida y amorosa que eres. Nadie lo sabrá jamás».

Fue a ver al joven rabino que, junto con el padre Furster, había presidido los

funerales de aquellos jóvenes héroes muertos por los granaderos del Palacio Hofburg. Lo encontró en su pequeño estudio de la sinagoga.

—Sí, joven. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Quisiera que usted hablara con el padre Furster.

—¿Con el padre Furster? ¿Por qué? ¿Quieres convertirte?

—No —dijo David.

Y contó, a tropezones, los acontecimientos relativos a su amada Kati y el destino al que su padre la había sentenciado.

El rabino sacudió la cabeza.

—Las Hermanas de la Misericordia no responden al padre Furster. Lo consideran un apóstata.

—¿O sea que no puedo hacer nada?

—Por ella, nada. Por ti mismo, deberás vivir con tu propia conciencia y purgar tus pecados.

La palabra «pecados» hizo que David preguntara:

—Rabino, ¿quién fue Josefo? ¿Flavio Josefo?

—Josefo —repitió el rabino—. Claro, no te habrán hablado de él en la escuela religiosa. Fue un traidor.

—¿Traidor? —repitió David, recordando la vehemencia con que Fischof le arrojara aquellas palabras—. ¿De qué modo?

—Al nacer se le llamó José. Fue buen estudiante y, más tarde, un brillante táctico militar. Cuando Judea padecía bajo el gobierno romano, fue uno de los principales organizadores de la rebelión para libertar a nuestra Tierra Santa. Comandó uno de los ejércitos judíos; luchó con bravura, pero acabó por perder ante Tito Flavio.

—¿El mismo Tito que, más tarde, llegó a ser Emperador de Roma? —preguntó David. El rabino asintió—. Pero Roma era la nación más poderosa de la tierra. ¿Cómo pudieron culpar a José por haber perdido?

—No fue por haber perdido —corrigió el rabino—, sino por haber desertado. Se convirtió en esclavo de Tito, sirviéndole de secretario e historiador. Hasta se rebautizó Flavio Josefo para honrar a su conquistador romano y así se volvió traidor a los ojos de todos los judíos. Después de haber colaborado con la revolución, desertó al ver que fracasaba y abandonó a su propio pueblo.

El rabino fijó en David una mirada interrogante.

—Ahora dime: ¿qué te hizo preguntar por Josefo?

David apartó la cara. No podía contarle. Jamás podría contar a nadie lo que había ocurrido en ese sótano oscuro y mohoso.

—Tal vez te aliviaría contármelo —le urgió el rabino, suavemente.

El muchacho sacudió la cabeza. Sólo podía decir: «Tenía razón. Yo fui traidor. A nuestra revolución. A la causa de la libertad. Y lo traicioné a él».

Capítulo 8

—¿Qué problema tiene, señorita Sinclair? —preguntó la directora Lyon, encargada del Internado para señoritas Mount Holyoke, en Massachusetts, con igual proporción de piedad y reproche.

—No creo tener ningún problema —replicó Mary Sinclair.

Era una joven de dieciocho años, menuda y de apariencia delicada. Su rostro en forma de corazón, con hoyuelo en la barbilla y facciones exquisitas, enmarcadas por una brillante cabellera rubia, conspiraba para darle un engañoso aire angelical, que ocultaba una inteligencia decidida y fuerte. La señora Lyon, al enfrentarse con esa respuesta, proyectó en su rostro tenso una severidad aun mayor de la que realmente sentía; esa postura solía otorgarle un control absoluto sobre las alumnas. Tenía en las manos un pequeño volumen encuadernado de cuero rojo.

—Las jóvenes de Mount Holyoke no tienen tiempo que perder en novelas nuevas y triviales. Sobre todo si cumplen con los horarios que les son indicados el primer día.

”Nos levantamos a las seis. Desayunamos a las siete. Las horas de estudio se inician a las ocho. A las nueve nos reunimos en la Sala de Seminario para nuestras devociones. A las diez y cuarto repasamos historia antigua. A las once, las alumnas deben recitar un fragmento del *Ensayo sobre el hombre* de Alexander Pope, una obra de gran valor social y filosófico. A las doce se realizan ejercicios de calistenia por un cuarto de hora. Después, quince minutos para las lecturas prescriptas antes de almorzar, a las doce y media. Durante esos quince minutos, no creemos que las alumnas lean esas ficciones.

La señorita Lyon blandió el librito, revelando su título: *La letra escarlata*, estampado en el lomo.

—Este sucio volumen fue descubierto entre los otros libros de su dormitorio. Ahora bien, si los deberes de la escuela no logran concitar toda su atención, tal vez fuera preferible que usted nos abandonara. Pienso escribir a su padre al respecto. ¿Tiene algo que decir antes de que lo haga?

—Sí, señorita Lyon. —Mary Sinclair se irguió en la silla, decidida a no dejarse acobardar por amenazas—. Todos los días, después de almorzar, desde la una y media hasta las dos, como se me ha ordenado, canto en la Sala de Seminario. Desde las dos hasta las tres y media practico el piano, como se me ha ordenado, pues el cielo prohíbe que una señorita refinada sea deficiente en educación musical.

La señorita Lyon respondió:

—Se supone que cualquier joven culta de Mount Holyoke debe ser, al menos, hábil en el campo de las artes, a fin de que pueda ocupar su sitio en la sociedad. En la sociedad adecuada.

—En efecto —asintió Mary Sinclair, continuando con el recitado de la rutina diaria—. A las cuatro menos cuarto voy a la Sección donde, junto con las otras

alumnas, hago un resumen de mi jornada, incluyendo cualquier ausencia, demora, ruptura del silencio en las horas de estudio, recepción de visitas en mi cuarto o infracción alguna digna de mención. Asisto a sus conferencias a las cuatro y media, ceno a las seis y mantengo silencio durante las horas de estudio hasta las nueve y cuarto. Entonces, suena la campana que indica la hora de retirarse. A las diez menos cuarto, al sonar la segunda campana, apago la luz y me duermo, obediente.

—Entonces, insisto, ¿cuándo lee este tipo de cosas? —repitió la señorita Lyon.

—Como ningún reglamento prohíbe levantarse antes de las seis, despierto a las cinco y dispongo de una pródiga hora para leer lo que me guste.

—Incluyendo esta porquería lujuriosa —concluyó la señorita Lyon—. Naturalmente, tendré que informar a su padre con respecto a este libro.

—Naturalmente —respondió Mary Sinclair—. Pero debo informarle *a usted* que ha sido él quien me lo envió.

—¡No lo creo! —exclamó la directora, pasmada.

—Sí, con una nota donde me decía: «Mi queridísima Mary, aquí tienes un volumen que, por desgracia, no tuve la buena suerte de publicar. Este autor, Hawthorne, me inspira grandes esperanzas. Léelo y hazme conocer si estás de acuerdo».

La señorita Lyon se recostó en el asiento, desconcertada por no contar con su aliado más confiable: un padre dominante y amenazador.

—Bueno —dijo, por fin—, tendré que pensar en esto.

En cuanto Mary abandonó su despacho, la señorita Lyon volvió a sus archivos y sacó la carpeta de Sinclair. Allí leyó que Amos Sinclair se dedicaba, realmente, al negocio editorial en Nueva York. Decidió devolverle directamente el volumen, con una carta donde le indicaría que, en el futuro, evitara enviar semejante literatura a su hija.

En cuanto al desempeño de la niña, hasta el momento había demostrado ser una alumna excepcional. Su mente curiosa buscaba estudios que superaban los cursos prescritos. Sin embargo, como señorita era demasiado franca y segura de sí misma.

Algunas semanas más tarde, la señorita Lyon se vio obligada a enviar otra carta a Amos Sinclair.

Creo, señor, que su hija estará mejor en alguna institución de enseñanza y no en un Internado para señoritas. Ella le explicará de qué se trata cuando llegue a su casa, pues esta semana se retirará de aquí por pedido mío.

Los acontecimientos que llevaron a esa nota breve, pero definitiva, se iniciaron cuando Mary Sinclair miró por la ventana de su cuarto, hacia la horrible aurora de Nueva Inglaterra. Sólo una fina capa de escarcha ocultaba el mal estado del campo pardusco. Las hayas, como esqueletos blancos, sobresalían contra la neblina. Iba a apartarse de la ventana cuando vio llegar una carreta por el camino. Un hombre

robusto, envuelto en un pesado sobretodo lanzando nubes de vapor con el aliento, detuvo el caballo.

Una silueta menuda saltó a tierra, levantó un enorme peso del carro y lo arrastró hasta la parte delantera para atar al caballo.

Mary Sinclair, al observarlo, sintió que forcejeaba junto con aquella silueta menuda, a la que acababa de identificar como perteneciente a un niño de siete u ocho años. Cada aliento espasmódico vaporizado en el aire servía para acentuar la dificultad que experimentaba. Aunque Mary no llegaba a oír la voz del carrero, sus modales impacientes y el modo en que el niño se esforzaba ponía en claro que el hombre era tiránico y autoritario.

Ya atado el caballo, el niño volvió al carro para retirar de él varios cepillos largos y dos baldes grandes. El conductor bajó de un salto y le hizo señas de que lo siguiera. Hombre y niño cruzaron el campo en dirección a la casa de la directora Lyon. Por el camino, el niño tropezó varias veces, dejando caer los cepillos, en tanto los baldes se alejaban, rodando. En cada ocasión, mientras se afanaba por reunirlos todo, su impaciente capataz lo acosaba a gritos. Por fin llegaron al porche de la casa.

El hombre ladró otra orden y el muchachito corrió de nuevo al carro, para sacar de él una larga escalerilla. Era tan pesada e incómoda que no podía llevarla, pero logró arrastrarla por el prado, dejando unas ondulantes huellas pardas en la tierra escarchada. Por fin, al llegar a la casa, hizo un esfuerzo por levantar la escalerilla, pero no lo consiguió. El hombre se hizo cargo, enojado, y acomodó la escalerilla contra el costado de la vivienda, cerca de una chimenea.

El niño, sin necesidad de nuevas órdenes, tomó un cepillo largo y trepó por los peldaños hasta desaparecer en el interior de la chimenea.

En cuanto estuvo fuera de la vista, Mary Sinclair volvió a la cama y se acurrucó bajo las frazadas, aún calientes, para reanudar la lectura del libro con que su padre había reemplazado a *La letra escarlata*. Pero su mente insistía en recordar aquella silueta flaca y diminuta, que forcejeaba en terreno abierto, tratando de llevar los cepillos y los rebeldes baldes.

Mary apartó el libro, arrojó a un lado el cobertor caliente y comenzó a vestirse de prisa. Una vez preparada para enfrentar el frío, bajó las escaleras, con cuidado de no despertar a sus compañeras, y salió de la vieja casa de madera, convertida en dormitorios para doce muchachas, para cruzar el campo hacia la casa de la señorita Lyon.

Se acercó por el costado y espió por la ventana, entre las cortinas de encaje. En un principio, la sala le pareció desierta. Empero, al mover los ojos hacia la pared de la izquierda, descubrió al hombre corpulento inclinado hacia el hogar frío, donde caía una lluvia de hollín y ceniza.

Al cesar el torrente, el cepillo largo cayó en la estufa, seguido por la flaca figura del niño, que bajó esforzándose. Estaba tan negro que su rostro pálido y ojeroso ya no era visible. Mary sólo pudo distinguir dos ojos grandes y fijos, anticipándose

temerosamente a la orden venidera.

En cuanto ésta llegó, la diminuta silueta comenzó a juntar el polvo y el hollín, que colocó en uno de los baldes. Cargado con él, salió tambaleándose de la habitación y echó a andar hacia el carro. Mary lo siguió.

—Deja que te ayude —exclamó, levantando la voz.

El niño, aterrorizado, giró en redondo con tanta celeridad que dejó caer el balde, esparciendo su contenido. De inmediato se arrojó de rodillas para levantar el hollín con las manos. Mary también se hincó para ayudarlo, pero él protestó:

—Mejor que no —dijo, con un acento raro—. A él no le va a gustar.

El niño lanzó una mirada subrepticia por sobre el hombro, en dirección a la casa. Mary conocía esa forma de hablar, pues los Sinclair habían empleado cierta vez, por breve tiempo, a una mucama venida de Gales.

—¿Quién es él? —preguntó, mientras seguía echando polvo y hollín en el balde.

—El señor Wilson —explicó el niño, con mucho respeto.

—¿Y quién es el señor Wilson?

—¿Cómo quién es el señor Wilson? —repitió él con su acento cadencioso, sorprendido de que la señorita no lo supiera—. Vaya, es mi patrón. Mi madre dice que tuvo mucha suerte al ponerme como aprendiz con él. No acepta a cualquiera, ¿sabe usted? Hay que cumplir con muchas exigencias.

—¿Y cuáles son esas exigencias? —preguntó Mary, con curiosidad.

—Bueno, para empezar, tengo la suerte de ser chico para mi edad. El señor Wilson insiste mucho con eso. Si no, ¿cómo va a trabajar uno dentro de esas chimeneas tan angostas?

—¿Qué edad tienes? —preguntó ella.

—Diez y pico.

Mary había calculado siete u ocho. El niño no pudo levantar el balde para arrojar la basura en el carro, de modo que ella lo ayudó, mientras preguntaba:

—¿Hace mucho que realizas este tipo de trabajo?

—Más o menos dos años —respondió él, levantando el balde vacío—. Tengo que volver. No le gusta que me demore. Sobre todo para hablar con desconocidos.

—¿Cómo te llamas, niño?

—Gwillem.

—¿El nombre completo?

—Gwillem Gwillem —respondió él. Sus ojos se desviaban, nerviosos, hacia la casa.

—Gwillem, ¿sabe tu madre lo que haces? ¿Te ve cuando llegas a tu casa por la noche, en estas condiciones?

—No vuelvo a casa —aclaró el niño—. Vivo con el señor Wilson. Él me da un buen lugar para dormir. Abrigado. En el establo.

Mary Sinclair se arrodilló para mirarlo a los ojos.

—No haga eso, por favor, señorita —pidió el niño, apartando la cara.

Mary sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió un poco el hollín, descubriendo las mejillas pálidas y hundidas.

—¿Tienes hambre, Gwillem? ¿Desayunaste ya?

—El señor Wilson dice que no me conviene comer mucho. Podría crecer demasiado para este trabajo. Y entonces ¿qué haría? Mi madre no puede recibirme otra vez. Ya tiene muchos en casa.

Desde el porche de la casa llegó un grito, que despertó ecos en el aire helado.

¡Maldito muchacho! ¿Dónde estás?

—Mejor me voy.

Y echó a correr por el prado. Al llegar al porche, Wilson lanzó la mano contra la cabeza del pequeño.

—¿Con quién estabas hablando?

—Con una señorita —dijo Gwillem.

—Ya te daré yo, estar hablando con señoritas en vez de trabajar.

Y lo empujó hacia la puerta. El niño tropezó, soltando el balde, pero se arrastró para recobrarlo antes de que Wilson pudiera volver a pegarle.

Mary Sinclair, afligida, vio al patrón que empujaba a su pequeño aprendiz hasta la casa. Echó a andar hacia su propio cuarto, pero no pudo librarse de un tormento: los ojos aterrorizados en esa carita flaca y ennegrecida. Y acabó por cruzar el prado en dirección a la casa que servía como cocina y comedor para las alumnas.

Al abrir la puerta de la cocina la recibió el alentador aroma del *porridge*^[10], que hervía a fuego lento desde la noche anterior. Sobre la cocina de carbón, había dos grandes ollas con huevos en agua hirviendo. La señora Meade, cocinera y panadera, acababa de sacar del horno cuatro grandes moldes con pan dorado, para ponerlos a enfriar.

—¿Sí, niña? —dijo a Mary, al verla ante la puerta—. ¿No te sientes bien? ¿Quieres una taza de té?

—Señora Meade, quisiera una escudilla grande llena de porridge, con mucha crema. Y dos grandes rebanadas de ese pan con manteca.

La cocinera, inmediatamente, se la llevó a un rincón de la cocina, lejos de las dos sirvientas que plegaban apresuradamente las servilletas limpias. En tono muy confidencial, preguntó:

—Dime, hija, ¿cuánto hace que tienes tanta hambre?

Mary, desconcertada, tardó en responder. La señora Meade insistió:

—Es una señal, ¿sabes? Cuando las mujeres están así tienen mucha hambre. Comen por dos, como se dice.

—Oh, no —aseguró Mary—. Es para un niño. El deshollinador.

—Ah, ése. De vez en cuando le alcanzo un poco de comida. ¿Está aquí?

—Sí.

—Espera, entonces.

La señora Meade tomó un cuenco hondo y lo llenó de cereal humeante, al que

agregó una buena cucharada de manteca y, encima, la crema, hasta que juntas formaron una rica salsa dorada. Cortó dos rodajas de pan caliente, las cubrió con gruesas capas de manteca y, obedeciendo a una última idea, agregó un vaso grande de leche. Puso todo en una bandeja y lo cubrió con una servilleta limpia, diciendo:

—Llévaselo, hija, pero cuidado con ese Wilson. ¡Es terrible!

Mary Sinclair los encontró trabajando en la salita de la casa de la señorita Lyon. El niño acababa de dejarse caer por la chimenea y estaba recogiendo el polvo y el hollín. Wilson rondaba a su alrededor, urgiéndolo:

¡Apúrate, muchacho! Tenemos que limpiar todas estas casas y estar en otro lado antes de mediodía.

Mary Sinclair entró en la sala, depositó la bandeja y dijo:

—¡Gwillem! ¡Ven!

—¿Quién diablos es usted para darle órdenes a mi muchacho?

Mary no cejó.

—¡Gwillem!

El niño miraba fijamente al señor Wilson, sin atreverse a dar un paso. Los ojos, blancos y grandes, sobresalían en la cara ennegrecida.

—Gwillem —insistió ella, con suavidad—, ¿no quieres un poco de *porridge*? ¿Pan recién horneado, con mucha manteca? ¿Un vaso de leche fría?

Los ojos del niño se clavaron en la comida, al levantar ella la servilleta para tentarlo. Aun desesperado por acercarse, temía demasiado a su patrón; por eso permaneció allí, con los labios temblorosos y los puños diminutos muy apretados.

—No te aflijas, Gwillem. No te hará nada —le aseguró Mary, fulminando a Wilson con la mirada—. Si lo intenta lo acusaré ante la ley.

—Conque la ley, ¿eh? —contraatacó Wilson, furioso— ¡Ya veremos!

Y echó a andar hacia la puerta.

En cuanto el hombre desapareció, el pequeño Gwillem corrió hacia Mary. Habría recogido la comida con las manos llenas de hollín, pero la muchacha le limpió los dedos y la cara con la gran servilleta blanca. Al limpiarle el polvo notó que los dedos parecían pequeñas garras huesudas. La conmovió casi hasta el llanto ese diminuto ser humano aturdido, mal entrazado y muerto de hambre. Le puso la servilleta al cuello y comenzó a darle grandes cucharadas de aquella cremosa mezcla caliente, mientras él la alternaba con mordiscos de pan fresco.

El señor Wilson reapareció minutos después, acompañado por la señorita Lyon, que, obviamente, se había vestido apresuradamente.

—¡Allí la tiene! —acusó el hombre.

—¡Debí de haberlo imaginado! —exclamó la directora, cruzando el cuarto para enfrentarse a Mary.

Gwillem dejó de comer y levantó la mirada, aterrorizado. Mary le alcanzó la cuchara, diciendo:

—Sigue comiendo, Gwillem.

Y se volvió para desafiar la mirada fulminante de la directora.

—Y bien, señorita Sinclair, lo que el señor Wilson me ha dicho es cierto. Ha interferido con su trabajo.

—Ese niño está muerto de hambre —protestó Mary.

—¡Eso no es asunto suyo!

Mary Sinclair respondió, con firmeza:

—En este estado hay una nueva ley, según la cual no se puede emplear a ningún menor de trece años...

Wilson la interrumpió, citando:

—... en talleres, fábricas o establecimientos mercantiles. ¡Y este lugar no es ninguna de esas cosas! Ya sabe lo que puede hacer con su ley. Además, su madre me lo ha entregado legalmente como aprendiz. ¡O sea que, si alguien aquí está desobedeciendo la ley, ésa es usted!

Y se volvió hacia la señorita Lyon, agregando:

—Bueno, si quiere que siga con mi trabajo, hágala salir y que prometa no volver a molestarme.

La señorita Lyon dijo, ásperamente:

—Señorita Sinclair, retire esa bandeja. Llévela adonde debe estar y venga a mi despacho.

Mary Sinclair se acercó al niño, que estaba terminando los restos del *porridge*. Gwillem levantó la mirada, pero de inmediato sus ojos se fijaron en la tajada de pan restante. Ella se la entregó.

—Guarda esto para más tarde.

Levantó la bandeja y salió, deteniéndose por un instante para mirar al niño, cuyos ojos enormes la seguían.

Una hora más tarde, la señorita Lyon estaba espetando un sermón a Mary Sinclair.

—Usted resulta una influencia muy perturbadora en este Internado. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

—Sólo que me parece inhumano e indigno de cristianos permitir que se mantenga a un niño en semejante estado de temor, ignorancia y hambre.

—Señorita Sinclair, nadie la ha nombrado guardián de los niños trabajadores del Estado de Massachusetts. La ley se encarga de eso.

—Por lo visto, la ley no es lo bastante amplia —argumentó Mary. ¡Alguien debe hacer algo!

—Bueno, ese alguien no será usted —proclamó la directora—. Me veo obligada a pedirle que se marche. Ahora mismo, antes de que termine el ciclo. Y le escribiré a su padre, como corresponde.

Capítulo 9

Era el 4 de junio; habían pasado exactamente tres meses desde que Mary Sinclair volvió a su casa del bajo Manhattan, tras su breve carrera en el Internado para señoritas Mount Holyoke.

El día era cálido y soleado; había aceptado salir de pícnic con Anthony Wheaton, un joven que, al visitar con mucha frecuencia la casa de los Sinclair, provocaba muchas murmuraciones entre los vecinos.

Sin duda, afirmaban los rumores, estaba cortejando a Mary. En ese caso le esperaba una vida difícil. Porque ella no dejaría de aceptar, considerando que él era heredero de una gran fortuna neoyorquina, hecha en la industria naval. Y, con mayor certeza, lo enloquecería por toda su existencia, con sus estudios excesivos y su audaz costumbre de expresar fuertes opiniones, especialmente en compañía mixta... cosa que ningún esposo con amor propio podría tolerar.

Ese día de junio, a través de las cortinas de encaje, las madres del vecindario espían furtivamente a Anthony Wheaton y a Mary Sinclair, que salían de la casa. Él llevaba un gran cesto de pícnic, bien cubierto con un repasador^[11] a cuadros blancos y azules. Puso la canasta tras el asiento delantero del coche, ayudó galantemente a Mary para que ocupara su sitio, desató las riendas del palenque^[12] y trepó a su lado. Con un fuerte chasquido de las riendas, hizo que la yunta de caballos iniciara la marcha.

Recorrieron varias calles de la ciudad, donde las aguas servidas corrían en arroyuelos por entre los adoquines. El hedor hizo que Mary sugiriera:

—Vayamos hacia el norte, lo más lejos posible.

—No tan lejos —advirtió Anthony—. Allá hay demasiadas enfermedades. La fiebre de los pantanos. Mi padre dice que la mayor parte de Manhattan no será habitable jamás, debido a esa maldita fiebre. —Y de inmediato se disculpó—: Perdón.

—¿Por qué?

—Por la palabra que usé.

—¿Lo dices por lo de «maldita»? La he leído en varios de los libros publicados por mi padre.

Anthony, algo tímido, comentó:

—Mi padre también tiene algo que decir con respecto a eso.

—¿Ah, sí? —lo instó la joven, aunque adivinaba la respuesta.

—Dice que en estos tiempos somos demasiado licenciosos. Las cosas que se publican en algunos libros van más allá del buen gusto y la decencia.

—En otras palabras —dedujo Mary Sinclair—, a tu padre no le gusta mi padre.

—Le gusta tu padre, pero no los libros que publica.

—Comprendo.

—De cualquier modo —agregó el joven, apresuradamente—, tú le gustas. Dice que eres inteligente y sumamente bonita. Hasta dice que, una vez... se detuvo en seco.

—¿Una vez...? —preguntó Mary.

—Una vez que estemos casados y ocupes el debido lugar en nuestra familia, modificando algunas de tus ideas, serás una esposa y una madre excelente.

—¿También tiene pensado cuántos hijos vamos a tener? —inquirió ella.

—¿Estás enojada?

—¡No!

Anthony, sin decir más, hizo chasquear las riendas sobre el lomo de los caballos y continuó el avance hacia el norte.

Bajo un gran olmo, al norte de la calle 33, en una zona boscosa y casi intacta, disfrutaron del almuerzo al aire libre, consumiendo carne fría, pollo, pan fresco y sabrosas verduras, que Agnes les había puesto en la cesta por insistencia de la madre. Ella creía con firmeza que las verduras eran buenas para la digestión, aunque los más prudentes evitaban comer todo lo cultivado en Nueva York o en sus alrededores, podían causar enfermedades: fiebre amarilla, viruela, tifus.

Una vez terminada la comida y vacía la única botella de clarete, se tendieron bajo la protección del olmo para aspirar el aire fresco y perfumado de junio.

—No puedo creer que un aire tan aromático pueda causar enfermedades —dijo Mary, bruscamente.

—¿Cómo puedes pensar en semejantes cosas en un momento tan romántico? Es mejor pensar en...

—¿En qué?

—En nosotros.

—¿Y qué sobre nosotros?

Anthony se volvió levemente para tomarla en sus brazos, pero Mary se apartó lo suficiente como para esquivarlo.

—Por favor —le instó él—, sólo un beso.

—Que llevará a otro beso. Y a otro. Y después, sabe Dios a qué. Seguramente algo de eso que tu padre no vería con buenos ojos.

—Oh, Mary —comenzó él; pero cambió de tono para implorar, con más suavidad—: Queridísima...

En esa oportunidad, se dejó abrazar y besar. De pronto se encontró respondiendo con un fervor que los sorprendió a ambos. Sintió que él se contenía por un momento, pero luego la abrazó con tanto deseo que Mary debió hacer uso de toda su fuerza para apartarse.

—Por favor... —la tentó el muchacho, con un susurro apasionado.

—No sería justo.

—¡Claro que sí! —protestó él—. Quiero casarme contigo.

—No sería justo para contigo —señaló Mary, suavemente—, porque no pienso

casarme. Al menos, no tan pronto.

—Pero debes hacerlo —insistió Anthony—. Ya has cumplido diecinueve años. Si esperas mucho, cumplirás veinte, veintiuno...

—Veintidós —completó la joven—. Y me convertiré en una solterona. Y la gente se preguntará qué pasa conmigo, ¿no?

El joven; con tanto dogmatismo como su padre, advirtió:

—La vida es tan incierta en esta ciudad, con los asesinatos, las enfermedades y las pestes, que las mujeres deberían casarse y tener hijos a edad temprana. Por si algo ocurre.

—Comprendo. Como algunos insectos y ciertos peces, la mujer debe tener su cría y prepararse a morir. A mí me parece, Anthony Wheaton, que sería mejor averiguar por qué mueren tan jóvenes las mujeres, a fin de evitarlo, y no aceptarlo con tanta tranquilidad. ¡Llévame a casa!

—Sólo trataba de hacerte ver...

—¡Llévame a casa! —insistió Mary.

En el trayecto de regreso no hubo ningún intento de conversación entre ellos. Ante la puerta de su casa, Mary dijo, tan sólo:

—Si te parece que decir «maldito» está mal, deberías oír cómo hablan las refinadas señoritas de Mount Holyoke cuando están solas. ¡Tu padre enmudecería de espanto!

Antes de que pudiera contestar, Mary había desaparecido detrás de la puerta.

Edith Sinclair, que dedicaba los miércoles a coser para los pobres en la iglesia de la Trinidad, volvió poco después. Mary la llamó desde su cuarto.

—Mamá, ¿eres tú?

—Sí, querida —replicó la señora Sinclair—. ¿Por qué volviste tan temprano, si el día es tan hermoso? ¿No te sientes bien?

Mary asomó por el tope de la escalera.

—Me siento perfectamente —aseguró, con demasiado vigor.

Lo cual fue suficiente para que su madre dejara caer el sombrero y el bolso de la costura para subir inmediatamente la escalera. Una vez arriba, apoyó la mano sobre la frente de Mary para ver si estaba afiebrada.

—No habrán salido de la ciudad, ¿no? —preguntó.

—Sí, salimos.

—Bueno, en ese caso tomarás ahora mismo una dosis de cloruro de mercurio. No sólo cura la fiebre, sino que la evita —dijo la madre, autoritaria.

—No tengo ninguna fiebre. Es decir, una —admitió Mary, audaz—. Y quisiera hablar contigo del asunto.

Mary la tomó de la mano, la llevó al dormitorio y cerró cuidadosamente la puerta. La madre, ya tan afligida como desconcertada, aventuró:

—¿Sí, querida? ¿Qué pasa?

Mary relató lo acontecido en la tarde, sobre todo el incidente de los besos de

Anthony.

—Es natural que un hombre quiera besar a una niña bonita. Y también fue muy correcto de tu parte resistirte después.

—Pero lo que me perturbó fue lo que yo sentía. Hubo un momento en que lo quise tan apasionadamente como él a mí —confesó.

¡Muy bien! —exclamó la madre, en tono de confianza—. Te diré: las esposas, querida, se someten porque es su deber. Pero desear de ese modo a un esposo es un privilegio muy raro. —Y agregó, rápidamente—: ¿Seguro que no le permitiste llegar más lejos?

—Seguro, madre.

—¡Bien! Si lo amas así, el matrimonio promete ser muy feliz.

—Ése es el problema —admitió Mary, reacia.

—¿A qué te refieres, hija?

—Sentía deseo, pero no amor.

—¿Cómo? —inquirió la madre, espantada.

—Deseo, mamá. Lujuria, supongo. Por un hombre, por cualquiera. Porque no tengo intenciones de casarme con Anthony. Sin embargo sentí ese deseo... muy profundo, muy apasionado... Por eso me desconcerté...

—No sé qué decirte —manifestó la madre, empleando la fórmula con que solía negarse a conversar sobre ciertos temas.

—¿Hay algo malo en mí? —preguntó Mary.

Se volvió hacia el espejo del tocador para escudriñar sus propios ojos azules. La madre se acercó a ella.

—Mary, querida, si prometes no decírselo a tu padre, te mostraré algo.

Desapareció por algunos minutos. Al regresar traía dos libros apretados contra el pecho, cuyos títulos, obviamente, trataba de ocultar.

—Antes de que tu padre vuelva, lee esto. Tal vez te ayude.

Mary leyó el título del primero: *El sentido común en medicina: Aplicado a las causas, la prevención y la cura de enfermedades crónicas y la infelicidad matrimonial*, de Edward H. Foote. El segundo se llamaba: *Agotamiento nervioso: su causa y su cura, con informaciones prácticas sobre el matrimonio, sus obligaciones e impedimentos*, de L. J. Kahn.

—Quizá te sean útiles, aunque no recuerdo que traten tu problema, en particular —dijo Edith.

Dejó a su hija consumiendo las creencias populares y las supersticiones de la época.

Fuera cual fuese el contenido de los libros y su utilidad para Mary, la habían decidido al menos en un aspecto. Lo mejor sería comunicar a su padre, esa misma noche, que compartía una sola idea con la señorita Lyon, directora del Mount Holyoke: la firme creencia de que estaría mejor en una institución de enseñanza que en un Internado para señoritas. Ya en la sala, después de cenar, anunció:

—Padre, he decidido que quiero estudiar medicina.

—¿Edith! ¿Oíste lo que dijo tu hija? —exclamó Amos Sinclair. Cuando Mary lo disgustaba se convertía en la hija de su esposa, únicamente—. ¿Tenías alguna sospecha de que albergara semejante idea?

—No, Amos.

Se levantó de un salto y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Estudiar medicina, una mujer! ¡Nunca se ha visto!

—Claro que sí, padre —respondió Mary, con voz suave, pero firme—. Otras cinco mujeres han llegado a recibirse^[13], en este mismo país.

El padre se volvió para encararla.

—¿Pero tendrías que familiarizarte con la anatomía... con...! —Por fin se atrevió a decirlo—: Con la anatomía de los hombres, también. ¡Espantoso, absolutamente espantoso! ¡No lo voy a permitir! Además, ninguna escuela respetable te aceptaría.

—Hay una que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—En Filadelfia se creó una escuela nueva, hace dos años: la Escuela Femenina de Medicina. He enviado mis antecedentes y dijeron que me aceptarían.

Amos Sinclair se volvió hacia su esposa.

—¿Han estado conspirando a mis espaldas, ustedes dos?

—No, Amos, te doy mi palabra —replicó Edith, rápidamente.

Él continuó paseándose y murmurando:

—Traté de criarte de una manera liberal. Y así me pagas. Creí que, con tu inteligencia, tu vocabulario, podrías llegar a ser correctora, tal vez hasta escritora. Una profesión refinada y respetable para cualquier mujer, en estos tiempos. Algo que las esposas pueden hacer en su casa, sin descuidar al marido y a la familia. ¡Pero la medicina! ¿Has pensado en las cosas terribles que deberías presenciar? Cirugía. Sangrías. Enfermedades. ¡Muertes! ¿Estás segura de tener estómago para todo eso?

—No puedo saberlo si no hago la prueba —observó Mary, que también se sentía llena de dudas.

—Bueno —comentó el padre—, necesito pensarlo muy bien antes de aceptar algo que afectará toda la vida de mi hija.

Sin que Mary lo supiera, Amos Sinclair hizo varias averiguaciones sobre la Escuela Femenina de Medicina de Filadelfia. Descubrió que la dirigían tres respetables médicos; uno de ellos era mujer. Un día, al comenzar el otoño de 1852, con el pretexto de visitar a un escritor, viajó a Filadelfia para inspeccionar las instalaciones de la escuela, a la que había llegado a considerar su enemiga.

Le mostraron dos pequeñas aulas para las conferencias y una diminuta sala de autopsias donde se enseñaría patología.

—¿Y esto es todo? —preguntó a la médica a cargo.

—Sólo aceptamos a cuatro estudiantes para cada curso de dos años. No necesitamos nada más.

Amos Sinclair estudió aquel magro patrimonio y comentó:

—Bueno, supongo que, para mujeres, es bastante.

Por fin, con graves presentimientos negativos, consintió en que su hija ingresara en la Escuela Femenina de Medicina.

Capítulo 10

Por primera vez en sus veinte años de vida, Mary Sinclair había encontrado un tema que absorbiera por completo su interés. Todo cuanto leía se refería a la medicina. No sólo devoraba los periódicos que llegaban de París, Londres y Berlín, sino también obras sobre la historia de la medicina. Le encantaba leer sobre antiguas teorías, descartadas mucho antes, y sobre otras más recientes, de las cuales una le fascinaba. Se llamaba homeopatía. La terapia, creada por el doctor Samuel Hahnemann, consistía en ínfimas dosis de drogas que podían provocar, en una persona sana, los mismos síntomas presentes en el paciente a tratar. Entonces se administraban grandes dosis de esas drogas al paciente, pero con resultados bastante inciertos.

Cuanto más leía, más pensaba: «Teorías, teorías, pero muy poca terapia específica». Y ésta, en general, se limitaba a las sangrías, las ventosas y pociones de horrible sabor, sin valor comprobado. No era de extrañar que los pacientes rezaran por sobrevivir, no a la enfermedad, sino al tratamiento.

En clase formulaba preguntas penetrantes que atormentaban a sus profesores. Sus inquietudes no se dirigían sólo al tratamiento de la enfermedad, sino a sus causas; más de una vez preguntaba: «Si supiéramos de dónde provienen las enfermedades, ¿no estaríamos en mejores condiciones para tratarlas?».

Los profesores respondían siempre con una de las teorías aceptadas, sin proporcionarle una sola vez una respuesta lo bastante específica como para apaciguar su mente insaciable y curiosa.

Al terminar su primer año, Mary Sinclair fue llamada por la decana de la pequeña escuela.

—Señorita Sinclair, hemos estado revisando su desempeño en este primer año.

Mary se apresuró a disculparse:

—Ya sé que he sido molesta con tantas preguntas. Pero si una va a hacerse cargo del tratamiento de pacientes, debería saber todo lo posible. Trataré de ser más prudente en el segundo año.

—No cursará el segundo año —le informó la decana.

—¿Eso significa que me expulsan? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—No la expulsamos. Le daremos el diploma. Hemos decidido que está ya tan capacitada como la mayoría de los hombres que se gradúan en las mejores escuelas de medicina.

—Pero me siento muy incapaz... —protestó Mary.

—Igual que todos, ¿no le parece? Sin embargo, nuestros conocimientos tienen un límite. Como usted ha absorbido cuanto podemos enseñarle, sería una pérdida de tiempo que pasara un año más aquí. Por eso vamos a darle un diploma. Ya puede iniciar la práctica.

Con el diploma en la mano, Mary Sinclair volvió a Nueva York.

El padre le dio la bienvenida con inmenso alivio.

—No se te nota distinta. Ni vistes diferente. Ningún hombre sospecharía que lo conoces mejor que él mismo.

En tanto le entregaba el prematuro diploma, la joven comentó:

—Este documento, que me autoriza a curar a los enfermos, es un instrumento mortífero.

Amos Sinclair miró fijamente a su hija, por encima del certificado.

—¿Cómo, Mary?

—Si esto me autoriza a tratar a los pacientes, en mi actual estado de ignorancia, eso significa que puedo salir a cometer asesinatos.

—Entonces ¿no vas a practicar? —preguntó Amos Sinclair, secretamente aliviado.

—Todavía no.

La palabra «todavía» volvió a agitar los temores paternos.

—Querida mía, ¿qué quieres decir?

—El centro de la buena medicina está en París. Allí hay un médico llamado Pierre Louis, que trata la medicina como una ciencia y no como un arte. Sus escritos son fascinantes. Sus observaciones abren nuevos panoramas al pensamiento médico. Quisiera continuar mis estudios en París.

—¡En París! —exclamó Amos Sinclair, en voz tan potente que la esposa acudió corriendo al estudio.

—¿Amos? —inquirió, temiendo por su salud, pues se daba por seguro que la cólera, en los hombres maduros, llevaba a la apoplejía.

—¡En París! —aulló él—. ¡Quiere estudiar en París!

Edith Sinclair se atrevió a decir:

—Después de todo, tú insististe para que estudiara francés. Domina el idioma bastante bien como para ingresar. ¿Por qué no París, entonces, si es el centro de los estudios médicos?

—Porque... —Amos Sinclair trató de reunir argumentos—. Una joven soltera, sola, viviendo en París, nada menos... Como padre responsable, no puedo permitirlo.

—Amos, esta niña inocente ya tiene veinte años. Es culta, decidida, inteligente y muy capaz de cuidar de sí misma.

—Pero París... —De pronto lo arrebató la inspiración—. ¡Qué sabemos nosotros si querrán aceptar a un estudiante norteamericano, mucho menos si es mujer!

—Eso fue lo difícil —reconoció la esposa—. Nunca habían inscripto a una mujer en la École de Médecine.

—¿Cómo sabes? —inquirió él.

—Porque les escribí —admitió Edith—. Les hablé de las condiciones excepcionales de Mary y respondieron que, si bien eso no tenía precedentes, sus calificaciones eran inmejorables, de modo que estaban dispuestos a darle una oportunidad. Sin garantizar que siguiera el curso hasta el final ni que llegara a

recibirse.

—¿École de Médecine? —murmuró Amos Sinclair—. ¿París? Todo esto a mis espaldas. Mi propia esposa... —Pero acabó por aceptar—: Muy bien, entonces que sea en París.

Mary Sinclair besó a su padre. Él fingió rechazar esa muestra de afecto, aunque era lo que más preciaba.

Esa noche, en la intimidad de su dormitorio, le reprochó a su esposa su actitud:

—Edith, debiste haber hablado conmigo antes de escribir.

—Amos, querido mío, Mary es una joven excepcional y es preciso tratarla como tal.

Sinclair confesó:

—Yo tenía la esperanza de que algún día ingresara en el negocio. Por Dios... París —susurró.

Y se quedó dormido.

Capítulo 11

David Lilliendahl, con veintiún años de edad, se estaba vistiendo para iniciar el primer día como estudiante inscripto en la Escuela de Medicina de la Universidad de Viena. Se puso la camisa recién planchada por su madre. El padre le había dado una de sus dos últimas corbatas decentes. Estaban decididos a que su hijo, aquel primer día, luciera en un pie de igualdad con cualquiera de los estudiantes prósperos.

Era una meta a la que se había llegado no sin grandes sacrificios por parte de los tres. Una vez cerrada la tejeduría y vendidos los telares por muy poco dinero, Moritz Lilliendahl se había empleado como tejedor en una fábrica competidora.

David, que se sentía culpable por la decadencia económica de la familia, hizo lo posible por aumentar los magros sueldos de su padre, desempeñándose como profesor particular de los estudiantes retrasados del *Gymnasium*.

La contribución de la madre consistía en hacer con sus propias manos todo el trabajo doméstico, sin ayuda de afuera. Trataba de tranquilizar la conciencia de su hijo reduciendo la importancia del sacrificio: «Después de todo, este departamento es mucho más pequeño que el anterior. ¿Para qué quiero ayuda?». Aunque todavía residían en el distrito de Leopoldstadt, las circunstancias los habían obligado a ocupar parte de un edificio más viejo y arruinado, en una calle estrecha, no mucho mejor que las barriadas.

A pesar de esa situación, aquél era un día especialmente feliz en la vida de Moritz y Bertha Lilliendahl. A su modo de ver, marcaba el logro más importante que alcanzara miembro alguno de la familia Lilliendahl en todas sus generaciones. Moritz no salió de la casa temprano para ir a trabajar y Bertha preparó un desayuno especial.

David, después de consumir un abundante desayuno, abandonó la mesa, besó a su madre, abrazó a su padre y emprendió la marcha hacia la universidad.

—¿Ves, Moritz? —dijo ella, orgullosa—. A pesar de tus temores y tus advertencias, el muchacho ha resultado de ley.

—Tal vez salió algo bueno de esa maldita revolución —concedió el padre, aunque un poco gruñón—. Ahora será mejor que vaya a trabajar.

Ante esas palabras, los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas.

—No, Bertha, querida, por favor. Nada de llantos. Ser trabajador y no patrón tiene sus ventajas. Es un alivio no cargar con tantas responsabilidades.

La besó con ternura. Ella, en tanto, pensaba que su esposo siempre fingía no estar haciendo ningún sacrificio. Pero la pérdida de la fábrica había sido la gran desilusión de su vida. Ése era el argumento con el cual Bertha había logrado convencer a David de que ingresara en la Escuela de Medicina, aunque el muchacho estaba decidido a no hacerlo.

—La medicina ha sido tu ambición desde la niñez. Ahora que ha llegado el momento, ¿por qué te niegas? ¿Vas a conformarte con un trabajo cualquiera por lo que pasó con el negocio de papá? Bueno, si quieres compensárselo, sigue una carrera

que lo haga sentir orgulloso. Merece esa satisfacción por su sacrificio.

¿Cómo iba David a explicarle sus temores, sus dudas? Llegar a ser médico significaba dedicarse también a la cirugía. ¿Qué pasaría ante la mesa de operaciones, la primera vez que algún profesor le presentara un escalpelo, como había hecho Fischof, diciendo: «Proceda, Lilliendahl. El paciente está en sus manos»?

Eran esas dudas y no la necesidad de aumentar sus ingresos de la familia lo que le habían disuadido de seguir medicina. Por fin, su obligación para con el recuerdo de Fischof le hizo cambiar de idea. No podía aspirar a ser un médico y cirujano heroico, como Adolph Fischof, pero dedicaría su vida entera a ser lo mejor que pudiera.

—¡Buenos días, caballeros! —saludó el profesor Oberndorfer a los veintidós nuevos alumnos reunidos en el anfiteatro.

Era un hombre frágil, casi al punto de parecer marchito. Llevaba anteojos con marco de plata, encaramados en una nariz huesuda y pronunciada. El bigote era abundante y blanco, salvo en las puntas, donde presentaba las manchas amarillas de muchos cigarros.

Contempló al grupo de estudiantes, mientras descargaba golpecitos nerviosos sobre el cráneo que acababa de poner sobre la mesa. Los jóvenes permanecían perfectamente silenciosos, mirándolo con gran respeto. Oberndorfer, entre los estudiantes, tenía fama de ser un maestro tiránico.

David Lilliendahl abrió su nuevo cuaderno en la primera página y escribió, en lo alto: «Notas sobre las conferencias del profesor Oberndorfer».

El profesor levantó el cráneo.

—Caballeros, lo que ustedes ven en mi mano es un cráneo, pero no un cráneo cualquiera. Éste, caballeros, tiene cinco mil años de antigüedad. Ahora bien, no es nada extraordinario que un cráneo tenga cinco mil años de antigüedad. Lo extraordinario es esto.

Sacó un cigarro del bolsillo y lo insertó en el agujero abierto en la parte trasera del cráneo.

—Una de las más antiguas evidencias existentes de trepanación u operación del cráneo humano como medio de tratamiento para la enfermedad. ¿Qué suponen ustedes que se pretendía con esa peligrosa invasión en la cabeza de un paciente? ¿Retirar un cuerpo extraño? ¿Extirpar un tumor? ¿Caballeros...? —invitó, como esperando una respuesta.

Pero los alumnos habían sido advertidos por los estudiantes más avanzados: cuando Oberndorfer preguntaba no se debía contestar. «Le gusta discursar sin interrupciones y hacer chistes agrios. Si ustedes saben lo que les conviene, no respondan. Limítense a reír cuando deban».

—Bueno, como ninguno de ustedes parece conocer la respuesta, tal vez pueda sugerirles una. Esta tosca cirugía fue realizada por algún médico brujo primitivo, en la creencia de que todas las enfermedades son provocadas por un espíritu maligno que invade la cabeza del paciente. Por lo tanto ¿cuál era la terapia obvia?

»Perforar un agujero en el cráneo para que el espíritu maligno pudiera retirarse. Así se curaba al paciente. En realidad, en la gran mayoría de los casos, moría. Lo cual significaba, naturalmente, que el espíritu maligno no había querido retirarse. Por lógica similar, cuando algún afortunado paciente se recobraba, eso se convertía en la prueba de que el espíritu maligno se había marchado. La lógica era infalible. Pero el tratamiento no pasaba de ser un fraude. Un fraude muy conveniente para el brujo bruto que uno escogiera.

Su leve sonrisa fue la señal para que los estudiantes festejaran lo que él consideraba un divertido juego de palabras. Advertidos de que Oberndorfer repetía con especial orgullo aquello de «brujo bruto», los estudiantes rieron por darle el gusto.

David esperaba que el anciano profesor respondiera a aquella risa, pero Oberndorfer anunció, gravemente:

—Caballeros, desde hoy ustedes se iniciarán en el mismo curso fraudulento que esos primitivos médicos brujos. Pues la verdad es que la medicina no ha avanzado desde el tiempo en que se culpaba de las enfermedades a los espíritus malignos.

La atmósfera, en la sala de conferencias, cayó dramáticamente en una inseguridad silenciosa y confundida.

—Sí, estamos en Viena, una de las principales ciudades del mundo, a mediados del siglo XIX, uno de los más iluminados en el curso de la historia, pero sabemos apenas algo más sobre medicina que esos médicos brujos. No hay uno solo, entre nosotros, que pueda curar con claros propósitos una enfermedad.

»Sólo contamos con teorías imposibles de probar. Los pacientes a quienes atendemos no sobreviven en mayor número que aquéllos a los que no atendemos.

»Los médicos no hablamos de curas: hablamos de teorías. Pero nunca he visto que una teoría pueda curar a un paciente. ¡Nunca!

Oberndorfer debió comprender, en ese momento, que se había puesto demasiado emotivo, pues se interrumpió abruptamente, diciendo:

—Caballeros, no... no me siento bien. La clase ha terminado.

El cráneo se le cayó de la mano. Rodó por la mesa y se hubiera estrellado contra el suelo de no haber saltado David para atraparlo en el aire. Cuando el joven se lo ofreció, Oberndorfer, sin prestarle atención, salió del salón.

Los sorprendidos estudiantes formaron pequeños grupos y salieron a tomar cerveza o café en los muchos bares callejeros que rodeaban la Universidad.

David Lilliendahl, sobresaltado por el suceso, no quería cerveza ni conversación. Para él, la experiencia era muy desalentadora, al comienzo de una carrera ya plagada por la culpa y las dudas. Vagó por los corredores, contemplando las vitrinas polvorientas donde se exhibían artefactos de antiguas prácticas médicas. Mientras observaba una de ellas, notó, junto a su propio reflejo en el vidrio, que otra silueta se había unido a él. Al girar descubrió a Oberndorfer.

—Usted es uno de los estudiantes nuevos, ¿verdad? —preguntó el anciano.

—Sí, *Herr* profesor —respondió David, lleno de respeto.

—Lamento... lamento haberlos desilusionado. Fue muy poco profesional de mi parte.

El anciano pareció vacilar sobre los pies. David, instintivamente, alargó una mano para sostenerlo.

—¿Me acompañaría a mi despacho, por favor?

—Por supuesto, señor.

David lo rodeó con un brazo para sostenerlo, pero Oberndorfer, como si no quisiera llamar la atención con su inestabilidad, dijo:

—No hace falta tanto. Bastará con que camine a mi lado.

La oficina de Oberndorfer era un cuarto estrecho y polvoriento, donde se veían gráficos, primitivos estudios de anatomía y gruesos volúmenes médicos, cuyas encuadernaciones estaban gastadas y rotas por años de consulta. Una vez que estuvo sentado, Oberndorfer dijo:

—Gracias. Ahora puede irse.

—¿Puedo conseguirle algo? —preguntó David.

—Lo que necesito está aquí —contestó el anciano, abriendo un cajón de su desaseado escritorio. Sacó de él una botella de líquido ambarino—. ¿Ve esto? —preguntó, ofreciendo la botella al escrutinio de David—. Es el mejor remedio que tenemos. Cuando no se le ocurra qué otra cosa recetar a un paciente, dele una buena dosis de *Schnapps*^[14]. Manténgalo alegremente borracho hasta que muera o se recupere.

Tomó un sorbo de *Schnapps*.

—La situación es irónica. El mismo consejo inútil que damos a nuestros pacientes es lo que tenemos para nosotros mismos cuando nos enfermamos. *Schnapps* y más *Schnapps*.

Levantó el vaso, agregando:

—Muchacho, usted está viendo la cura para el cáncer. De lo contrario, ¿por qué cree que estoy bebiendo a esta hora de la mañana?

David, espantado, comprendió el motivo de la extraña conducta observada por el anciano, que le llamó la atención en la clase.

—No —continuó el viejo—, no me tenga lástima. He dejado a tantos pacientes en la desesperanza y el sufrimiento que merezco el mismo destino. ¿Quiere saber una cosa? Creo que Hipócrates sabía más de la medicina, hace dos mil años, que nosotros en la actualidad. Lea sus escritos, hijo. —Soltó una risita irónica—. ¿Sabe cómo practicaban los antiguos babilonios esta profesión? Con frecuencia pienso que deberíamos hacer lo mismo. Ponían al enfermo en la calle, frente a su casa. Y a todos los que pasaban se les alentaba a formular un diagnóstico y proponer un remedio.

David sonrió para darle el gusto.

—Pero no todo era tan divertido —agregó Oberndorfer—. Por ejemplo, el código de Hammurabi dice: «Si el médico, al abrir el absceso, matara al paciente, se le

cortarán las manos». Si esa ley siguiera vigente, ¡cuántos médicos sin manos andarían caminando por Viena!

Iba a servirse otro poco de bebida, pero se detuvo para preguntar.

—¿Cómo se llama usted?

—Lilliendahl. David Lilliendahl.

Oberndorfer lo miró fijamente.

—*Bist a Yid*^[15]?

David tardó un momento en dominar la sorpresa, antes de contestar:

—Sí. Sí, soy judío.

—También yo lo fui en otros tiempos —dijo el profesor—. Pero aquí, en Viena, para progresar, sobre todo en medicina, conviene adoptar una fe más aceptada. Por eso ahora soy luterano. Muy poco devoto, pero lo bastante como para llegar a ser profesor de medicina en esta escuela y gozar de un puesto distinguido en el hospital.

La reacción de David hizo que el anciano agregara, apresuradamente:

—No, no le estoy sugiriendo que haga lo mismo. Pero si pasa el tiempo y usted pierde ventajas y oportunidades, la idea termina por no parecer tan reprensible. No piense demasiado mal de mí. —Se sirvió otro Schnapps—. Ha vuelto el dolor. Y peor que antes.

Después de terminar su copa, dijo:

—Usted se preguntará: «¿Por qué permiten a los judíos ingresar sólo en la Escuela de Medicina, si después se hace un infierno de su vida profesional, impidiéndoles el acceso a los mejores cargos?». Otro modo de atormentar a los judíos, supongo. De cualquier modo, si usted duda de que valga la pena seguir una carrera tan exigente y con tan pocas recompensas, le diré que sí. Vale la pena. Porque, aun en esas oportunidades en que uno sólo puede ofrecer aliento al paciente, se ve recompensado con una mirada que vale por todas las penurias y las frustraciones. No deje que mis palabras lo desalienten. Ahora puede irse, joven Lilliendahl. Y gracias por haber sido tan paciente con este viejo difícil.

—Nuestra próxima clase es el miércoles, ¿verdad? —preguntó David.

—Su próxima clase es el miércoles —corrigió el anciano—. Yo ya no estaré allí. No estaré allí nunca más.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, *Herr* profesor?

—Sólo queda una cosa por hacer y debo hacerla yo mismo.

—¿Qué, señor?

—Decidir si quiero que me entierren como luterano o como judío. Francamente, no logro decidirme.

La madre de David lo esperaba con ansiedad.

—¿Y bien? —preguntó, llena de expectativa—. ¿Cómo te fue? ¿Qué te pareció?

—Interesante, mamá —fue cuanto el muchacho pudo decir.

El miércoles, al regresar al mismo anfiteatro donde solía dictar cátedra Oberndorfer, encontró allí a un nuevo profesor.

—Buenos días, caballeros. Quisiera decirles que ahora están en libertad de olvidar cuanto les haya enseñado el profesor Oberndorfer. Desde ahora en adelante, esta clase se desarrollará por caminos muy distintos.

»Para comenzar, tomaremos la única teoría inalterable sobre la que se basan todos los conocimientos médicos: la teoría de la generación espontánea.

»Esta pregunta ha sido presentada por filósofos, científicos y médicos en tiempos pasados: ¿toda cosa viva necesita padres o la vida puede surgir espontáneamente? Las opiniones informadas sostienen que puede y que, en verdad, surge espontáneamente. De lo contrario, ¿cómo se explica la aparición de gusanos en la carne que se deja podrir, si no hubo otros gusanos que los engendraran? Existe una fuerza vegetativa que crea vida donde no existía antes.

»Algunos han tratado de rebatir esta teoría hirviendo algunas sustancias que, por lo común, producen vida nueva. Naturalmente, en esos casos la vida nueva no aparece. ¡Por supuesto que no! Pero eso sólo prueba que al hervir la sustancia debilita la fuerza.

»Tomemos, asimismo, el fenómeno del “*pus laudable*”, ese proceso natural que estudiarán más a fondo en cirugía. El “*pus laudable*” es lo que se forma en toda herida quirúrgica. Sin él, las heridas no cicatrizan. Es, también, un ejemplo perfecto de la generación espontánea, pues bulle del organismo y no tiene progenitores visibles.

»Por eso, aunque algunos escépticos y apóstatas lo nieguen, la teoría de la generación espontánea es una regla en la que ustedes podrán confiar por el resto de su vida como profesionales.

David Lilliendahl no volvió a ver al profesor Oberndorfer.

Un día, algunas semanas después, corrió por la Escuela la noticia de que el viejo Obie había muerto. Nadie dijo nada sobre el funeral. No se anunció servicio fúnebre alguno. Lo cual llevó a David a la conclusión de que el anciano había decidido ser sepultado como judío.

Capítulo 12

—*Mademoiselle* Mary Sinclair... —comenzó el profesor Lecruze, decano de estudiantes en la École de Médecine de París, circunspecto, pero curioso—. Bueno, debo decir que, siendo usted tan bonita, debería estar casada hace tiempo. Sin duda, los hombres de Nueva York no son ciegos. —Sonrió para tranquilizarla, pero era su propia incomodidad la que intentaba aliviar—. Puedo asegurarle, señorita, que los jóvenes de París no sufren de esas dificultades oftalmológicas. Por lo tanto...

Lecruze hizo una pausa, no sólo para estudiar sus facciones, exquisitamente delicadas, sino porque estaba por tocar un tema que, probablemente, resultaría dificultoso.

—Como usted ha de saber o puede adivinar, en la clase de patología, los estudiantes tienden a ser bastante vulgares; a veces hacen bromas groseras sobre la anatomía humana, sobre todo con respecto a la femenina. Por lo tanto, es probable que se resientan si la presencia de alguna mujer los inhibe. Como usted es la primera mujer que ha de ser admitida en estas aulas, no estoy seguro de la reacción que va a provocar entre ellos. Por eso le sugeriría que a usted podría serle más llevadero asistir a todas las clases con ropas masculinas y no con el tipo de vestido que lleva en este momento.

Como Mary Sinclair no respondió de inmediato, Lecruze recurrió al más fuerte de sus argumentos.

—Tal vez haya oído hablar de uno de nuestros escritores más famosos, que publica bajo el nombre de George Sand.

—He leído casi toda su obra, en inglés y, en algunos casos, en el idioma original.

—Entonces ya sabrá que, a pesar de su nombre, es una mujer. ¡Y qué mujer! Amantes por docenas, cuanto más jóvenes, mejor. Sin embargo, podría señalar que *Madame* Sand viste con ropas masculinas. Como expresión de su exigencia de ser tratada como igual.

Mary, francamente, preguntó:

—¿Propone usted que ésa sea una de las condiciones de mi ingreso?

—*Non, non, non*, es sólo una sugerencia, *Mademoiselle* —fue la apresurada respuesta.

—En ese caso, preferiría vestir como siempre. Puedo asegurarle que mis ropas no distraerán a sus estudiantes de las tareas. Y no voy a palidecer ni a ruborizarme por sus bromas, por groseras que sean.

—Como guste —capituló Lecruze—. Supongo que está lista para comenzar sus clases el lunes.

—En efecto. Gracias.

Al principio hubo sólo conferencias y más conferencias, teorías y más teorías. Hasta que Mary Sinclair se atrevió a asistir a una clase del famoso profesor Pierre-Charles-Alexandre Louis. A fin de no llamar la atención, en lo posible, Mary entró

por la parte trasera del anfiteatro y eligió un asiento de la última fila. Se encontró junto a un joven que, al principio, pareció sobresaltarse. Empero, de inmediato comprendió quién era ella.

—Oh, usted es la joven norteamericana.

—Sí.

—Pero el profesor Louis sólo habla para los estudiantes avanzados —le advirtió él, gravemente. Y añadió, con una sonrisa de indulgencia—: Y no, por cierto, para las *mujeres* de primer año. Aunque dicen que usted es un caso bastante especial.

Con eso pareció aceptarla y comenzó a dirigirse a ella como a una hermana menor, es decir, inocente e ignorante.

—Un gran hombre, este Louis —explicó—. Probablemente, el mejor cerebro médico de Europa. Siendo aún joven escribió un estudio sobre la tisis, la tuberculosis de partes del cuerpo humano. Aún se considera un clásico.

—Lo sé —respondió Mary—. Lo he leído. Es una de las razones por las que estoy aquí.

—Oh, comprendo —reconoció el estudiante, sintiéndose rechazado—. ¿Conoce su trabajo sobre la fiebre tifoidea?

—Fue él quien puso ese nombre a la enfermedad.

Después de eso, el estudiante se limitó a echarle miradas suspicaces.

Llegó el profesor Louis. Era un hombre pequeño, de aspecto pedante, en el que nada indicaba que fuera un audaz iconoclasta, dedicado a derribar mitos de la medicina. Antes bien, parecía tímido y disgustado por verse obligado a abandonar la mesa de disección y las estadísticas. Miró al público, directamente en dirección a Mary Sinclair: Como su vista distaba mucho de ser perfecta, dio por sentado que veía mal: no podía ser que una señorita hubiera invadido su aula.

—Ahora bien, caballeros, lo primero que deseo impartirles es el Nuevo Testamento de la medicina. En el cual el primer mandamiento básico es: «No honréis a vuestros padres ni reverenciéis la ancianidad». Sólo hay que honrar lo que las pruebas acumuladas en observaciones repetidas nos digan. No se deben aceptar teorías que no reciban el apoyo de las pruebas, ni terapia alguna que no sea respaldada por curas. Por ejemplo...

Mary Sinclair se inclinó hacia adelante, apoyando en la mano el mentón, decidida a absorber cualquier ejemplo que el gran Louis pudiera darles.

”Por generaciones enteras se nos ha enseñado que el mejor tratamiento para cualquier enfermedad es la sangría. De dónde surge esa práctica es algo que nadie sabe con certeza. Tal vez se deriva del proceso femenino de menstruación, en el cual la naturaleza retira del cuerpo, periódicamente, la sangre supuestamente impura.

El joven que ocupaba el asiento vecino a Mary Sinclair no se atrevió a mirarla.

”O tal vez —continuó Louis— sea un vestigio de los tiempos en que los médicos, suponiendo que las enfermedades eran provocadas por algún espíritu maligno que invadía el cuerpo, efectuaban frecuentes sangrías para dar al espíritu maligno muchas

oportunidades de retirarse. Cualquiera sea su origen, ha sido una de las armas de confianza para el médico, al que se recurre cuando fracasan sus limitados conocimientos, lo cual, cabe admitir, ocurre con demasiada frecuencia.

”Bien: he presenciado cientos, no, miles de sangrías. He visto a mujeres jóvenes, sonrosadas y de buena tez, tornarse pálidas, débiles, macilentas. Y siempre me he preguntado: «En vez de reverenciarla, ¿por qué no estudiamos los efectos de esta antigua práctica?». Por eso fui de sala en sala, aquí, en La Charité, haciendo observaciones. Cuando acumulé un número suficiente, comencé a codificarlas por clasificaciones muy simples. ¿A cuántos pacientes se sangraba? ¿Por qué enfermedad? ¿Cuántos se recobraban? ¿Cuántos morían? Pero también estudié a pacientes con enfermedades idénticas a los que no se sangraba.

”¿Y qué descubrí? Los pacientes a los que se sangraba no se recobraban en mayor número que los otros. Pero aun más, mis queridos estudiantes: los pacientes a los que se sangraba más de una vez empeoraban en proporción directa con el número de operaciones. Por lo tanto, emergió un hecho indiscutible: las sangrías no curan. ¡Hacen daño!

”Sin embargo, ¿se ha puesto fin a las sangrías? ¡No, por supuesto! ¿Por qué? Porque ¿qué otra cosa podríamos recomendar los médicos para reemplazarlas? Por lo tanto, las sangrías se siguen practicando. Tal vez ustedes no aprendan de mí otra cosa, pero confío en que aprenderán a no ejecutar ese sacrilegio en el cuerpo humano.

Luego procedió a demoler otras teorías similares de la práctica médica, recitando hechos comprobados que las repudiaban totalmente. Al terminar su conferencia, invitó a los presentes a formular preguntas. Los estudiantes, asustados por su reputación y su obra imponente, no se atrevieron a levantar la voz. Pero en la última fila se levantó una mano solitaria.

—¿Sí? —Louis entrecerró los ojos tras los lentes—. ¿Qué desea preguntar, *Monsieur*?

Mary preguntó:

—Se dice que usted es el único médico europeo que utiliza un reloj para medir el pulso de un paciente. ¿Es cierto eso? Y si lo es, ¿por qué lo hace?

—*Pardon, Mademoiselle*? Porque es *Mademoiselle*, ¿no?

—Sí, profesor.

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Quién le dio permiso? —En eso pareció recordar—. Oh, sí. Me dijeron que se había admitido a una mujer en la Escuela. Pero usted debe de estar aún en primer año. No tiene nada que hacer aquí.

—Lo sé. Pero sus conferencias son tan preciosas que no pude resistir.

—Bueno —concedió Pierre Louis—, al menos ha formulado una pregunta inteligente. Muchas veces se ha hecho referencia a la importancia del pulso en la medicina en siglos pasados. Lo estudiaron Galileo y también Kepler, quienes lo relacionaron con el ritmo del universo. Pero el primero en emplearlo como elemento de diagnóstico fue un médico llamado John Floyer, hace más de cien años. Se hizo

construir un reloj que marchaba exactamente por un minuto. De ese modo pudo medir el pulso del paciente. Pero hace ya un siglo que su obra se pasa por alto.

”En cuanto a mí, creo que existe una importante información de diagnóstico en el ritmo del pulso. Aún no sé exactamente en qué consiste, pero estoy decidido a averiguarlo. Es otra de las estadísticas vitales que reúno de mis pacientes. Algún día, no lo pongo en duda, se harán grandes descubrimientos que aumentarán nuestro saber. Por el momento, investigamos.

La intrusión de Mary Sinclair en la clase del profesor Louis hubiera pasado sin más reacción que un leve meneo de cabezas horrorizadas entre los miembros de la facultad, de no ser por el infortunado incidente que se produjo varias semanas después en la sala de disección.

Capítulo 13

Se había asignado un cadáver a Mary Sinclair y a dos estudiantes varones, quienes, como resultado, se convirtieron en blanco de las bromas de sus compañeros. El cadáver pertenecía a una prostituta de veintinueve años, asesinada con un golpe en la cabeza por un cliente enfurecido, que la culpaba de haber perdido su potencia sexual. Como nadie reclamó el cadáver, se envió a La Charité para estudios científicos.

Mientras se realizaban las disecciones, tanto Georges Naude como Gabriel Petrequin se vieron tentados a hacer comentarios jocosos sobre la infortunada mujer, su profesión y partes de su anatomía. Al principio Mary no les prestó atención, sintiéndose algo culpable porque debieran soportar ciertas burlas a causa de ella. Pero llegó el momento en que empezó a resistirse.

Georges estaba retirando un fragmento de piel de la mama derecha del cadáver. Mientras sostenía en alto la piel, comentó:

—Gabriel, ¿dirías tú que el contacto con este pecho, que se reduce a grasa y tejido, podría despertar tus pasiones? ¿Cómo supones que era acariciar esto?

Gabriel se echó a reír.

—Quién sabe. Dejando de lado las diferencias de forma y tamaño, todos los pechos se parecen.

—Oh, no sé —replicó Georges, utilizando el escalpelo para señalar una verdadera red de venas azules en el pecho izquierdo del cadáver—. Mira esto. Yo prefiero un pecho más joven, puramente blanco, sin venas azules que me distraigan. En cuanto a los pezones, me gustan los rosados y virginales. Esta mujer, sin duda, ha estado embarazada más de una vez.

—Obviamente —confirmó Gabriel—. Y estoy de acuerdo contigo: los rosados y virginales son los más tentadores.

La mirada que intercambiaron los jóvenes hacía referencia, sin duda, a Mary Sinclair, a quienes notaban remilgada y virginal. Mary, en el límite de su paciencia, dijo:

—¿Ustedes quieren que los amamenten o que les hagan el amor? ¿Son hombres o bebés?

Los dos muchachos se sintieron alentados al haber provocado esa réplica. Por lo tanto, Gabriel transfirió su interés a otra parte del cadáver, más relacionada con la profesión que la mujer había practicado.

—Ahora fíjate —comentó, señalando con el escalpelo—, aquí tenemos otra parte de la anatomía aun menos diferenciable que el pecho femenino. Se parecen tanto entre sí que sería difícil distinguirlos.

Mientras tanto otros estudiantes habían abandonado las mesas de disección para unirse a la diversión, lo cual puso a Mary aun más incómoda. Las risas y los comentarios gratuitos la enfurecieron, pero siguió trabajando en la pierna del cadáver,

con la esperanza de que nadie notara sus esfuerzos por contener las lágrimas de humillación.

No veía la hora de que terminara la clase. Pero cuando los otros estudiantes salieron a almorzar, Mary permaneció en el aula. Se dirigió a otra de las mesas y allí practicó una pequeña disección por su cuenta.

Al día siguiente, los estudiantes se reunieron como de costumbre, bajo el escrutinio del profesor de patología, quien se paseaba entre las hileras de cadáveres, repitiendo máximas de precaución tales como:

—No lo olviden: es aquí, en la mesa de disección, donde se confirman o desmienten los diagnósticos del médico. Tal como dice el profesor Louis, es la parte más importante de nuestro trabajo.

Al llegar a la mesa en que Mary Sinclair, Georges Naude y Gabriel Petrequin estaban trabajando, la joven metió la mano bajo la mesa y sacó un frasco de formol que puso ante el profesor, deliberadamente. Flotaba en el frasco un órgano inconfundible en su apariencia y muy claramente masculino.

El profesor se quedó mirándolo fijamente. Por fin se fijó en el cadáver femenino y murmuró una única y escandalizada palabra:

—*Mademoiselle!*

El tono de reproche hizo que los otros estudiantes dejaran sus escalpelos para aproximarse. En cuanto los tuvo cerca, Mary Sinclair levantó el frasco:

—Veamos este feo fragmento de tejido y grasa, tan flácido. La principal fuente de vanidad del hombre. ¿Qué clase de criaturas son ustedes, que sólo de esto pueden orgullecerse?

El profesor trató de intervenir.

—*Mademoiselle!*

Pero Mary Sinclair no se dejaría intimidar por ningún hombre, por muy profesor que fuera.

—Desde este momento en adelante no pienso dejarme someter a las bromas infantiles de mis compañeros. He notado que, en este curso de patología, cuando examinamos el cerebro humano es casi imposible distinguir el femenino del masculino, ya sea en tamaño, forma o peso. Y es con mi cerebro, no con mis órganos sexuales, con lo que pienso practicar este misterioso arte llamado medicina.

A continuación arrojó el frasco contra la pared, haciéndolo trizas, y se retiró del salón. Se produjo un silencio pasmado antes de que el profesor ordenara:

—¡A trabajar! Tendré que informar sobre este horrible incidente. Pero por el momento: ¡a trabajar todo el mundo!

Al día siguiente, cuando Mary Sinclair llegó a la sala de disección, no hubo comentarios de ninguna índole. Sólo un formal y respetuoso: «*Bonjour, Mademoiselle*». Georges y Gabriel se mantuvieron excepcionalmente industrioses durante toda la hora. Pero poco antes de que terminara la clase entró un empleado del hospital y se aproximó a Mary Sinclair, arrastrando los pies, para entregarle una nota.

Decía:

Mademoiselle Sinclair, preséntese en el despacho del decano, a las 14:00.

Se vio obligada a esperar largo tiempo, sometida a la reprimenda del secretario del decano, que la fulminaba con la mirada. Por fin se abrió la puerta y el decano Lecruze le hizo una seña con el dedo índice huesudo.

—Bien, *Mademoiselle*, supongo que ahora comprenderá por qué le di aquel consejo, el primer día. Con ropas de hombre habría llamado menos la atención y no le habría sido necesario realizar ese absurdo acto de ayer.

Mary estaba a punto de contestar, pero él prosiguió:

—¡No trate de negarlo! He recibido el informe de su profesor de patología. No creo que ninguna otra travesura estudiantil me haya ofendido... no, asqueado, es la palabra, tanto como la suya.

—Pero no fue una travesura.

—¿Cómo la llama usted? —quiso saber el decano.

—Para mí es, simplemente, un modo de informar a los estudiantes varones cómo se siente una mujer cuando se la fastidia todos los días, sólo a causa de su sexo.

—¿Me está diciendo que no piensa pedir disculpas? —preguntó el decano, muy ofendido.

—Estoy diciendo que sólo cabe una disculpa: la de los hombres de esa clase ante mí —proclamó Mary, con tanta firmeza que el decano no intentó hacerla cambiar de idea.

Lecruze puso fin a la entrevista diciendo:

—La facultad discutirá este asunto y tomará una decisión. Buenas tardes, *Mademoiselle*.

Dos días después, Mary Sinclair recibió una segunda citación, en esa oportunidad por parte del mismo profesor Pierre Louis.

Cuando Mary entró, estaba sumido en el examen de varias cifras reunidas sobre ciento once autopsias realizadas en pacientes fallecidos por tuberculosis de los intestinos. Sin levantar la mirada de sus números, preguntó secamente:

—¿*Mademoiselle* Sinclair?

—Sí, profesor.

—Tome asiento —le espetó él, mientras seguía estudiando las cifras y los informes de las autopsias.

Aunque Mary no solía sentir mayor respeto por los hombres, el profesor Louis era la excepción y obedeció de inmediato. Se sentó en silencio y dejó pasar unos minutos. Él no apartaba la mirada de sus cifras. Como Mary comenzó a agitarse en el asiento, comentó:

—Me enteré de su pequeña rebelión en la sala de disecciones, el otro día. No es, exactamente, el tipo de conducta que se espera de un estudiante serio. Se ha sugerido

toda especie de castigos, incluida la expulsión.

Mary quedó horrorizada, pero hizo lo posible por disimularlo.

—Finalmente se puso la cuestión en mis manos. Me veo obligado a tomar esa desagradable decisión. —Levantó los ojos y la miró a través de sus lentes—. ¿Qué me sugiere usted?

—Hice lo que debía para poner fin a las bromas inmaduras y obscenas que se hacían a mis costa —admitió—. No sé cuál es el castigo correspondiente.

Louis descargó una palmada sobre el grueso informe y abandonó su silla crujiente, para acercarse a la ventana que daba al patio.

—Nos vemos ante una extraña profesión, *Mademoiselle*. Algunos dicen que es un arte. Otros, que es una ciencia. Si queremos, realmente, convertirla en una ciencia, debemos estudiar sus hechos y su historia. No nos dejaríamos llevar tanto por los prejuicios si conociéramos nuestros propios orígenes. Usted es un ejemplo. Un ejemplo excelente.

—¿Por qué, señor? —inquirió Mary, bastante intrigada.

—Cualquier médico, estudiante y hasta cualquier hombre simplemente curioso que quisiera estudiar la historia de la medicina, descubriría que, en ciertas culturas, fueron las mujeres y no los hombres quienes desempeñaron primero la medicina. Lejos de ser intrusas, como usted lo es ahora, las mujeres fueron los líderes de la medicina, mientras los hombres desempeñaban las tareas menores.

”Las mujeres alemanas, anglosajonas y nórdicas atendían a los enfermos y a los heridos, aun en tiempos de guerra. Tácito, el general e historiador romano, informa en sus escritos que los guerreros teutones confiaban a sus esposas y madres la función de succionar las heridas para quitarles el veneno. Los labios de las mujeres, supuestamente, tenían poderes curativos.

”Cómo llegamos los hombres a reclamar el ejercicio exclusivo de la medicina es algo que no sé. Por eso me alegré, secretamente, de que usted ingresara aquí, me alegré de que se entrometiera en mi conferencia y de que formulara la única pregunta sensata. Y...

A esa altura se apartó de la ventana para acercarse cautelosamente hasta la puerta. Una vez seguro de que nadie estaba escuchando, se detuvo junto a Mary y dijo, suavemente:

—Y me alegra lo que hizo en la sala de disección. ¡Sí!

Mary lo miró, completamente tomada por sorpresa. Pero el profesor le sonreía, entrecerrando los ojos, muy divertido, tras los cristales de sus lentes. Y confesó:

—Sólo me habría gustado que usted actuara en forma diferente en una cosa: debió ser más precisa en la definición de las células componentes del... del espécimen que mostraba. A esos estudiantes les vendría bien un poco más de instrucción sobre la debida identificación de las células. —Y volvió a su silla—. Sin embargo, con eso no vamos a solucionar nuestro problema. Pues bien, le diré lo que vamos a hacer. Debo tomarme la libertad de decir que usted me ha presentado sus profundas y sentidas

disculpas.

—¡Pero si yo me negué a disculparme!

—Sólo *diremos* que usted se disculpó —explicó él—. Informaré eso a la facultad, junto con mi opinión de que obligarla a hacer públicas sus disculpas sólo serviría para magnificar este infortunada episodio. Sobre todo si George Sand se enterara, Dios no lo quiera. Hasta sería capaz de escribir un libro sobre el tema o, al menos, de divulgarlo de un extremo a otro de París. Es capaz de hacerlo.

”La facultad se contentará con su «disculpa» en privado. Se le permitirá continuar aquí hasta terminar sus estudios. Confío en que usted me perdonará si invento alguna disculpa atrocemente extravagante.

Mary respondió a su sonrisa.

—Por supuesto, estará perdonado.

—¡Bien! —dijo él y la estudió por un momento—. Dígame, ¿qué planes tiene para su futuro, una vez que termine sus estudios?

—Volver a mi país y practicar allá la medicina.

—Ah... —pareció desilusionado—. Tenía la esperanza de que decidiera permanecer en París para hacer investigaciones aquí, en La Charité. Podría conseguirle un puesto.

—Prefiero regresar. Se lo debo a mi país. Nuestra medicina, aunque está muy avanzada en unos pocos aspectos, es muy primitiva en muchos otros.

—Eso tengo entendido. Unas cuantas contribuciones, pero muy pocos descubrimientos básicos reales. La anestesia. Un buen estudio del proceso digestivo, al que se llegó sólo por casualidad. Eso es lo que quiero decir. En su país no existe un esfuerzo concertado por hacer nuevos descubrimientos médicos. Es triste que no se hagan de tiempo para la investigación —comentó, con un pesaroso movimiento de cabeza.

Por lo visto, la entrevista había terminado. Mary se encaminó hacia la puerta, pero el profesor le preguntó de pronto:

—¿Le gustaría conocer a George Sand?

Mary se volvió, pensando que era una broma. Pero él hablaba en serio.

—Sí, por supuesto. Por varios motivos. Es una mujer. Es una escritora y mi padre es editor.

—Estoy invitado a una fiesta en su casa, el domingo al atardecer. Sería un gusto llevarla.

—Muy amable de su parte.

El profesor sonrió con cierta picardía.

—No me tome por ese tipo de hombres maduros que hacen ciertas proposiciones a las muchachas, sobre todo a las muchachas tan bonitas como usted. No es que no lo desee, pero soy demasiado tímido para eso. No tiene nada que temer de mi parte. —Y agregó, bajando la voz—: Pero no puedo decir lo mismo de algunos colegas míos. De cualquier modo, creo que, tras su atrevida caza de especímenes en la sala de

disección, puede quedarse tranquila por un tiempo.

Ambos se echaron a reír.

Al atardecer del domingo, el profesor Pierre Louis se presentó en un carruaje tirado por una yunta de caballos, para llevar a Mary Sinclair a casa de George Sand.

En cuanto entraron en el gran salón los devoró una oleada de conversaciones y risas. Hombres y mujeres, en pequeños grupos, departían animadamente, a veces con atrevimiento y provocación, sobre política y literatura. Mary Sinclair se sintió abrumada, pues hasta entonces nunca había estado con tantas personas notorias.

El profesor Louis la condujo directamente hasta George Sand; la mujer no era físicamente bella, pero un inmenso, imponente sentido de la propia importancia la dotaba de un aura atractiva, llena de encanto y calidez.

Mary Sinclair pensó: «Algún día me gustaría estar igualmente a gusto con el mundo y conmigo misma».

Pierre Louis la presentó:

—*Madame*, mi protegida de Norteamérica, Mary Sinclair.

—Sinclair, Sinclair —dijo *Madame* Sand, mientras exhalaba el humo de un cigarro largo, de forma delicada—. Ese nombre me suena. —Y de pronto exclamó—: Ah, sí, un editor.

—Es mi padre —explicó Mary.

—*Mais oui!* —Sand se llevó a Mary a un lado para susurrarle—: Pierre me habló de su pequeña hazaña en la sala de disección. Me hubiera gustado estar presente. Dígame, ¿de veras levantó eso a la vista de todos?

—Temo que sí —reconoció Mary.

—¡Maravilloso! Habría dado la mitad de mi fortuna por ver las caras atónitas de esos jóvenes. Un día de éstos tendrá que venir a visitarme sola. Entonces me contará todo lo que le hicieron y de qué modo la impulsaron a eso. Y qué dijo e hizo usted, exactamente, palabra por palabra. Tal vez me sirva para emplearlo en una novela, algún día.

Parecía dispuesta a pasar mucho tiempo con Mary, pero un joven apuesto, vestido muy a la moda, se acercó a susurrarle algo. Ella pareció afligida y fastidiada.

—Perdóneme —dijo a Mary, mientras tomaba al joven de la mano. Cuando se alejaban, Mary la oyó decir—: Tendrás que aprender a arreglarte con la mensualidad que te paso o cualquier día de éstos me veré obligada a reemplazarte.

Pero lo último sonaba a amenaza vacía.

«Qué triste», pensó la muchacha. «Una mujer tan independiente, tan llena de éxito y fortuna. Pero, al fin de cuentas, tan dependiente, en el plano emotivo, de un joven indigno de su afecto».

Más que de las fiestas en casa de George Sand, Mary Sinclair disfrutaba de aquellas ocasiones en que el profesor Louis la invitaba a participar de las pequeñas reuniones organizadas en su propio hogar, donde un puñado de médicos prominentes analizaba diversos aspectos de la medicina. Sus vigorosos pensamientos, los

atrevidos conceptos sobre cómo realizar investigaciones para descubrir la causa y, de ser posible, las curas para enfermedades determinadas, tenían el mismo fermento que se detecta antes de una revolución.

Pero nadie poseía las respuestas definitivas. Tampoco parecía existir promesa alguna de que aparecieran en un futuro previsible.

Capítulo 14

En sus primeros años de estudio en la Escuela de Medicina, David Lilliendahl tuvo poco tiempo para hacer otra cosa más que asistir a clase y ganar algún dinero ayudando a los estudiantes retrasados del *Gymnasium*. En el escaso tiempo que tenía para sí, leía textos sobre la historia de la medicina, que le inspiraba una curiosidad voraz. Tras iniciarse con Hipócrates, tal como el viejo Oberndorfer le había sugerido, continuó absorbiendo cuanto documento o libro le cayó en las manos.

Cuando llegó el momento de efectuar trabajos clínicos en el hospital, se indicó a David que hiciera sus rondas con el reverenciado profesor Félix Doerner. Este hombre, de cincuenta y ocho o cincuenta y nueve años, disfrutaba de una práctica lucrativa entre los vieneses de alta cuna o posición adinerada; entre sus pacientes se incluía el mismo Francisco José, el joven emperador.

Como maestro, Doerner era digno de respeto y de temor al mismo tiempo, lo cual creaba un dilema constante para los estudiantes que lo seguían de sala en sala. Todos hubieran querido acercarse lo bastante como para observar sus métodos de examen y diagnóstico, pero no tanto como para quedar en su campo visual. Pues eso equivalía a un gran riesgo: el de que se les pidiera efectuar un examen y presentar un diagnóstico propio, que, casi siempre, recibía las cáusticas críticas de Doerner, aun cuando lo confirmaba.

Por lo tanto, la regla imperante entre los alumnos consistía en acercarse lo bastante como para observarlo, pero no tanto como para convertirse en blanco de sus preguntas. David Lilliendahl era de los que no siempre lograban ese delicado equilibrio, pues la curiosidad acababa por imponerse siempre a su cautela.

Un día, en el quinto mes de rondas con Doerner, David Lilliendahl cometió un error de diplomacia profesional que dejó horrorizados a sus compañeros.

La atención de Doerner se había centrado en una mujer que ingresó al hospital esa misma mañana, afectada por un síndrome desconcertante. Presentaba manchas en los brazos y en el pecho, aguda dificultad respiratoria, sudor abundante y palpitations cardíacas. Ningún otro médico, en el hospital, había podido sugerir el tratamiento.

La mujer había caído en ese estado casi inmediatamente después de llegar a Viena, por la mañana temprano, para visitar a su hija.

Mientras Doerner la examinaba, interrogó al aterrorizado esposo, preguntando si la enferma había comido o bebido algo diferente esa mañana.

—Ahora que lo pienso —recordó el marido—, mi hija le tenía una sorpresa. La última vez que estuvimos aquí ella nos había dado...

—¡No me importa lo de la última vez! —interrumpió Doerner, áspero—. Quiero saber qué pasó ahora.

—A mi esposa le gustaron tanto la vez pasada que, esta mañana, como plato especial, mi hija le sirvió unos camarones diminutos, muy rosados, delicados y...

Doerner cortó en seco la descripción.

—¿Fue después de ingerir... de comer los camarones que se puso así?

—Sí, *Herr* doctor.

—¡Ajá! —dijo Doerner y se volvió hacia los estudiantes para invitarlos al diagnóstico—. ¿Bien, caballeros?

Los otros se retiraron un poco, pero David se adelantó imperceptiblemente.

—¿Me permite, *Herr* profesor?

—Examínela a voluntad, joven.

David lo hizo. Finalmente se volvió hacia el profesor.

—Obvio: reacción a una sustancia no familiar, la cual, aunque pareció inofensiva la primera vez, se tornó tóxica la segunda, con los efectos que aquí vemos.

—¿No tiene nada más que decir, Lilliendahl? Por ejemplo, podría hablarnos de Magendie^[16], el primero en observar el fenómeno mientras experimentaba con conejos, al descubrir que un conejo, tras tolerar una inyección de albúmina de huevo, moría ante la segunda inyección de la misma sustancia. Media respuesta es casi tan inútil como el silencio —protestó Doerner, enojado, contemplando a ese joven atrevido.

David se atrevió a responder:

—¿Si me permite, señor?

—Le permito —repuso Doerner, impaciente.

—En realidad, el fenómeno fue observado por primera vez por Edward Jenner, el inglés, durante sus estudios de inoculación, en la década de 1780, más de cuarenta años antes de que Magendie hiciera su descubrimiento.

Un rubor furioso se elevó desde el cuello duro de Doerner, hasta perderse en el pelo gris.

—Bueno, joven, ya que tanto sabe del asunto, ¿qué tratamiento aconsejaría?

—Por desgracia, señor, no hay tratamiento conocido. Sólo cabe mantener a la enferma en condiciones confortables y confiar en que supere el trance por sus propios medios.

—En eso, cuanto menos, estamos de acuerdo... «doctor» —dijo Doerner, sarcástico, provocando en David un enrojecimiento de bochorno.

A partir de ese día, el profesor Doerner trató a David Lilliendahl con visible frialdad. Pero cada vez requería sus diagnósticos con más frecuencia cuando se presentaban casos desconcertantes.

Capítulo 15

—El tratamiento que adopte será para beneficio de mis pacientes, según mi habilidad y mi juicio, y no para su daño o para mal alguno. No daré drogas mortíferas a nadie, aunque se me pidiera, ni las aconsejaré...

Ocho jóvenes, incluido David Lilliendahl, con la mano derecha en alto y la palma hacia adelante, recitaban el juramento de Hipócrates al unísono, ante la presencia de un pequeño grupo de padres y esposas, que los contemplaban con orgullo.

—Caballeros, ustedes son ahora médicos diplomados, con autorización para practicar el arte y la ciencia de la medicina en cualquier punto de este vasto Imperio —pronunció el profesor Doerner.

Luego estrechó la mano a cada uno.

Moritz y Bertha Lilliendahl ardieron de orgullo al ver que el estimado profesor no se limitaba a estrechar la mano de David, sino que también se detenía a hablarle.

—¿Viste eso, Moritz? ¡Nuestro David fue el único con quien el profesor habló! —dijo Bertha entusiasmada—. Y míralo: tan alto, tan buen mozo. Sale a mi padre. Salvo que mi padre era rubio hasta que encaneció, poco antes de su muerte. Y no era tan alto como David.

Moritz Lilliendahl asintió, seguro, en secreto, de que David había heredado esa postura y ese llamativo pelo negro de su propia familia.

Los médicos recién recibidos estaban ya en libertad de reunirse con sus familias. Bertha besó a su hijo y el beso reflejó todos los años de trabajo, preocupaciones, sacrificio y amor que llevaron a ese día glorioso. El padre le tendió la mano, a la manera vienesa, para felicitarlo, pero en el último instante cedió al impulso y lo abrazó, besándolo.

—Papá... —susurró David, reprochándole semejante demostración emotiva delante de sus futuros colegas.

—¿Qué pasa? —gruñó el padre—. ¿Estoy demasiado judío? Ven, vamos a celebrar. ¡Hoy almorzamos en Sacher's!

—Pero es muy caro —protestó David.

—Hace años que ahorro para este día. ¡Vamos!

Ocuparon una mesita en un rincón, lejos de las ventanas de Sacher's, pues el altanero *mâitre d'hôtel* los reconoció como gente de recursos modestos.

Una vez que atacaron la comida, Bertha no pudo seguir conteniendo la curiosidad.

—Bueno, David, cuéntanos qué te dijo.

—¿Quién?

—El profesor Doerner. Fuiste el único a quien habló.

—Dijo que fuera a verlo pasado mañana, pues quiere conversar conmigo.

—¡Lo sabía, lo sabía! —burbujeó la madre—. ¡Te va a nombrar ayudante suyo!

—Ya tiene ayudante —explicó David.

—O te buscará un empleo especial —insistió Bertha.

—Querida —corrigió el padre, indulgente—, a un médico no se le busca empleo, sino un cargo, un nombramiento. Sin duda, el profesor tiene pensado algún nombramiento especial para nuestro David.

Moritz Lilliendahl siguió comiendo con mucho orgullo, lo cual se tornó aun más obvio cuando pidió el postre.

—Para el doctor, la torta Sacher —indicó al camarero, en una voz lo bastante alta como para que se lo oyera desde las mesas vecinas.

Terminado ya el postre y el *Kaffe mit Shlag*, Moritz Lilliendahl levantó un dedo autoritario en dirección al camarero.

—¡Una botella de Moët, por favor!

Se sirvió el *champagne* helado en copas escarchadas. Moritz brindó por su hijo:

—No hay obra mayor para un hombre que salvar vidas humanas. Y para nadie es tan preciosa la vida como para un judío. Serás un gran médico, hijo mío, ¡un gran médico!

David sonrió tímidamente, pensando: «Oh, los sueños y ambiciones de los padres. ¿Un gran médico? Yo me conformaría con ser un *buen* médico». Y recordó, con mucha tristeza, a Kati, quien le había levantado las manos, diciendo: «Algún día estas manos curarán».

Kati, Kati... Aún sufría por ella.

Dos días después, David, rígidamente sentado en el despacho de Doerner, escuchaba al respetado profesor que decía, tocando la gruesa cadena de su reloj de oro:

—Lilliendahl, algún día usted podrá ser un médico muy bueno. —Para agregar, cáustico—: Cosa que, por el momento, no es.

—Confío mejorar con la experiencia, señor.

—Es más de lo que se puede decir de casi todos sus compañeros —comentó el profesor, secamente—. Le diré por qué me llamó usted la atención. Primero, por saber que la obra de Jenner precedía a la de Magendie. Pero hubo algo más importante. Un día, en la sala de tísicos, usted examinó a una paciente joven, no mucho mayor que usted. Era excesivamente tímida, sin duda porque, según los registros, era monja, hermana de San Vicente.

”Noté que, al examinarla, usted tuvo eso en cuenta. Llevó a cabo todo su examen bajo el camisón, cuidando de no descubrir parte alguna de su cuerpo a nuestra vista. El hecho de que haya acertado con el diagnóstico fue un detalle de menor importancia, pero me impresionó comprobar que usted trataba a la paciente, no a la enfermedad. Y me dije: «Este joven tiene posibilidades».

—Gracias, *Herr* profesor —dijo David, consciente de que su consideración para con la joven monja se debía a los recuerdos de su amada Kati.

—Y bien, lo que quiero conversar con usted es lo siguiente.

El corazón de David dio un salto; después de semejante preámbulo tenían que

llegar buenas noticias.

”La mejor medicina no es la que practicamos aquí, en Viena. Por eso le sugiero que, para redondear su educación, tome un curso de uno o dos años en Berlín o París, o, por lo menos, en Padua. Lo mejor sería París. Allí, si tiene la suerte de que lo acepten, encontrará al doctor Pierre Louis, quien, a mi modo de ver, es el cerebro médico más inquisitivo de Europa. —Doerner bajó la voz—. No cuente a mis colegas que le he dicho esto, porque me expulsarían de Viena. Pero cada nación tiene contribuciones que efectuar en la medicina. Hasta en Norteamérica, país que, para nuestras normas, es primitivo, se están concretando varios descubrimientos.

—Sí, lo sé —asintió David—. El primero en utilizar el éter como anestésico fue un norteamericano: el doctor Long.

—Y también fue un norteamericano el primero en demostrar a sus colegas el debido uso del éter durante la cirugía: el doctor Morton, ya en 1844.

David se atrevió a corregirle:

—*Herr* profesor, lo de Morton fue en 1846.

Doerner sonrió.

—Quería saber si me dejaba pasar el error. La mayor parte de los estudiantes lo hubiera hecho. Pero usted muestra una serena impertinencia que es útil en la profesión. —Suspiró—. Si pudiera estudiar con Louis... Pero su falta de entusiasmo me demuestra que no puede ir a París. Problemas de dinero, ¿no?

—Sí, *Herr* profesor —admitió el joven.

—Ojalá pudiera conseguirle una beca. Tal vez mediante alguno de mis pacientes ricos... Pero hay otros factores, como usted sabe.

No era necesario que Doerner se explicara. Ambos sabían que la religión de David limitaba sus oportunidades.

—Lilliendahl, usted sabe que algunos jóvenes, en posiciones como la suya, encuentran algún tipo de solución. El casamiento con una mujer de familia respetable y bien respaldada podría ayudarlo a conseguir excelentes nombramientos en hospitales y una práctica particular lucrativa.

David pensó en el pobre Oberndorfer, luterano por la fuerza.

—Señor, sin ánimo de faltarle el respeto, la religión que tengo es la que deseo conservar.

Doerner enrojeció levemente.

—Sólo trataba de sugerirle una opción práctica, Lilliendahl. Porque le veo pasta de buen médico. Lástima que rehúye la cirugía. ¿Por qué?

—Una inhibición que no puedo explicar —dijo David, evasivo.

—Lástima grande. Por mi parte, la cirugía me parece la cima de la práctica médica. Aunque también tiene su lado cómico. —Doerner rió entre dientes—. Lilliendahl, ¿sabe de dónde proviene la palabra «cirugía»? Del griego: significa «trabajo manual». Y es eso. Naturalmente, algunos cirujanos tratan de imponerle dignidad. Como el doctor Pean, a quien conocí en París. Nunca opera si no es con

ropa de gala, como si fuera a la ópera. Se ata un delantal sobre el chaleco y se jacta de que nunca ha manchado su ropa con la sangre de un paciente.

”Pero yo dije siempre que la cirugía es el arte de descubrir qué porción de un paciente se puede cortar sin resultados fatales. Y tenemos puristas, como Dieffenbach, que no se decide a usar anestesia. «A mí déjeme con los tiempos del dolor», dice, «cuando el arte del cirujano consistía en la celeridad con que podía llegar a la parte enferma, extirparla y cerrar». —Doerner sacudió tristemente la cabeza—. Si pudiera decidirse a hacer cirugía, Lilliendahl, eso ampliaría sus oportunidades. De todos modos, veré si puedo conseguirle una beca a través de mis pacientes ricos. Pero no le prometo nada.

Para no ilusionar a su madre, que tenía puestas tantas esperanzas en esa entrevista, David demoró la llegada a la casa hasta que sus padres estuvieron acostados; entonces subió lentamente a su propio cuarto, confiando no haberlos despertado. Pero Bertha apareció muy pronto en el dormitorio oscuro.

—¿Y? —preguntó.

David trató de poner la cara más optimista.

—Doerner hará lo que pueda por mí.

Pero no pudo engañar a su madre.

—Para los judíos nunca es fácil. Nunca.

Y volvió a la cama, mientras David se preguntaba si había elegido la carrera adecuada. Para mantenerlo mientras estudiaba, su padre se había esclavizado a un trabajo que detestaba. Años de sacrificio, que David quizá no pudiera pagar jamás. Tal vez ni siquiera le fuera posible mantenerse solo. No era raro que los médicos jóvenes de Viena, ya recibidos y bien preparados, abandonaran finalmente la profesión por la necesidad de ganarse la vida.

Dos semanas más tarde llegó a casa de David una nota con el sello del profesor Doerner. Decía simplemente:

Mi querido Lilliendahl, venga a verme.

Por lo visto, Doerner había logrado hallarle un protector.

Se presentó en el despacho de su profesor esa misma tarde. Doerner parecía poco decidido a iniciar la conversación.

—Lilliendahl, hay... diríamos... una oportunidad aquí, en el hospital.

—La acepto —respondió el muchacho, de inmediato.

—Sin embargo —le advirtió el profesor—, tiene sus inconvenientes.

—No importa. La acepto.

—Permítame explicar —trató de continuar Doerner.

—Si es un puesto en el hospital, lo acepto.

—Lilliendahl! —interrumpió el maestro, ásperamente—. Al elegir algo relativo a su profesión, los médicos jóvenes deben poner tanto cuidado como para elegir

esposa. El médico que ofrece este cargo es un individuo bastante excéntrico.

—No me importa. Necesito esa oportunidad. A mi familia le hace falta dinero.

—El sueldo es muy exiguo.

—Siempre será mejor que nada.

—Para usted podría ser riesgoso asociarse con ese hombre. Piénselo bien antes de contestarme.

—Puedo contestarle ahora mismo. ¡Acepto! —replicó David, con firmeza.

Doerner, con cierta resistencia interior, tomó una hoja de papel con membrete y comenzó a escribir:

Mi querido Semmelweis: Tengo el honor de recomendarle a uno de los mejores estudiantes que he tenido el privilegio de guiar en los últimos años...

Capítulo 16

—¿Bueno? —El médico, bajo y rollizo, atravesó a David con una mirada penetrante—. Lilliendahl, ¿eh? Y Doerner dice que usted fue uno de sus mejores alumnos.

—Es muy amable —respondió David, modesto.

—¿Doerner amable? ¡Jamás! Si dice que usted es uno de los mejores, debe de ser uno de los mejores.

El joven se tomó un momento para estudiar a su interlocutor. Era prematuramente calvo, con tendencia a transpirar aunque no estuviera bajo tensión. Su cuerpo, bajo y ancho, hizo que David pensara en un enano grande.

Por las pocas palabras que Semmelweis había dicho, David comprendió que era húngaro. En el altanero mundo de la medicina vienesa, bastaba eso para ponerle el sello de advenedizo.

Semmelweis sorprendió a David con una pregunta súbita que, aparentemente, no venía al caso.

—¿Patología? ¿Usted fue también uno de los mejores en patología?

—Me fue bien en los orales. Doerner parecía muy satisfecho.

El médico clavó en él su mirada.

—Lilliendahl, usted es el único vienés a quien he visto manifestar siquiera un mínimo de modestia. ¡Acompáñeme!

Sin más explicaciones, salió con rapidez del cuarto, seguido por David. Caminaron por el corredor hasta que Semmelweis se detuvo ante la sala de disección. Aun con la puerta cerrada les llegó el olor del formol. Semmelweis abrió rudamente la puerta e indicó a David que lo siguiera.

Se detuvo ante un armario que guardaba cientos de muestras, de entre las que sacó varias plaquetas de vidrio. Llevó a su compañero hasta el microscopio y puso bajo el lente una de las plaquetas. Una vez satisfecho de que el lente estuviera bien graduado, ordenó a David:

—¡Mire!

El joven, aún desconcertado, identificó una muestra de tejido, tomado de una persona que había muerto de envenenamiento de la sangre. Iba a preguntar cuál era la importancia de esa plaqueta, pero el húngaro no estaba dispuesto a explicar. En cambio retiró la muestra y la cambió por otra.

—¡Mire!

David observó la nueva plaqueta.

—¿Qué ve? —preguntó Semmelweis.

—Es obvio que existen grandes similitudes entre ambas muestras. En los dos casos, la causa de la muerte fue envenenamiento de la sangre.

—Correcto. Ahora fíjese en las etiquetas de las muestras.

David se fijó en la primera: «Del cadáver de Antón Kolletschka». Instintivamente

se volvió para mirar a Semmelweis.

—¿Conocía usted a Kolletschka? —inquirió el húngaro.

—No, pero me enteré de su muerte. Por fiebre de disección. Dicen que se hizo un leve raspón en el dedo. No es el primero...

—Basta con eso. Es la maldición de la patología. Ahora lea la etiqueta de la segunda muestra:

Del cadáver de Anna Abend.

—No recuerdo a ninguna estudiante de ese nombre.

—No era estudiante —dijo Semmelweis.

Y, sin agregar una palabra más, volvió a guardar las plaquetas. De inmediato, con un brusco ademán de cabeza, indicó a David que lo siguiera.

Se detuvo abruptamente ante la puerta y señaló la entrada opuesta. Sobre ella, un letrero anunciaba que era la «Primera Sala de Obstetricia». Semmelweis entró, seguido por David. El belicoso húngaro se paseó por el pasillo, entre dos filas de camas blancas donde yacían mujeres en diversas etapas del proceso obstétrico.

Muchas de ellas lloraban, suplicando frenéticamente a las enfermeras que las atendían:

—¿Cuándo puedo irme? Le pedí a mi esposo que viniera a buscarme cuanto antes.

Eso no sorprendió a David. Tampoco se las podía criticar por eso. En sus tiempos de estudiante había visitado muchas veces la Primera Sala de Obstetricia y no ignoraba que el porcentaje de mortalidad era muy alto, tanto como el de enfermedades.

Semmelweis, sin comentarios, salió de la sala, siempre seguido por David, que cada vez estaba más desalentado por la excéntrica conducta del hombre. En ese momento comprendía que Doerner sólo hubiera consentido enviarlo a ese médico tras suministrarle agrias advertencias.

Ya en su desaseado despacho, Semmelweis permaneció por un rato muy pensativo. De pronto repitió algo que había dicho media hora antes:

—Doerner asegura que usted era uno de los mejores. Bueno, para trabajar conmigo no basta con ser el mejor.

David, pensando que se lo rechazaba, iba a levantarse, pero Semmelweis abandonó la silla con un brinco y comenzó a pasearse.

—No busco al mejor. Busco al más inquisitivo. Y al más valiente. Busco a un hombre dispuesto a erguirse ante hombres reverenciados como Doerner y decirles: «¡Lo que usted me enseñó es mentira!». Lilliendahl, ¿se cree capaz de eso?

—Eso depende. ¿Con respecto a qué quiere usted que sea valiente?

—¿Alguna vez dijo algo así a Doerner? «Dígame qué desea hacerme creer y yo le diré si lo creo o no». Por supuesto que no, qué diablos. Pero a Ignaz Semmelweis,

que es solamente un húngaro despreciable, a él sí puede exigirle algo así.

—Señor, el hecho de que usted sea húngaro no tiene nada que ver con esto — intentó explicar David—. Antes de mostrarme de acuerdo tengo que saber qué es lo que debo tener el valor de aceptar.

Semmelweis, inesperadamente, cedió con una sonrisa.

—Por supuesto. Sólo quería ver si se mantenía firme o si se dejaba amedrentar por un médico de más autoridad. Ahora sí podemos hablar.

Se tocó los bolsillos, buscando nerviosamente algo.

—A propósito, Lilliendahl, ¿fuma cigarros?

—No, señor.

—Lástima. Necesito un ayudante que fume bellos cigarros, largos, finos, negros. Así, cuando me quede sin ellos, siempre tendré uno a mano. Comprará una provisión de cigarros todos los días. Téngalos siempre en el bolsillo; encontrará dinero para pagarlos en este cajón. Pero nunca me diga que lo ha tomado. Así puedo sentir que lo estoy obligando a surtirme con los suyos. Eso me dará más satisfacción.

Y retomó sus explicaciones.

—Mi querido Lilliendahl, estoy seguro de que a usted le parece el colmo del éxito ocupar un puesto como el mío. Después de todo, soy el médico a cargo de una sala de obstetricia, en nuestro famoso Allegemeines Krankenhaus, el mejor hospital de todo el Imperio. No es poco honor.

«¿Por qué, entonces, me muestro tan perturbado? Porque me he detenido junto a la puerta y he visto que las mujeres patean, gritan y forcejean para que no las lleven a mi sala».

—No las culpo —comentó David—. Los riesgos de la fiebre puerperal son cosa muy conocida.

—¡Y demasiado aceptada! —estalló Semmelweis, amargamente—. Cosa que no pienso hacer. Y usted tampoco debería aceptarlo, Lilliendahl.

David se echó hacia atrás en la silla, tenso, esperando otro golpe. Semmelweis reinició sus paseos.

—Con esos gritos en mis oídos, con los tristes procedimientos que debo presenciar casi diariamente, cuando llevan los cuerpos cubiertos con una sábana a la sala de disección o a cualquier cementerio, me pregunto una y otra vez: ¿por qué la muerte se presenta con tanta frecuencia en la Primera Sala? ¿Por qué, por ejemplo, hay menos muertes en la Segunda Sala de Obstetricia que en la Primera?

”Eso me persigue sin cesar. Por eso me instalé ante esa puerta, día tras día, y observé cada instrumento que entraba, cada persona que ingresaba en ella. Acabé por detectar una sola diferencia. ¡Pero una diferencia muy importante! En la Primera Sala practican los médicos.

—Y en la Segunda, las parteras —comentó David, sin darle importancia.

—¡Eso es! —exclamó el húngaro, acalorado— ¡Esa es la diferencia, exactamente!

—Disculpe, señor, pero no comprendo.

—¡Maldición, Lilliendahl, no sea tan *dummkopf*^[17]! ¿Cuál es la diferencia entre los estudiantes de medicina y las estudiantes de partera?

David recorrió mentalmente, a toda prisa, los procedimientos de práctica. Sólo halló una diferencia.

—La patología, señor. Las parteras no estudian patología.

—¡Lilliendahl, me saco el sombrero ante usted! Aprenda a comprar cigarros y será un ayudante ideal.

David confesó, mansamente:

—Aun así, *Herr* doctor, no comprendo qué importancia tiene eso.

Semmelweis sonrió.

—¡Piense, hombre, piense! ¿Por qué supone que lo llevé al laboratorio de patología?

David recordó las plaquetas y las muestras idénticas. Súbitamente clavó la vista en el hombre que rondaba a su alrededor.

¡Bueno, dígalo, Lilliendahl, dígalo!

—Lo mismo que mató a Kolletschka mató a Anna Abend.

—¡Exacto! —gritó Semmelweis.

Y continuó, con menos énfasis pero más precisión:

—¿Cómo llega el envenenamiento de la sangre de la mesa de disección, donde mató a Kolletschka, hasta la Primera Sala, donde mató a la pobre Anna Abend? ¿Por el aire? No, porque entonces nos enfermaríamos todos con sólo caminar por allí. No, es otra cosa. Ahora piense: ¿qué puede ser? Piense, como lo he pensado yo.

David tuvo una súbita iluminación. La enormidad de la conclusión le impidió hablar. Por fin se vio obligado a decirlo en voz alta:

—Los estudiantes, los médicos, van de la sala de disección, donde han estado trabajando con cadáveres, a la Primera Sala, donde realizan exámenes vaginales de las mujeres que están a punto de dar a luz.

Semmelweis no respondió con palabras, pero levantó las manos y las puso frente a David.

—¡Cuidado! He aquí a las criminales: las manos de los médicos. Esperaba que David compartiera su entusiasmo, pero el joven dijo:

—Es un concepto muy llamativo, señor, pero aun así no pasa de ser una teoría.

—¡No pasa de ser una teoría! —repitió el húngaro—. ¿Y qué le enseñaron a usted en sus clases? ¡Sólo teorías! Sus profesores, ¿le hablaron de los miasmas? Son esos misteriosos vapores que se originan en zonas pantanosas y que esparcen sus nieblas asesinas entre la población.

”Eso también es una teoría. ¿Algún profesor pudo darle una sola prueba? ¡No! Cierto, puede haber alguna vinculación entre las zonas pantanosas y la fiebre, porque la mayor parte de los casos de fiebre se produce en los pantanos. Pero ¿qué vinculación? En vez de buscarla, inventan una teoría que se presenta bajo el nombre

fraudulento del conocimiento científico. Bueno, para mí no basta. Porque si deseamos que la medicina avance, la pregunta más importante es *por qué* ocurren las cosas. ¡Pruebas, hechos, verdades! Una vez que descubramos eso podremos cambiar las cosas.

Se volvió para revolver su desordenado escritorio.

¡Maldición, Lilliendahl! ¿Está seguro de que no tiene ningún cigarro? —Y murmuró, sin dejar de buscar sus preciosos cigarros—: «No pasa de ser una teoría», se atreve a decirme. ¿A que no le diría eso al respetado profesor Doerner? «Lo que usted está enseñando no pasa de ser una teoría». ¡No! Pero a Semmelweis, el húngaro, sí.

Abandonó la búsqueda y se volvió hacia David.

—Le sugiero que se pregunte, Lilliendahl, por qué tantos vieneses enfermos huyen de nuestro Allegemeines Krankenhaus, aunque cuenta con médicos famosos como el profesor Doerner. Por qué las mujeres prefieren dar a luz sin atención alguna antes que arriesgarse a recibir la nuestra. ¡Deme una teoría que explique eso!

David se sintió obligado a señalar:

—Una acusación tan audaz como la de que médicos y estudiantes llevan la muerte en las manos necesitará pruebas. Pruebas muy exactas y convincentes.

Semmelweis dejó de pasearse y giró lentamente para desafiar a David.

—¿Le gustaría ayudar a buscar esas pruebas? ¿Se atrevería, Lilliendahl?

Por primera vez se ofrecía a David la oportunidad de participar en un experimento que podría agregar nuevos descubrimientos de valor a la suma de conocimientos médicos. Semmelweis y Fischof compartían la misma convicción poderosa de que era preferible prevenir que curar. Era la ocasión de compensar a Fischof.

Sí, lo que Semmelweis le proponía era una gran tentación. Pero para un joven médico judío los obstáculos eran ya demasiados, sin necesidad de desafiar a todos sus colegas.

Por fin, Semmelweis sucumbió a su necesidad de tabaco y sacó algunas monedas del bolsillo.

—¡Por el amor de Dios, Lilliendahl! ¿Por cuánto tiempo piensa torturarme? ¡Vaya a comprarme algunos cigarros!

David salió de inmediato, perseguido por la voz potente del húngaro:

—¡De los largos, Lilliendahl! ¡Finos! ¡Y muy negros!

Mientras se acercaba a la cigarrería, David estudió sus opciones. Si Semmelweis no estaba loco, era, cuanto menos, un poseído. ¿Valía la pena arriesgar el futuro profesional con un hombre obsesionado por semejante teoría?

Pero ése era el elemento más tentador de la situación. Por la mente de David circulaban imágenes de los hombres innovadores que poblaban la historia de la medicina. Todos se habían inspirado tal como Semmelweis, observando un hecho común que otros miles de médicos presenciaban día tras día, sin ponerlo en tela de juicio.

La vacuna contra la viruela, de Jenner, se había originado en una observación igualmente simple: las vaqueras que sobrevivían a la fiebre vacuna nunca contraían la viruela. ¿La solución obvia? Causar en los seres humanos un leve caso de viruela para inmunizarlos.

Huxham, otro inglés, observó que el escorbuto abundaba donde faltaban frutas frescas y verduras. ¿La respuesta? Proporcionar a los marineros algún tipo de fruta fresca que durara en los viajes largos.

Y también estaba Auenbrugger, el hijo de un posadero. Siendo niño había visto que su padre golpeaba con los nudillos los barriles de vino para saber hasta qué punto estaban llenos o vacíos. Un hecho simple y cotidiano, observado a lo largo de siglos por miles de hombres. Pero sólo Auenbrugger había llegado a la conclusión de que el pecho humano, parecido a un tonel de vino, proporcionaría alguna información con unos simples golpecitos. Así nació una importante práctica de diagnóstico: la auscultación.

David recordaba vívidamente el entusiasmo con que había leído la anécdota del francés Laennec. Laennec se amargaba por no poder ver dentro del corazón y el pecho de sus pacientes enfermos. Un día, en París, le intrigó observar a los niños que jugaban en la calle, utilizando papeles enrollados como si fueran amplificadores para el oído. Laennec hizo conos de papel, los puso contra el pecho de sus pacientes y descubrió que los sonidos de pulmones y corazones saludables presentaban diferencias específicas con los de aquellos que estaban enfermos. El primer estetoscopio fue un simple cono de papel.

Todas esas contribuciones básicas al arte de la medicina habían sido aportadas por hombres que, como Semmelweis, habían observado los hechos más comunes, pero extrayendo de ellos descubrimientos médicos sin precedentes.

Para David, la idea de poder jugar un papel en semejante contribución a la medicina era excitante y atractiva. Más aún, era irresistible.

No sólo quería hacerlo. ¡Era preciso que lo hiciera!

Pero mientras volvía al imponente Allgemeines Krankenhaus, vio lujosos carruajes de los que descendían los médicos más famosos de Viena. Se preguntó entonces cómo reaccionarían esos médicos cuando se les demostrará que eran portadores de enfermedades mortales.

David, irónicamente, comprendió que, si Semmelweis estuviera en lo cierto, los riesgos profesionales serían aun mayores que si estuviera equivocado.

Además, debía pensar en sus padres. Las acciones juveniles e impulsivas de David, por nobles que hubieran sido sus motivos, les habían costado muy caras. Su padre seguía sin recobrase de las consecuencias, mientras la madre pagaba silenciosamente el precio, todos los días, con pérdida de comodidades.

¿Tenía derecho a someterlos a riesgos por lo que podía resultar otro desastre impulsivo?

Volvió con un puñado de cigarrillos. Semmelweis se apoderó de ellos con el

manotazo de un hambriento ante la comida. Después de encender uno y exhalar una nube de humo, sonrió, diciendo:

—No crea que fue sólo por los cigarros que lo envié a la calle. Quería darle un poco de tiempo para pensar. ¿Qué decidió? ¡Que Semmelweis está loco! ¿Verdad? Bueno, si eso es lo que piensa, me gustaría que supiera que no soy el único en sustentar esa teoría. En Norteamérica hay un médico eminente, llamado Oliver Wendell Holmes, que piensa igual que yo. Y en Escocia, otro llamado Gordon, en un hospital de Aberdeen. Pero sólo Semmelweis podrá probarlo. ¡Y usted, mi querido Lilliendahl, tiene la oportunidad de participar en ello!

David ardía de bochorno por no estar en condiciones de dar a Semmelweis la respuesta que hubiera deseado desesperadamente pronunciar. El húngaro, comprendiendo el aprieto del muchacho, dijo:

—No lo critico. ¿Por qué arriesgar la carrera? Cásese con alguna niña que tenga un padre rico y viva feliz por siempre jamás. ¡Vaya, vaya!

El voluminoso hombrecito lo expulsó del cuarto con un gesto colérico. David echó a andar hacia la puerta, pero al tocar el picaporte lo detuvo la voz de Semmelweis.

—Y la primera vez que se muera en sus manos alguna joven encantadora, al parir su primer hijo o cuando un joven esposo lo enfrente con lágrimas en los ojos o cuando un niño de cinco años le pregunte: «¿Por qué mató a mi mamá?», será mejor que tenga una respuesta preparada.

Capítulo 17

Sabía que, al llegar a su casa, se enfrentaría con la investigadora mirada materna. Porque ella ya no preguntaba: «Bueno, David, ¿cómo te fue?». Los dos habían renunciado hacía rato: su madre, a preguntar; él, a explicar por qué pasaba un día más sin que se le presentaran oportunidades. Por entonces, la mirada de la madre era más interrogante que cualquier pregunta.

Por eso lo desconcertó notar que, en vez de recibirlo con la mirada silenciosa y anhelante de costumbre, lo hiciera en un estado de extraño regocijo.

—¡David, ni te lo imaginas! —dijo—. Siempre he creído que, si una sabe esperar y reza un poquito, las cosas salen bien. Dios tiene caminos propios, sí. —Sonriendo, con cierta jactancia de sabiduría superior, inquirió—: David, ¿recuerdas que yo siempre mencionaba a un primo mío?

—Sí, ¿Qué pasa con él?

—Años enteros sin saber una palabra. ¡Y hoy aparece, como llovido del cielo! Pero no vino así no más. Estaba mirando por la ventana y veo que un hermoso carruaje se detiene ante nuestra puerta. Y de él baja. ¡Imagínate!, Max Edelstein. Yo no podía creer en lo que veían mis ojos. Sube la escalera. Golpea como quien está acostumbrado a que le abran inmediatamente y me saluda con un beso en la mejilla. Y empieza a hacerme preguntas sobre nosotros. Sobre cómo nos iban las cosas. Aunque está a la vista cómo nos van. Y después pregunta por ti. Por un primo de Czernowitz parece saber bastante sobre lo tuyo, que estudiaste medicina y que ahora eres todo un doctor.

—Mamá, vamos al grano —pidió David, exasperado.

—El grano, mi querido hijo, es que tiene interés en que vayas a verlo.

Le entregó una tarjeta donde se leía, pulcramente impreso: *Herr Max Edelstein, Pieles de todas las naciones*. En la esquina inferior derecha figuraba la dirección: 26 Koenigstrasse.

—¡Koenigstrasse! —exclamó David—. ¡Hay que ser muy rico para vivir allí!

—¡Muchísimo dinero! —proclamó la madre—. ¡Ha hecho muchísimo dinero!

—Pero no es médico. ¿En qué me puede ayudar?

La madre sonrió, sabedora.

—Ve a verlo y averigua.

David la llamó al orden, con firmeza.

—¿Mamá?

—Está bien —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Tiene una hija.

—Mamá —la regañó David—, te dije mil veces que mi educación no está en venta.

—Con ver a la muchacha no pierdes nada.

—¡No voy a hacerlo!

La voz de Bertha sonó muy amarga al decir:

—Todavía no te la puedes sacar de la cabeza, ¿no?

—¿A quién? —preguntó David.

—¡A la *shiksa*^[18]!

En cuanto dijo esa palabra se llevó la mano a los labios, como para ahogar su secreto. Pero era demasiado tarde. David se alejó un paso, mirándola fijamente a la cara. La madre desvió los ojos, pero él la obligó a mirarlo.

—¿Mamá? —exigió, dominando apenas su furia.

Por fin Bertha replicó:

—Vino a casa, un día.

—¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo, años.

—¿Y nunca me lo dijiste? —David la sujetó por los brazos—. ¿Qué buscaba?

—Dijo... dijo... —Por fin la madre logró pronunciar—: Que iba a hacerse monja. Yo adiviné que estaba mintiendo. ¿Mi David, meterse con una católica? Y también dijo...

La frase quedó interrumpida.

—¡Mamá!

—Dijo que estaba encinta. Yo le contesté: Mi hijo no puede haberse enredado con una muchacha como usted”. Imagínate: dejarse poner en ese estado y venir aquí a hacer semejantes acusaciones. No era cierto. ¡David, dime que no era cierto!

El joven pasó rozando a su madre, bajó las escaleras de a dos peldaños por vez hasta llegar a la calle y echó a correr. Al principio esa carrera parecía inútil, encaminada sólo a desahogar la cólera. Pero acabó por darse cuenta de que se dirigía hacia una calle y un edificio imponente, visitado años antes. Al comprenderlo así, corrió aun más de prisa.

Llegó sudoroso y sin aliento a las altas puertas del convento de la Misericordia. La joven monja que lo atendió se rehusó a dejarlo entrar, pero él la apartó bruscamente y abrió la puerta de un empujón, preguntando:

—¿Dónde está la madre superiora?

La aterrorizada monja señaló el rumbo y él se precipitó en la oficina. Una mujer de cara redonda lo miró por encima de los anteojos, inquiriendo:

—¿Qué está haciendo aquí, joven? ¿Quién le permitió entrar?

—He venido a preguntar por una muchacha, una joven novicia que estuvo aquí hace algunos años. Se llama Katerina Jahre. Quiero saber dónde está y cómo encontrarla.

—¿Katerina Jahre? —repitió la madre superiora—. Jahre, Jahre...

—En 1848. Una muchacha rubia, muy hermosa.

—Aquí recibimos a muchas jóvenes hermosas y casi todas son rubias.

David vaciló, pero acabó por aclarar:

—Estaba encinta.

—También recibimos a muchas de éstas.

La mujer se levantó para acercarse a unos pesados armarios de madera tallada. Después de revisar varios registros encuadernados en cuero, se volvió hacia él.

—Sí, aquí está. Katerina Jahre, 1848. Nos la trajo su padre y estuvo aquí varios meses, como novicia. Hasta que se le descubrió un embarazo de cinco meses. No tuve valor para expulsarla. Después de todo, si la Iglesia no puede demostrar misericordia y disposición a perdonar, ¿quién ha de hacerlo? Por eso decidí que se le permitiera tener al niño, entregarlo y volver con nosotras. Pero no regresó.

—Decidió no ingresar en la orden —adivinó David.

—Murió al dar a luz —corrigió la madre superiora, meneando tristemente la cabeza.

David quedó aturdido.

—¿Murió? Kati, mi Kati... ¿murió? ¿Y la criatura? ¿Qué pasó con la criatura?

—Sólo puede estar en uno de dos sitios: con su familia o en alguno de nuestros orfanatos. En cualquiera de los dos casos, yo no intentaría llevar más lejos la investigación. Aun por los dictados de su propia religión, joven, esa criatura no pertenece a ustedes, sino a nosotros. La religión de la madre es la que se impone.

—¿Cómo sabe usted que soy judío?

—Ahora recuerdo que, cuando insistí para que me dijera quién era el padre de su hijo, pensando en la posibilidad de efectuar un matrimonio para legitimarlo, ella confesó.

—Comprendo —susurró David.

—No le servirá de nada hallar al niño. Ningún tribunal de Austria otorgará la tenencia de una criatura a un judío.

Capítulo 18

David Lilliendahl se alejó lentamente del convento. Kati, su Kati. Hermosa, joven, ferviente en sus convicciones y en su amor. Era imposible imaginarla muerta. Su calidez, su ternura, su pasión, su coraje: todo eso no podía haber muerto con ella. A tan corta edad... Pero él había visto morir a muchachas tan jóvenes como ella por causas desconocidas. Se las llevaba al hospital, donde médicos, ayudantes y alumnos las revisaban, auscultaban y palpaban para establecer diagnósticos. Una semana después, tal vez antes, morían.

Se encontró en el canal de Donau, caminando por los mismos senderos que había recorrido con Kati, rememorando la intensidad con que ella solía tomarlo de la mano. Se sentó en los mismos bancos, vagó por entre los mismos árboles que habían cobijado su amor.

Kati, Kati. El canal, los bancos, los árboles, la presencia de las parejas jóvenes y felices: todo era un reproche. Sólo sentía un dolor sordo, sin alivio. Por fin comenzó a llorar. Por Kati y por la criatura que ella había tenido; su propio hijo.

Se acercó al hospital, pero vaciló; oficialmente no mantenía vínculo alguno con esa augusta institución. Por fin entró, fingiendo un aire de familiaridad. Fue a la oficina de registros y pidió las carpetas de 1849 concernientes a las pacientes de obstetricia. Como el empleado lo miró con fastidio, improvisó:

—Me envió el profesor Doerner para averiguar sobre una paciente en particular.

Estaba seguro de que Doerner le perdonaría semejante libertad. El empleado desapareció y regresó al rato con un sobre grande que entregó a David.

Paciente: Jahre, Katerina. Internada el 5 de mayo de 1849. Fallecida el 13 de mayo de 1849.

David se dejó caer en una silla, en el rincón, y comenzó a leer. Katerina Jahre se había internado con un embarazo de ocho meses.

A los tres días dio a luz a una criatura del sexo masculino, prematuro, pero completamente desarrollado, que pesaba dos kilos, cuatrocientos gramos. Varios días más tarde, la paciente Jahre presentó síntomas de fiebre puerperal; a los cuatro días murió. Como no estaba casada y la familia de la madre rechazó al niño, se lo entregó al cuidado de un orfanato dirigido por la Iglesia.

David se quedó mirando fijamente aquel registro que, con lenguaje tan seco, anulaba a la joven que había amado, que aún amaba, y a su hijo, huérfano y perdido para siempre. Las caóticas consecuencias de ese terrible y maravilloso año de 1848 lo perseguirían para siempre. Tantas cosas arriesgadas, tan pocas obtenidas, tantas perdidas.

Volvió a leer el registro. Fiebre puerperal. Guardó la hoja en el sobre y lo

devolvió al empleado, con una última vacilación, como si entregarlo significara perder a Kati definitivamente.

Ya fuera del hospital echó a andar hacia el distrito de Leopoldstadt, pero se detuvo. Giró en redondo y echó a correr.

Buscó el corredor donde estaban las oficinas de los médicos menos importantes. Pegada a la puerta, una tarjeta mal escrita anunciaba: *Herr* Dr. Ignaz Semmelweis. Golpeó.

—Pase —desafió la voz belicosa.

David abrió la puerta.

—¡Bueno, Lilliendahl! ¡Ha vuelto!

—Doctor Semmelweis, he venido para ayudarle en lo que pueda en sus experimentos sobre la fiebre puerperal.

—¡Me alegro! Ahora vaya a buscarme más cigarros. ¡Luego podremos comenzar!

—Por lo tanto —dijo Semmelweis, encendiendo otro cigarro, negro y fino—, si mi teoría es correcta deberíamos poder probarla. ¿Cómo? Tenemos que aislar la Primera Sala de Obstetricia. Ante la puerta pondremos aguamaniles con una solución de cloruro de calcio y una pila de toallas. Usted y yo seremos amos, tiranos, dictadores. Nadie entra a menos que se lave las manos. Me importa un bledo que se trate del médico más importante de Viena. ¡A lavarse! Aunque haya estado allí apenas media hora antes. ¡A lavarse! No importa dónde estuvo ni qué hizo. ¡A lavarse!

—Ganaremos muchos enemigos.

—¡Mejor! —contraatacó Semmelweis—. Después de todo, como esos «amistosos» médicos son los que están matando a mis madres, ganemos enemigos, muchos enemigos. Y no se preocupe por su futuro. Juntos, usted y yo seremos famosos, mi joven amigo.

El doctor David Lilliendahl estaba ante la puerta de la Sala de Obstetricia, anticipando la primera vez en que se vería obligado a insistir para que un médico se lavara con esa solución, de fuerte olor, antes de que se le permitiera la entrada. Ya había tenido bastantes dificultades con las enfermeras. Pero ahora... enfrentarse a un colega, especialmente de mayor experiencia, le provocaba grandes resquemores.

Por el corredor apareció el conocido doctor Heinrich Furtwangler, seguido por un cortejo que parecía una cola de cometa: un secretario para tomar nota, dos ayudantes, varios estudiantes y enfermeras.

David se plantó en la puerta abierta.

Furtwangler lo miró fijamente, a través de sus anteojos con marco de oro.

—¿Qué significa eso?

David, con toda la cortesía y la deferencia posibles, explicó:

—*Herr* doctor, no se permite a nadie tocar a una paciente de esta sala sin lavarse

primero las manos.

—¿Quién le ordenó? —quiso saber Furtwangler.

—La Primera Sala ha sido designada para propósitos experimentales por el doctor Semmelweis.

—Oh, ese húngaro loco —comentó Furtwangler, sin darle mayor importancia—. No permitiré que él experimente con ninguna de mis pacientes.

David le bloqueó la entrada.

—¡Salga del paso, joven! —bramó Furtwangler—. ¡Soy un hombre muy ocupado! No tengo tiempo para perder lavándome las manos por ahí.

—Disculpe, *Herr* doctor —insistió David, respetuosamente, pero sin dejar el paso libre.

El médico se volvió hacia su secretario.

—¡Traiga inmediatamente al *Herr* profesor Doerner! ¡Él pondrá fin a esta tontería!

El secretario no tardó en volver, escoltando a Doerner.

—¡Ah, colega! Informe a este joven tonto que en este hospital nadie puede indicarme qué debo hacer antes de examinar a una de mis propias pacientes —exigió Furtwangler.

Doerner sonrió.

—Mi querido Furtwangler, sólo estamos llevando a cabo un pequeño experimento. Después de todo, una vez que se presenta una teoría es preciso ver si se la puede probar. Si bien, en mi opinión, en este caso el resultado no será favorable. Pero usted ya conoce a Semmelweis; es un loco empecinado. Por lo tanto, como favor para el hospital, ¿se digna usted?

Furtwangler también sonreía.

—La molestia vale la pena, si sirve para desmentir a ese húngaro. —Y se volvió hacia su cortejo, riendo entre dientes—. ¡Bueno! Como ejercicio sobre el tratamiento por indulgencia de médicos alienados, todos nos lavaremos las manos.

Una vez que todos lo hicieron, David les permitió entrar en la Primera Sala. Doerner se demoró para susurrarle:

—No me gusta desmerecer a Semmelweis, pero no había otro modo de conseguir la cooperación de Furtwangler.

Por semanas enteras, durante las veinticuatro horas del día, Ignaz Semmelweis y David Lilliendahl se turnaron para custodiar la entrada de la Primera Sala de Obstetricia. En las horas libres, David trataba desesperadamente de localizar al niño que Kati diera a luz antes de morir.

Averiguó en los diversos asilos católicos de la ciudad. El bebé no figuraba en ninguna parte. De algún modo, la Iglesia se lo había tragado para siempre.

Capítulo 19

Ya se había fijado fecha para la presentación de sus descubrimientos. El profesor Wagener, administrador del hospital, hizo decir que todos los médicos debían estar presentes. Todos aceptaron, aunque muchos de ellos a desgano, considerando que era perder un tiempo precioso.

En los días anteriores, David, arrodillado en el suelo del despacho, había estado trazando grandes gráficos, bajo la dirección del agitado Semmelweis, donde se explicaba detalladamente el trabajo. Cuando terminó el último gráfico se levantó.

—¿Le parece que esto se leerá desde los asientos?

—Desde casi todos.

David se retiró un paso para apreciar su artesanía.

—Para los que estén en la última fila, usted puede describir la información en detalle.

—Lilliendahl, es algo que he estado pensando desde que se anunció nuestra presentación. La importancia de que acepten este descubrimiento.

—¡Pero no pueden desestimar estas cifras! —insistió David.

—La mente prejuiciosa puede desestimar cualquier cosa. No quiero que digan. «Que hable nomás, ese húngaro loco; no le vamos a creer». Para ellos, mi acento sería como agitar un paño rojo. Por eso he decidido que sea usted quien haga la presentación.

—¿Yo? ¡Pero yo soy judío! ¿Por qué me van a aceptar?

Semmelweis sonrió.

—Entre un húngaro y un judío vienés, creerán que usted es el menor de dos males.

La reunión se llevó a cabo en el anfiteatro más grande del hospital. Semmelweis se sentó en la plataforma, tan pulcro como David logró dejarlo. Las solapas de su chaqueta aún tenían muchas marcas de ceniza, tan absorbidas por la tela que era inútil frotarlas, pero al menos lucía una camisa elegante y limpia, además de una corbata bien anudada.

El profesor Wagener, que presidía la reunión, pidió silencio y declaró abierta la asamblea.

David contempló aquellos rostros imponentes, que lo saludaban con hostil escepticismo. Con ayuda de los gráficos, puestos en un caballete de pintor, procedió a explicar la lógica que respaldaba el experimento: la fuerza de la solución clorhídrica utilizada, la absoluta necesidad de que no se permitieran excepciones a la estricta higiene.

A lo largo de toda la presentación se oyeron toses de impaciencia entre el público y comentarios en susurros, que anunciaban el rechazo. Pero David estaba seguro de que el último gráfico los convencería a todos. Con absoluta confianza, lo puso de relieve.

—Caballeros: estas cifras demuestran la mortandad experimentada en la Primera Sala de Obstetricia en los últimos años.

”Notarán ustedes que, durante años, la proporción de fallecimientos por fiebre puerperal ha sido del 9,92% sobre las pacientes hospitalizadas. Eso significa que, de cada diez mujeres internadas en esta sala, una moría, con seguridad.

David hizo una pausa y miró a su público, reparando en la sonrisa de Doerner. Con acrecentada satisfacción, anunció:

—Caballeros, tras haber observado por sólo un mes las precauciones impuestas por el doctor Semmelweis, la tasa de mortalidad de la Primera Sala bajó del 9,9% al 3,8%.

Se produjo una leve conmoción entre los presentes, lo cual dio a David el ímpetu necesario para continuar:

—Al terminar el segundo mes, esa cifra descendió al 2,6%. Y cumplido el tercer mes de nuestro experimento, ha bajado al 1,2%.

Hizo otra pausa para que las cifras produjeran su impacto.

—Esto significa que, con precauciones relativamente sencillas, hemos reducido la tasa de mortalidad de una cada diez mujeres a una entre cien. Multipliquemos eso por los miles de mujeres que pasan anualmente por nuestra Primera Sala y salvaremos a un millar de mujeres por año. Multipliquémoslo ahora por los millones de madres que dan a luz en el mundo entero y podremos salvar, tal vez, un millón de vidas por año. ¡Caballeros, cualquiera sea la causa de la fiebre puerperal, hemos probado que su prevención está, literalmente, en nuestras manos!

David había concluido con una nota de triunfo. Pero no recibió los aplausos que esperaba, sino sólo un ominoso silencio. Volvió la mirada a Semmelweis. El rostro ceñudo del excéntrico húngaro le reveló que él estaba igualmente desilusionado.

El profesor Wagener se levantó para enfrentarse al público.

—¿Alguna pregunta referida a la teoría o la técnica del experimento?

Ningún médico respondió. Doerner, creyendo liberar parte de aquella hostilidad, preguntó:

—En el curso del experimento, ¿se probaron diferentes concentraciones de solución clorhídrica? Le pregunto porque algunos de nuestros colegas sufrieron irritaciones por los lavados.

—Sí, *Herr* profesor, utilizamos diferentes fórmulas, y muy pronto publicaremos los detalles —dijo David.

—Gracias —manifestó Doerner, esperando haber tenido un efecto moderador sobre sus colegas.

Pero se equivocaba. Pues el doctor Hans Gebhardt se puso de pie, apoyado en el bastón con empuñadura de oro. Con voz cascada y gruñona, dijo:

—No entendí bien su nombre, joven.

—Lilliendahl.

—Lilliendahl, por supuesto —comentó Gebhardt, indicando, sin decirlo, el origen

judío—. Lilliendahl, si no me equivoco, la lógica que apoya todo este experimento es que el médico lleva la fiebre de sala en sala, de cama en cama.

—Sí, *Herr* doctor.

—Por lo tanto, la conclusión de ustedes, eminentes investigadores en el campo de la fantasía médica, es que yo soy responsable por el fallecimiento de aquellas pacientes mías que contrajeron la fiebre —tronó, indignado.

De inmediato se le unieron varios colegas furiosos.

—Señores, si me permiten... —balbuceó David, tratando de dominar aquel colérico arrebató.

Pero Gebhardt le gritó:

—¡Conteste a esa pregunta! ¿Acaso todos estos dignos médicos, los más eminentes de Viena, deben recibir el nombre de asesinos? Porque en el caso de que la teoría sea generalmente aceptada, cada familia que haya perdido una esposa, una madre o una hija por causa de la fiebre nos acusará, diciendo: «Ustedes la mataron». Bueno, jamás aceptaré semejante situación.

David iba a responder, pero sintió que alguien le apretaba dolorosamente el hombro, a tal punto que debió contener una mueca. Semmelweis se adelantó, rugiendo:

—¡Yo responderé a eso! —Y se enfrentó al viejo Gebhardt, gritando—: ¿Quiere una respuesta directa? ¡Sí, maldito sea, usted fue un asesino! Y si continúa practicando la medicina como lo hace ahora, seguirá cometiendo asesinatos cada vez que pase de la sala de disección a la sala o de paciente a paciente, sin lavarse las manos.

Y concluyó, mostrando las manos en alto:

—¡Caballeros, cuidado con las criminales!

No sólo Gebhardt, sino un vasto número de los médicos presentes se pusieron de pie, gritando protestas furiosas contra el húngaro Semmelweis y el judío Lilliendahl. Wager pedía silencio, pero inútilmente. Los hombres comenzaron a abandonar el anfiteatro en grupos de coléricos conspiradores. Sólo Doerner quedó en la sala.

—Lo siento, muchacho —dijo, llevándose aparte a David—. Lo siento mucho. Yo lo metí a usted en esto. Y temo que las cosas no quedarán así.

—No pueden hacer como si nuestro experimento nunca se hubiera realizado. Ni negar que hemos salvado muchas vidas. ¿Quién puede discutir nuestros resultados?

—Gebhardt. Y lo hará, igual que muchos otros.

—¿Cree usted en nuestras conclusiones?

—Por supuesto —admitió Doerner—, Y ellos también. ¿Por qué cree que están tan furiosos? ¡Por los remordimientos, muchacho! Cuando en medicina prevalecen las emociones, la verdad pasa a ser el enemigo.

Al día siguiente la situación se agravó aún más. Gebhardt, al cruzarse con Semmelweis en el corredor, le hizo una sarcástica reverencia.

—¡Ah, mi querido Semmelweis! Voy a la Primera Sala. Acabo de pasar por la

segunda. ¿Quiere acompañarme para presenciar un «asesinato» más?

—¡Son los hechos los que lo acusan, mi querido Gebhardt, no yo!

—Conque los hechos me acusan, ¿eh? —replicó el anciano, iracundo.

Levantó el bastón con empuñadura de oro para golpear al pequeño húngaro, pero Semmelweis levantó la mano e interceptó el bastón en el aire. Al hacerlo, empero, hizo que el viejo cayera al piso de mármol. Su grito atrajo a médicos y asistentes de toda el ala, quienes, al reunirse, descubrieron a Semmelweis con el bastón en el puño, de pie junto a Gebhardt, caído. Cuando David llegó, corrían ya los rumores de que el excéntrico húngaro había atacado físicamente a *Herr* doctor Gebhardt.

El administrador Wagener abandonó la cabecera de Gebhardt para ir a su propia oficina, donde había citado a un grupo de los médicos más respetables entre los que componían el personal superior del hospital. Doerner, naturalmente, estaba entre ellos. Wagener abrió el debate anunciando que Gebhardt estaba descansando cómodamente en cama. No había fractura de cadera, como habían temido, sino sólo un gran magullón. Por lo tanto, si el anciano lograba sortear la neumonía, se recobraría pronto.

—Ahora bien, en cuanto a ese loco de Semmelweis...

En ese momento, la puerta se abrió de par en par y David Lilliendahl entró en el despacho.

—Estamos en reunión privada —declaró Wagener.

—Acabo de enterarme de que se está hablando del doctor Semmelweis. Creo mi deber decir lo que sé de ese hombre —insistió David.

Wagener trató de interrumpir, pero el joven insistió.

—Llevo ya varios meses trabajando con el doctor Semmelweis. Sé que es un hombre irascible e impaciente, sí. Pero nunca le he visto hacer demostraciones de violencia. Estoy dispuesto a jurar que no es capaz de atacar a nadie, mucho menos a un anciano como Gebhardt.

Cuando terminó, el administrador se limitó a decir:

—Puede retirarse, Lilliendahl.

David comprendió que no había logrado cambiar las opiniones de nadie. En cuanto se cerró la puerta, uno de los hombres dijo:

—Lo que menos me preocupa es que Semmelweis haya atacado o no a Gebhardt. Nos atacó a todos con sus acusaciones. ¡Ése es el delito por el que debe castigársele!

—Caballeros, caballeros —intervino Doerner—. Si atacamos a Semmelweis o lo expulsamos no haremos sino convertirlo en mártir. La gente se preguntará por qué actuamos tan drásticamente. Después de todo, el húngaro no ha acusado, en realidad, a los médicos de Viena. ¿A qué exponernos a las murmuraciones públicas que tanto deseamos evitar?

Se impuso el sentido común de Doerner. Quedó tácitamente acordado que Wagener se encargaría de ajustar estrictas cuentas con el húngaro. Y allí quedarían las cosas.

Cuando David Lilliendahl visitó al profesor Doerner para agradecerle su intercesión, éste replicó:

—Mi querido Lilliendahl, usted es un joven lleno de idealismo, pero tiene muy poca experiencia en la guerra profesional. ¿Cree que Semmelweis ha sido perdonado, sólo porque la asamblea no tomó medidas contra él? Por el contrario. Eso significa que, en vez de morir rápida y misericordiosamente, se le permitirá languidecer en soledad hasta que se marchite. Sus métodos no serán adoptados. Se convertirá en un paria, la sombra de un médico y de un hombre. Tarde o temprano se marchará, en busca de alguna pequeña ciudad donde pueda ejercer la profesión, vivir su vida, resentido por la injusticia que se le ha hecho. Hasta que se marchite y sea como polvo, que cualquier brisa puede aventar. No, no me dé las gracias. En cierto modo, yo he sido su verdugo.

David aceptó la declaración de Doerner en total silencio, pues dos preguntas le carcomían la mente. El profesor adivinó la primera:

—Por mi parte, voy a adoptar el método de Semmelweis, aunque públicamente no pueda defenderlo. No soy pionero, sino clínico. No me dedico a la investigación. Necesito de mis colegas. Necesito este hospital.

El joven no respondió. Doerner adujo:

—Está pensando que he elegido el camino más cobarde.

—¡Oh, no, señor! —protestó David, pensando que eso se esperaba de él.

Pero Doerner sonrió débilmente.

—Pues eso es lo que he hecho. Sin embargo, usted, joven, debe cuidarse de los hombres como yo y no se atreve a acusarme. ¿Su segunda pregunta?

—No mencioné ninguna —protestó David.

—Pero la está pensando. ¿Qué representará este infortunado episodio en su propio futuro?

El muchacho asintió, admitiendo su urgente preocupación.

—Bueno, Lilliendahl, eso es algo que podemos resolver rápidamente. Ha quedado libre el puesto de secretario del profesor Kiesedorf. Sugeriré que lo nombren a usted y veremos qué pasa.

Capítulo 20

El martes por la mañana, quince minutos antes de las diez en punto, hora fijada para la entrevista, David Lilliendahl se presentó en las oficinas del profesor Wilhelm Kiesedorf, que tardó en atenderlo.

Kiesedorf era algo más joven que Doerner; parecía más altanero y reservado. Su cuello almidonado era más alto y más rígido. Lucía la ropa con aire de noble. David pensó: «Parece más Habsburgo que el joven emperador Francisco José».

Kiesedorf sacó una larga hoja de papel que detallaba, en letra pequeña, cierto número de hechos a los que hizo referencia durante la entrevista. Condescendiente, llamaba a David «mi querido Lilliendahl». En ese tono, lo hizo repasar su *curriculum vitae*: cada escuela a la que había asistido, cada clase universitaria, cada profesor de quien recibió enseñanza. Por fin se inclinó hacia adelante, acusando:

—Usted fue de los del *Cuarenta y ocho*, ¿no?

La frase, ya tan poco usada, tomó a David por sorpresa. Era un término despectivo aplicado a aquellos estudiantes que habían tomado parte en la revolución de 1848, pero en los últimos años se la oía muy poco.

—Aquí dice que se encontró su firma en la petición enviada al Palacio Hofburg, exigiendo cosas absurdas al Emperador Fernando. ¿Es cierto eso?

—Eso fue hace años... —comenzó a explicar David, decidido a luchar por ese nombramiento, que podía ser muy importante para su futuro profesional.

—¿Es cierto o no? —interrumpió Kiesedorf, con aire de fiscal.

—Sí, sí, en efecto —admitió el joven, por la fuerza—. Pero fue hace años, como le he dicho.

—Pero el asunto de Semmelweis fue hace pocos meses. Al parecer, mi querido Lilliendahl, en usted hay una vena rebelde que no se debilita con la madurez. Primero, contra la corona. Ahora, contra toda la congregación de médicos. Lamentable. Por lo demás, sus antecedentes son inmejorables.

David, considerándose despedido, iba ya hacia la puerta, pero se detuvo.

—*Herr* profesor, quisiera preguntarle algo.

—¿Qué? —inquirió Kiesedorf, altivo e imperioso.

—Si sabía todo esto antes de hacerme llamar, ¿por qué se tomó el trabajo de concederme una entrevista?

—¡No tengo por qué explicar mis motivos a ningún joven y mucho menos si es judío!

Doerner, pensativo, escuchó el relato que David le hacía sobre lo ocurrido desde la última conversación. Por fin dijo.

—Traté de cambiar el punto de vista de Kiesedorf. Hablé largamente con él. ¿Y sabe qué descubrí? Que es sobrino de La Tour. ¿Recuerda a La Tour?

—Por supuesto. El que lincharon los estudiantes.

—Por eso Kiesedorf no pudo perdonar jamás a los del cuarenta y ocho. Bueno, ya

veremos. Aquí tengo una carta de un colega que se retira; ejercía en una pequeña ciudad, al pie de los Alpes. Un país accidentado, pero de tierras buenas para el cultivo. Pocas comodidades. El médico debe atender también al ganado. ¿Qué le parece eso, Lilliendahl?

David no respondió.

—No, por supuesto —dijo Doerner—. Sería malgastar su capacidad tal como la malgastó Fritsch. Era compañero mío, excelente alumno, pero mal político, por desgracia. Por eso terminó allá. Pero usted, en ese lugar, moriría, Lilliendahl. Olvidémoslo.

—¿No hay más?

—Por el momento, no.

David, desalentado, manifestó:

—Gracias por el intento, *Herr* profesor.

Y echó a andar hacia la puerta.

—¡Lilliendahl! Hay otra posibilidad. Hace muy poco recibí un artículo escrito por un médico llamado Jacobi, que está afiliado a una nueva institución llamada «Hospital Judío». Allí, sin duda, usted no tropezaría con ningún prejuicio.

David, alentado, inquirió:

—¿Un hospital judío? ¿Dónde?

—En Nueva York.

—¿En Norteamérica?

David no pudo disimular su desencanto.

—El dinero del pasaje —adivinó Doerner, resumiendo el problema. El muchacho asintió—. Tal vez yo pueda ayudarlo.

—Gracias, *Herr* profesor, pero ya ha sido demasiado generoso con su tiempo y sus esfuerzos. No se justifica que siga aprovechándome de ellos.

—Escúcheme bien, Lilliendahl. Los médicos no podemos permitirnos ese orgullo. Necesitamos la oportunidad de trabajar donde podamos aprender. Para eso debemos aprender el arte de ceder hasta donde convenga. Yo lo practico todos los días de mi vida: con los otros miembros del personal, con mi propia ignorancia. Hago lo mejor que puedo, sabiendo que lo mejor no es bastante. Por eso, muchacho, aprenda a perdonar las limitaciones de nuestra profesión, pero también, sobre todo, sus propias limitaciones. De lo contrario, se carcomerá a sí mismo con el cáncer de los remordimientos y los autorreproches.

Después de alguna correspondencia alentadora, pero no definitiva, con el Hospital Judío de Nueva York, David Lilliendahl decidió arriesgarse a viajar hasta Norteamérica.

Doerner, encantado, volvió a ofrecerle dinero para el pasaje. David lo rechazó, aunque agradecido, y se dedicó a ganarlo. Pasaba la noche dando clases particulares a

los alumnos del *Gymnasium* y ayudaba a los estudiantes de medicina a preparar los exámenes Finales. Durante el día, trabajaba con un farmacéutico de la ciudad preparando recetas en las que no tenía ninguna fe, pero por las que su patrón cobraba precios elevados. En las pocas horas restantes estudiaba con diligencia el extraño idioma de su futuro país.

Los padres lo acompañaron hasta el tren que lo llevaría al puerto de Hamburgo. Allí, junto con muchos otros que buscaban una nueva vida en América, abordó el vapor alemán *Schlestvig*, que lo llevaría a Nueva York en un viaje de treinta y siete días.

No reveló a sus padres que, el día antes de su partida, había acudido a las oficinas del arzobispado de Viena para averiguar el paradero del hijo que le diera Kati Jahre.

La visita no sirvió de nada. No se le dio información alguna ni se le prometió investigar.

La misma semana en que David Lilliendahl partió de Viena rumbo a Norteamérica, el profesor Pierre Louis recibió respuesta a la carta que había enviado a Amos Sinclair, padre de su alumna más apreciada. El profesor Louis había pedido permiso para que Mary Sinclair pudiera quedarse en París, ya terminados sus estudios en la *École de Médecine*. Trabajaría en La Charité, ayudando al profesor en sus investigaciones. La respuesta de Sinclair fue respetuosa, aunque le quitó las esperanzas.

Señor: conozco su eminencia en el campo de la medicina. Y tengo el mayor respeto por la opinión que expresa sobre mi hija. Empero, debo advertirle que los norteamericanos somos un pueblo práctico. No comprendo qué valor puede tener el perseguir eternamente el conocimiento médico sin ponerlo en práctica y medrar con él.

Louis, entristecido, dijo a Mary Sinclair:

—Ojalá pudiera hacer que usted se quedara. Pero nosotros también tenemos gente «práctica» en el gobierno, del cual dependo financieramente. Esa gente limita los fondos a mi disposición. Tal vez algún día sea de otro modo.

A desgano, con un beso paternal en la frente, el profesor Louis se despidió, de su estudiante más promisoría.

—Recuerde, mi querida Mary, que el buen médico aprende con cada paciente. Es un proceso que no tiene fin.

Dos días después, la doctora Mary Sinclair partió de París. Al día siguiente abordó el vapor *Orión*, un navío de sólida construcción y uno de los primeros que se propulsaban a hélice y a vapor. Representaba una enorme innovación para la época, pues, en aguas relativamente tranquilas, cumplía el viaje en sólo doce días.

Fue así que alcanzó y pasó al navío alemán *Schlestwig*, en el cual David Lilliendahl navegaba hacia Nueva York.

Capítulo 21

—¿Lilliendahl? —repitió, gruñón, el propietario de la pensión—. ¿Alemán?

—No, señor. Austríaco —replicó David, con el mejor acento de su recién aprendido inglés.

La valija le pesaba mucho en la mano. Hubiera querido apoyarla en el suelo, pero en aquel estrecho vestíbulo no había lugar.

—Austríaco —caviló el dueño de la pensión, frotándose una barba de cuatro días con los dedos—. ¿No es lo mismo que alemán?

—No, señor.

—¡Basta de alemanes en esta casa! Y de irlandeses, también. ¡Son sucios! Y siempre están peleando. Prefiero mil veces un negro. Son limpios; cuidan la casa donde viven. Pero los alemanes y los irlandeses son mala gente. Mala gente.

Miró hacia lo alto de la escalera, aún indeciso. Por fin dijo:

—Supongo que quiere ver el cuarto.

—Sí, señor, si es posible —confirmó David, tratando de disimular el acento austríaco.

—¡Venga!

Subieron dos tramos de escalera y atravesaron un vestíbulo oscuro, donde sólo una ventana daba al patio trasero. A pesar de las manchas dejadas por la lluvia en los vidrios, David pudo echar un vistazo al patio, donde había ropa tendida y niños que jugaban.

El propietario usó la llave para abrir un cuarto pequeño, que sólo contenía una cama grande, una cómoda cuyo espejo ya estaba perdiendo el azogue en las esquinas y una mesa, donde se veía el clásico aguamanil con la jofaina en el medio. En un rincón había un ropero, improvisado con una barra y una cortina sucia.

—Usted tiene que ir a buscar el agua a la bomba. Hay una bacinilla bajo la cama. Vaciarla corre por su cuenta. Y con cuidado; no es cosa de que los pensionistas dejen toda la casa maloliente.

—Sí, señor —aceptó David, inspeccionando aquel sitio poco acogedor—. ¿Cuánto?

—Un dólar por semana, adelantado.

Una mirada más. Por desalentador que fuera el panorama, David metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar de plata. En tanto el propietario le volvía la espalda para retirarse, David preguntó:

—Dígame, ¿cómo llego al hospital?

—¿A qué hospital?

—El Hospital Judío.

El propietario contempló despectivamente a David. Por un momento, pareció dispuesto a no alquilarle aquel sucio cuarto, pero al fin dijo:

—Cuando esté listo haré que mi hijo lo acompañe un trecho.

El niño se detuvo en la esquina y señaló:

—Por ahí. Es ése.

Pero no dio un paso más.

—¿Le tienes miedo a ese lugar? —preguntó David.

—Papá dice que no me arrime a los hospitales. Ni a los judíos.

El niño hablaba sin malicia, repitiendo sólo lo que le habían enseñado. David pensó, con tristeza: «En Norteamérica va a ser más fácil».

Y echó a andar, confiando en recibir una cálida bienvenida en ese hospital, dirigido por judíos.

Aguardó pacientemente en la pequeña sala de recepción, con paneles de pino. Más allá de la puerta se percibía un ruido de actividad constante, voces, conversaciones apresuradas, pasos sobre suelos de madera lustrada. No difería en mucho de los ruidos que solía escuchar en el Allgemeines Krankenhaus. Por eso se sintió un poco más tranquilo.

Al poco tiempo, un hombre alto, de chaquetilla, que entrecerraba los ojos a través de sus impertinentes y lucía una barba corta, entró con aire eficiente y apresurado.

—¿Me buscaba, joven?

—Lilliendahl. El doctor David Lilliendahl, de Viena. Le escribí hace algunos meses.

El hombre le tendió la mano.

—Gottesman, administrador del hospital. Conque usted viene de Viena... Y por los motivos de costumbre: no hay muchas esperanzas allá para un joven médico judío que desee trabajar en un buen hospital.

—Eso... —David acabó por reconocerlo—. Y algunas cosas más.

—¿Por ejemplo?

El muchacho recitó sus experiencias de 1848 y sus posteriores dificultades en la profesión, causadas por el asunto Semmelweis.

—Y viene a nosotros buscando una oportunidad —completó Gottesman, entristecido—. Esto se repite constantemente: llegan hombres de sitios muy lejanos. Bueno, permítame una aclaración, joven: éste será el Hospital Judío, pero no está restringido a la gente de nuestro credo, ni en cuanto a médicos ni en cuanto a pacientes. Aunque algunos creen que así debería ser.

Gottesman tomó un aire casi belicoso al continuar:

—¿Sabe cómo llegamos a esto? No sólo el hospital, sino los judíos. Allá por el siglo XVII, esta ciudad estaba gobernada por los holandeses, que no permitían nuestra presencia. Por entonces Holanda, bajo grandes presiones, aprobó una ley que se llamó Acto de Tolerancia, que permitió a algunos judíos radicarse aquí.

”Pero con una condición: aunque pagábamos impuestos como todos los demás, debíamos hacernos cargo de nuestros enfermos y nuestros indigentes. Por ciento cincuenta años se encargaron de eso los médicos judíos, a domicilio o en hospitales de otros credos, si éstos lo permitían. Hasta que, hace unos ocho años, nos reunimos

y decidimos fundar nuestro propio hospital. Y aquí está. Un edificio pequeño, con un personal muy reducido. Pero aquí los pacientes no pagan el tratamiento, sean del credo que fueren.

El médico aprovechó la oportunidad para sonreír agriamente.

—A pesar de lo que usted puede haber oído, aquí el oro no brota en las calles. Lo que está viendo se construyó a un costo muy grande. Sólo ofrece comodidades limitadas. Y oportunidades más limitadas todavía, sobre todo para los jóvenes.

Por entonces Gottesman había dejado de sonreír. David preguntó:

—¿O sea, señor, que aquí no hay oportunidades?

—En este hospital no, francamente. Pero un joven como usted, con un certificado de la escuela de medicina de Viena, puede practicar la profesión. Al principio le será difícil, por ser extranjero y desconocido, pero con el tiempo tiene que irle bien. —Por fin, la honestidad lo obligó a ser más franco—: Bien, exactamente, no le irá, pero tal vez pueda mantenerse en un plan muy modesto.

—Temo que eso no bastará, señor —dijo David—. Tengo a mis padres en Viena, que dependen de mí. Mi padre está envejeciendo.

Gottesman meneó la cabeza, cansado.

—Todo el mundo viene a América para resolver sus propios problemas y la nación tiene problemas suficientes por su cuenta, joven. Lo siento. De cualquier modo, las cosas suelen cambiar. Hay gente que se va. Tal vez haya una oportunidad más adelante. Deje su nombre.

David sospechó que eran palabras de consuelo y no de aliento.

—Mientras tanto —sugirió Gottesman—, tal vez haya un médico que necesite un ayudante. Averigüe. Tal vez encuentre alguno.

—Sí, señor. Gracias —dijo David, tratando, en lo posible, de disimular su desaliento y su miedo.

Descorazonado, volvió a recorrer la calle, tratando de recordar por qué camino había llegado al hospital. Al llegar a la esquina se detuvo, sin saber si girar a derecho o a izquierda. Mientras intentaba recordar por dónde lo había llevado el muchachito, oyó un extraño sonido que tenía resonancias extrañamente familiares. Un barullo de voces lejanas, voces de urgencia llamativa. De pronto comprendió por qué le sonaban tan familiares: le traían todos los recuerdos de 1848. Estudiantes que corrían por las calles de Viena, gritando estribillos, clamando: «*Freiheit!*». Era el mismo entusiasmo, el mismo efecto galvanizador.

David comenzó a correr en la dirección de los gritos. Por fin irrumpió en una plaza abierta, adonde se habían reunido cientos de personas. Si los gritos le parecían familiares, había una buena razón: también aquéllos pedían libertad. David quedó atónito. Allí, en ese país con libertad de voto, libertad de palabra, ¿allí también se clamaba por la libertad?

Estudió las caras, todas vueltas hacia un edificio de obvia importancia oficial. Cuando acabó de descifrar las palabras de la fachada comprendió que estaba ante los

Tribunales de los EE. UU.

—¿Qué pasa? —preguntó al hombre más próximo.

—¡Después de haber probado, apenas, la libertad, ese maldito tribunal dice que debe volver a su esclavitud!

—¿A qué esclavitud?

—Usted es extranjero, ya me doy cuenta, pero ha de saber que en este país existe la esclavitud.

—En el Sur sí, pero ¿aquí, en Nueva York? No lo sabía.

—Si se atrapa aquí a un esclavo fugitivo, aun cuando haya pasado un tiempo como hombre libre, su propietario puede entablar juicio y el tribunal lo envía de regreso.

En ese momento, un destacamento de soldados federales, vestidos de azul, salieron a la escalinata de los tribunales y se distribuyeron en dos filas, una frente a la otra, formando un corredor que descendía hasta la calle. Mientras tanto, la policía de la ciudad contenía a la multitud, que comenzaba a dar muestras de agitación la ver a los soldados federales.

Por la puerta salieron dos alguaciles de uniforme, quienes, sin prestar atención a los gritos de burla, sacaron a un negro alto con las manos esposadas adelante. Lo obligaron a bajar la escalinata, en tanto el gentío se precipitaba hacia ellos, decidido a liberar al prisionero. El comandante de los soldados gritó:

—¡Fuego!

Los hombres levantaron los fusiles para disparar por sobre la cabeza de la muchedumbre. Tras un momento de vacilación, los presentes se reagruparon para rodear a los alguaciles y a su prisionero.

Una vez más, el comandante ordenó:

—¡Fuego!

Los fusiles apuntaron hacia la multitud. La descarga derribó a más de doce hombres y mujeres, que formaban la vanguardia de los manifestantes. En medio del pánico que siguió a los disparos y entre los gritos de los heridos, los alguaciles pudieron llevar al prisionero en dirección al río, donde lo esperaba un navío para llevarlo nuevamente a Carolina del Sur.

David abandonó rápidamente el lugar que ocupaba y corrió hasta un hombre joven, que sangraba profusamente. En un apresurado examen, notó que la bala le había atravesado el brazo, tocando una arteria, pues la sangre era clara y brotaba en abundancia. Sacó rápidamente el pañuelo y lo retorció para improvisar un torniquete, que ató con fuerza en el brazo del joven. El nerviosismo acentuó su acento vienés, al gritar:

—¡Que alguien lleve a este joven al hospital!

En cuanto varios hombres se hicieron cargo de la víctima, David pasó a una mujer de edad mediana, que sangraba por un costado del pecho. Cuando estaba por inclinarse junto a ella, una joven rubia cayó ante la mujer, diciendo:

—¡Yo me encargo de ella! ¡Hay otros por allí!

—Pero soy médico —protestó David.

—¡Yo también, maldición! —anunció la muchacha, indignada, sin interrumpir el tratamiento.

David Lilliendahl pasó más de una hora atendiendo a los heridos lo mejor posible, antes de confiarlos a los cuidados de otros, que los llevaban a los hospitales disponibles. Al terminar tenía la ropa manchada de sangre y polvo, la camisa empapada en sudor; sabía que la mitad de los que había atendido estaba condenada a morir.

Un transeúnte que lo había estado observando se acercó con una pequeña botella.

—Tome, doctor. Esto le va a hacer bien.

David, exhausto, se llevó la botella a los labios. En ese momento vio a la joven rubia sentada en la escalinata de los Tribunales, tan mal entrazada y sucia de sangre como él. Después de dar las gracias al hombre, devolvió la botella y se le acercó, dejándose caer en los pulidos escalones de granito.

—*Fräulein*, ¿de veras es?

La joven, cansada, se frotó los ojos.

—¿Si soy qué?

—Médica.

—Sí, ¿Por qué? —lo desafió con sus penetrantes ojos azules.

—Bueno, supongo que en este país, donde dicen que los diplomas de médico se venden como periódicos...

—¡Cómo periódicos! —estalló la joven—. Le informo que me recibí en L'École de Médecine.

—¿En París? —preguntó David, escéptico—. En L'École nunca ha habido mujeres.

—¡Pues sí! ¡Una! ¡Yo!

—¿De veras?

—¡Sí, de veras! —afirmó y se levantó como para poner fin a la conversación.

Antes de que pudiera retirarse, David agregó:

—Dígame, mientras estaba en París, ¿tuvo el privilegio de conocer al doctor Pierre Louis?

—Éramos amigos.

—Amigos —repitió David—. ¡Cómo me hubiera gustado estudiar con ese hombre! Pero había un problema de dinero.

—Comprendo —respondió ya con simpatía.

—Me gustaría... Espero que no me considere atrevido. Después de todo, no hemos sido presentados. Pero me gustaría que usted me hablara del profesor Louis. Qué clase de hombre es, cómo investiga, cómo estudia...

—Podemos solucionar fácilmente parte de su problema —dijo la muchacha—. Me llamo Sinclair. Mary Sinclair.

—Y yo soy David Lilliendahl. De Viena. De la Escuela Médica y en otros tiempos, del Allgemeines Krankenhaus.

—¿Y ahora?

—Inmigrante en tierra extraña. Donde la medicina, al parecer, es aun más primitiva que en mi propio país.

—Venga. A media cuadra hay una taberna donde, si uno insiste, suelen servir una taza de café o té.

Mary echó a andar y David la observó por un momento. Una mujer encantadora. Bastante menuda. Pero muy segura de sí, a pesar de eso. Sus ojos centelleaban de inteligencia y convicción. Y era bonita. No, hermosa. Ella se volvió.

—¿Viene?

—Sí, sí, *Fräulein*. —Y de inmediato se corrigió—. Señorita, quiero decir. Eh, no, doctora, por supuesto.

Y se reunió con ella, sonriente.

—¿Es como usted esperaba? —preguntó Mary, una vez que les sirvieron el café.

—Francamente, no. Pensé que sería con *shlag* —repuso él, inocente—. Crema batida.

—Me refería a nuestro país, nuestra ciudad. ¿Es como usted esperaba?

—Oh, su país... No he visto gran cosa. Sólo el Castle Garden. Y Manhattan. Parte de Manhattan, en realidad. Pero parece excitante. Ruidoso. Y también... —Vaciló—. El aire no es muy... No es como el de Viena —admitió, sin ánimos de criticar.

—El aire es maloliente y nuestras calles no están muy limpias, ¿verdad?

—Sí, es cierto —respondió David, aliviado de poder mostrarse franco.

—Es un país nuevo y una nueva ciudad. Todo está en crecimiento. Y temo que no crece en orden perfecto. Pero usted acabará por acostumbrarse. Eso espero.

—Eso espero —repitió David.

—¿Se ha llevado alguna sorpresa? ¿Algo distinto de lo que usted esperaba?

—Bueno, yo esperaba... Lo diré de este modo: en Viena tuvimos una revolución. Luchamos por el derecho al voto, a la libertad de palabra, siempre teniendo a este país como ejemplo. Pero al llegar descubro que los soldados del gobierno arrastran a un hombre a la esclavitud. No, eso no lo había esperado.

Mary Sinclair lo miró por sobre la mesa y leyó en sus suaves ojos grises una gran desilusión. Entonces alargó la mano para ponerla, a modo de consuelo, sobre la de él.

—Nuestra enfermedad nacional. Un día conducirá a una fiebre terrible, tal vez fatal. Como dice el señor Lincoln, nuestro candidato a presidente, ninguna nación puede soportar la libertad para una mitad y la esclavitud para la otra.

—Ver revueltas en las calles, que se dispare contra civiles desarmados... Me dije: «Dios mío, es Viena otra vez. ¿No termina nunca?».

—Esa revolución parece haberle dejado una impresión muy profunda —comentó Mary—. Y fue hace más de diez años. Usted era sólo un muchachito.

—Sí, dejó una impresión muy profunda —fue cuanto pudo admitir.

Cada vez que se mencionaba el tema sólo podía pensar en Fischof, en el sótano, con la pierna destrozada de la que no se atrevía a hablar. Se dedicó al café.

Mary, por sobre la taza levantada, preguntó súbitamente:

—¿Alguna otra sorpresa?

David se ruborizó un poco.

—No esperaba encontrar una médica y tan bonita.

Se miraron por un largo instante, hasta que ella sintió que el color le subía a las mejillas.

—¿Qué lo sorprendió más? ¿Que fuera médica o que fuera bonita? —bromeó para ocultar su propia timidez.

—Las dos cosas. En Viena no había médicas, salvo una, que llegó de Berlín. Era grande y bastante fea. Creo que no tenía muchos candidatos para casarse y por eso estudió medicina.

—¿Cree que una mujer, sin tomar en cuenta su aspecto físico, puede ser tan buena en la profesión como un hombre?

David intentó descartar la pregunta con una broma.

—Créame, si alguna vez me enfermara y pudiera elegir, querría que me atendiera una médica tan bonita como usted.

Pero Mary no rió y la sonrisa de David murió en sus labios. La intención era mucho más seria que las palabras. Y como los sentimientos de ella eran aun más fuertes, encaminó la conversación hacia temas menos peligrosos.

¿Ha tratado de conseguir nombramiento en algún hospital?

—Sí, en el Hospital Judío —dijo y esperó su reacción.

No hubo una súbita frialdad que esperaba.

—Yo también. Con los mismos resultados, supongo.

—Usted... es... —intentó preguntar él.

—No. Pertenezco a la respetable Iglesia Episcopal. Pero en otros hospitales no nombran a mujeres.

David, para consuelo de ambos, comentó:

—El médico encargado dijo que...

Mary se le anticipó:

—Que las cosas cambian. La gente suele irse. Podría presentarse una oportunidad. Deje su nombre. ¿No es cierto?

—Sí —reconoció.

—Y...

Los dos, riendo, bebieron el café, que por entonces estaba casi frío. David la miró por sobre la taza. Mary estaba haciendo lo mismo. Los dos quedaron avergonzados por haberse sorprendido mutuamente.

Al salir de la taberna, cuando ya estaban por separarse, David se vio obligado a preguntarle cómo llegar a la pensión.

En el momento en que Mary se alejaba, la llamó súbitamente:

¡Espere! ¡Por favor, *Fräulein* Sinclair...!

Ella se volvió de inmediato.

—¿Sí, doctor?

—Pierre Louis. Todavía no me contó.

—Oh, sí, el doctor Louis —exclamó Mary, feliz de contar con un pretexto—. Tiene que hacerme una visita en mi casa. Entonces hablaremos largamente de él.

Le anotó su dirección y le hizo prometer que la visitaría.

David pasó muchos días yendo de hospital en hospital, pidiendo entrevistas en las que describía sus estudios y su experiencia en Viena. Quienes lo recibían se mostraban impresionados, pero ninguno lo alentó. La primera oleada de médicos que huyeron de Viena y Berlín, como consecuencia de la revolución de 1848, ya estaba atrincherada en los hospitales que aceptaban a extranjeros. Quedaba muy poco lugar para otros.

Y siempre lo despedían con estas palabras promisorias:

—Las cosas cambian. Hay médicos que se van. Deje su nombre.

Se había acostumbrado a eso. También a los médicos a quienes visitaba para ofrecerse como ayudante. En ellos encontraba resistencias aun mayores. Las entrevistas se sucedían. Su paciencia estaba ya tan desgastada que, en la última visita a un posible patrón, el miedo ya se traslucía.

—Conque usted es de Viena —comenzó el médico, un hombre bajo, redondo y rubicundo—. Dígame, ¿le enseñaron algo de hidropatía?

—He oído hablar de eso, aunque no se la enseña, por lo común. Se basa en la teoría de que todas las enfermedades se pueden tratar con agua. Bebiéndola, permaneciendo sumergido en agua por varias horas. Se la prefiere, sobre todo, para los tratamientos de las afecciones nerviosas. Pero la recetan para casi todas las enfermedades.

—¿Y usted cree que es efectiva? —inquirió el médico.

—Personalmente, no.

—¿Ah, no? —El hombrecito se levantó de la silla—. Bueno, joven, permítame decir que aquí no nos hace falta ningún extranjero que venga a enseñarnos cómo se practica la medicina. Yo creo firmemente en la hidropatía. La receto constantemente.

David se atrevió a preguntar:

—¿Y le resulta efectiva?

—¡Tanto como cualquier terapia conocida! —se jactó el médico.

—Lo cual podría significar que no es efectiva en absoluto —sugirió el muchacho. El hombre se puso tan rojo que David temió verle sufrir un ataque.

—Ustedes, los extranjeros, creen saberlo todo sobre la medicina, ¿no?

—Desdichadamente, ese todo es muy poco —admitió David—. Supongo, señor, que usted no necesita de la ayuda que yo podría brindarle.

—¡Supone bien!

Caminó, manoseando en el bolsillo el trozo de papel en donde Mary Sinclair

había escrito su nombre y dirección. Estaba casi deshecho de tanto plegarlo y desplegarlo. Y todavía no se decidía a visitarla. No quería hacerlo mientras no tuviera alguna buena noticia que darle.

Mientras tanto, se le estaban agotando los fondos.

Ésa sería otra noche pasada a solas, buscando la comida más barata que pudiera encontrar. Otra noche para dar vueltas en la cama, preguntándose si había cometido un error desastroso al hacer ese viaje. Cada vez que escribía a sus padres, trataba de relatar sus experiencias del modo más optimista posible. Bien sabía Dios que ya tenían problemas de sobra para mantenerse con el magro sueldo de su padre, sin sentirse obligados a enviarle más dinero.

Regresó a su sencillo cuarto, deprimido y descorazonado. Al poner la llave en la cerradura, notó que la esquina de un sobre blanco asomaba por debajo de la puerta. Fue una alentadora sorpresa ver el membrete del Hospital Judío. Lo desgarró.

Querido doctor Lilliendahl: Nos preparamos para iniciar un nuevo servicio. Podría representar una oportunidad para un hombre joven como usted. Si le interesa, sírvase venir a verme lo antes posible.

«¿Que si me interesa? ¡Ya lo creo que sí! Con desesperación. Y en cuanto a ir a verlo lo antes posible... ¡Ahora mismo! No, un momento, se impone una buena afeitada. Y la última camisa limpia, que vengo guardando para un acontecimiento tan importante como éste».

Tuvo que apaciguar su mano temblorosa para no cortarse con la hoja larga y desnuda. Se lavó y se puso la camisa limpia. Tras una última mirada al espejito, decidió que estaba listo.

Mientras salía de la desbaratada pensión, iba diciendo para sí:

«Esta vez dará resultado. No me importa lo que me proponga: diré que sí. ¡Cualquier cosa!».

En cuanto lo hicieron pasar a la antesala comprendió que no había sido el único en recibir una carta semejante. Allí esperaban otros cuatro jóvenes, todos, por lo visto, tan ansiosos como él de aprovechar la oportunidad. Para todos ellos, las palabras «si le interesa» y «lo antes posible» tenían la misma atracción desesperante. El corazón le dio un vuelco, pues esos jóvenes, obviamente norteamericanos, tendrían preferencia.

El hombre sentado a su derecha, de pelo rubio y pulcro bigote para disimular su juventud, preguntó:

—¿En qué escuela estudió usted?

—En Viena —respondió David.

—¿Ajá? —manifestó el joven, sorprendido. Y de inmediato anunció, con orgullo —: ¡Yo, en Harvard!

—Ah, sí, Harvard. La he oído nombrar —dijo David, por ser cortés.

El desconocido, con más orgullo, proclamó:

—Aprobé cinco de los exámenes. ¡Cinco!

—¿Cómo? ¿Y cuántos eran? —preguntó David, ya despierta su curiosidad.

—Siete en total.

—¿Y usted aprobó sólo cinco?

—En la Escuela de Medicina de Harvard sólo se requiere aprobar cuatro de los siete —replicó el otro, indignado por que se desmereciera su triunfo.

—¿Cuatro de siete? —comentó David, sin poder resistir—. En Viena uno tiene que rendir examen durante horas, delante de un médico en jefe. Y si no se responde correctamente a todas sus preguntas, no se aprueba.

—¡Viena! —descartó el joven graduado de Harvard—. ¡Ustedes, los europeos, creen que todo el mundo de la medicina gira alrededor de Viena, Berlín o París!

David tuvo que recordarse, una vez más, que estaba mal hacer comparaciones entre los estudios médicos en Europa y en Norteamérica.

Se abrió la puerta de la oficina. La voz del doctor Gottesman dijo a un postulante:

—En ese caso, esperamos que comience dentro de una semana, a partir del lunes.

David sintió una punzada de miedo. Su única posibilidad acababa de desaparecer. Si las entrevistas continuaban sería por mera formalidad, sin nombramiento posible. Sólo le quedaba la alternativa que había desdeñado por tanto tiempo: abandonar la medicina para buscar empleo en algún negocio, a fin de mantenerse y enviar algún dinero a su casa, donde lo necesitaban desesperadamente. Volvería a trabajar como ayudante de farmacia.

Pero una cosa era cierta: no tenía sentido someterse al vacío rito de una entrevista más, si el nombramiento ya estaba cubierto. Caminaba hacia la salida cuando el candidato triunfante salió de la oficina de Gottesman. No sólo David, sino los otros cuatro postulantes se llevaron una sorpresa. Contra lo que habían supuesto, se trataba de una mujer. Sólo David la reconoció.

—¡Mary Sinclair!

—¡David!

Se mostraba encantada de verlo. «Y por qué no», se dijo el muchacho, «si acaba de conseguir el nombramiento».

—David, ¿por qué no vino a casa? Lo estaba esperando.

Juntos iniciaron la caminata hacia la salida.

—¿No piensa esperar?

—Para qué —preguntó él, tratando de que su propia desilusión no amargara el triunfo de la muchacha.

—Porque hay otro nombramiento pendiente —le informó. Y le dijo, con firmeza—: Así que se sienta allí y yo esperaré con usted.

—¿Por qué?

—Porque, si no lo hago, tal vez no me entere jamás de lo que ocurrió. Usted no me visitará para contarme.

Esperaron juntos, sin conversar, pero mirándose fijamente. Era obvio que Mary lo había extrañado tanto como él a ella.

A modo de explicación y disculpa, David sacó el manoseado trozo de papel donde ella había anotado su dirección. Eso reveló, más que cualquier frase, la frecuencia con que pensaba en ella. Mary lo plegó con ternura y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Apenas legible —comentó—. Tendré que escribírselo de nuevo.

Los cuatro candidatos habían pasado y después de la entrevista, se retiraron uno a uno. Sólo faltaba David. La puerta se abrió. Gottesman apareció, acariciándose la barbita.

—¡Doctora Sinclair! —dijo, al reparar en la presencia de Mary—. ¿No habíamos quedado de acuerdo?

—El doctor Lilliendahl y yo somos amigos. Estoy interesada.

Gottesman esbozó una sonrisa reservada, diplomática, pero sabedora.

—Por supuesto. Pase, Lilliendahl.

Gottesman se instaló detrás del escritorio.

—Así que ustedes dos son amigos íntimos.

—Ésta es la segunda vez que nos vemos.

—Pero ningún hombre olvida a una mujer como ella. No es sólo inteligente, sino también hermosa. Y es obvio que usted le ha causado buena impresión.

—Fue por las circunstancias, señor. —David le explicó lo de los disturbios—. Nos impresionó mucho a los dos.

—Ah, sí —comentó Gottesman, entristecido—, atendimos a varias de las víctimas, aquí. Si mal no recuerdo, dos murieron. Ahora permítame explicar en qué consiste nuestro servicio, por el cual se han creado dos vacantes. Vamos a formar una Comisión de Atención Externa, que servirá a la comunidad en dos aspectos. Los pacientes que no necesiten ser hospitalizados podrán venir a nuestro dispensario para que se los atienda; así se les ofrecerán los servicios médicos que, de otro modo, no podrían recibir, al tiempo que nuestros jóvenes estudiantes adquirirán experiencia bajo la instrucción de médicos más avezados.

»También existen pacientes que no pueden llegarse al dispensario ni ser internados. Son los que llamamos “pacientes externos”; deben ser atendidos en sus propios hogares; a veces, bajo las condiciones más difíciles. Estamos buscando dos médicos para que se ocupen de ese servicio. Ya he hallado a uno. El otro cargo sigue vacante, pues, francamente, entre los que he entrevistado hoy no hay uno solo que satisfaga los requisitos de un buen curso de medicina.

»¡Diplomas a montones, sí! Pagando. Otorgados por escuelas de medicina que están a cargo de médicos inescrupulosos, dedicados sólo a sacar ganancias. Y con el diploma, automáticamente, se obtiene el derecho a ejercer la profesión. No hace falta rendir exámenes habilitantes. Basta con comprar un diploma y practicar. ¡Espantoso! Bueno, quiero que nuestro nuevo servicio a pacientes externos esté a cargo de

médicos bien adiestrados, como la señorita Sinclair y usted. El trabajo será duro; los horarios, largos. Habrá que salir con buen o mal tiempo, subir escaleras de inquilinatos, andar por las peores zonas de la ciudad. Enfrentarse con todo tipo de enfermedades y hasta con emergencias quirúrgicas. Y el pueblo se mostrará hostil. Los médicos tenemos mala reputación entre ellos.

»Lo que le ofrezco no es un desafío sencillo. La remuneración tampoco está de acuerdo con el servicio que debe prestar: doscientos cincuenta dólares al año.

David no respondió de inmediato. Gottesman supuso:

—Muy poco dinero. Lo temía. Pero es todo lo que podemos ofrecer, por el momento. Más adelante, tal vez... Quién sabe.

—No —dijo David—, no es por el dinero.

—¿Qué ocurre, entonces? Lo creía ansioso por trabajar con nosotros.

David estaba enmudecido. ¿Cómo confesar a ese hombre, a nadie, lo que ocurriría si debía enfrentarse a una cirugía de emergencia? ¡Josefo! La palabra lo acusaba.

—Lilliendahl... —lo instó Gottesman.

David decidió que, en caso de emergencia, haría llevar al paciente al hospital. Y barbotó:

—¡Por supuesto, será un honor aceptar el nombramiento!

—Entonces estamos de acuerdo —manifestó el administrador.

Y cerraron el trato con un apretón de manos.

David encontró a Mary esperando ante la puerta, ansiosa. No hicieron falta palabras. Él movió la cabeza afirmativamente, con una sonrisa. La muchacha sonrió también, llena de alivio y alegría. A ambos les encantaba la idea de trabajar juntos, desafiando problemas comunes, solucionándolos y, sobre todo, viéndose todos los días.

David corrió a su horrible cuartucho para comunicar la maravillosa novedad a sus padres. Sabía que quedarían encantados. Hasta podía oír a su madre, jactándose:

—¡Mi David ha sido nombrado médico del Hospital Judío de Nueva York!

Capítulo 22

El doctor David Lilliendahl se detuvo al pie de la desvencijada escalera que partía de un vestíbulo oscuro y maloliente, en la casa de inquilinato. Era su primera llamada, su primera visita por el servicio de atención externa. Desde allí oía ya los gritos de dolor de la paciente, cuatro pisos más arriba. Apretó el puño contra la manija del maletín negro e inició el ascenso de las escaleras. Al llegar al primer descanso se encontró observado por mujeres y niños, que lo espiaban por las puertas apenas entreabiertas. Subió la segunda escalera. El pasillo estaba algo mejor iluminado, gracias al tragaluz.

Una mujer susurró, despectivamente:

—Allí va. Para lo que va a servir...

David siguió subiendo. Los peldaños crujían bajo sus pies. Rancios olores de comida vieja le atacaban el olfato. Por fin llegó al último piso. No fue necesario buscar la puerta correspondiente. Estaba abierta de par en par. Un hombre, vestido sólo con pantalones oscuros y una camiseta sudada, esperaba allí.

—¿El doctor?

David asintió. El hombre lo llevó a un lado para susurrarle:

—Está mal. Las cuatro primeras veces fue distinto, pero ahora está mal. Se va a morir.

—Déjeme ver —pidió David.

—Viene con retraso —comentó el hombre aterrorizado.

Estaba sin afeitarse y parpadeaba constantemente para contener las lágrimas.

—Tal vez no sea tan grave como usted piensa —dijo David, entrando en el departamento.

Lo recibió, otra vez, la oscuridad. Tropezó con un pequeño que apenas le llegaba a la rodilla. Pasó por la cocina, donde dos mujeres mayores, allí sentadas, lo miraron sombríamente. Varios niños jugaban en el suelo desnudo. Una de las mujeres le señaló el extremo del pasillo oscuro y David avanzó hacia el pequeño dormitorio. La ventana, cerrada, no permitía la entrada de aire y, apenas, la de la luz, pues estaba sucia. En la cama grande y desordenada yacía una mujer de veinticuatro años, que aparentaba cincuenta.

El vientre abultado le dijo gran parte de lo que necesitaba saber. La voz asustada aclaró el resto:

—No quiero abandonar a mis hijos. No quiero morir —rogó.

—Por favor, *Frau* Halloran... señora Halloran, quiero decir... tranquilícese. Ya estoy aquí. Todo va a mejorar.

Recordaba que Semmelweis solía usar esas palabras para calmar a las mujeres de la Primera Sala, aterrorizadas por verse forzadas a dar a luz allí. Dejó su maletín, se quitó la chaqueta, se enrolló las mangas y pasó a la cocina.

—¿Hay agua caliente? —preguntó.

Una de las vecinas le señaló la única canilla sobre el fregadero herrumbrado. David se lavó con agua fría, sintiéndose culpable por carecer de una solución clorhídrica adecuada para que sus manos no portaran ninguna infección.

Volvió al dormitorio. Mientras las mujeres y el esposo se reunían a mirar, él inició el examen vaginal. Por el tamaño, no cabía duda de que el nacimiento se producía pasado el término; siendo el quinto parto, la mujer no debía tener semejantes dificultades; obviamente había alguna obstrucción, causada por una infección, inercia uterina o cualquiera de tantos motivos.

En tal situación, la salida era dura, pero con frecuencia necesaria: fracturar la cabeza del bebé y retirarlo, a fin de salvar la vida de la madre. Existía otro procedimiento, mucho menos confiable: la cirugía cesárea. Decidió que ese caso estaría mejor atendido en las manos de un cirujano con mayor experiencia, que contara con todas las instalaciones del hospital.

—Le enviaré la ambulancia —dijo David al marido—. Hay que llevarla al hospital.

Ante la palabra «hospital», el hombre se puso blanco.

—¿Al hospital?

Una mujer fornida, canosa, que vestía una bata descolorida y gastada, apretó el brazo de David.

—¡Mi hija no irá a ningún hospital! Yo tuve doce hijos sin que me llevaran al hospital. Ella ya tuvo cuatro. En nuestra familia no necesitamos hospitales para tener hijos.

—Pero a éste no podrá tenerlo como a los otros —advirtió David.

—¡Buscaremos otro médico! —respondió la madre—. Uno que sea norteamericano. Él sabrá qué hacer.

—Necesita cirugía. De lo contrario morirán ella y el niño —insistió el joven.

La mujer se cruzó de brazos y adoptó una pose desafiante, contra el vano de la puerta.

—¡A mi hija de aquí no la saca nadie! —Y se volvió hacia el tembloroso marido—. ¡Kevin! Saca unos centavos de la jarra y ve a la farmacia. Te darán algo para aliviarla. ¡Pero de aquí no la sacan!

—¡Les digo que necesita cirugía! —gritó David.

La embarazada lanzó un grito de dolor y comenzó a llorar histéricamente.

—¡Vea lo que ha hecho, Fritz! —dijo la madre—. La va a matar del susto. ¡Necesita algún remedio, nada más!

El joven marido salió en busca de lo que quisieran venderle en la farmacia. A David no le quedó más alternativa que recoger chaqueta y maletín para retirarse. Caminó entre dos filas de mujeres enojadas, que lo fulminaron con la mirada. Por fin se encontró fuera del departamento, bajando ruidosamente las escaleras.

Su primera visita: un desastre. Tal vez Gottesman le retirara el nombramiento.

Informó al administrador del episodio y aguardó su juicio. Gottesman pareció

darle poca importancia.

—Si la paciente rechaza la ayuda, no hay nada que nosotros podamos hacer.

Pero pensó: «Ser buen médico requiere cierto grado de dureza. Este joven vienés parece demasiado suave. Tendré que vigilarlo».

David estaba intercambiando experiencias con Mary, que acababa de regresar, después de tratar a un paciente con severos dolores y presión en el pecho. Diagnosticó un ataque al corazón y aconsejó que se lo llevara al hospital. Para la familia fue un alivio entregarlo.

Cuando David le confesó su fracaso en casa de los Halloran, Mary trató de consolarlo.

—Nos habían advertido que casi todos son inmigrantes. Pobres y sin educación. No puedes criticarlos por tener miedo. O suspicacia.

—Fritz, me dijo ella —comentó David—. ¿Qué significa eso?

—Un apodo despectivo que se da a los alemanes. Es extraño, pero los más resentidos contra los recién llegados son los otros inmigrantes. Como si compitieran por el oro que brota en las calles —bromeó ella.

En ese momento apareció Gottesman, en la puerta.

—Bueno, Lilliendahl, parece que se le va a dar la oportunidad de redimirse.

—¿Qué caso me toca, esta vez? —preguntó David, anhelante.

—El mismo lugar, la misma mujer. Sólo que el problema parece haber empeorado, según el muchachito que trajo el mensaje. ¡Póngase en marcha! Recuerde: cada caso en el que triunfamos facilita el que nos acepten la próxima vez. Entre esa gente, los rumores corren mucho.

Lo había dicho como si fuera un simple comentario, pero David comprendió que se trataba de una advertencia. Miró a Gottesman y a Mary; por fin dijo:

—Será mejor que lleve algunos instrumentos de cirugía. Y cloroformo.

Gottesman se limitó a decir:

—La paciente es suya, doctor. La decisión corre por su cuenta.

En cuanto el administrador salió del cuarto, Mary Sinclair dijo:

—Tal vez haga falta ayuda. ¡Iré contigo!

En esa oportunidad, al entrar en el inquilinato, encontraron a las vecinas en el vestíbulo, todas mirando hacia el último piso. Los gritos de Verónica Halloran resonaban por todo el edificio. Los niños se colgaban de los batones raídos de las madres, asustados. Arriba, en otro piso, se oía llorar a un bebé, que calló de pronto, como si hubiera hallado un pecho de donde mamar.

David y Mary iniciaron juntos el ascenso de las escaleras. Peldaño a peldaño, tramo a tramo, pasaron junto a aquellas caras asustadas. Cada una de aquellas mujeres sentía que, la próxima vez, podía llegarle el turno.

El departamento de los Halloran estaba aun más atestado. En la pequeña cocina se habían reunido varias mujeres mayores. Cuando David y Mary cruzaron la puerta oyeron que una decía:

—Es una buena habitación para poner un ataúd. La pobre merece un buen velorio.

David y Mary intercambiaron una mirada antes de abrirse paso por entre el grupito reunido ante el dormitorio. Encontraron al esposo y a la madre de la paciente a los pies de la cama.

—¿Le dieron algo? —preguntó él.

—Kevin trajo no sé qué de la farmacia y se lo dimos. La hizo vomitar. Ahora los dolores son peores.

—Salgan —ordenó David.

Debió hacerlo con bastante firmeza, pues la mujer se limitó a echar una mirada a su hija y se retiró, ciñéndose el raído batón.

David efectuó otro examen. Después, con una mirada, invitó a Mary a hacer otro tanto. Ella confirmó su diagnóstico con un gesto de la cabeza: la única oportunidad de que la madre sobreviviera consistía en efectuar la craneotomía del bebé.

—La operaremos aquí —dijo el muchacho.

—No pueden —protestó Halloran—. Ella no los dejará.

—Entonces usted tendrá que convencerla.

—No puedo —dijo el marido, aterrorizado.

—¿Y la madre?

—La madre también se opone.

—Maldición, alguien tiene que hacer algo. ¡Esta mujer va a morir! tiene que haber alguien que pueda convencerla. ¿Quién? ¡Piense, hombre, piense!

—Sólo el padre Mulqueen —dijo Halloran, finalmente.

—¡Bueno, vaya a buscarlo! —ordenó David—. ¡Y apúrese!

Halloran se limpió el sudor de la cara, pasó junto a las mujeres y se puso en camino, mientras David volvía al cuarto donde la mujer, sudorosa, se retorció entre las sábanas húmedas y sucias. Mary trataba de calmar sus dolores con una inyección de morfina, pero los movimientos espasmódicos de la mujer se lo hacían imposible.

A los pocos minutos se produjo una conmoción ante la puerta. Un hombre alto y rubicundo, con la sotana negra y el cuello blanco de los curas, entró en la habitación. En cuanto la puerta quedó cerrada, tomó la mano húmeda de la paciente y dijo con suavidad:

—Verónica Halloran, aquí estoy.

Ella abrió los ojos y susurró apenas:

—Padre...

Cerró los ojos y comenzó a llorar.

—No temas, hija mía —prosiguió él, dejándole la mano sin violencia para volverse hacia los médicos—. Ahora díganme qué problema tenemos.

David le explicó su diagnóstico y Mary lo confirmó.

—¿Qué posibilidades hay? —interrumpió el sacerdote—. De que sobreviva, digo.

—Teniendo en cuenta las complicaciones posibles, tal vez tenga una posibilidad de cuatro. Pero una en cuatro es mejor que ninguna. Trate de convencerla, padre. Es

su única esperanza.

El cura caviló por un momento. Después miró al médico, interrogante.

—No me ha dicho nada del niño.

—Padre, en estos casos es necesario sacrificar al niño.

—¡Lo prohíbo! Cuando se trata de elegir entre la madre y el niño, la Iglesia sostiene que se debe salvar al hijo.

—La sabiduría médica se inclina por salvar a la madre —señaló David.

—¡No la convenceré de que se someta a la cirugía si eso requiere sacrificar a la criatura! —declaró el cura, secamente.

—Existe un procedimiento llamado cesárea —sugirió el joven—, que consiste en sacar al niño del útero mediante una incisión en el abdomen. Pero los riesgos son aún mayores; por eso se la practica rara vez, salvo cuando la madre ya ha muerto.

—¿Existe una posibilidad de salvar tanto a la madre como al hijo con ese procedimiento?

—Sí, pero hay pocas probabilidades.

—Mientras exista una, se hará —decidió el sacerdote.

—Será mucho más seguro en el hospital —comentó Mary.

—¡Qué hospital! —exclamó el padre Mulqueen, despectivo—. Esta gente ha visto demasiadas veces que los seres queridos van al hospital y no vuelven. No podrá convencerla. Ni siquiera yo podría. Si deciden operar aquí, yo la convenceré.

David miró a Mary; sus ojos le dijeron que era preferible intentar cualquier cosa antes que permitir la muerte de madre e hijo. Por fin, el muchacho movió afirmativamente la cabeza.

El cura volvió a tomar la mano de la parturienta y se sentó junto a ella.

—Verónica, escúchame. Dentro de ti tienes una criatura sagrada. Así como nuestra Santa Madre María corrió grandes peligros para tener al Niño Jesús, a ti te ha llegado la hora de correr un peligro para tener a tu hijo. Confíate a las manos de estos dos buenos médicos. Tienes que hacerlo. —Le palmeó la mano, suavemente—. ¿Y bien, Verónica?

La mujer miró al sacerdote aterrorizada. Por fin asintió.

El cura hizo señas a los médicos para que lo acompañaran a un costado y susurró:

—¿Puedo quedarme mientras operan? Tal vez haya necesidad de mí.

David estuvo de acuerdo.

Con la ayuda del padre Mulqueen, David y Mary hicieron que todo el mundo se retirara del departamento. Hasta el esposo y la madre de la enferma tuvieron que salir al pasillo. Después, David entró en la sucia cocina y echó una mirada. Había una mesita vieja, pero no serviría. La mesa del oscuro comedor era apenas más grande, pero permitía agregar una hoja, lo cual la tornaba de un tamaño aceptable para la tarea a realizar. Mary, revolviendo los cajones de la cómoda, encontró una frazada sin usar, obviamente reservada para alguna ocasión especial. Al desplegarla se expandió un fuerte olor alcanforado. Serviría como acolchado para acostar a la paciente.

También encontró una sábana blanca, limpia, que olía a jabón cáustico. Tendió la frazada sobre la mesa y la cubrió con la sábana.

Mientras tanto, David puso a calentar agua en una cacerola grande. Mientras esperaba que hirviera, recorrió el departamento juntando lámparas de querosén; halló tres, las encendió y las colocó sobre la mesa, frente al sitio que le tocaría ocupar.

Arrastró la mesa de la cocina hasta allí y sacó de su maletín el equipo de instrumentos quirúrgicos, envueltos en una toalla blanca. Al extender el paño, el reluciente acero reflejó la luz de las lámparas. Sacó también una botella de cloroformo y una servilleta limpia con la cual administrarlo. Después volvió al dormitorio, levantó a la mujer, que se retorcía por los dolores, y la llevó suavemente hasta la mesa.

Ella le aferró la mano.

—Doctores, ustedes me salvarán... Tienen que salvarme... Hay cuatro chiquitos que me necesitan...

—Sí —afirmó David, tratando de consolarla—, la salvaremos.

Mary, al otro lado de la mesa, lo miró como reconociendo que era una mentira permisible.

El joven volvió a la cocina, donde humeaba el agua puesta a hervir. La retiró del fuego, pensando dejarla enfriar lo bastante como para lavarse, pero otro grito de dolor lo obligó a agregar agua fría de la canilla. Él y Mary se lavaron las manos de inmediato.

Volvieron al pequeño comedor, donde la paciente se retorcía sobre la mesa. David hizo un gesto y Mary tomó el frasco de cloroformo. Con el líquido empapó la servilleta, que acercó a la nariz de la enferma.

—Respire tranquilamente y pronto no sentirá el dolor.

La mujer trató de resistirse, pero pronto quedó inconsciente.

David levantó el escalpelo para efectuar una primera incisión, larga y transversal, en el hinchado abdomen de la paciente. Pero quedó petrificado, con el escalpelo detenido sobre ella.

—¿Doctor? —inquirió el padre Mulqueen.

David, como en estado de trance, miró al sacerdote. Lo que acaba de escuchar no era «doctor», sino «¡Josefo!». La misma acusación que se había alojado como un cuchillo en su cerebro. Desde aquel día no había tocado un solo instrumento para operar.

Había presenciado muchas veces las expertas operaciones quirúrgicas de sus profesores, pero sin atreverse jamás a intentarlas. En ese momento, en silencio, se dedicó un amargo reproche: «¡Debí haber sido franco con Gottesman! Debí haberle explicado que no podía operar. Soy un fraude. Fischof tenía razón: soy Josefo, un traidor a mi profesión, a mí mismo, a todos los que creyeron en mí».

Sudaba casi tanto como la paciente que tenía ante sí, cuya vida estaba en sus manos.

—David —lo instó Mary, con suavidad al principio, pero con más insistencia cada vez—. ¿David? ¡David!

Él se apartó de la mesa, sin soltar el escalpelo. La muchacha, al acercarse, descubrió que estaba temblando. El escalpelo cayó de su mano. Mary, sin vacilar, se arrodilló para recogerlo, lo limpió con la servilleta y dijo, con firmeza:

—¡Encárgate de administrar el cloroformo!

Una vez que David estuvo sujetando la servilleta empapada contra la nariz de la paciente, Mary levantó el escalpelo e hizo una larga incisión transversal en el abdomen de Verónica Halloran. Cortó las capas de grasa y músculo hasta llegar al útero. En cuanto lo tuvo abierto, el problema fue obvio. La posición del feto era tal que impedía cualquier posibilidad de parto normal. También había cicatrices de partos dificultosos anteriores. Mary introdujo las manos, retiró al bebé, le dio una palmada en el trasero y recibió, como recompensa, el grito de la vida nueva.

El padre Mulqueen aprobó, sonriente. Ella le pasó al varón recién nacido y, con una de las toallas, improvisó un receptáculo para sostenerlo.

—Encárguese de él, padre. Todavía no hemos terminado.

Buscó las suturas en el maletín negro y comenzó a cerrar el útero, la cavidad peritoneal y, por último, los tejidos musculares y grasos. Cuando llegó a la incisión inicial se había quedado ya sin suturas. Echó una mirada a su alrededor, en busca de algún sustituto, y tomó una decisión instantánea.

Alargó la mano hacia la cabeza de la paciente, seleccionó un cabello largo y lo arrancó de un tirón. Pasó a la cocina para lavarlo con agua fría y lo secó. Luego utilizó el cabello de la mujer para suturar la herida abierta. Cuando todo estuvo terminado, se limpió el sudor de la frente con la manga y dijo:

—Llévala.

David, aún asombrado por el valor y la habilidad de su amiga, tardó en obedecer:

—Estuviste magnífica.

—¡Llévala! —repitió Mary agotada.

El joven llevó a la mujer inconsciente hasta la cama, donde la depositó con suavidad; después de estirar las sábanas arrugadas, se inclinó para mirarla. No era posible saber, ni siquiera por aproximación, sus posibilidades de supervivencia. Pero si gozaba de alguna oportunidad se la debía a la capacidad y al valor de una joven menuda, decidida, quien había triunfado cuando él ni siquiera había tenido el coraje de intentarlo.

Volvió al comedor. El padre Mulqueen aún tenía al recién nacido en brazos y lo miraba fijamente.

—Uno de nosotros volverá mañana para ver cómo está —informó David—. Mientras tanto, haga que le den leche, agua y té.

El sacerdote asintió.

—Gracias a ustedes tenemos una nueva criatura en la parroquia.

Cuando abrieron la puerta del departamento, Halloran, su suegra y diez o doce

vecinas irrumpieron de inmediato.

—Lo oímos llorar —dijo Halloran—. ¿El bebé está bien?

—Sí, sí —confirmó David.

—¿Y mi esposa?

—Tan bien como es posible, por el momento.

—Gracias doctor —exclamó Halloran, tomándole las manos, en un intento de besarlas.

—¡No, por favor, no!

David se retiró con tanta brusquedad que el hombre quedó pálido.

—Perdón, doctor, perdón. Sólo quería darle las gracias y honrar esas benditas manos.

El recuerdo de las palabras de su padre, muchos años antes, hizo que el joven corriera por el pasillo, hacia las escaleras. Apartó a empujones a los vecinos amontonados en el umbral y echó a correr. Mary Sinclair lo siguió.

No hubiera podido alcanzarlo, pero David giró en la esquina con tanta brusquedad que su maletín golpeó el poste de alumbrado y se abrió, dejando caer los instrumentos y los frascos de cloroformo a la calle. Mientras los recogía, Mary se detuvo junto a él, rogando:

—David, David...

Siguió levantando su instrumental, tratando de no mirarla, hasta que ella dio la vuelta para enfrentarlo.

—¡David! Escúchame.

Al mirarlo a los ojos se dio cuenta de que estaba llorando. Le tocó la mejilla, hablando con más suavidad.

—David, por favor... por favor...

—Voy a hablar con Gottesman. Le presentaré la renuncia —susurró vencido.

—¿Por qué?

—Porque no puedo hacerlo. Jamás voy a poder. —Y de pronto admitió—: A veces me pregunto si no es por eso que vine desde Viena. Para huir de mí mismo.

—Cuéntame —rogó ella.

—No puedo.

Mary había terminado de reunir el contenido del maletín. David lo tomó y echó a caminar en dirección al Hospital Judío. Mary lo alcanzó y caminó a su lado, paso a paso, sujetándole el brazo.

—Antes de hablar con Gottesman, ¡cuéntame!

El joven trató de no prestarle atención, pero Mary insistió. Como él forcejeó para liberarse, le apretó el brazo con más fuerza. Por fin David se detuvo y la miró fijamente.

—Me vas a despreciar.

—Nada de eso.

—No sabes lo que hice.

—Te conozco. Sé lo que sientes por la medicina. ¡Sé que algún día serás un gran médico!

—¿Con estas manos que tiemblan?

David dejó caer el maletín y presentó las manos, con las palmas hacia arriba. Mary se las tomó con firmeza.

—Ya no tiemblan —dijo—. Cuéntame, David, cuéntame. Tengo derecho a saberlo.

—Sí, tienes ese derecho.

Llegaron a un pequeño parque, a dos cuerdas del hospital. En el silencio del atardecer, sentados en un banco bajo un gran roble, David lo confesó todo, comenzando por la palabra «Josefo». Volvió a vivir el episodio, frotándose los dedos, como si recordara la sangre pegajosa, casi seca, que cubría el suelo de aquel sótano. Mary sintió el fuerte impulso de abrazarlo, de consolarlo como una madre.

—Nunca he sido digno de la gente que me ama y confía en mí. Fischof fue sólo uno. También mis padres; costé a mi padre el sueño de su vida. Y...

Vaciló. Mary lo alentó suavemente:

—¿Y?

—Una muchacha. No sólo bella físicamente, sino bella de espíritu, graciosa, cálida. La amaba, cosa que no era difícil. El milagro fue que ella me amara también. Le fallé, la traicioné. En alguna parte hay un niño de diez años, que es parte de mí y al que jamás veré.

—¿Y la muchacha?

—Fiebre puerperal. Sólo tenía dieciocho años —dijo David, tristemente—. Ya ves: de algún modo extraño, como esos médicos que Semmelweis condenó, siempre llevo conmigo la traición y la muerte.

—Y una conciencia demasiado fuerte para cualquier hombre —completó Mary.

Mientras volvían al hospital, ella dijo:

—No servirá de nada decírselo a Gottesman. Hicimos por esa paciente todo lo que pudimos. Nadie podría haber hecho más. Que se salve o no, depende de lo que pase en los próximos días.

David hizo dos visitas a Verónica Halloran, llevando consigo el regalo de despedida del profesor Doerner: era una caja larga, que contenía un instrumento de escaso uso en Norteamérica, aunque algunos médicos comenzaban a tenerlo en cuenta. Se llamaba «termómetro médico». Algunos doctores lo llevaban tal como los oficiales del ejército llevaban el bastón de mando, sólo que la caja del instrumento era mucho más grande e incómoda.

El primer día, según el termómetro, la señora Halloran tenía una temperatura algo más alta que la normal. Al segundo día había ascendido otro poco. David indicó a las vecinas que la mojaran con agua fría, con frecuencia, y que le pusieran compresas

frías contra la cabeza y el pecho. Puso especial cuidado en el examen de la incisión. Estaba roja e hinchada, pero no supuraba. Los cirujanos siempre esperaban la aparición de esa sustancia amarillenta llamada «*pus laudable*», convencidos de que su presencia era necesaria en el proceso de cicatrización. Lo inquietante era que, en el caso de la señora Halloran, no lo había.

A los cinco días la fiebre había desaparecido sin que se presentara el pus. La herida se había desinflamado y el tono rojizo comenzaba a disiparse.

En su última visita, la mujer le tomó la mano y se la llevó a la mejilla, diciendo:

—Doctor, usted hizo un milagro. No tenemos palabras con qué agradeceréelo.

David, tímido, trató de retirar la mano, diciendo:

—En realidad, fue la doctora que estaba conmigo.

La mujer sonrió:

—No trate de restarle importancia, doctor. Yo recuerdo lo que vi antes de perder el sentido.

Y le besó la mano.

Cuando David informó a Mary Sinclair de cómo había terminado el caso Halloran, ella se mostró encantada.

—Esto merece una celebración.

—¡Bien! Buscaremos una taberna que no huela a formol. Tal vez algún café de estilo vienés, donde sirvan *wiener Schnitzel*^[19].

—O tal vez algún lugar más tranquilo —sugirió Mary.

—Como quieras —replicó David, agregando, con extravagancia—. ¡Y los gastos no importan!

—Estaba pensando en ir a mi casa. Mañana por la noche damos una cena, para agasajar a uno de los escritores de mi padre. Pregunté si podía invitarte y mamá dijo: «¡Por supuesto!».

—Ese extremista me parece la amenaza más peligrosa en la turbulenta historia de esta nación —declaró el escritor, en tanto los hombres disfrutaban del coñac y los cigarros, en la sala de Sinclair—. ¡Lincoln no debe ser elegido!

—Por supuesto, Colwell, usted no le da tanta importancia, ¿no?

—¡Cómo que no! —protestó el hombrecito—. Le mostraré un cajón lleno de cartas que me han enviado amigos de Richmond, Savannah, Atlanta. Todos hablan de la secesión.

David se arriesgó a preguntar.

—Pero ¿puede parte de un país decir que ya no forma parte de ese país? En Austria, los húngaros no pudieron y los croatas tampoco.

Colwell se volvió hacia David, condescendiente.

—Querido amigo, ¿cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Once meses —respondió David, ruborizado—. ¿Por qué?

—Necesitaría mucho tiempo más para comprender nuestra política. Somos una nación compuesta por estados. Y esos estados han formado voluntariamente una Unión. Muchos creen tener el derecho de abandonarla tan voluntariamente como la formaron, si les conviene.

Sinclair trató de explicarlo con más afabilidad.

—Ése es el punto crucial del asunto, doctor: si los estados desconformes con el gobierno federal tienen derecho a seguir solos.

—¿Seguir solos? —exclamó Colwell—. No piensan «seguir solos». Si Virginia se abre, Georgia, Carolina del Norte y Carolina del Sur lo acompañarán. No existe un solo estado, entre los que dependen de la economía esclavista, que esté dispuesto a tolerar la política de ese hombre con respeto a la esclavitud.

—Lincoln dice que no es la esclavitud, sino la Unión lo que está en juego —arguyó el editor.

—Y el Sur dice que no es la Unión, sino la esclavitud. Le digo que nos veremos en una revolución, si eligen a ese hombre.

David preguntó:

—¿Se refiere usted a una verdadera revolución, señor? ¿Con guerra y luchas callejeras?

—¡Exactamente! —declaró Colwell—. La gente debería saberlo antes de votar por ese hombre.

David sorbió su coñac antes de preguntar:

—Señor, ¿alguna vez estuvo en una revolución dónde se lucha en las calles? ¿Dónde la gente se mata en las calles?

—Por suerte, no —manifestó el escritor—. La última guerra que se libró aquí fue contra los británicos, en 1812. Terminó en 1815, hace casi medio siglo.

—En ese caso, señor Colwell, en su lugar —advirtió David—, yo no hablaría tan tranquilamente de revoluciones y guerras. He estado en una. He visto a hombres heridos, mutilados, muertos. *Schrecklich*^[20]. —Y tradujo—: Horrible, aterrador.

—Mi apreciado doctor —dijo Colwell—, como escritor no me corresponde hacer política, sino observar, comentar y hacer advertencias. ¡Y advierto que Lincoln traerá la guerra!

Así terminó la velada. David se sintió aliviado, pues llevaba una hora privado de la encantadora compañía de Mary. Cuando los otros invitados se retiraron, Mary y David se demoraron un instante en la entrada de la casa, a la luz de dos lámparas de gas que llameaban a ambos lados de la puerta. Él sonrió.

—Encantadora, tu familia. Aunque los invitados son algo ruidosos. Ese Colwell, por ejemplo, tan lleno de predicciones terribles.

—Es sólo un escritor —lo tranquilizó Mary, sonriente—. Cuando no son muy tímidos, se muestran muy autoritarios. Colwell es de los que hablan demasiado, pero papá tiene que recibirlos de vez en cuando.

—¿Sólo por eso estaba aquí?

—Por supuesto. ¿Por qué? —respondió Mary, rápidamente. De pronto comprendió el significado de esa pregunta—. ¿Creías que era un posible pretendiente? No lo soportaría ni por un instante.

David mostró un franco alivio. Para ocultar su incomodidad, clavó la vista en los peldaños de piedra que llevaban a la acera.

—Me alegro. Porque a veces, los padres de una hija que se acerca a la edad de... bueno, la edad en que una mujer debe estar casada... tratan de...

No pudo expresar sus sentimientos, pero Mary se echó a reír.

—No tengo intenciones de quedarme soltera, si eso es lo que quieres decir.

La miró a los ojos.

—Entonces, ¿hay un hombre?

—Sí.

—Oh —fue la única respuesta. La desilusión había dejado a David sin palabras. Cuando recobró la compostura trató de ser galante—. Quienquiera que sea, espero que sea el adecuado, el que te haga feliz.

—Creo que sí —afirmó Mary.

Capítulo 23

—No anda bien —dijo la joven madre, apartándose algunos cabellos sueltos de la cara húmeda—. Se queda allí acostado y no hace nada.

La doctora Mary Sinclair, médica externa ya experimentada del Hospital Judío, permanecía en la puerta de aquel departamento maloliente; la madre le bloqueaba la entrada, a un tiempo deseosa de recibir ayuda y desconfiada con respecto a los médicos, sobre todo tratándose de mujeres jóvenes.

—Déjeme verlo —dijo Mary.

—Ahí dentro.

Mary se volvió hacia la puerta más próxima que daba al vestíbulo, estrecho y oscuro. Buscó una cama en el cuarto, pero lo que descubrió allí fue una gastada esterilla en el piso. Allí estaban acostados, no sólo su futuro paciente, sino otros cuatro niños, entre tres y nueve años, todos bajo una frazada raída. Las manos diminutas aferraban los bordes del cobertor, en un intento de aislar los cuerpecitos del frío acercando más el liviano cubrecama.

—Jamie, vino a verte una doctora que te hará sentir mejor. ¡Jamie!

El niño acostado en el sitio más lejano se movió levemente y trató de levantar la cabeza. Aun desde lejos, Mary identificó un estado febril en un niño tan debilitado por la enfermedad que no tenía fuerzas para incorporarse. Reuniendo toda su energía, lo levantó del colchón y lo llevó a la cocina iluminada, al otro lado del vestíbulo. Después de acostarlo sobre la mesa, comenzó el examen.

Las mejillas hundidas, los ojos vidriosos, todo el cuerpo delataba la desnutrición.

—Creo que será mejor llevarlo —dijo.

—¿Llevarlo? ¿Adónde? —respondió la madre, abrazando al niño como para protegerlo.

—Al hospital. Está demasiado enfermo como para quedarse aquí.

—¡No puedo dejar que se lo lleve! —dijo la madre.

—Lo atenderían bien. Allá hay una farmacia que le dará los remedios adecuados —afirmó Mary, aun sabiendo que no había medicación específica para la enfermedad, que ya había diagnosticado como tifus.

—¡Pero son pocos los que salen vivos de allí!

Mary paseó la mirada por aquella cocina sucia y desnuda, con platos sin lavar en el fregadero y mucha tierra en el suelo. «Tampoco son muchos los que pueden sobrevivir en sitios como éste», pensó. Pero dijo:

—Le prometo que lo cuidarán bien. Yo misma me encargaré de eso.

La madre quedó pensativa ante la seguridad de la doctora. Luego preguntó:

—¿Hay también algún médico que lo cuide? Un hombre, digo.

Aquella falta de humanidad de una mujer para con otra casi hizo sonreír a Mary. Sin embargo, prometió:

—Sí, hay médicos hombres que lo van a cuidar. ¿No tiene otra cosa con qué

abrigarlo? Una chaqueta, algo...

La madre sacudió la cabeza, patética.

—Por eso es mejor tenerlos en la cama. Es el único lugar abrigado.

Mary se quitó su abrigo para envolver con él al niño.

—Si alguno de los otros presenta fiebre, dolores o estremecimientos, avísame en seguida al hospital. ¿Entiende?

La mujer asintió. De pronto, en un arranque desesperado, abrazó al hijo mayor y le dio un beso.

—Oh, Jamie, Jamie, haré que el padre Driscoll rece por ti.

Otros dos médicos, al examinar al joven Jamie Linehan, confirmaron el diagnóstico de Mary: tifus. El de más edad y experiencia aconsejó:

—No hagan nada. Que la enfermedad siga su curso.

El otro recomendó una intervención médica con cloruro de mercurio y purgantes. Mary Sinclair, sin poder decidirse entre dos miembros principales del personal, decidió dar sus propias instrucciones secretas al enfermero de la sala.

—Que tome mucha leche, pan y huevos. Y una buena porción de carne una vez al día.

Al día siguiente, en su recorrida por las salas, el doctor Gottesman se encontró con que el enfermero estaba alimentando a Jamie Linehan con una comida sustanciosa. Al preguntar quién lo había indicado así, el enfermero se vio obligado a dar la información. A los pocos minutos, Mary, que regresaba de otra llamada de emergencia de uno de tantos vecindarios pobres, debió presentarse ante el iracundo administrador.

—Doctora Sinclair —comenzó él, con su tono más sarcástico y condescendiente—, ¿debo entender que usted dio instrucciones para que se proporcionaran alimentos especiales, en la sala de varones, a cierto enfermo?

—Si se refiere al niño Linehan, que tiene tifus, sí, señor —admitió ella.

—¿Puedo preguntar por qué?

—El niño está desnutrido. En su estado actual, está demasiado débil como para resistir a la enfermedad. En realidad, si pudiéramos eliminar la pobreza, eliminaríamos también muchas de las enfermedades que afectan a esta ciudad.

—Comprendo —dijo Gottesman, fingiendo estar de acuerdo. Y en seguida preguntó, con exagerada simpatía—: ¿Y cómo sugiere que hagamos eso? ¿Cerrando el hospital, uno de los más pequeños de la ciudad, para dedicarnos a eliminar la pobreza de millares de personas, demasiado indolentes como para bastarse solas?

Mary sintió que un rubor de furia le subía a las mejillas. Su primer impulso fue contestar, pero había muy pocas oportunidades para las mujeres en esa profesión, de modo que, cautelosamente, se decidió por una respuesta más razonada.

—Doctor Gottesman, puesto que pertenecemos al Hospital Judío y teniendo en

cuenta las muchas conminaciones del Antiguo Testamento en cuanto a cuidar de pobres e indigentes, pensé que se obedecía la tradición del judaísmo al recibir a este niño para alimentarlo bien.

Dada la suavidad y la deferencia con que había hablado, el administrador se sintió incapaz de dar rienda suelta a su enojo. Entre gruñidos, respondió:

—El Antiguo Testamento no dice nada de abrir las puertas de un hospital gratuito, que depende de los impulsos caritativos de la comunidad judía. En el futuro, tenga cuidado con sus órdenes.

—¿Y si sometiéramos el problema ante los personajes más importantes de la ciudad, advirtiendo que, si no se elimina la pobreza, las enfermedades aumentarán? —sugirió Mary.

—Los hospitales no pueden curar los males de la sociedad. Conformémonos con curar a algunos pacientes, de tanto en tanto.

—Sólo sé que el doctor Pierre Louis llegó a la misma conclusión con respecto a la relación entre la pobreza y enfermedad.

—¡Pierre Louis, Pierre Louis! —protestó Gottesman, impaciente—. ¡Estoy harto de que me digan lo que piensan los médicos extranjeros! Permítame recordarle, mi querida doctora Sinclair, que en este hospital no hay nombramientos irrevocables. ¿Hace falta decir algo más?

Mary temblaba cuando se encontró con David en la pequeña taberna donde solían almorzar, puesto que era el sitio más económico. Aunque había decidido contenerse, las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas.

Él se acercó para levantarle suavemente la cara y la miró a los ojos.

—¿Mary?

Con lentitud, sorbiendo las lágrimas, le relató su enfrentamiento con Gottesman, incluida su amenaza. David le secó los ojos, sin prestar atención a las miradas de otros parroquianos, y dijo:

—¡Espera aquí!

A pesar de los intentos de Mary por detenerlo, salió rápidamente.

La puerta de Gottesman estaba cerrada, pero David lo oyó exclamar, furioso:

—¡Asesinos! ¡Están poniendo en circulación a una banda de asesinos! Ya me encargaré de esto, de algún modo.

Al abrirse la puerta salió el doctor Abraham Jacobi, que rozó a David murmurando, preocupado:

—Ah, Lilliendahl. Menos mal que, de vez en cuando, se ve a un médico bien preparado.

Jacobi se retiró sin mayores saludos, cosa muy extraña en el anciano, pues David y él compartían ciertos antecedentes.

Jacobi también era un refugiado de la revolución de 1848. La diferencia consistía

en que él había sido juzgado y condenado a prisión. Si estaba en libertad, se lo debía a un carcelero de Alemania, quien, convencido de que un médico era algo demasiado valioso como para desperdiciarlo así, lo dejó escapar y hasta lo ayudó a cruzar la frontera para emprender viaje hacia América.

Con ese pasado común, Jacobi contemplaba al joven David Lilliendahl como a un promisorio refugiado. El hecho de que lo hubiera descartado con tanta brusquedad servía como medida de la grave discusión mantenida con Gottesman.

El administrador, con idéntica actitud, vio a David por la puerta entornada y lo llamó, impaciente:

—Lilliendahl, pase, pase. Tráigame todos sus problemas. Los que guste. Con un día como hoy, qué importa. —Cuando tuvo a David ante sí, estalló—: ¡Es cosa de no creer! Un hombre joven, diplomado en una escuela de medicina de Filadelfia. Y mata instantáneamente a un enfermo con una dosis de morfina. Después, cuando ya es demasiado tarde, llama a Jacobi. ¿Y qué descubre Jacobi, al interrogarlo? Que no sabe absolutamente nada sobre ese medicamento y las dosis debidas. ¡Esas escuelas de medicina! Por estúpido que sea el estudiante, siempre se recibe. Porque de lo contrario, los estudiantes dejan de inscribirse y van a otra escuela donde estén seguros de recibir el diploma. Y así se pierde un buen ingreso, claro.

Gottesman iba a encender un cigarro, pero se interrumpió para decir:

—Acuérdese de lo que le digo, Lilliendahl: algún día, este estado obligará a los médicos a demostrar su calificación antes de iniciar la práctica.

Después de encender el cigarro, exhaló el humo y preguntó:

—Bueno, ¿de qué viene a quejarse usted, ahora?

—Es sobre la doctora Sinclair, señor.

—Sí, ¿qué pasa con la doctora Sinclair?

Gottesman había comenzado a tamborilear con los dedos sobre el escritorio.

—Quisiera decir, en mérito a la justicia, que no es la primera en relacionar enfermedad y pobreza. Tampoco es Pierre Louis el único médico célebre que lo piensa. En Viena había un médico que había percibido esa íntima conexión, sobre todo la difusión de la tisis entre los pobres. Para publicitar su convicción, recetaba tratamientos ridículos a los indigentes: anotaba caviar y *champagne*, trufas y *pâté de foie gras*. La gente lo creía loco, pero se hablaba de él. Y así apoyaba su hipótesis de que la enfermedad y la pobreza van de la mano. La doctora Sinclair no quiso decir que la medicina, en París, fuera superior a la de aquí; decía que las mismas condiciones sociales llevan a las mismas enfermedades en todo el mundo.

—¿Y en ese caso? —preguntó Gottesman.

—En ese caso corresponde a los médicos señalarlo y a los gobiernos hacer algo al respecto —instó David, con vehemencia.

—Conque los médicos deben ser reformadores sociales.

—Creo que es el solemne deber de los médicos hacer todo lo que sea necesario para llevar salud y curaciones a tanta gente como sea posible —respondió David con

firmeza.

—¡Muy bien! —asintió Gottesman—. Ahora, en cuanto haya descubierto algún modo de abolir la pobreza, vuelva y me dará el secreto. Yo me encargaré de que se haga. Buenos días, Lilliendahl. Y lo mismo que dije a la doctora Sinclair se aplica a usted: en este hospital no hay nombramientos irrevocables.

David, a pesar del impulso que lo llevaba a responder, se encaminó hacia la puerta. Cuando su mano tocaba el picaporte oyó que Gottesman decía, ya con un tono más compasivo:

—No lo critico, Lilliendahl.

David se volvió para enfrentarlo. El administrador agregó:

—Si yo tuviera su edad y conociera a una joven tan bonita, tan capaz, yo también me enamoraría de ella.

David se ruborizó. Antes de que las palabras de Gottesman pudieran proporcionarle algún consuelo, le oyó decir:

—Pero eso no cambia lo que ya he dicho. Somos médicos, no reformadores sociales. Dejemos las cosas así. ¡Y repita eso a su amiga!

David había regresado de ayudar en el parto de un bebé normal, en un inquilinato de East River. Todo había salido bien; la mujer, que ya había tenido otros siete hijos, conocía su papel en los procedimientos. David calculó que el niño pesaba unos cuatro kilos o poco menos. Fue un alivio que el caso no requiriera cirugía. Sin embargo, al salir del inquilinato se dio cuenta de que, de los siete hijos que la mujer había tenido anteriormente, sólo tres lo miraban desde la puerta, pálidos, con la mirada fija.

Mary lo esperaba en la puerta del dispensario.

—Fuiste a ver a Gottesman, ¿verdad?

—Sí.

—No tenías por qué arriesgar el puesto. Bastaba con que yo estuviera en problemas —lo regañó la joven.

—Tenía que hacerlo.

—Fue un riesgo tonto e innecesario. Nadie puede hacer cambiar de opinión a Gottesman.

—Ya lo sé, pero tenía que hacerlo. Ahora, si ya terminaste con lo de hoy, te acompañaré a tu casa.

Caminaban por la calle 24, bordeada de árboles, junto a impresionantes mansiones de piedra que no se diferenciaban mucho de la hermosa casa de los Sinclair. Guardaron silencio hasta que Mary preguntó:

—Bueno, ¿no vas a contarme nada?

—¿Qué?

—Corriste peligro por mi causa. Tengo derecho a saber qué pasó, qué dijo Gottesman.

—Dijo... —comenzó David—. Dijo que estoy enamorado de ti.

Mary se detuvo abruptamente y levantó la mirada hacia él.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¿Y es cierto? —preguntó la muchacha, sofocada.

—Creo que sí. ¿Qué opinas tú?

Mary quedó pensativa por un momento.

—Sí, me parece que sí.

—¿Alguien más se habrá dado cuenta? —inquirió David, súbitamente avergonzado.

—No sé.

—No fue a propósito —dijo él, simplemente. Y sintió la necesidad de explicarse —: Estaba tan ocupado con mi carrera, los pacientes, lo que debía aprender, que no me di cuenta.

—Mi padre jamás publicaría una novela en donde el héroe no se diera cuenta de que estaba enamorado. Eso tiene que ser como un rayo. Una mirada, una sola mirada fatídica, y los protagonistas están súbitamente enamorados por siempre jamás.

—Te estás riendo de mí.

—Oh, no —respondió con ternura—. Oh, no, mi querido, queridísimo David. — Le tomó la mano, se la llevó a la mejilla y le besó la palma—. Gottesman no es tan observador como crees. De lo contrario sabría que, antes que tú te enamoras, yo lo estaba de ti.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó David—. Nunca pensé que... Nunca soñé... Tenemos que decírselo al mundo entero... a todos...

—No, eso es, exactamente, lo que no debemos hacer —aconsejó Mary, muy seria.

—Ah, sí. Tu padre.

—Sí, mi querido David, mi padre.

—¡Hablaré en seguida con él!

—No. Antes debes pedirle una cita, como es debido. Hablarás con él en privado y le pedirás autorización.

—¿Y si dice que no?

—Encararemos un problema por vez —dijo Mary, con firmeza.

Y se levantó en puntas de pies para besarle en los labios, para gran asombro de varios transeúntes.

De la mano, caminaron hasta la casa de los Sinclair. Al pie de los peldaños de piedra, Mary preguntó:

—¿Sientes algo parecido a lo de ella?

—¿Cómo?

—A lo que sentías por Kati.

Él sonrió.

—Ah, hace tan poco que estamos de novios y ya tienes celos. —La levantó hasta el primer peldaño, para mirarla directamente a los ojos—. Cuando la amaba tenía dieciséis años. A ti te amo con amor de hombre. Menos febril, pero más profundo y

permanente. Mary Sinclair, te amo ahora y para siempre. Y quiero hablar mañana con tu padre.

—Mañana es el día de las elecciones —le advirtió ella—. Todos sus pensamientos estarán concentrados en la victoria o la derrota de Lincoln y en lo que eso significará.

—Pasado mañana, entonces —afirmó David, resuelto—. Así contaré con dos días para practicar. Después de todo, no es cuestión de que me falle el inglés. ¡A ver si debo pedírselo en alemán! Eso no serviría, ¿verdad?

—¡Pídeselo como quieras, pero hazlo! —dijo Mary, radiante.

Después de besarla la soltó a desgano. Y se quedó mirando cómo subía los peldaños.

Como todos los enamorados recientes, lo admiraba todo en ella, convirtiendo en virtud hasta el modo de subir la escalera.

Capítulo 24

Amos Sinclair, junto con otros miles de neoyorquinos, esperaba en la calle, frente al edificio donde funcionaba el *Tribune*, periódico en cuya integridad había confiado siempre.

De vez en cuando, de la ventana del segundo piso asomaban grandes carteles escritos a mano, anunciando las crecientes cifras de la elección para presidente, efectuada el día anterior, que estaban llegando por teléfono desde todos los rincones de la nación. El más reciente anunciaba:

LINCOLN. 1 266 901 - DOUGLAS: 904 642.
VOTO ELECTORAL: Lincoln: 161 - Douglas: 9.

Amos Sinclair asintió, sombrío. A su lado, un hombre exclamó, exultante:

—¡Parece que Abe, el Honrado, gana seguro!

—Sí, parece que sí —respondió Sinclair.

Y se abrió paso por entre la multitud, en su mayoría jubilosa, para volver a las oficinas de Amos Sinclair y Cía. Editores, perdido en una maraña de pensamientos aflictivos. ¿Y si el Sur se separaba, tal como había amenazado con hacer? ¿Qué presidente podía consentir tal movimiento, que era, ni más ni menos, rebelión pura? Pero la misma Unión se había establecido mediante una rebelión. ¿Quién podía decir que la historia permitiera una sola revolución a cada país? No sería Jefferson, sin duda.

En cuanto al peligro personal, él, su mujer y su hija estaban perfectamente a salvo. En el caso de que hubiera guerra, se libraría en el Sur. Era imposible que un ejército de rebeldes voluntarios, sin equipos, fuera hacia el Norte. ¿Y quién los comandaría? Los mejores cerebros militares estaban en el Norte.

Por lo tanto, su única preocupación grave era el efecto que podría causar una guerra breve en Amos Sinclair y Cía. Era posible que se llevaran a algunos empleados con el ejército, temporariamente. Por fortuna, Brenner, su mano derecha, era demasiado grande como para el servicio militar. En cuanto a los más jóvenes, se los podía ir reemplazando a medida que se efectuara el reclutamiento. Podría arreglarse, al menos por el resto del año. Y no era posible que la guerra durara más.

Obsesionado por esos pensamientos, apenas tuvo conciencia del trayecto hasta llegar al negocio. Subió los tres peldaños hasta la puerta de entrada, la abrió de par en par y recibió el saludo de la campanilla que anunciaba cada movimiento de esa puerta.

—Buenos días, Jeremy —saludó a su joven empleado.

—Buenos días, señor —respondió el joven, secamente. Y le tendió un sobre—. De parte de la señora Sinclair.

—¿De la señora Sinclair? —preguntó Amos, vacilante—. Hace apenas dos horas que salí de casa.

—La trajo la doctora Sinclair, de paso hacia el hospital.

En la intimidad de su oficina, Amos desgarró el sobre y leyó apresuradamente.

—Amos querido: Por favor, no te demores para cenar. Tenemos un invitado. Cariños, Edith.

Aquella críptica nota no hizo sino aumentar su confusión. ¿Qué había de especial esa noche? Brenner, al entrar, le hizo abandonar sus pensamientos.

—Señor Sinclair, aquí tengo un manuscrito que recibimos hace varios meses. Como se me traspapeló, sólo anoche volví a encontrarlo. Pasé casi toda la noche leyéndolo. Muy promisorio. Extraño, pero promisorio. Es un autor nuevo, cuyo estilo me recuerda el de Edgar Allan Poe. Debería leerlo en seguida.

Otro día rutinario acababa de iniciarse en las oficinas de Amos Sinclair y Cía. borrando todos los pensamientos sobre secesión, guerra y esclavitud.

La noche era fría, considerando que apenas promediaba el otoño. Por eso habían encendido el fuego en la sala, cuando Amos regresó. El hecho de que llegara algo antes que de costumbre reflejaba su curiosidad sobre el misterioso invitado por el cual su esposa le enviara un mensaje especial. Descubrió que no había nadie en el salón.

—¿Edith? —llamó en dirección a la planta alta. Como no recibió respuesta, se acercó al pie de la escalera—. ¿Edith?

Ella respondió desde la cocina y salió a saludarlo con un beso en la mejilla.

—Bueno, ¿dónde está el Rey de Siam? ¿O es el Príncipe de Gales?

—Ninguno de los dos.

—¿Quién, entonces?

—Ya verás —dijo la esposa—. Ahora ve a la sala y toma un poco de Madeira.

El secreto no siguió siéndolo por mucho tiempo. De pronto se abrió la puerta de entrada y Mary anunció:

—¿Mamá, papá? Aquí estamos.

Aquel uso del plural hizo que Amos emergiera apresuradamente de la sala. Allí estaba su hija, en compañía de David Lilliendahl. Los dos estaban sonrosados por la caminata desde el Hospital Judío. Se los veía alegres y sonrientes. Hasta que Amos cambió el clima con una sola palabra:

—¿Mary?

Significaba: «Aquí está pasando algo que no me gusta». Y requería una explicación inmediata. Mary se limitó a decir:

—Papá, recuerdas a David Lilliendahl, ¿verdad? Ya estuvo en casa una vez. Trabajamos juntos en el hospital.

—Sí, sí, por supuesto que lo recuerdo —respondió Amos Sinclair, con cierta frialdad—. Doctor, ¿quiere tomar un poco de Madeira antes de cenar? ¿O prefiere jerez?

—Ninguno de los dos, pero gracias por invitarme —respondió el joven, consciente de que había vuelto al acento vienés, cosa que le ocurría siempre en momentos de gran tensión.

La cena transcurrió en forma amena, pero con una tensión cada vez mayor. Sinclair llevaba la voz cantante; expresó algunos de los pensamientos sombríos que lo obsesionaban desde que la victoria electoral de Lincoln se convirtió en certidumbre. Sólo cuando se sirvió el postre, una tarta de frutas preparada especialmente por ser la favorita del dueño de casa, comenzó a dirigir sus comentarios a David, específicamente.

—Y si hay secesión, doctor, habrá guerra. En ese caso, ¿de qué lado estará usted?

—No soy ciudadano de este país. Sería presuntuoso de mi parte tomar partido, ¿verdad?

—Ya me parecía —dijo Sinclair, sin ocultar su desagrado.

Mary se puso tensa. La madre, desde la otra cabecera, trató de cruzar una mirada con su esposo, para evitar mayores discusiones, pero no pudo disuadirlo.

—¿Se le ha ocurrido que usted, como todos los inmigrantes, tiene una gran deuda con este país por haberlo aceptado? —preguntó Sinclair.

—¡Amos! —advirtió su esposa.

—¡El tema va a surgir tarde o temprano, Edith! Será preferible que lo analicemos —insistió Sinclair, antes de volverse hacia el invitado—. Tomemos a los alemanes, los irlandeses y toda esa gente que se ha volcado hacia aquí. Los alemanes buscan libertad política; los irlandeses, bienestar económico. Han invadido todo el país; viven en nuestra tierra, comen nuestra comida, utilizan nuestras escuelas y nuestros hospitales. ¡Creo que deben mucho a nuestro país! Si hubiera guerra, ellos deberían ser los primeros en enrolarse, para demostrar gratitud.

Con eso apartó la porción de tarta, a medio comer, y se puso de pie.

—Vivimos tiempos difíciles, doctor. Todo hombre consciente debe estar dispuesto a hacer lo que se requiera de él. ¡Estaré en la biblioteca, Edith!

Y salió del comedor, a grandes pasos.

—Éste no parece ser el mejor momento para hablar con él —sugirió Edith, en voz baja—. No terminó la tarta de fruta.

—¿Eso quiere decir algo? —preguntó David.

—Es más decisivo que cualquiera de nuestras pruebas médicas —aseguró Mary.

—De cualquier modo, hablaré con él.

—Buena suerte —dijo Mary, besándolo.

David golpeó a la puerta de la biblioteca.

—Pase, doctor —respondió Sinclair.

Al abrir la puerta, David encontró a Sinclair encendiendo un buen cigarro. Mientras soplaba el fósforo, hizo señas al joven para que se acercara a la bandeja con el café, puesta allí por Agnes durante la cena.

—¿Café, cigarros, coñac, quizá?

—No, señor, gracias —dijo David.

—¡Siéntese, doctor! —ordenó Sinclair.

—Preferiría estar de pie. Lo que debo decirle es muy importante y no quiero relajarme mientras lo hago.

—Si insiste...

Sinclair le brindó toda la habitación con un gesto amplio e impaciente.

—Me pregunto, señor, si usted tiene noción de lo maravillosa y especial que es su hija. Usted siempre la ha considerado hermosa e inteligente, una hija digna de orgullo. Yo le digo, señor, que es mucho más. Es un ser humano responsable, con una sensibilidad que supera a la de cuantas mujeres he conocido. El modo en que trata a los pacientes, sobre todo a los niños, la convierte en algo más que una médica. Es un espíritu noble. La amo mucho más por ella que por su belleza. Puesto que éstos son mis sentimientos hacia ella y tengo el raro honor de verlos correspondidos, quiero pedirle permiso para casarme con ella.

—Bueno... —comenzó Amos Sinclair, lentamente. Esperaba ese pedido, pero no estaba preparado en absoluto para contestar. Ese extranjero, ese judío, acababa de formular su solicitud en términos que él no esperaba. Por fin lanzó una nube de humo hacia el techo y dijo—: Doctor, considerando el dudoso estado de los asuntos nacionales, en el día de hoy, confío en que usted me otorgará algún tiempo para estudiar su propuesta.

—Señor —dijo David, sonriendo por primera vez—, si yo fuera el padre de semejante joya y me viera frente a un joven deseoso de casarse con ella, también pediría tiempo para pensarlo.

—Gracias, Lilliendahl. Se lo agradezco. Y ahora que hemos liquidado el tema, siéntese y tome un coñac.

Amos Sinclair sirvió la bebida y pasó la copa a David. Luego, en silencio, hizo girar la suya entre las manos, calentando el licor para hacerle soltar el aroma. Por fin fijo:

—Éstos son tiempos temibles, doctor. Tiempos confusos. Con todas las fibras de mi ser, como cristiano... —Hizo una pausa—. Siempre he pensado que la esclavitud es un error, que se le debe poner fin. Pero cuando pienso en la tarea de cambiar toda la economía del Sur de una sola vez, no sé cómo se la podrá encarar. Me pregunto, además, qué se hará con los cuatro millones de esclavos, si se los libera. No tengo respuesta para todo eso.

—Señor, si me perdona por citar el Antiguo Testamento, hay una solución. Verá usted: en los tiempos en que la esclavitud era de aceptación universal, sólo entre los judíos se la desaprobaba. Algunos dicen que fue por haber sido esclavos en Egipto. Sea cual fuere el motivo, entre los antiguos judíos no existía la esclavitud de por vida. Al terminar un plazo de siete años, cada esclavo debía ser liberado.

—La idea vale la pena.

—Pero eso no basta, señor. Pues nuestra ley iba más lejos. El amo no podía,

simplemente, decir al esclavo: «Estás libre, vete». Tenía que darle animales de su rebaño, cereales de su molino y vino de su prensa. Así, señor, se deberían liberar los esclavos.

—Loable, pero imposible. El Sur quedará en ruinas al quitarle los esclavos.

Cuando terminaron el coñac, David dijo.

—Es tarde, señor; creo que me excedí en el tiempo.

Sinclair se levantó, diciendo.

—Le he prometido que estudiaría su propuesta y así lo haré.

David, en la puerta, susurró a Mary:

—Al menos no me rechazó.

Ella lo besó apresuradamente. Se estrecharon por un instante. Luego, David salió a la fría noche de noviembre.

Sinclair aún estaba en la biblioteca, pensativo. Mary se detuvo en la puerta, esperando. Como el padre no dijo nada, entró para besarlo en la mejilla.

—Buenas noches, papá.

Y se volvió para salir. Pero él le tomó la mano.

—Mary... ese joven: ¿qué sabes de él, en realidad?

—Sólo de dónde viene, adónde quiere llegar y que es un hombre muy tierno y abnegado.

—¿Y con eso basta? —preguntó el padre.

—Para mí, sí —respondió la joven simplemente.

—¿Te das cuenta de que eso podría separarte de los amigos y la familia?

—Sí, lo sé.

—Y los hijos. Tendrán hijos —le advirtió el padre.

—Confío en que así sea, padre.

—¿Lo has pensado bien?

Mary sonrió.

—Tanto como puede pensarlo una joven desesperadamente enamorada.

—¿Tanto lo amas?

—Sí, padre.

—Lo voy a pensar —dijo con seriedad.

Amos Sinclair giró en su cama por millonésima vez, calculó Edith. Ella permanecía inmóvil, esperando que él acabara por dormirse, pero su agitación, en vez de disminuir, parecía ir en aumento, Por fin dijo:

—Será mejor que hablemos de lo que te pasa, querido.

—Desde que Mary cumplió dieciséis años la imaginé casándose con Anthony Wheaton. Una gran boda en la iglesia de la Trinidad. Una gran recepción en casa. Amigos, parientes. Un festejo lleno de felicidad. Nuestra Mary, cómoda y dichosa por el resto de su vida. Hijos, por supuesto. Quizás un varón o dos.

Hizo una pausa antes de contestar:

—¿Sabes, Edith? Siempre lamenté no haber tenido hijos varones. No es culpa

tuya, por supuesto; pero me habría gustado tener, al menos, uno. Para que algún día el cartel pudiera decir: Amos Sinclair e Hijo, Editores. O tal vez Hijos de Amos Sinclair, Editores. Y bien, ya que no eran hijos, podían ser nietos. No se llamarían Sinclair, por supuesto, pero Wheaton es un apellido honroso.

—Y Lilliendahl no —concluyó Edith.

—Lilliendahl. Mary Lilliendahl. La doctora Mary Lilliendahl. Siempre supe que eso de estudiar medicina terminaría mal —se lamentó—. Si no hubiera estudiado medicina no habría llegado a conocerlo.

—Ya es demasiado tarde para cambiar eso.

—Sí, demasiado tarde. Dime, Edith, francamente: ¿estás de acuerdo con este matrimonio?

—Sí.

—¿No tienes dudas ni temores?

—Dudas y temores, sí. Lo que ellos sienten ¿podrá superar todas las diferencias? Cuando se acaba el florecer del primer amor, ¿tendrán la fuerza interior que hace de un matrimonio algo duradero?

—Entonces me siento menos solo.

Amos guardó silencio por largo rato. Al cabo dijo:

—Cuando vino a hablar conmigo, me gustó el modo en que se refirió a nuestra Mary. Y por otras cosas que dijo, descubrí en él a un joven prudente, de calidad. Eso es lo que más me preocupa, en cierto modo.

—¿Por qué, Amos?

—Si tiene esas cualidades, ¿por qué me opongo a él? Ahora creo saberlo. Siempre me he considerado liberal. En política, en temas sociales... He corrido grandes gastos para publicar libros contra la esclavitud. Abrí nuestro hogar a la causa de los abolicionistas. Y sin embargo, ahora me pregunto si, llegado el momento en que uno de los hijos de Mary, un Lilliendahl, un judío, suba a mi regazo y me llame «abuelo», podré abrazarlo o me echaré atrás Edith, no me siento capaz de amar a un nieto que sea uno de ellos.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, David Lilliendahl llegó al hospital más temprano que de costumbre, con la esperanza de hablar con Mary antes de que alguno de los dos se viera obligado a salir para atender una llamada.

Descubrió que Mary se le había adelantado. En un rincón del dispensario, donde nadie los veía, se besaron apresuradamente.

—¿Dijo algo esta mañana? —preguntó David, de inmediato.

—Desayunó y se fue antes de que yo bajara.

—Y eso ¿es buena señal?

—No —admitió Mary—. Sobre todo considerando que, según mamá, anoche apenas pegó un ojo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó David.

—No será la primera vez que cambia de idea.

Pero la voz de Mary no sonaba muy optimista.

En ese momento, el empleado que atendía los llamados de los pacientes externos anunció:

—¡Doctora Sinclair! Una llamada a la calle 13 Oeste.

Volviéron a besarse apresuradamente y Mary salió a atender la primera emergencia del día.

La jornada resultó larga. No volviéron a verse, pues al volver al hospital cada uno de ellos tenía otro caso esperando.

Esa noche, al llegar a su casa, Mary encontró a Amos con un escritor que acababa de llegar desde Inglaterra. Lo que ocupaba toda su mente era la decisión de su padre. Él le indicó, por medio de alguna mirada ocasional, que tenía perfecta conciencia de ello. Pero transcurrió toda la cena sin que diera señales de haberse decidido.

Al terminar la comida, Sinclair se encerró con su visitante en el escritorio, hasta una hora avanzada. Mary esperó con paciencia, tratando de leer algunos documentos de medicina, publicados en Padua y Berlín, que el doctor Jacobi le había dado ese día, consciente del interés que también ella sentía por las enfermedades infantiles.

Cuando oyó que el invitado se retiraba, Mary bajó la escalera y encontró a su padre en la biblioteca, terminando el coñac. Cerró la puerta y se enfrentó a él.

—Papá...

—Ya te hacía dormida.

—¿Era una suposición o una esperanza?

—Supongo que una esperanza —admitió él—. Pero nunca has sido de las que postergan los problemas o las decisiones, una vez que tienes las ideas en claro.

—¿Lo has pensado?

—No he pensado en otra cosa.

—¿Y?

—Debes comprender, querida —comenzó él. A Mary le dio un vuelco el corazón

—. Si fueras varón no me preocuparía tanto. Cuando los hombres nos equivocamos en la elección de esposa, siempre hay modo de arreglar las cosas. Una amante, por ejemplo; aunque la esposa descubra algunas aventuras, tiene que aceptarlas. Para las mujeres, en cambio, el matrimonio es definitivo e irrevocable. Las mujeres de nuestro nivel social no se divorcian. Por eso el casamiento es la decisión más importante de su vida. Y el hombre elegido se convierte en la persona fundamental.

—¡Lo amo, papá! —declaró Mary.

—¡Maldición, criatura, casi todos los matrimonios desdichados comenzaron con parejas que estaban seguras de amarse!

—Yo sé lo que siento. Y estoy segura de los sentimientos de David —insistió ella, respetuosa, pero con firmeza.

—En ese caso, mi decisión te desilusionará dolorosamente —anunció Sinclair, con gravedad.

—¿Cuál, papá?

—Yo mismo he tenido problemas con esto —confesó él—. Hasta fui a visitar a nuestro ministro, en la iglesia de la Trinidad, y lo analicé con él. Está de acuerdo con mi posición y dice que es correcta. No puedo dar mi consentimiento.

—Comprendo —dijo Mary.

—Lo siento, querida —manifestó él, mientras se acercaba para besarla con ternura en la frente—. Te amo más de lo que sabes y estoy más orgulloso de ti de lo que he dejado entrever. ¡Pero debo prohibir este matrimonio!

Después de decir eso abandonó la biblioteca. Mary lo oyó subir las escaleras y entrar en su dormitorio.

—¿Amos? —preguntó Edith, suavemente, desde su lado de la cama.

—Ya se lo dije —informó él—. Era necesario.

—¡Oh, Dios mío!

—Se le pasará con el tiempo. Después de todo, cuenta con su carrera. Aunque me gustaría que se dedicara a una práctica particular decente, en vez de pasarse los días en esos inquilinatos pobres.

Mientras se quitaba la chaqueta y el chaleco, prosiguió:

—No debió haber ingresado en ese Hospital Judío.

—No la aceptaban en ninguna parte —le recordó Edith.

—Tratando siempre con judíos, era forzoso que se enamorara de uno.

Lo interrumpió el ruido de la puerta de calle, que se cerró con violencia. Edith se incorporó.

—¿Amos?

Él cruzó apresuradamente el pasillo para mirar en el cuarto de Mary.

La muchacha no estaba allí. Corrió escaleras abajo, hasta la puerta de calle. La abrió a tiempo para ver que Mary subía al coche que solía esperar pasajeros en la esquina de la avenida Lexington.

David Lilliendahl, cansado por la prolongada jornada, estaba preocupado. Mary se había retirado del hospital sin dejarle mensaje. Descubrió que no tenía paciencia para seguir escribiendo la carta a su madre, empezada tres noches atrás. ¿Qué podía decirle para renovarle el coraje? ¿Qué seguía en el servicio de atención externa, con doscientos cincuenta dólares anuales como sueldo y que sólo le era posible girarle una reducida suma de dinero para aliviar su carga financiera? ¿O que la nación estaba al borde de grandes dificultades, por las cuales podía llegar a una guerra mucho más amplia y devastadora que la revolución de 1848?

¿O tal vez correspondía escribirle sobre lo mejor que le había ocurrido desde su llegada a ese nuevo y sorprendente país? Mary. ¿Qué decirle? ¿Que era hermosa, inteligente, una médica sensible y capaz? ¿Cómo decir todo eso sin mencionar el único rasgo que pondría a sus padres de intenso luto por él?

Que no era judía.

Un inesperado golpecito en la puerta lo rescató del problema. Seguramente era otra intrusión de algún vecino desesperado, que necesitaba un médico durante la noche.

—¿Sí? —preguntó, acercándose a la puerta.

—David...

Abrió de inmediato. Bastó una mirada para notar que estaba pálida y llorosa.

—¡Mary, querida! —la abrazó, apretándole la cara contra su pecho—. Dijo que no.

Ella asintió.

—¡Hablaré otra vez con él! ¡Lo haré cambiar de idea! —prometió David.

Mary sacudió lentamente la cabeza.

—No. No podrás.

—¡Tenemos que hacer algo! —insistió él—. No puedo permitir que se interponga.

—Tampoco yo —dijo la muchacha, con súbita y serena determinación.

Se liberó de su abrazo. Se quitó la chaqueta. Lenta, pero deliberadamente, se quitó el vestido, las enaguas y cada una de sus prendas interiores, dejándolas caer al suelo, hasta quedar ante él completamente desnuda. Entonces le tendió los brazos.

—Ámame, David. Hazme el amor.

Esa noche no volvió a su casa. Tampoco a la mañana siguiente. Sólo regresó al terminar su jornada de trabajo en el hospital. Llegó, como siempre, al caer la tarde.

Al abrir la puerta de calle se encontró con Agnes, que la esperaba, trémula, para advertirle:

—Su padre está en la biblioteca. Quiere hablar con usted de inmediato.

—Gracias, Agnes.

Notó que la estremecida mujer esperaba en el vestíbulo, preocupada por ella. El padre debía de estar furioso, sin duda. Abrió la puerta.

Amos Sinclair estaba de pie, de espaldas al fuego encendido, mirando hacia ella. La madre, sentada en el gran sillón de cuero rojo, manoseaba, tensa y nerviosa, el

primer botón de su vestido.

—Mary... —comenzó el padre, severo.

—¿Sí, papá?

—¿Dónde pasaste la noche? —preguntó en tono acusatorio.

—Justamente donde tú piensas —respondió la joven, desafiante.

Amos Sinclair miró a su esposa, como para confirmar sus advertencias sombrías. Por fin se encogió de hombros y le volvió la espalda para servirse un poco de jerez.

—Ojalá que nadie se haya enterado.

—¿Por qué? No me avergüenzo —replicó Mary.

—¡Pero yo sí, maldición! —tronó él, volviéndose a medias.

La copa se le cayó de la mano y se estrelló contra el piso encerado. Mary, contrastando con su explosión, dijo suavemente:

—En ese caso, papá, convendría que David y yo nos casáramos para evitar murmuraciones.

Sin esperar respuesta, se retiró de la habitación, diciendo:

—Disculpen, pero debo lavarme para cenar.

En cuanto la puerta se cerró, Amos murmuró a su esposa:

—Esa hija tuya... Por una vez que decidí hacer las cosas según mi parecer. Por una vez...

—Ahora no tenemos alternativa —le recordó Edith, suavemente.

—Lo sé —replicó él, entristecido—. Pero la boda deberá ser sencilla, lo más discreta que sea posible. Por mi parte, no tengo deseos de invitar a ningún amigo.

La boda de la doctora Mary Sinclair con el doctor David Lilliendahl se llevó a cabo un domingo de abril. Fue una ceremonia sencilla y privada, bajo una glorieta del jardín trasero, en el hogar de los Sinclair.

Sólo asistieron unos pocos parientes cercanos y dos de los amigos más queridos de Mary. Tampoco concurren varios colegas del Hospital Judío. El doctor Gottesman estaba invitado, pero dijo que no asistiría. Una vez anunciada la inminente boda, había llamado a David a su oficina, para preguntarle:

—Lilliendahl, la muchacha es hermosa, sin duda, y excelente profesional, pero gentil... ¿Qué clase de hijos van a tener?

—Sanos, espero —dijo David.

—¡Usted sabe lo que quiero decir! —replicó Gottesman, irritado—. Una cosa es aceptar aquí a gente de cualquier religión, como médicos o pacientes. ¡Pero casarse con ellos!

Y expresó su desaprobación en un gesto frustrado.

La ceremonia corrió por cuenta de un juez civil, amigo de los Sinclair. Amos había insistido en que oficiara el ministro de su Iglesia, pero Edith logró imponerse.

—No hagamos que empiecen con una amarga pelea.

A pesar de la tensión subyacente, que se revelaba en la segregación de los invitados, la reunión se desarrolló bastante bien. Los parientes y amigos de los

Sinclair se mantenían a un lado; los médicos jóvenes y los colegas del Hospital Judío, al otro. David y Mary, aunque dolorosamente conscientes de esos dos grupos distintos, iban de uno a otro aceptando brindis y buenos deseos de ambos.

Amos Sinclair sonreía sin cesar, cumpliendo con su deber, mientras su esposa vigilaba que no faltara comida ni vino.

Entre los invitados, la única conversación que no se refería a los novios trataba sobre la situación en el Sur. Algunos estados ya se habían declarado por la secesión, aun antes de que el presidente Lincoln asumiera el mando.

El día anterior había llegado noticia, por medio del telégrafo, de que el general Beauregard exigía la rendición del fuerte Sumter, en el puerto Charleston. Carolina del Sur reclamaba todas sus propiedades al gobierno federal. Y éste ¿cedería? Si no era así, ¿qué iba a hacer Beauregard?

Los jóvenes médicos estaban brindando con la nueva pareja (recitando un verso cómico inspirado por sucesos del hospital) cuando los interrumpió la llegada del secretario del juez.

Se acaba de saber que la milicia de Carolina del Sur se había atrevido a disparar contra el fuerte Sumter.

—¡Imposible! —dijo Amos Sinclair.

—No, señor; la información fue verificada telegráficamente, por el *New York Sun*. No se trata de ningún error —insistió el secretario del juez.

—Bueno, ya se verá qué pasa —decidió el dueño de casa, por no arruinar el ambiente festivo con sus temores.

Pero los invitados comenzaron a retirarse poco después.

Mary y David fueron a la casa nueva de la calle 21 en un carruaje abierto, acompañados por sus colegas, que corrían junto al coche, cantando, lanzando vítores y llamando la atención de los transeúntes sobre los amigos recién casados. Pero cuando llegaron a la casa observaron en silencio, conmovidos, a David, que levantaba en brazos a Mary para llevarla hasta la puerta de entrada, doce escalones más arriba. Allí se detuvo a besarla antes de cruzar con ella el umbral.

Era una modesta casa de dos pisos, lo bastante grande como para albergar a una familia pequeña. El mobiliaje, bastante simple, estaba constituido, en su mayor parte, por sobrantes de los Sinclair; el resto había sido comprado por medio de préstamos otorgados a David por colegas de más edad, quienes confiaban en el futuro de la joven pareja. Aunque la casa era fea y pequeña, comparada con la de los Sinclair, aun así era de ellos. Un mundo nuevo, sólo de los dos.

La llevó por la escalera hasta el dormitorio. Allí, con gran ternura, la desvistió para hacerle el amor.

Cuando se calmaron, aún en estrecho abrazo, Mary preguntó, con mucha suavidad:

—¿Qué estás pensando?

—Estaba pensando que tengo la mejor mala suerte del mundo. Si me hubieran

otorgado un nombramiento en Viena no habría venido a América, no te habría conocido, no me habría enamorado de ti ni tendría el enorme placer, el privilegio de ser tu marido y hacerte el amor.

—Estabas pensando en algo más que en eso —observó ella.

David se puso algo sombrío.

—Debo escribir a mis padres. Les he hablado de ti en mis cartas, pero...

—Pero nunca de los Sinclair.

—Quiero que lo descubran cuando te conozcan. Cuando te vean, las diferencias religiosas desaparecerán. Estoy seguro. Mi madre te amará porque yo te amo. Mi padre, porque eres como eres. Y porque eres como eres, quiero hacerte el amor otra vez, señora Lilliendahl.

Cuando David despertó no había aclarado. El único resplandor parecía provenir de la planta baja. Estaba solo. Salió de la cama y se puso la bata. Encontró a Mary ante el escritorio de la salita que habían decidido convertir en consultorio. Escribía a la luz del gas.

—¿Una carta? ¿En medio de la noche?

—Le estoy escribiendo a tu madre.

—¿Se lo vas a decir?

—No, le estoy dando las gracias. Por ti. Y quiero asegurarle que, desde ahora en adelante, te cuidaré muy bien. Y que espero conocerla pronto.

David, conmovido, le tomó la mano con que escribía para besársela.

—Es por esa consideración que te amo. Ojalá todos nuestros hijos hereden tus cualidades y no las mías.

Mary, riendo, lo besó.

—Ahora ven a acostarte. Aquí abajo hace frío.

—No tanto —protestó ella, deseosa de terminar su carta.

—Créeme —la tentó él—, en la cama estarás más abrigada.

Fue el primero en despertar. Algo había perturbado su sueño. Se puso de costado, levantando la cabeza para oír. Era una voz, en la calle. Se acercó a la ventana y apartó con cuidado las cortinas, tratando de que el sol no despertara a Mary.

Un muchachito corría por la calle, con una pila de periódicos bajo el brazo. David voló a la puerta de calle y lo llamó. El muchacho subió a la carrera los peldaños de entrada, aún gritando: «¡Extra, extra!», para despertar a los otros vecinos.

David llevó el periódico a la salita y lo desplegó, descubriendo un audaz titular en caracteres negros:

SUMTER CAE ANTE LOS REBELDES. LA NACIÓN AGUARDA LA RESPUESTA DE LINCOLN.

Al levantar la mirada vio a Mary de pie en la puerta, con una bata de terciopelo

azul oscuro que resaltaba su pelo rubio y su hermoso rostro. Le alargó el diario.

—Oh, no —dijo ella, suavemente.

Se acercó para besarlo y lo estrechó con fuerza.

—¿Esto será la guerra? —inquirió David.

—El Presidente no puede echarse atrás y el Sur no querrá hacerlo. ¿Qué otra cosa puede ser, sino la guerra?

Gottesman había convocado a una reunión a todo el personal médico. Ante él tenía un documento al cual hizo referencia en su discurso.

—Ayer, el Presidente pidió que se reclutara a setenta y cinco mil milicianos, distribuyendo esa cifra entre los distintos estados. El nuestro ya ha votado convocar a treinta mil hombres por un período de dos años.

Se produjo una conmoción ante el período mencionado, mucho más largo de lo que todos esperaban.

—Sí, dos años —continuó Gottesman—. No se espera que los estados rebeldes se rindan después de nuestra primera victoria.

—¿Cómo pueden pelear? —desafió un médico—. ¡Después de todo, no tienen ejércitos constituidos ni cerebros militares!

—Temo que eso ya no sea cierto —anunció Gottesman, mirando, una vez más, el papel que tenía en las manos—. Al parecer, varios oficiales del Sur, preparados en nuestra Academia Militar, han preferido unirse a los rebeldes. Para empezar, el general Lee.

—¿Lee? —comentó Abraham Jacobi—. Apenas la semana pasada, el *Tribune* dijo que Lincoln le había ofrecido el mando de nuestros ejércitos.

—Él prefirió otra cosa —respondió el administrador, con gravedad—. Ya ven ustedes: esta guerra puede durar dos años. Aquí tengo un pedido de voluntarios por parte del gobierno federal. No necesito decirles que nosotros, los judíos, no permitiremos que ningún otro grupo nos sobrepase en nuestra demostración de patriotismo. Por lo tanto, quiero instar a todos ustedes a que piensen seriamente en la posibilidad de ofrecerse como voluntarios, sobre todo los jóvenes, que están en condiciones de soportar los rigores del servicio militar. Gracias.

David y Mary intercambiaron una sobria mirada, antes de abandonar el cuarto con el resto del personal.

El reloj del abuelo, en la salita de la planta baja, había dado las dos. Mary, dormida, se volvió hacia David y se abrazó a él, que le tomó la mano para besársela. Eso la despertó.

—¿David? ¿Querido? —preguntó, sobresaltada.

—Sería mejor que volvieras con tus padres. A ellos no les va a molestar, sin duda.

—¿Cómo? —inquirió ella, totalmente desconcertada.

—¿Qué harás si me voy?

—¿Cómo voluntario?

Mary se incorporó, recostando la espalda contra la cabecera tallada de la cama.

—Estuve pensando en lo que dijo Gottesman y en lo que dijo tu padre.

—¿Hablaste de esto con mi padre?

—Recuerda: una vez dijo que los inmigrantes deberíamos ser los primeros en combatir para proteger a este país, que nos ha permitido vivir en una tierra libre. Creo que tiene razón.

—Comprendo —dijo Mary, tratando de adecuarse a su decisión.

—Pero tú ¿qué harás mientras yo no esté? Y tan pronto después de la boda. No es justo.

—Haré lo que haría normalmente. Salvo que tú no estarás aquí —respondió ella, tratando de dominar las lágrimas para no aumentar las preocupaciones de David—. Ocuparme del hospital, de nuestro consultorio... En realidad, serán tantos los médicos que vayan con el ejército que la gente dejará de tener prejuicios contra las mujeres. —Trató de bromear—. La necesidad tiene cara de hereje.

Pero no logró reír; se abrazó a él con fuerza. David la estrechó contra sí, susurrando.

—Mary, Mary, cómo te amo.

Hicieron el amor. Cuando quedaron agotados, ella dijo, suavemente:

—Hace muy poco que nos casamos, pero ya sé lo vacía que será esta cama sin ti, lo desierta que va a quedar esta casa...

1861 — 1865

Capítulo 26

El coronel Emory Raitt tenía cuarenta y dos o cuarenta y tres años, bigote espeso y patillas rizadas. Vestido con su uniforme azul de la Unión, con los toques de oro apropiados para su rango y una espada de acero con incrustaciones doradas, se irguió ante los médicos voluntarios allí reunidos.

—Caballeros: les proporcionaremos, por supuesto, el instrumental necesario, empero, si me permiten un consejo, lleven consigo sus propios instrumentos de cirugía. Los nuestros no están completos ni son de la mejor calidad.

Continuó exponiendo sobre las provisiones que el ejército consideraba su responsabilidad. Pero David Lilliendahl apenas prestó atención después de oír la palabra «cirugía». Esperó a que terminara el informe y se acercó al coronel para preguntar, afligido:

—Señor, ¿no hay sitio en el ejército para médicos clínicos?

—¡Todos los médicos son cirujanos!

—Sí, lo sé, pero algunos preferimos no hacer cirugía.

—Vea, doctor, cuando se está en el ejército no se tienen preferencias. Le aconsejo que traiga su propio equipo de cirugía. ¡Retírese!

—Si me permite, coronel, debo señalar que muchos soldados necesitan tratamiento por males que no son heridas de guerra. En Austria...

—¡Diablos! ¿Cómo se dice en alemán «retírese»? ¡A ver si consigo que salga de aquí!

—No había tenido en cuenta la cirugía —dijo David a Mary, con la vista fija en sus propias manos—. No voy a poder practicarla.

Ella lo abrazó.

—Harás lo que sea necesario. Estoy segura.

Pero interiormente se preguntaba: «¿Qué le van a hacer? ¿Despedazarlo por ser muy sensible? ¿Avergonzarlo por su miedo? ¡Dios, espero que no lo obliguen a eso!».

Sonó la campanilla de la puerta y David fue a abrir, en la esperanza de que fuera un cliente. Se encontró ante Amos Sinclair, que llevaba un pulcro envoltorio bajo el brazo.

—Me alegro de encontrarte en casa. Tengo algo para ti.

—Pase, señor Sinclair —dijo David, que aún no se sentía en libertad de llamarlo Amos ni papá.

El editor besó a su hija y, antes de dejar el paquete en la mesa, explicó:

—Hablé con el doctor Olmstead. Dijo que, cuando actuó con el ejército de frontera, descubrió que los equipos del ejército distaban mucho de ser adecuados; tuvo que comprar uno. Por eso se me ocurrió que tal vez te hiciera falta esto.

Desenvolvió el paquete y sacó una caja de caoba muy lustrada.

—Éstos son de Berlín: los mejores instrumentos de acero y plata que un cirujano puede pedir. Olmstead fue quien me los consiguió.

Levantó la tapa de la caja y descubrió un fieltro gris, atado con un cordel fuerte. Al desatar el cordel y desenrollar el fieltro, David se encontró con una reluciente colección de escalpelos, retractores, agujas, un tenáculo y un pequeño serrucho para cortar hueso.

—¿Y bien? —preguntó Sinclair, esperando el juicio de su yerno.

—Excelentes, señor —dijo David, sabiendo que eso era lo que correspondía decir.

—Olmstead dijo que los mejores instrumentales son los alemanes. Fue una suerte conseguirlo, porque era el último. Parece que todos los cirujanos enrolados están comprando equipos.

—Sí, es comprensible —dijo David—. Muchas gracias, señor. Le estoy muy agradecido.

—Ah, otra cosa. La madre de Mary te envía esto.

Sinclair entregó a David un paquetito envuelto en papel de seda, atado con una cinta. Al abrirlo, David descubrió una miniatura de Mary, fielmente dibujada; destacaba su pelo rubio, sus llamativos ojos azules, su rostro adorable, el hoyuelo de su barbilla y la sonrisa audaz.

—Mamá me hizo posar en secreto —dijo ella, al verlo.

—Lo voy a guardar para siempre.

Amos Sinclair dio un beso a su hija y se retiró.

En cuanto se cerró la puerta de calle, David se atrevió a levantar el reluciente instrumental. Después de mirarlo con fijeza, lo envolvió apresuradamente y lo dejó caer sobre la mesa.

—Debí habérselo dicho. O dárselos a algún médico que tenga valor para usarlos.

—David, no te atormentes —rogó Mary—. Todo se va a solucionar.

Erguido ante el espejo alto del ropero, contempló su imagen de uniforme azul marino y oro.

—El último que tuve era mucho más colorido. Una capa audaz, con forro carmesí. Plata, negro, verde... un torbellino de colores. Éste parece desteñido, en comparación. Pero yo ya no tengo diecisiete años. Tengo treinta; yo también debo de parecer algo desteñido —comentó, en tono ligero. Con mucha más seriedad, se volvió hacia Mary—. Bueno...

Esa simple palabra tenía muchos significados. En ese caso quería indicar el momento de despedirse, tras pocas semanas de matrimonio.

Mary lo estrechó con fuerza. David apretó su cara contra la de su esposa.

—No estaré muy lejos. En Virginia, Washington. Son sólo dos días de viaje. Si me necesitas, aquí me tendrás.

—Cuídate, querido. Vuelve a mí de una pieza, sano y salvo. Y salva la vida de esos pobres muchachos.

—Sí —replicó él, con tristeza—. Esta mañana pasé por la oficina de reclutamiento. Niños de quince y dieciséis años, ansiosos por ir a la guerra. Quisiera saber qué va a pasar cuando se enfrenten a la primera descarga de artillería. Recuerdo

que yo era muy valiente... Hasta que cayeron las primeras balas de cañón.

—Haz por ellos lo que puedas.

David la besó. Con el brazo de Mary alrededor de la cintura, el equipo quirúrgico en una mano y la bolsa de lona en la otra, echó a andar hacia la puerta de calle. Ya en la puerta, la besó con fervor y bajó los peldaños.

Mientras se alejaba por la calle la saludó con la mano. Se volvió dos veces para mirarla. Mary agitaba el brazo.

Capítulo 27

David Lilliendahl, junto con otros cuarenta y un médicos, algunos jóvenes, otros más jóvenes de lo que él había supuesto, escuchaba pacientemente al general Alton Grady, cirujano en jefe de los Ejércitos de Nueva York, quien explicaba los procedimientos para la atención de los heridos en batalla.

—Naturalmente, antes de la batalla ustedes prepararán los instrumentos y la medicación necesarios. Cloroformo, láudano, estriquina y demás. También deben tener emplastos de mostaza para los casos de envenenamiento de la sangre.

”Mientras la infantería esté combatiendo, ustedes mantengan sus puestos. Una vez que se acabe la batalla, algunos serán designados para atender a los heridos que se traigan. El resto, ante una orden, irá al campo de batalla para ayudar a los que estén demasiado graves como para ser trasladados. Traten cada uno de los casos según los vayan encontrando. Hagan lo mejor posible.

Al parecer, la conferencia había terminado. Pero David Lilliendahl levantó la mano.

—¿No hay más instrucciones ni preparativos?

—¿Esperaba algo más? —preguntó el general, indignado.

—¿Nadie en este ejército ha leído la obra del doctor Dominique Larrey?

—No lo conozco —expresó Grady, impaciente.

—Claro está, porque murió hace casi veinte años, en Francia. Pero yo he leído su tratado de medicina y cirugía militar.

—¿Adónde quiere llegar, capitán?

—Si me permite, señor, la obra del doctor Larrey tiene mucho que enseñarnos. Fue el primero en reconocer que la práctica de la medicina en el campo militar es un problema especializado. Inventó muchas técnicas que serían de gran valor a nuestro propio ejército.

—¿Por ejemplo? —preguntó Grady, obviamente hostil.

—Él estaba capacitado para inventarlas, señor, pues era cirujano en jefe de la Gran Armada de Napoleón.

—Sí, sí. ¿Y las técnicas?

—Para comenzar, señor, Larrey decía que no se debe esperar a que termine la batalla para atender a los heridos. Para eso creó lo que llamaba «ambulancias volantes»: cientos de carros que recogían a los heridos mientras aún se estaba combatiendo. Así, el auxilio médico llegaba a los heridos con prontitud, salvando muchas vidas. Sugiero que tal vez nos convendría aplicar ese plan.

El general Grady sonrió, diciendo:

—Doctor, permítame preguntarle algo: ¿Qué fue de Napoleón, su Gran Armada y su doctor Larrey, con tan maravillosas teorías? Fueron derrotados, ¿verdad?

Se elevó una carcajada entre los otros médicos. David sintió que enrojecía de furia y azoramiento.

—Antes de que termine la guerra, señor, descubrirá que no se puede hacer a un lado, con un chiste, la vida de miles de jóvenes.

Entonces fue el general quien enrojeció de furia.

—¡Doctor, preséntese inmediatamente en mi despacho!

En cuanto David cerró la puerta, Grady estalló:

—¡Lilliendahl, su actitud es deplorable!

—Lo siento, señor. Sólo quise sugerir algo que creí de utilidad para nuestro servicio en el ejército.

—Lo sé —admitió el general, incómodo, acariciándose el gran bigote negro—. ¿O cree que he pasado once años sirviendo al ejército sin descubrir lo que anda mal? Pero así es la escala jerárquica. No se puede burlarla y sobrevivir. De su cirujano Larrey no sé nada, ni tampoco de sus ambulancias volantes. Pero sí sé una cosa: somos una nación nacida tras una revolución armada por granjeros, comerciantes y aristócratas, ninguno de los cuales estaba preparado para luchar. Pero ganaron. Desde entonces, creemos que es posible salir airosos de cualquier guerra. Y así nos metemos en ellas sin la menor preparación. Invariablemente, el menos preparado es el cuerpo médico.

Alargó la mano hacia la otra punta del escritorio para tomar un cigarro de la caja. En realidad, se preguntaba si debía o no hacer nuevas revelaciones. Tras morder la punta del cigarro, dijo:

—He presentado sugerencias a Washington. ¡Denegadas, todas! He pedido un recuento de los suministros que necesitamos. Recibo sólo una información somera. No sé cuánto tenemos de cada cosa, dónde está, cuándo ni cómo será entregada. ¡Ésa es la situación!

Encendió el cigarro, aspiró el humo varias veces y, por fin, se inclinó sobre el escritorio para decir, con suavidad:

—Lilliendahl, no comente esto, pero nos espera un baño de sangre de dimensiones nunca vistas. Los médicos estamos mal preparados, pero ¿cree usted que los jóvenes reclutas lo están mejor? Cuando se amontonen los heridos, ¿qué podremos hacer por ellos? ¡Muy poca cosa, maldición! Lo único que me da alguna esperanza, en este asunto, es que el Sur está aun peor preparado. Será una guerra de improvisados. Y así, los inocentes sufrirán el dolor y la muerte como nunca se ha visto. Pero no diga nada que pueda desmoralizar a mi personal y empeorar la situación. Usted y yo haremos lo que debamos, con nuestra mejor voluntad. Lilliendahl, ¿puedo contar con su colaboración?

Se estrecharon la mano.

El general, como si acabara de ocurrírsele algo más, agregó:

—Puesto que usted es el único, entre nosotros, que ya ha vivido una batalla, me gustaría designarlo para que supervisara a los otros.

—Pero señor, nunca he practicado cirugía... —protestó David.

—Al menos la ha visto practicar. ¿Se da cuenta de que allá fuera tengo médicos

que nunca han presenciado, siquiera una operación; que han aprendido en los libros cuanto saben?

—Señor, le aseguro que no soy el más...

—Ya sé lo que está pensando. Es un extranjero, que todavía no tiene carta de ciudadanía. Los otros se resentirán si se lo asciende. Por ese motivo le pido que lo haga sin cambiar de rango. ¿Lo hará?

—Supervisar a los otros —se dijo David, en voz alta. Pensaba que eso, al menos, podría liberarlo de la obligación de operar personalmente—. Sí, señor.

El capitán David Lilliendahl inhaló el fragante aire de la noche, pensando: «Virginia no se diferencia mucho de los veranos que pasábamos en Semmering, en las montañas cercanas a Viena».

No había dormido mucho, a pesar de una larga jornada dedicada a examinar a más de cuatrocientos reclutas y voluntarios, algunos de los cuales aún no habían cumplido quince años. Descubrió las enfermedades más comunes entre los civiles: sarampión, diarrea, fiebre, viruela, sífilis.

Un ejército que aún no había enfrentado al enemigo se veía ya reducido a la mitad, debido a enfermedades que deberían haber sido detectadas en el más elemental de los exámenes médicos. Había enviado a varios cientos de hombres a los hospitales de las afueras de Washington, por cualquier medio que pudieran encontrar: ferrocarril, ambulancias tiradas por caballos, carros de granjeros y hasta a pie.

El día había sido agotador, pero no pudo dormir. Era por el silencio de la noche virginiana y por la expectativa de la batalla. Los exploradores habían vuelto con la noticia de que un ejército de Virginia dominaba uno de los cruces de caminos más importantes, en Manassas. La intención del general McDowell era apoderarse de él, privando así a las fuerzas confederadas de una vital línea de reaprovisionamiento. La batalla se libraría al amanecer, cuando McDowell diera la orden de atacar. Hasta ese momento, el silencio era opresivo.

Un ave graznó en la lejana oscuridad. Para David, fue como una luctuosa profecía de acontecimientos venideros.

Lo atormentaba la advertencia del general Grady: «Somos una nación que siempre libra guerras para las cuales no estamos preparados».

En ese momento, desde una colina a su derecha, un destello de luz encendió el cielo. Un instante después se oyó el tronar de un cañón. David se levantó de un brinco, a tiempo para ver que toda la ladera estallaba en un estruendo atronador: la artillería de McDowell lanzaba la primera salva de la batalla.

Los otros cirujanos despertaron. Juntos contemplaron la descarga que seguía sacudiendo la tierra, iluminando la oscuridad. A la primera señal del alba, cuando la luz fue suficiente como para permitir que las tropas encontraran el camino, McDowell ordenó a sus jóvenes soldados, tan poco fogueados, que cargaran colina

abajo, cruzando el valle, hacia un arroyo llamado Bull Run. Avanzaron sin oposición, mientras el enemigo resistía el fuego. Pero cuando la línea azul, en su ataque, llegó al arroyo, la artillería confederada lanzó un fiero y efectivo contraataque.

Los soldados de la Unión retrocedieron y se reagruparon. Bajo las órdenes de sus oficiales, montaron el segundo ataque. Esa vez avanzaron un poco más que antes. Pero entonces los uniformes grises de los confederados bajaron en tropel desde sus posiciones, para trenzarse con ellos en un combate cuerpo a cuerpo.

Desde una colina, protegidos del fuego enemigo, los oficiales médicos aguardaban, contemplando todo, listos para atender a los que les fueran llevados aún con vida.

La batalla duró más de seis horas, antes de que las fuerzas de la Unión se retiraran. Entonces comenzaron a llegar los primeros heridos. Algunos, a pie, rengueando, sangrando profusamente. Otros, llevados por sus camaradas. Varios llegaron en carros de suministros que habían sido requisados, pues las ambulancias no bastaban. Otros, en carros de granja, acolchados sólo con heno fresco, tan empapados en sangre que dejaban un rastro carmesí a lo largo de la ruta.

Los cirujanos estaban listos: cada uno ante su mesa de madera, con los instrumentos pulcramente ordenados. Dos de ellos tenían textos con instrucciones junto al reluciente equipo, sin estrenar. Los primeros heridos fueron colocados en las mesas por quienes los llevaban.

—¡Doctor, haga algo! —era el grito desesperado que más se oía.

Los cirujanos iniciaron la labor. Un apresurado examen para determinar la naturaleza de la herida. De inmediato, la acción en algunos casos implacable, en algunos casos brutal, pero siempre con la seguridad de quienes querían salvar una vida, o al menos prolongarla.

David Lilliendahl iba de mesa en mesa, supervisando la labor de los cirujanos, cada vez más horrorizado por lo que veía: las amputaciones indiscriminadas, el derroche de sangre, la carne viva mutilada, los miembros arrojados a un lado como si fueran basura; todo eso lo obligó a apartarse detrás de las carpas médicas para vomitar. Sentía como si le arrancaran el estómago, con tanta inexorabilidad como en algunas operaciones que acababa de presenciar. Pero también sabía que no era, ni remotamente, el momento de prestar atención a sus propios sufrimientos. Se limpió el vómito del uniforme y volvió a su deber.

Al llegar a la última mesa encontró a un joven cirujano ante un soldado que sufría de una hemorragia en el pecho. En vez de aplicar un torniquete para detener la sangre, el desesperado médico estaba hojeando frenéticamente su manual, en busca de alguna instrucción que le permitiera tratar el caso.

—¡Por Dios, hombre! ¿Nunca ha visto cómo se atiende una herida en el pecho?
—preguntó David.

El desconcertado joven sacudió la cabeza.

—No, no...

Junto a la mesa, un muchachito que no aparentaba más de quince años, pálido de terror, sostenía la mano del herido, gritando:

—¡Hagan algo! ¡Es mi hermano!

David vaciló por un momento. De inmediato, la desesperación del jovencito pudo más que sus propios temores e inhibiciones. Ante la súplica del muchachito, el odiado nombre de Josefo, que lo persiguiera por años enteros, ya no pudo paralizarlo. Apartó al cirujano de un empujón, le arrancó el delantal para atárselo ante el pecho e inició el trabajo.

Todos los recuerdos de las operaciones presenciadas durante 1848, y más adelante, en el Allgemeines Krankenhaus y en el Hospital Judío, todas las fantasías que llevara consigo, imaginando el momento en que, por fin, pudiera practicar la cirugía, todo eso acudió en su auxilio. Al mirar al jovencito que aferraba la mano del moribundo, David pensó: «Está tan aterrorizado como lo estaba yo cuando Fischof me pidió que le amputara la pierna. Conozco demasiado bien esa sensación».

—No te preocupes, hijo. Haremos lo posible por tu hermano.

Decidido y furioso, puso manos a la obra. Abrió hasta descubrir la fuente de la hemorragia y ligó la vena cortada. Después de lavar la sangre con un balde de agua fría, efectuó una valoración completa de la herida. Antes de cortar la vena, la bala había atravesado el brazo. A juzgar por los daños causados, se trataba de uno de esos endemoniados proyectiles nuevos, de forma cónica y no redondeada; tenían una capacidad destructiva que excedía en mucho la convencional, pues destrozaba el hueso, reduciéndolo a pequeñas partículas.

Para evitar la gangrena era necesario amputar el brazo. David echó una mirada al hermano menor.

—Tengo que hacerlo —fue cuanto dijo. Empapó un trapo en cloroformo y se lo entregó—: ¡Sostenle esto contra la nariz!

Mientras tanto, arrancó el uniforme ensangrentado y procedió a amputar rápidamente el brazo, atando las arterias para evitar nuevas pérdidas de sangre.

Por fin había terminado. El herido estaba inconsciente y no experimentaba dolor, tanto por el cloroformo como por la pérdida de sangre. Pero el hermano menor estaba bañado en lágrimas. David se encontró sosteniendo lo que minutos antes había sido el vital brazo derecho de un joven de dieciocho años que, si sobrevivía, debería llevar la existencia de un inválido. El brazo le pesaba mucho en las manos, reflejando sus remordimientos. En ese momento, una voz gritó:

—¡Doctor, aquí hay más!

No había tiempo para reproches contra sí mismo.

Dos soldados, con los uniformes empapados en sangre, retiraron a aquel paciente para reemplazarlo por otro. David lo observó. Herida de estómago; los intestinos asomaban por ella. Pidió su instrumental e inició el trabajo.

Después de eso no pudo recordar mucho hasta el momento en que lo interrumpió la orden:

—¡Nos aplastan! ¡Tenemos que evacuar!

Se apartó de la mesa, tratando vagamente de limpiarse la sangre del delantal, sin notar que la mayor parte se había coagulado en las últimas horas. Mientras empezaba a recoger sus instrumentos para retirarse, dos jóvenes soldados pusieron sobre la mesa a un joven que sangraba mucho por una herida de la cabeza.

—Doctor, tiene que ayudarlo. ¡Lo trajimos desde el arroyo!

—Tenemos órdenes de retirarnos —dijo David.

—¡Al diablo con las órdenes! —gritó uno de ellos— nos hemos pasado el día atacando y retirándonos, y para lo único que ha servido es para dejar a cientos y miles de hombres allá abajo, gritando, muriéndose. ¡Haga algo!

Ante el miedo, la desesperación y el coraje de ese muchacho, David supo lo que debía hacer. Lavó la sangre de la cabeza herida y se encontró ante un cráneo abierto; la herida era tan profunda que se veían latir los vasos sanguíneos en el cerebro. En esas condiciones era imposible moverlo. Aunque un frenético coronel pasó a toda velocidad, ordenando a todos los cirujanos interrumpir el trabajo, a fin de evacuar, él se mantuvo firme.

Parte del cráneo estaba aplastado. No se podía hacer nada sin levantar el sector deprimido. Buscó entre sus instrumentos un tenáculo para levantar el hueso hundido y no lo encontró.

—¿Alguien tiene un tenáculo? —gritó.

No hubo respuesta. Todos habían recogido sus cosas y se estaban retirando. David se sintió atado de pies y manos, hasta ver que uno de sus dos custodios aún tenía la bayoneta en el cinturón.

—¡Dame eso y trae fuego de las carpas evacuadas! —ordenó.

En cuanto tuvo las brasas ante sí, introdujo la bayoneta en ellas hasta que estuvo demasiado caliente como para sostenerla. Ayudándose con fórceps, dio a la punta la forma de un gancho y arrojó el tosco instrumento en un balde de agua fría. Luego insertó el gancho en la herida y levantó el hueso hundido. La herida estaba limpia y el cerebro, relativamente, sano.

Buscó algo rígido y resistente para proteger aquel órgano vital durante el difícil viaje hasta lugar seguro, pero no había nada a mano. Por fin arrancó la tapa de su caja de instrumentos, pidió un sable prestado y cortó un trozo de caoba del tamaño necesario para cubrir la herida. Después de envolverlo con un paño limpio, lo fijó al cráneo y aplicó un firme vendaje.

—¡Que nadie le saque eso hasta que esté en un hospital! —ordenó a los compañeros del herido.

Apareció esta vez un áspero sargento.

—¡Doctor, tiene que salir de aquí, por las buenas o por las malas!

David hizo una seña a los dos jóvenes soldados, que levantaron al herido y lo cargaron en un carro. Él siguió caminando, con los instrumentos envueltos en su fieltro gris, ya rígido de sangre seca. Caminó junto a los soldados, algunos heridos,

algunos ilesos, todos aterrorizados por aquella primera batalla, que acababa en el desastre. Recordó su propio miedo, a los diecisiete años, al enfrentar la sangre y el horror de la guerra por primera vez.

Al llegar a un bosquecillo, al costado de la ruta, oyó un grito:

—¡Cirujanos! ¡Aquí necesitamos cirujanos!

Automáticamente se desvió hacia el bosquecillo. Al avanzar entre los árboles descubrió que allí se habían instalado mesas para cirugía, al aire libre, iluminadas por lámparas colgadas de las ramas o de los fusiles. Aquí y allá, soldados asustados ayudaban a los médicos sosteniendo velas encendidas. En el centro del bosque, en un claro, otros operaban a la luz de la luna. El olor del cloroformo se imponía al perfume de los pinos.

Una voz alta y furiosa ordenó:

—¡Necesitamos ayuda aquí! ¡Cirujanos!

David avanzó hacia la voz. Se encontró con un carro que tenía la portilla trasera abierta, colgando de cadenas. Allí yacía un soldado de uniforme azul, sangrando de un muslo. David no esperó la orden.

—¡Cloroformo! —gritó al soldado que ayudaba.

Abrió su equipo, limpió el escalpelo contra la manga e inició la octogésimo cuarta amputación del día.

El paciente fue retirado de allí y reemplazado por otro. La llegada de heridos era interminable. Pronto David sintió que el suelo se tornaba resbaloso bajo sus pies, por la sangre que lo empapaba. Pero siguió trabajando: cloroformo, bisturí, serrucho, ligaduras, sutura cuando era posible, vendaje. Y otro paciente.

No había caras ni individuos, sólo miembros, cuerpos y partes de cuerpos. Mientras tanto, lo torturaba el doloroso, descorazonador pensamiento de que sería un milagro médico si sobrevivía uno de cada tres operados. Y aun así, por el bien de aquellos pocos salvados, debía seguir.

Cuando la primera luz del alba apareció en el este y David recibió órdenes de descansar, todos sus miedos, sus culpas, todo vestigio de la palabra Josefo habían desaparecido. Había hecho falta un océano de sangre, una montaña de miembros amputados y más decisión de la que él hubiera creído poseer. Pero acababa de superar la prueba.

Ni siquiera Fischof, su conciencia acusadora de tantos años, hubiera podido negar que, durante todo ese día y esa noche, David Lilliendahl se había revelado como un cirujano muy hábil, de recursos ingeniosos y dedicación, capaz de atender con valor a cientos de pacientes.

La mayor parte de los operados estaban condenados a morir. Pero se sentiría redimido y justificado si, entre esos cientos, hubiera rescatado a cincuenta, a veinte, a un puñado de ellos, siquiera.

Capítulo 28

Amanecía. Los ruidos de la batalla habían cesado hacía tiempo. David, demasiado exhausto como para dormir, se recostó contra el tronco de un árbol. Una maraña de pensamientos se agolpaba en su mente. Recordó, vagamente, que alguien había rechazado la posibilidad de que la guerra durara un año. Los ejércitos del Sur se diseminaban ante el primer ataque de la Unión. Sin embargo, esa primera batalla había sido una desquiciante derrota para las fuerzas del Norte. Las pérdidas eran incontables. Además de los que David había visto y tratado, habría otros miles tendidos en el campo de batalla, allí donde cayeran, abandonados por jóvenes camaradas demasiado espantados como para rescatarlos.

Aguzó el oído. En el silencio creyó percibir vagos ruidos, como si la cortina de quietud que lo rodeaba ocultara otro mundo. Y en ese mundo había otros hombres que necesitaban ayuda.

Si las voces percibidas existían en realidad o si eran sólo producto de su imaginación, no lo sabría jamás. Pero se sintió obligado a levantarse, para desandar sus pasos por la ruta que habían transitado en tan desorganizada retirada.

Cuanto más lejos llegaba, más seguro estaba de oír voces. Voces suplicantes, doloridas, que pedían ayuda, que sólo imploraban el fin del tormento, aunque eso significara la muerte.

Echó a correr hasta encontrarse con una llanura. En aquella aurora gris, y neblinosa, distinguió algunos grupos de hombres diseminados aquí y allá, como si una pródiga mano sobrehumana los hubiera esparcido al azar. Las voces torturadas se convirtieron en un estruendo. Corrió hacia ellos hasta que, súbitamente, se enfrentó a dos hombres de uniforme gris, que le apuntaron con las bayonetas. Uno gritó:

—¡Alto, yanqui!

Se detuvo bruscamente.

—Soy cirujano. Me necesitan.

—Sabe Dios que hay muchos de los suyos ahí —dijo el confederado, dando paso a David.

Él se lanzó hacia el campo de batalla, corriendo hacia el hombre más próximo. Lo puso boca arriba; bastó una mirada, a pesar de la escasa luz, para comprobar que para él no había ayuda posible. Cubrió la cara del muerto con su gorra azul y siguió caminando: otro muerto. Y otro. Al arrodillarse ante el cuarto descubrió que aún estaba con vida. Mientras lo atendía reparó en la presencia de un hombre que vestía el uniforme gris, con bandas doradas a lo largo de los pantalones y manchas de sangre en los zapatos. David se levantó de un salto, listo para defenderse.

—Soy médico. Estoy atendiendo a los heridos —protestó.

El oficial confederado replicó, con voz suave.

—Lo mismo digo, capitán. Sólo me acerqué para decirle que, si le faltan provisiones o necesita alguna ayuda, puede llamarme.

—Sí —respondió David Lilliendahl, sorprendido—. Disculpe. Uno no espera encontrar...

Le fallaron las palabras; descubrió entonces que el idioma aprendido lo abandonaba, tal vez por las repetidas violaciones sufridas por su emotividad durante esa jornada de sangre, carne, huesos deshechos y vidas perdidas.

—¿Alemán? —preguntó el oficial.

—Austriaco.

—En mis viajes a Nueva York he conocido a varios médicos alemanes. Hombres excelentes. Ahora debemos ayudarlo a solucionar sus problemas. Voy a enviarle a dos oficiales de suministro con drogas, *whisky* y vendas para que pueda trabajar. —Recorrió con la mirada las siluetas oscuras que sembraban el campo de batalla—. Pero no creo que haya muchos aquí que necesiten todavía la atención de un cirujano.

—Gracias, muchas gracias, coronel —dijo David—. Es usted muy amable y comprensivo.

—No tanto —dijo el confederado, tristemente—. Un soldado herido o postrado ya no es nuestro enemigo. Lo son los jóvenes que vendrán después de éstos, como nosotros de ellos.

En compañía de dos oficiales de suministro confederados, David Lilliendahl vagaba por el campo de batalla, buscando a heridos en condiciones de recibir ayuda. Puso en su sitio miembros fracturados, amputó aquellos que no se podían salvar. Efectuó las últimas cuatro operaciones bajo una lluvia ligera. Por fin se dejó caer en el barro y apoyó la cabeza en las manos. Estaba por quedarse dormido junto a su último paciente cuando apareció el cirujano confederado.

—Doctor, ¿cuánto hace que no come nada?

—Comer... —repitió David, vagamente—. No sé.

El médico dio órdenes de que se llevara a los heridos sobrevivientes hasta los terrenos de la Unión. Luego dijo a David:

—Acompáñeme.

La llovizna castigaba la carpa del oficial, que calentaba café en una pequeña cocina de carbón. Señaló un fuentón puesto sobre una caja de madera, que servía de lavamanos.

—Ponga un poco de agua y lávese, doctor.

David se miró las manos, negras de sangre seca, rojas con la sangre de las últimas operaciones. Obedeció, entumecido, y se frotó las manos, tratando de quitar todas las manchas. Por fin abandonó el intento, seguro de que jamás lograría limpiarlas del todo. El confederado le alcanzó un jarrito lleno de café caliente y fuerte.

—Primero beba eso. Después desayunaremos algo.

David trató de beber el café de inmediato y se quemó los labios. Al tragar con más lentitud, el líquido caliente lo reconfortó. Por primera vez desde que, dominando sus propios miedos, tomó el bisturí de aquel joven cirujano apabullado, sintió que las tensiones cedían poco a poco. Tenía el uniforme cubierto de sangre seca; el cuero de

sus botas no asomaba entre el barro y la sangre que los cubría.

—*Gott in Himmel* —se lamentó, suavemente—. ¿Y éste soy yo?

—Así estamos todos —dijo el cirujano del Sur, llenando las tazas de coñac—. Y así será desde ahora en adelante.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por demasiado.

—¿Seguirán combatiendo?

—Después de esta victoria no habrá modo de convencer a los confederados de que no pueden ganar esta guerra.

—¿Y ganarán ustedes? —preguntó David.

—Si los generales del Norte repiten los errores de esta batalla, ganaremos. De lo contrario, lo dudo. —Levantó su taza para brindar—: Por todos los jóvenes valientes y tontos que acudieron tan dispuestos a la batalla. Por los que morirán y por los que desearán haber muerto. Por los que, tras sobrevivir, tendrán que vivir con los desechos humanos que esta guerra dejará detrás.

David aspiró el aroma reconfortante del coñac y tomó un sorbo.

—¿Su nombre?

—David Lilliendahl.

De pronto, el confederado lo sorprendió con una pregunta, formulada con su suave acento sureño.

—*Bist a yid?*

David lo miró fijamente.

—Sí. ¿Y usted?

—También. Me llamo Simon Baruch.

—¡Por Dios! —exclamó David—. ¿Qué hacemos dos judíos combatiendo mutuamente por odios ajenos?

—Esos odios ajenos son los del pueblo con quien hemos escogido vivir —respondió Baruch, simplemente.

Durante el desayuno intercambiaron informaciones. El abuelo de Baruch había llegado desde Alemania, cincuenta años atrás, buscando, como tantos otros, libertad y la oportunidad de brindar una buena vida a sus hijos. Baruch había estudiado en la universidad de Virginia, para perfeccionarse después en Inglaterra. Estaba casado. Sacó de su bolsillo un pequeño estuche de oro, una de cuyas mitades mostraba la miniatura de una adorable joven morena. La otra mitad estaba vacía.

—Mi esposa —explicó. Y agregó, sonriente—: El otro marco es para nuestro hijo.

—¿Tienen un niño?

—Todavía no, pero ya vendrá.

—Yo soy recién casado —le dijo David—. Antes de que pudiéramos planear nada me enrolé en el ejército y aquí estoy. —Y confesó—: Aunque no lo crea, hasta hoy no había operado.

—Cuando pase algún tiempo creerá que no hay en el mundo sino cuerpos deshechos con brazos y piernas que amputar. Para lo que sirve... De cualquier modo, mueren.

—¿Ustedes tienen cirujanos tan malos como los nuestros?

—Peores, tal vez. Tuve que expulsar a uno de nuestra unidad. Era un carnicero. Cuando lo enfrenté admitió que no estaba tratando de salvar vidas, sino de adquirir experiencia. Le di un golpe y lo eché. —Después de renovar su indignación, Baruch se calmó—. Los estudios médicos son tan malos en el Norte como aquí. A usted también le tocarán unos cuantos de éstos, sin duda.

Cuando terminaron de desayunar aún seguía lloviendo. David se puso de pie, preguntando:

—¿Y ahora? ¿Soy prisionero suyo? Nunca he participado en una guerra de este tipo.

—Le daré una nota para que se le permita atravesar nuestras líneas y volver con los suyos. —Baruch le tendió la mano—. Lilliendahl, espero que volvamos a encontrarnos. Tal vez en Nueva York, bajo diferentes circunstancias.

—También yo lo espero —replicó David.

Con el salvoconducto en el bolsillo y las solapas levantadas para protegerse de la lluvia, el capitán David Lilliendahl caminó por el cenagoso campo de batalla, pasando junto a grupos de soldados, grises o azules, que buscaban a sus propios muertos para cargarlos en carros.

Alcanzó a su unidad más allá del bosquecillo que sirvió como sala de operaciones la noche anterior. El general Grady, muy escaso de ambulancias, había dado órdenes de requisar cuanto vehículo se encontrara en la zona. En los carros cargados de muertos y heridos, sin discriminar, los conductores utilizaban todas las tretas posibles para impulsar a los animales de tiro, en un esfuerzo por despejar la ruta atestada. David se abrió paso entre ese torbellino de hombres, vehículos, animales, ruidos y gritos de dolor, preguntándose: «¿Dónde están las ambulancias?».

Se reunió con su propio regimiento en la pequeña ciudad, más allá del bosquecillo. Las calles estaban atestadas. Los heridos que podían caminar se prestaban mutuo apoyo, dejando rastros de sangre, pero se veían obligados a apartarse cada vez que pasaba un carro.

Más adelante había una pequeña iglesia cuya graciosa cúpula lucía la bandera de la Unión. La cola de uniformes azules ensangrentados que esperaba ante las puertas le dijo todo lo que necesitaba saber. Corrió hacia allí.

Los bancos de la capilla estaban ocupados por los heridos, tendidos en frazadas. En un extremo del pasillo, Grady, en mangas de camisa, operaba a un hombre ante el altar. David tuvo que pasar por entre los que esperaban, tendidos en el suelo, el turno de ser atendidos. Avanzó hacia el altar.

—General, ¿puedo reemplazarlo?

—No, pero póngase a mi lado y trabaje. Son más de los que puedo atender.

Se reanudó el frenesí de sangrienta cirugía. Cada vez que se presentaba un caso donde la amputación no era necesaria, David suspiraba.

—Gracias a Dios.

De vez en cuando miraba al crucifijo. Todos sus instintos le impulsaban a clamar: «¡Haz algo! Si eres lo que esta gente cree, impide esta carnicería». Pero no había tiempo para pensar. Sólo había tiempo para hacer lo mejor que uno pudiera, dentro de los limitados conocimientos y las escasas provisiones que se poseían.

Cuando se acabó el cloroformo, acudió al coñac. Acabado el coñac, al *whisky*. Cuando el *whisky* se terminó, recurrió a ayudantes lo bastante fuertes como para sujetar a un herido, hasta que el dolor lo dejara inconsciente.

Fue sólo cuando el general Grady le ordenó ceder el puesto a un cirujano descansado que David abandonó el altar y echó a andar por el pasillo, en busca de un poco de aire fresco, que no oliera a sangre ni a putrefacción. Se dejó caer en el primer peldaño de la iglesia y respiró profundamente. Sólo entonces notó que estaba anocheciendo y había entrado allí por la mañana.

Otro cirujano, a quien no reconoció, fumaba un cigarro negro. Le ofreció uno, pero David lo rechazó cortésmente.

—Tome uno. No disponemos de muchas cosas con las que relajarnos.

Iba a aceptarlo cuando vio que una ambulancia se acercaba a ellos.

—Otro grupo —dijo, apartando el cigarro, dispuesto a atender a un nuevo grupo de heridos.

Pero el conductor de la ambulancia azotaba frenéticamente a los caballos. David levantó la mano, gritando:

—¡Aquí! ¡Espacio! ¡Éste es el hospital!

Sin embargo, el carrero usó el látigo con más potencia. David, creyendo que no lo había oído, salió rápidamente a la calle embarrada para hacerle señas. Apenas logró apartarse antes de que la ambulancia lo arrollara. Al pasar el vehículo, echó un vistazo a la parte trasera. Iba cargado de jóvenes de uniforme azul. Pero ninguno estaba herido.

Aturdido, volvió a los peldaños de la iglesia. El otro cirujano comentó:

—Ya sabe por qué faltan ambulancias.

—Las usan para escapar de esta maldita guerra. Y sólo se ha librado una batalla.

—¿Se los puede criticar? —comentó el cansado médico—. Esta tarde recibimos un informe del 11° Regimiento de Nueva York. Entraron en combate mil hombres; volvieron trescientos. Dios, si yo tuviera diecisiete años no querría morir así. —Y señaló la iglesia con la cabeza—. O vivir como tendrán que vivir estos muchachos.

Cansado como estaba, entró en la iglesia para reanudar su tarea. Y David lo siguió.

Según los días se iban sucediendo, David descubrió que su único vínculo con la cordura y con el mundo, fuera de esa guerra sanguinaria e insensata, era la miniatura de su amada Mary. Lo primero que hacía al amanecer y lo último por la noche era

mirarla fijamente, preguntándose qué estaría haciendo. Si estaba bien. Si no trabajaba demasiado, ya que tantos médicos hombres se habían enrolado.

Trataba de escribir cada pocos días, pero a veces no disponía siquiera de esos pocos minutos. Con frecuencia se quedaba dormido con la pluma en la mano y tenía que despertar antes del alba para terminar, siempre con un esfuerzo consciente para no dejarle entrever el horror de esa guerra.

Muchas noches empezaba a escribir cartas para Viena, pero siempre se interrumpía tras el encabezamiento, para preguntarse: «¿Qué puedo decirles? ¿Esta asquerosa verdad? ¿Pará qué?».

Al final componía pequeñas mentiras benignas, para asegurarles que estaba sano y salvo, haciendo lo posible por defender a ese país, que le había dado refugio y la oportunidad de practicar su profesión sin sufrir los prejuicios que lo obligaron a abandonar Viena.

Capítulo 29

El capitán David Lilliendahl anunció:

—Éste ya está. Llévenselo.

Dos ayudantes se precipitaron a obedecer la orden; en los últimos tiempos, el capitán Lilliendahl se había ganado la reputación de rudo e iracundo. Ya fuera debido a la temporada de fuertes fríos que parecía afectarle las manos o a la sucesión de amputaciones que debía efectuar por congelamiento, por entonces merecía el apodo de «el Judío Loco». Cualquiera fuese el motivo, quienes trabajaban con el capitán Lilliendahl sabían que no podían perder un minuto entre el acto de retirar a un hombre y el de reemplazarlo por otro.

Sin embargo, los hombres le eran leales. Los heridos, que esquivaban a los otros cirujanos, salían de sus escondrijos cuando se sabía que el Judío estaba operando. Aunque la cirugía solía ser muy riesgosa, ellos sabían que ese médico la practicaba prestando atención a los efectos posteriores.

Cuando David completaba su trigésimo séptimo caso quirúrgico de la mañana, el coronel Aymes se acercó a verle terminar la amputación de una pierna por sobre la rodilla.

—Radical —observó el coronel—, pero hecha magistralmente.

David se volvió hacia él, furioso.

—¡Estoy harto de hacer estas cosas magistralmente, así que ahórrese esos cumplidos de porquería!

Todos los soldados que pudieron oír esas palabras se detuvieron en seco para mirar al coronel, preguntándose qué haría ante semejante falta de respeto al orden jerárquico.

—¡Capitán, preséntese inmediatamente en mi carpa!

El coronel Aymes se volvió ásperamente y se alejó a grandes pasos.

El coronel estaba hirviendo agua en su calentador, que también proporcionaba la única fuente de calor de la carpa. David entró, ya sin su delantal ensangrentado, con el uniforme en un estado más o menos presentable.

—¿Café, Lilliendahl?

—Gracias, señor —respondió David, en posición de firme.

Aymes le pasó un jarrito humeante y sirvió otro para sí.

—¿Una medida de *whisky* en el café?

—No me vendría mal, señor —dijo David, siempre firme.

—¡Descanse, hombre! Y siéntese.

El coronel agregó una generosa porción de *whisky* al jarrito humeante de David. El joven se sentó en una crujiente silla de campaña, pero el superior permaneció de pie.

—Lilliendahl, no tome lo que voy a decir como una crítica de su trabajo. Usted es un excelente cirujano, el mejor que he visto aquí.

David sonrió irónicamente, pensando: «Fischhof, dondequiera estés, espero que estés escuchando».

—¿Algún problema, capitán?

—Digamos que nunca fue mi ambición convertirme en cirujano, excelente o no.

—Lo que me preocupa es su actitud —continuó el coronel—. Porque estamos en un punto crucial de esta guerra. Una segunda derrota en Bull Run; después, la victoria de Lee en Antietam. Y Jackson que se apoderó de Harper's Ferry. ¿Sabe cuáles fueron allí nuestras pérdidas?

—Dicen que muy numerosas.

—¿Numerosas? De trece mil jinetes de la Unión, sólo mil trescientos escaparon a la muerte o a la captura. Y debo advertirle que aún no hemos visto lo peor. Se está por producir una nueva ofensiva cerca de Fredericksburg. ¿Por qué? Porque tenemos a un nuevo general al mando del ejército del Potomac. Todos los generales recientes deben distinguirse para que el viejo Abe no los reemplace. Y bien, ¿cómo se distingue un general? Con una nueva ofensiva. Lanzando al ataque más soldados, amontonando más heridos, más muertos. ¿Quiere saber cuántos perdimos ya en Fredericksburg? Nueve mil hombres. Y la batalla está lejos de estar decidida.

El coronel hizo una pausa para llenar nuevamente su tazón con *whisky*, al que no agregó café.

—Unas cuantas derrotas más, unas cuantas «victorias» demasiado costosas y la marea se volverá irrevocablemente contra nosotros.

”A esta altura sólo podemos confiar en la superioridad numérica, en los suministros y en la *disciplina*. Debemos hacer todo lo posible por conservar esa disciplina. Por eso tendré que idear algún castigo para usted, a fin de impresionar a los hombres que presenciaron su insubordinación. Espero que comprenda. El castigo será una mera formalidad, pero estoy muy preocupado por su salud mental. ¿Qué le pasa?

David levantó la mirada al coronel, muy alto a su lado.

Bebió todo el café, se puso de pie y miró a Aymes a los ojos.

—Es por la enfermedad y la muerte. La cirugía y la muerte. ¿De qué sirve la habilidad que usted admira tanto, si el resultado final es, casi siempre, la muerte?

—Así es la guerra, Lilliendahl. No es culpa suya.

—¿Qué diablos, señor! No puedo decirles a esos muchachos: «Disculpa, pero no es culpa mía». —estalló David—. ¡Son sólo muchachitos! ¿Cuántos me han traído en estas últimas semanas, congelados hasta la muerte mientras hacían la guardia? Con las armas cargadas aún sujetas en las manos heladas. ¿Cuántos más tendrán que sufrir amputaciones por congelamiento?

—Para los rebeldes es todavía peor —dijo el coronel—. La semana pasada, nuestros exploradores siguieron un rastro de sangre por los campos helados, mientras perseguían al ejército del general Longstreet hacia el sur.

—Es muy poco consuelo, coronel, saber que algunos están peor. Sólo sé que mis

pacientes sufren. Nos quedamos sin cloroformo y tengo que atontarlos con alcohol. Pero ahora también escasea el alcohol, así que debemos recurrir a la fuerza física: sujetarlos mientras les corto la juventud. No podría expresarle lo aliviado que me siento cuando uno se desmaya por el dolor y puedo operar sin forcejeos.

El coronel palmeó solidariamente el hombro de David.

—Ya sé, ya sé —fue cuanto pudo decir.

—Necesitamos suministros, señor. Más cloroformo. Éter, si no hay cloroformo. *Whisky*, si no hay éter.

—Los suministros están pedidos. Los envían, pero por algún motivo parecen no llegar jamás —dijo el coronel.

—Y cuando llegan, no duran lo suficiente —agregó David, amargado.

Aymes lo miró fijamente, pidiendo una explicación.

—Camine entre los hombres encargados de los suministros. Huélales el aliento. Aquí se lleva a cabo un ventajoso comercio de *whisky* y drogas. De lo que roban, usan una parte para sí, el resto lo venden. El artículo más precioso es el *whisky*, con el cual uno puede emborracharse y olvidar esta maldita guerra.

—¿Y qué haría usted para solucionar eso, Lilliendahl?

—¡Buscarlos! ¡Darles un escarmiento que sirva de ejemplo! ¡Para que ningún otro hombre de esta zona se atreva a robar suministros otra vez! —declaró David.

El coronel asintió, pensativo.

—¿Y qué me dice de usted mismo, capitán?

—Lo siento, señor. Desde ahora en adelante no volveré a perder el control. En cuanto al castigo, acepto el que me imponga.

—Ya lo voy a pensar. Ahora vuelva a su trabajo, Lilliendahl.

—Gracias, señor.

Hizo la venia más enérgica que pudo y salió de la carpa a la helada mañana de invierno. Desde la izquierda, grandes nubes grises prometían nuevas nevadas. Avanzó a grandes pasos por la tierra helada, en dirección a las carpas que componían la unidad médica. La cola de heridos parecía más larga que antes.

Mientras caminaba, levantó la mirada al cielo gris, rezando: «Que nieve, que algo cubra este insulto a Dios y a la humanidad». Antes de llegar a la carpa donde operaba ya había sonado el grito:

—¡Capitán! ¡Capitán, aquí, pronto!

Cubrió a la carrera los últimos cincuenta metros. Un auxiliar le tendió un delantal limpio. Se lo puso, lo ató a su espalda y recogió el bisturí.

Dos auxiliares pusieron a un joven herido en la mesa de madera. David, de pie junto a él, se preparó para cortar la pernera desgarrada y sucia para examinar la herida. Aun antes de tocar el pantalón había efectuado su horrible diagnóstico: gangrena gaseosa.

La primera mirada confirmó lo que el olfato le había dicho.

—¿Cuánto hace que te hirieron?

—Ocho días —logró responder el soldado, a pesar de su intenso dolor.

—¿Ocho días? —replicó David, irritado—. ¿Tardaron ocho días en traerte hasta aquí?

El soldado, sin contestar, apartó la cara. David alargó una mano y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Bueno, dime! —ordenó.

—Me escondí —admitió el hombre, tratando de liberar el mentón de los firmes dedos del médico.

—¿Te escondiste? ¿Y por qué? Herido como estabas, el enemigo te hubiera dejado pasar.

—No fue del enemigo.

—¿De quién, entonces?

—¡De los cirujanos del ejército! ¡Los bosques están llenos de heridos que se esconden de ellos! —barbotó el joven soldado—. Son carniceros. ¡Son carniceros! ¡No curan nada! No hacen más que cortar y matar. ¡No me toque! ¡No me toque!

—Tendré que amputar esa pierna —dijo David.

—No se lo voy a permitir.

El joven forcejeaba por escapar de la mesa. David ordenó:

—¡Auxiliares!

Dos hombres sujetaron al soldado.

—¡Cloroformo!

Uno de los auxiliares sostuvo al joven mientras el otro le aplicaba un trapo empapado en cloroformo contra la cara. Al cabo cesaron los forcejeos.

David levantó el escalpelo y cortó la carne gangrenada. El olor era tan poderoso que tuvo que hacerse a un lado para vomitar.

Se consolaba pensando: «Este joven no vivirá la bastante como para echar de menos esa pierna verde, purulenta, gangrenada». Y procedió con lo que debía hacer.

—¡Insisto en ver al cirujano judío! —gritaba el joven teniente, al irrumpir en el área médica.

Su uniforme de fajina mostraba el polvo y el barro de la batalla. El brazo derecho sangraba, fuera de la manga, y él se lo tenía con la mano izquierda, como tratando de detener el flujo de la sangre que, cuanto más, era sólo un hilo rojo. Pasó de mesa en mesa, estudiando la cara de cada médico y preguntando:

—¿Usted es el judío?

Uno de los cirujanos señaló a David, ocupado en reparar el muslo de un soldado cuya pierna parecía rescatable. El teniente se lanzó hacia él, exigiendo:

—¡Doctor! Usted es el único en quien confío, el único que puede salvarme. Si es que tengo salvación.

Y el joven teniente estalló en lágrimas, ocultando la cara entre las manos. David,

reconociendo los síntomas de la histeria, apartó la mirada de su paciente para ordenar a un auxiliar:

—Encárguese de él. Lo revisaré en cuanto me desocupe. Dele un poco de tintura de opio para tranquilizarlo.

En cuanto David completó su obra en el joven artillero, suturándole el muslo con la silenciosa plegaria de que la infección no terminará en gangrena, se volvió hacia el joven teniente. La tintura de opio había hecho su efecto; ya estaba mucho más tranquilo. Pero en sus ojos había un miedo mortal. David, para calmar sus peores presentimientos, adoptó una forma de examen más lenta y plácida de la que utilizaba normalmente, dada la falta de tiempo.

—Bueno, vamos a echar un vistazo —dijo, mientras desgarraba cuidadosamente la manga, rota allí donde el proyectil había entrado en el brazo. Pero el paciente preguntó:

—Usted es el médico judío, ¿verdad? ¿Es Lilliendahl?

—En efecto —respondió David, lenta, deliberadamente, siempre intentando aliviar el temor que veía en los ojos del joven oficial.

Descubrió la herida y la examinó cautelosamente. Estaba limpia. La bala había atravesado el músculo sin tocar huesos, venas ni arterias vitales. No había hemorragia. Comparada con las que veía diariamente, semana tras semana, era una herida muy leve. El estado de terror que provocaba en el joven teniente excedía cualquier proporción con la realidad.

—Bueno, teniente... —comenzó David, tratando de que él le dijera su nombre.

—Hopkins, señor. Andrew Hopkins —respondió el joven.

—Por suerte, Hopkins, la herida no es peligrosa —dijo David—. Uno o dos puntos, un vendaje y quedará como nuevo en muy poco tiempo.

—¡No me mienta! —estalló el joven—. Ya no vale la pena operar, ¿verdad?

—Mi querido Hopkins, no hace falta operar. Es una herida leve —explicó David, paciente.

—¿Una herida leve? ¡Usted habla así porque se trata de mi vida y no de la suya! Si fuera la suya, haría que los cirujanos se empeñaran a fondo para salvarlo.

—Su vida no corre peligro. En realidad, por lo que veo, está en perfecto estado de salud. Dentro de cinco o seis días no tendrá ni el recuerdo de esa herida.

—¿Cinco o seis días? ¡Moriré antes!

—¡Auxiliar! —llamó David—. Dele a este hombre un trago de coñac y búsquele una cama.

El auxiliar se llevó a Hopkins, que aún protestaba.

—Tan mal que ni siquiera vale la pena operar... cuatro días... condenado a morir en cuatro días.

Sólo la necesidad de atender a los otros heridos evitó que David siguiera al hombre, tratando de quitarle esa obsesión.

Esa noche, mucho después de cenar y atender ya hasta el último de los heridos,

David recorrió las carpas que constituían el hospital en busca del joven teniente afligido. No era sólo el interés humanitario, sino también la curiosidad científica lo que le obligaba a perder necesarios minutos de sueño para seguir el caso.

Lo halló en la tercera carpa. Como por entonces no había camas libres, Hopkins dormía sobre una simple frazada tendida en la dura tierra. David se arrodilló junto a él en la oscuridad. El joven dormía, pero en estado de agitación. Torcía los labios y, de vez en cuando, sacudía la cabeza como tratando de escapar a algún peligro que lo persiguiera. David le tocó la frente. Fresca. No había fiebre.

Buena señal. Lo que necesitaba era relajarse y descansar tranquilo.

Al día siguiente, el joven Hopkins insistió en consultar otra vez a David, asegurando que su brazo estaba peor. David lo revisó. Distaba mucho de haber empeorado; por el contrario, estaba cicatrizando. Trató de tranquilizarlo, pero el joven se limitó a decir:

—Si usted creyera que era posible ayudarme, me habría operado. Podría operarme ahora. Tal vez todavía sea tiempo.

—Pero usted no necesita operación —insistió David.

Hopkins reapareció al tercer día. La herida estaba mejor, pero el empeoramiento de su estado general era obvio: ojos hundidos, oscuras ojeras, mejillas ahuecadas. Hasta su físico joven y ágil parecía debilitado. Esa vez no insistió en que se lo operara. En cambio dijo:

—Es demasiado tarde para la cirugía, doctor. Perdió la oportunidad. Ahora es demasiado tarde.

Al anoecer del cuarto día, David, interrumpió bruscamente su cena. Era su primer momento libre de la jornada y acababa de recordar los temores de Hopkins. El médico apartó su plato de lata y recorrió el trajinado sendero entre las carpas del hospital, en dirección a la tercera.

Apartó la solapa de la entrada y echó un vistazo. Como no se veía gran cosa en la oscuridad, se acercó a Hopkins y se arrodilló a su lado. El hombre no se movió. Cuando David alargó la mano para volverlo, descubrió que tenía los ojos abiertos, pero sin vida. Rápidamente le arrancó la camisa y apretó la oreja contra su pecho. No había sonido alguno; sólo la carne fría de un hombre que debía de llevar muerto varias horas.

David despertó a dos auxiliares y les ordenó retirar discretamente de la tercera carpa el cadáver del joven teniente, para llevarlo a su mesa de cirugía. Luego les indicó que se pusieran a ambos extremos de la mesa, cada uno con una lámpara, a fin de contar con luz suficiente para trabajar.

Pasó menos de media hora. El coronel Aymes apareció tempestuosamente.

—¡Lilliendahl! ¿Qué diablos está haciendo?

—Una autopsia —dijo David.

—¡No podemos perder tiempo con los muertos, cuando apenas hay bastante para atender a los vivos! ¡Le ordeno que deje eso de inmediato!

—Lo estoy haciendo en mi tiempo libre —replicó David, mientras retiraba el corazón de Hopkins para acercarlo a la lámpara—. Vea esto, coronel: ni una lesión. Ni una señal de trauma. El corazón perfecto de un hombre de veinticuatro años, completamente sano.

—¿Y bien? —preguntó el coronel, intolerante.

—Coronel, este hombre tenía una herida superficial, de las que cualquier soldado venda con un pañuelo sin prestarle más atención. Pero murió.

El coronel Aymes sintió la suficiente curiosidad como para tomar el corazón en sus propias manos.

—Tiene razón —dijo, sorprendido—. Tal vez había otras causas.

—Es lo que quiero averiguar.

—Bueno, veamos.

Juntos examinaron cuidadosamente todos los órganos vitales que fueron sacando del cadáver. No había rastros de causas físicas que justificaran la muerte de Hopkins.

Muy poco antes del amanecer discutieron el extraño caso junto a sendos vasos de coñac.

—¿Dijo que iba a morir a los cuatro días? —preguntó el coronel, nuevamente.

—Estaba convencido de eso.

—Es aterrador que un hombre perfectamente sano de cuerpo pueda morir por propia voluntad... o por miedo.

—Sí —observó David, pensativo—. Si al menos tuviéramos tiempo para estudiar este tipo de casos.

Ya asomaba la primera luz del alba. David debía prepararse para otro día de sanguinaria cirugía en hombres jóvenes, que hubieran debido merecer mejor suerte.

David, firme, estaba ante el escritorio de campaña del coronel Aymes.

—Lilliendahl, tendrá que acostumbrarse a la idea de que no estamos en un hospital vienés, ni siquiera neoyorquino. Estamos en guerra. Los hombres a los que atiende son soldados, no civiles.

—Eso lo entiendo bien, señor. Pero he observado...

El coronel interrumpió, sarcásticamente:

—Claro, otra de sus «observaciones». ¿Usó el método vienés, en esta oportunidad, o el francés?

—Se trata de algo que usted mismo puede observar, señor. Los heridos de nuestros hospitales no quieren salir de allí.

—¡Ya presentó un informe sobre eso! —aulló el superior.

—Y muchos de los que permanecen allí mueren —insistió David, decidido a defender sus medidas—. Creo que es una cuestión mental. O de voluntad. Tal como ocurrió con el joven Hopkins. Por lo tanto, señor, creo que la promesa de una licencia es mucho más efectiva que todo lo que se pueda hacer con nuestra medicina y nuestra

farmacopea.

—Y por eso se tomó la libertad de conceder diecinueve licencias —comentó el coronel, agriamente.

—Como médico, me tomé la libertad de «recetar» licencias.

El coronel estaba por prorrumpir en una perorata cuando un sargento se presentó en la carpa.

—¡Señor, coronel! ¡Los atrapamos! —informó el soldado, saludando con una rígida venia.

—¿A quiénes? —tronó el coronel, descargando su cólera contra el sargento y no contra David.

El hombre señaló a alguien que esperaba fuera. Tres hombres, empujaron con sus fusiles a dos soldados hacia la carpa. Tenían las manos atadas adelante, con toscas sogas congeladas. Les sangraban las muñecas.

—¿Y bien, sargento? —preguntó el coronel.

—Los descubrimos cerca de los depósitos, con morfina encima y seis toneles de *whisky* en un carro. Se alejaban del campamento, señor.

—¿Tienen pruebas? —preguntó el coronel.

—Parte de las pruebas la llevan en el aliento. Y el resto está en el carro, señor.

Aymes salió de la carpa, echó un vistazo y volvió.

—Tenemos las pruebas. Tenemos a los reos. Sólo necesitamos a un hombre que los haya visto huir con la mercadería.

—Yo los vi —afirmó uno de los artilleros.

El coronel asintió gravemente.

—Capitán Lilliendahl, usted formará parte de la corte marcial. Y usted también, sargento. Usted. Y usted —agregó, señalando a dos de los artilleros, que hicieron la venia—. ¡Y eso se hará ahora mismo, aquí!

—Señor, hace falta un defensor —le recordó David.

—Ése es su papel, capitán. Si tiene algo que decir por esos hijos de puta, dígalo, ya que contamos con testigos y pruebas.

David insistió:

—Podría haber circunstancias atenuantes, señor.

—¿Por ejemplo?

David se encontró sin palabras.

—¿Puedo hablar con ellos?

—Si quiere. Pero que sea pronto.

—Sí, señor. —David se apartó con los dos hombres—. Yo no soy abogado y no conozco los procedimientos. Pero si pueden decir algo para defenderse, hablen.

—El frío —dijo el más joven de los dos—. Lo hice por el frío.

David se volvió hacia el otro, quien, en vez de contestar, escupió despectivamente contra el suelo. Ante el enojo de David, dijo:

—Es todo lo que puedo decir. He brindado más alivio con el *whisky* robado y

vendido que usted con toda su cirugía de lujo, doctor.

Intervino el coronel.

—¿Ha terminado, capitán? ¿Listo para iniciar la defensa?

David se encogió de hombros, inerme.

—No hay defensa, señor.

Aymes se dirigió al sargento y a los dos artilleros.

—No quiero influir sobre el criterio de los demás, caballeros, pero a mi modo de ver son más culpables que el diablo. ¿Qué opinan?

Cada uno de ellos respondió:

—Culpables, señor.

El coronel asintió.

—Puesto que el veredicto es unánime, puedo dictar sentencia ahora mismo. Serán fusilados al amanecer, delante de todo el campamento. ¡Cómo advertencia para los otros!

—¿Fusilados? —exclamó David— ¿Por robar?

—Apenas el otro día me estaba exigiendo que los buscara y les diera un escarmiento para ejemplo de todos, ¿no? Para que los otros no volvieran a robar. Bueno, es lo que estoy haciendo. ¡Llévenselos!

A la mañana siguiente, ante una formación compuesta por todos los hombres que estaban en condiciones de permanecer de pie, los dos convictos se irguieron contra el cielo gris. Leves copos de nieve, que presagiaban una tormenta más densa, descendían flotando hasta sofocar la zona en un silencio amedrentador. David vio que los ocho fusileros marchaban en fila hasta el coronel.

Aymes leyó la declaración que había redactado durante la noche, citando varios fragmentos del código militar, en un intento por probar que la ejecución era totalmente legal. Hecho eso, ordenó:

—¡Listos!

Los fusileros levantaron las armas.

—¡Apunten!

Se oyó el ruido de los gatillos amartillados, claramente en el aire frío y silencioso.

—¡Fuego!

Resonaron los disparos. Los dos convictos cayeron. Y desde las colinas llegó el eco de la salva, como para poner punto final al trágico ejercicio.

—¡Rompan filas! —gritó el coronel.

Los soldados volvieron a las tareas asignadas. Sólo David siguió allí, de pie junto a los cadáveres; la sangre brotaba tan lentamente que parecía un sueño, aunque él sabía que ese lento fluir se debía al intenso frío.

Cobró conciencia de que el coronel estaba a su lado y barbotó, furioso:

—A los que no mata el enemigo, los matamos nosotros. De un modo u otro, nadie sale vivo de esta guerra. ¡Nadie!

Los soldados que comenzaban a bajar por la colina hacia el campamento se

detuvieron a observar la escena.

—¡Silencio, capitán! —ordenó el coronel.

—Trabajamos noche y día para salvar lo que podemos de los mutilados y usted mata a dos hombres. Dos hombres sanos, con sus dos brazos y sus dos piernas. ¡Qué lujo en una guerra! ¡Dos hombres que aún tenían todo aquello con lo que habían nacido!

—¡Dije que se callara, capitán! —repitió el coronel. Se volvió hacia el sargento—. ¡Sargento, este hombre está arrestado!

El sargento lanzó una orden. Dos hombres se apoderaron de David y se lo llevaron marchando.

Lo habían mantenido en su carpa, bajo custodia, durante todo el día. Al atardecer, la nevada había cesado. Pero se acercaba la noche, anunciada por un viento frío y helado. Los flancos de lona de la carpa se agitaban con tanta fuerza como si fueran a hacerse hilachas.

Aparecieron dos hombres para escoltar a David hasta la tienda del coronel. La lámpara estaba encendida; en la pequeña cocina de hierro ardía una fogata. El coronel, sentado ante su escritorio de campaña, terminaba el coñac que solía tomar después de la cena.

—Capitán —saludó agriamente—, ¿le han dado de comer?

—No, señor.

—¿Quiere un poco de guiso de conejo silvestre?

—Sí, señor.

—Haré circular la noticia de que se le cambia de destino por motivos disciplinarios. Pero usted volverá a su casa. Pase unos días con su esposa y renuévese. Porque lo que ha estado pasando es sólo una muestra de lo que va a venir. —Metió la mano en la chaqueta y sacó una nota plegada—. Su pase. Y órdenes de presentarse ante las autoridades médicas de Nueva York para que se lo reasigne. Buena suerte, Lilliendahl. Una vez que termine esta guerra, espero que nos volvamos a encontrar. Después de todo ha sido un privilegio trabajar con usted.

Se estrecharon la mano. David tomó el pase e hizo una rígida venia. Después levantó la solapa de la tienda y quedó en libertad.

De pie en el aire frío de la noche, levantó la mirada al firmamento. Las nubes se había alejado hacia el este y el cielo mostraba un azul intenso, con estrellas doradas y blancas. Lejos, hacia la izquierda, se veía la fina hoz de la luna. Sólo pudo pensar: «¡Estoy libre, libre!». Sentía deseos de hablar en voz alta, de gritar, reír, llorar. Por sobre todas las cosas, quería decir a Mary:

«¡Estoy libre! ¡Voy camino a casa!».

Capítulo 30

La bolsa de lona le colgaba del hombro. Con el pesado abrigo azul ceñido al cuerpo para protegerse del frío, David inició la última recorrida por las carpas del hospital. Lo alentó comprobar que varios de los operados en los últimos dos días seguían con vida.

Después de efectuar esa inspección, quedó en libertad de buscar algún medio de transporte. Como no encontró ninguno, inició la larga marcha rumbo a la estación ferroviaria.

No había cubierto un kilómetro y medio por esa ruta helada y desigual cuando oyó, detrás de sí, un ruido de cascos y los crujidos de un viejo carro. Se trataba de un vehículo abierto, de los que servían como ambulancias improvisadas. Hizo señas y el carrero le permitió subir.

Si experimentaba alguna resistencia a abandonar el frente de batalla, su deseo y su necesidad de Mary eran mayores. Se encorvó dentro del sobretodo azul, con remordimientos, pero también con alivio.

El conductor, maldiciendo, azotó a la yunta de sucios caballos blancos, tratando de guiarlos fuera de las rutas congeladas. El vapor de sus belfos, exhalado en el esfuerzo por arrastrar una carga excesiva, se elevaba como volutas de humo contra el cielo gris. Cuando tomaron un paso lento, pero parejo, el carrero echó un vistazo a David.

—¿Tiene pase? Mire, ya sé que no es cosa mía preguntar a un oficial, pero las órdenes son órdenes. No tengo que llevar a nadie al norte si no tiene pase. Y con los tiempos que corren...

—¿Qué pasa con los tiempos que corren?

—Bueno, a cada rato hay soldados y oficiales que se quieren ir. Sin pases, digo.

—O sea, que desertan —corrigió David.

—Yo no dije eso.

—Bueno, si quiere quedarse tranquilo... —David sacó el pase y se lo mostró—. Aquí está. Mire.

—Para qué, si no sé leer.

El carrero sacudió las riendas y siguieron andando, en silencio.

Aun antes de llegar a la estación, David vio el humo de la locomotora. Prometía calor, seguridad, hogar.

Aquello era una escena confusa, ruidosa: los gritos de los heridos y el chirrido metálico de los vagones llevados y traídos. Fue una suerte poder subir al atestado vagón de cola, junto a una caldera que apenas llegaba a calentar el ambiente en la vecindad más inmediata. Sobre la caldera había una enorme cafetera gris. Se sirvió una taza de aquel líquido negro y se acomodó en el suelo, sorbiendo lentamente el horrible contenido. Se sintió aliviado al percibir el súbito sacudón del tren al iniciar la marcha. El acompañamiento de las ruidosas ruedas lo adormeció antes de terminar la

taza.

Lo despertó el silencio. Ya no había chirridos; sólo el rítmico bufar de la locomotora, muy lejana. Otros hombres que despertaron también se mostraron tan intrigados como David.

—¿Cuánto hace que estamos aquí? —preguntó él.

—Una hora, tal vez más.

—Se nos va a acabar la leña para la estufa —dijo otro.

—Igual estaremos mejor que los pobres de allá adelante.

—¿Qué quiere decir? —preguntó David.

El primer hombre dijo:

—¿Es la primera vez que viaja en un tren de éstos?

—Sí.

—Ya me parecía.

David, intrigado, se levantó para pasar al vagón siguiente. Lo recibió una ráfaga de aire helado. Allí no había estufa alguna. A cada lado, los asientos habían sido reemplazados por tabloneros a tres niveles, todos ocupados por heridos: algunos, cubiertos por frazadas; otros, con sus chaquetas por todo abrigo. Las caras eran aquellas que estaba habituado a ver: caras de dolor, caras de jóvenes condenados, caras afortunadamente sin conciencia.

En un extremo vio a un joven de uniforme. Demasiado joven. Cuando se irguió para mirarlo, apenas le llegaba al hombro.

—¿Sí, señor? —inquirió, respetando las insignias del rango.

—¿No hay calefacción en este coche?

—Ni en éste ni en ninguno, señor.

—¿Y cómo hace para mantenerlos abrigados?

—Tengo órdenes de darles un poco de esto cuando griten demasiado.

Y mostró una gran botella de pico abierto. David conocía bien esa etiqueta: tintura de opio, que debía ser dosificada indiscriminadamente por ese muchacho, ignorante, pero compasivo. De nada serviría regañarlo ni darle instrucciones.

—¿Por qué estamos detenidos?

—Los rebeldes arrancaron las vías —respondió el muchachito—. Disculpe, señor, pero debo seguir trabajando.

Y se acercó a otro hombre que gritaba de dolor.

David abrió la puerta del vagón. Una ráfaga helada le castigó el rostro.

Cuando un *ferry* depositó, finalmente, a David en el muelle de Nueva York, habían transcurrido ya cuatro de los ocho días de licencia.

Casi una hora más tarde, exhausto, helado por la caminata contra el fuerte viento del este, llegó a su calle. Cansado como estaba, echó a correr.

¡Su hogar!

Subió velozmente los escalones, tirando de la campanilla.

—¡Mary! *Liebchen!* ¡Querida, soy yo! ¡He venido a casa!

Poco a poco, su entusiasmo y su fervor cedieron al agotamiento, al darse cuenta de que ella no había recibido su carta, anunciando su llegada. Debía de estar en el hospital o en sus visitas a los vecindarios pobres.

Consideró la posibilidad de ir al hospital, pero la fatiga lo venció. Resignado a la espera, se dejó caer en los peldaños, reprochándose.

«*Dumkopf*, la próxima vez que vayas a la guerra, no olvides las llaves».

La vio llegar dando vuelta a la esquina. Menuda, pero decidida como siempre. Por su porte y su andar, nadie habría sospechado que acababa de cumplir una larga y agotadora jornada de trabajo. David bajó los peldaños de un brinco y corrió hacia ella.

Mary, al reconocerlo, se detuvo como dudando de lo que veía. Por fin corrió también. Él la levantó en brazos y la besó muchas veces. Ella reía y lloraba, hasta que cobró conciencia de que los transeúntes los estaban mirando.

—Bájame, querido. Dos médicos cuerdos no deben comportarse así en público.

Ambos se echaron a reír. David la llevó en brazos hasta la puerta y ordenó, cariñoso:

—¡Abre! Me olvidé las llaves.

Era tarde ya cuando despertó. Mary no estaba a su lado. Por un momento espantoso creyó estar otra vez en el frente, solo. Pero los ruidos, en la planta baja, le confirmaron que no era así. Se envolvió en una bata y bajó la escalera, tentado por fragancias que le recordaban a Viena, a su antiguo hogar.

Encontró a Mary ante la cocina, con un delantal sobre la bata, friendo milanesas de ternera.

—*Wiener Schnitzel!* —exclamó él—. ¿Cómo sabes?

—Por tu madre. Nos hemos estado escribiendo. Me envía tus recetas favoritas y mil consejos. Si le hiciera caso te echaría a perder por completo.

—¿Cómo están? ¿Qué dice?

—Poca cosa. Sólo que están bien y que debo cuidarte. Sobre todo, no debo permitir que te hieran en la guerra.

David la abrazó, susurrando:

—Qué buena idea la tuya, estudiar alemán para escribirle.

Mary, restando importancia a su sacrificio, comentó:

—Me viene bien para leer los artículos de medicina, no olvides. Ahora te sentarás a comer. Tengo una sorpresa especial.

Se acercó a un estante y sacó un plato cubierto por una servilleta blanca. Al retirar la servilleta, David exclamó:

—¿Una torta Sacher? ¿Eres maga?

Ella la apartó.

—Primero la cena. Tu madre me advirtió que eras goloso.

La campana de una iglesia cercana acababa de dar las dos. Ellos habían hecho el amor, y conversado, y hecho otra vez el amor y vuelto a conversar, sin poder soltarse, pecho contra pecho, mejilla a mejilla. Mary sintió la tensión de aquel cuerpo joven y fuerte.

—Cuéntame —susurró.

—Te eché de menos. Lo único que me hacía seguir adelante era la necesidad de verte y abrazarte. Pero te echaba mucho de menos y me decía, constantemente: «Si ella supiera lo que estoy haciendo no me aceptaría nunca más».

—¿Tan malo era?

—Peor.

¡Cuéntame!

David se liberó del abrazo y levantó las manos en la oscuridad.

—Si Supieras qué crímenes quirúrgicos han cometido estas manos no permitirías que te tocara ni que te hiciera el amor.

Lo besó, estrechándolo contra sí.

—Conozco a mi David. No eres capaz de hacer nada cruel, innecesario o perjudicial para ningún paciente.

—Pero las cosas necesarias y las condiciones en las cuales las hacemos...

David apartó la cara.

Tenían cuatro días antes de que David debiera presentarse en los cuarteles médicos para recibir un nuevo destino. Cuatro días para hacer el amor, conversar; cuatro días para que Mary cocinara y para que él se deleitara con todo.

En esos cuatro días, David tuvo la oportunidad de leer las cartas que su madre enviaba a Mary. Eran todas iguales. Preguntaba por David y trataba de mantener las apariencias de una cómoda clase media. Pero David sospechaba que era pura ficción. El poco dinero que podía mandar a su casa ayudaba, pero no tanto como ella trataba de hacer creer. Jamás admitiría que pasaba necesidades ante la nuera, sobre todo una nuera no judía.

Cuatro días. Y terminaron antes de que se dieran cuenta.

Mary lo acompañó hasta el puerto para despedirse, como tantas otras jóvenes a sus maridos o amantes. Se irguió en puntas de pie para seguir viendo al *ferry*, hasta que amarró en la costa de Jersey. Su amado David iba en camino a otra designación, a otro ejército, pero a la misma guerra que le plagaba el alma.

Ni Mary ni David podían saber que, en la segunda noche, ella había concebido a un hijo.

Capítulo 31

Mary, con su brillante cabellera rubia oculta bajo una cofia y un delantal a rayas sobre el vestido púrpura, estaba colgando, orgullosa, un cartel en el poste levantado ante su modesta casa de la calle 21.

Sin duda, David tendría pronto otra licencia, pues había prestado servicio por seis meses más. Y ella quería que, cuando se acercara a la casa, la próxima vez, viera el cartel antes que nada. Había dado al letrista instrucciones muy exactas sobre el tamaño de las letras doradas y la textura arenosa de la superficie negra. Después de fijarlo en su sitio, bajó de la escalerilla y se retiró unos pasos para leer:

Dr. David Lilliendahl

Dra. Mary Sinclair Lilliendahl

Pulcro y muy legible; audaz, pero no demasiado. Plegó la escalerilla y echó a andar hacia la entrada. De pronto se acercó un hombre alto y delgado, vestido de negro.

—Permítame, muchacha.

—No hay necesidad —protestó Mary.

El hombre, observando sus seis meses de embarazo, insistió, sonriendo:

—Permítame. —Le sacó la escalerilla y subió los peldaños, agregando—: Una muchacha tan joven, esperando un hijo en los tiempos que corren. Tengo un remedio para eso, pero en este caso creo que ya es demasiado tarde. —Habían llegado al último escalón—. ¿Está el doctor?

—El doctor David no está. Por la guerra.

—Claro. ¿Y la doctora Mary Lilliendahl?

—Sí, señor, ella está. —Mary señaló el nuevo consultorio, a su derecha—. Pase y espere, que la doctora bajará en seguida.

El hombre echó un vistazo por la habitación, haciendo inventario: un escritorio, dos sillas giratorias, dos armarios con medicamentos e instrumental. Un consultorio adecuado; todo flamante, lo cual era promisorio.

La puerta, al abrirse súbitamente, lo sorprendió en medio de su inspección. Él pareció azorado hasta darse cuenta de que se trataba de Mary, ya sin su cofia y su delantal.

El hombre quedó boquiabierto.

—¿Usted es la doctora? ¿Una muchacha tan joven?

Mary sonrió.

—Sí, una doctora embarazada. ¿Le sorprende? Ahora bien, ¿qué problema tiene, señor?

—Me llamo Sampson, señora. Samson Sampson. Una broma que me jugó mi

padre.

—¿Y su afección? —preguntó Mary, en tono muy profesional.
Sacó una tarjeta del bolsillo:

SAMSON SAMPSON

Boticario

Drogas, medicinas, sanguijuelas

Para cualquier receta.

Le entregó la tarjeta con sus modales más paternas.

—Podemos hacer un buen negocio, doctora. Ya verá que mis condiciones son bastante convenientes. Por cada paciente que me envíe, dividiremos el precio de la receta, mitad y mitad.

—Ajá —dijo Mary.

—Conozco otros que, además de ofrecer menos, le quitan el paciente al médico bajo sus mismas narices. Le dicen al paciente: «para qué va a pagar médico si tiene que comprarme el remedio a mí. Yo le daré lo que necesite sin necesidad de médico».

—¿Eso hacen?

—Yo no —protestó Sampson—. Soy muy honrado con los médicos. Los hay que ganan más conmigo que con la profesión.

—¡Notable! —comentó Mary, fingiendo entusiasmo.

—Al fin de cada mes presento la cuenta y pago de inmediato.

—Es una alegría saberlo.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

—No —respondió Mary, vigorosamente—. No estamos de acuerdo en nada.

—¡A que me ganó de mano uno de esos comerciantes sin ética! ¡Debió decírmelo en seguida!

—No, señor Sampson, nadie le ganó de mano. No tengo acuerdos con nadie. Mi esposo y yo no trabajamos de ese modo.

Sampson cambió el enojo por la falta de respeto.

—¿Y cómo diablos piensan vivir? ¿Cuánto cobran por una consulta? ¿Cincuenta centavos?

—Veinticinco —admitió Mary.

—Y serán cincuenta por una visita a domicilio. —Mary asintió.

—¿Y por una internación, de principio a fin?

—Cinco dólares.

Sampson sonrió, compasivo.

—Se va a morir de hambre, querida. Me necesita más de lo que yo creía.

—Lo siento, señor Sampson, pero no hay trato.

—Como quiera.

Sampson se fue, sacudiendo la cabeza. En el último peldaño se detuvo a mirar el nuevo cartel; por fin se alejó furioso por la calle.

Mary lo observaba por la ventana, pero la interrumpieron las campanadas del reloj del vestíbulo. La esperaban en el hospital para una reunión importante, de la cual era causa.

En vez de apresurarse dio mayor lentitud a sus movimientos, pues entre los médicos prevalecía la opinión de que la excitación emotiva o las tensiones, durante el embarazo, podían afectar al niño.

Cuando entró en la modesta sala de conferencias descubrió que la reunión ya había comenzado. Todas las sillas estaban ocupadas y había varios hombres de pie. Presidía el doctor Gottesman, que le echó una mirada severa.

—Cualquiera hubiese pensado, doctora Lilliendahl, que usted sería la primera en llegar, no la última.

Mary se ruborizó un poco, pero no respondió.

—Ahora bien —continuó el administrador—, vamos al tema que ha perturbado a este hospital, aunque dicen que varios establecimientos católicos tienen el mismo problema. Esa cuestión es la dicotomía existente entre los valores morales y los valores médicos que representa una autopsia. —Volvió a mirar a Mary con reprobación.

—El problema llegó a su culminación hace algunas semanas, cuando nuestra estimada colega intentó efectuar una autopsia para verificar un diagnóstico. Puesto que la religión judía no aprueba tales prácticas indiscriminadas, se le prohibió hacerlo. Entonces su insistencia se tornó... abusiva, digamos.

La fulminó con la mirada, como invitándola a replicar. Mary permaneció en calma, segura de que, por el bien de su hijo por nacer, debía evitar las tensiones en lo posible.

—Ahora bien —continuó Gottesman—, por mi parte comprendo que se resista a ver las cosas según nuestro punto de vista. Después de todo, no pertenece a la fe judía. Y no se puede esperar que respete como nosotros la santidad de los muertos.

Mary sintió que el rubor le subía a las mejillas, pero no por vergüenza, sino por enojo. «Hijo mío», pensó para sí, «tendrás que perdonar a tu madre, pero esta vez, si no puede mantener la calma».

—¡Doctor Gottesman! —interrumpió—. Quiero que se me escuche.

—Ya le llegará el turno. Entre los judíos creemos que es un sacrilegio hacer cualquier cosa que no sea enterrar al muerto con sencillez. Hurgar en un cuerpo indefenso es la peor de las abominaciones. Algunas familias han amenazado con entablar juicio a los hospitales por menos que eso.

—¡Pero yo tenía autorización de la familia! —protestó Mary.

—Por favor, doctora. Ahora bien, si se tratara de una cuestión puramente médica, podríamos resolverla sin intervención de extraños. Pero puesto que esto se basa en valores morales y religiosos, decidí escribir al Primer Rabino de Inglaterra,

pidiéndole su respetada opinión. Aquí tengo una carta del reverendo N. M. Adler; sostiene que las autopsias son profanaciones, salvo en dos casos. Uno: si alguien está acusado de asesinato y la autopsia puede demostrar que el difunto falleció por causas naturales. Dos: cuando la causa de la muerte es desconocida y... —Gottesman se mostró muy preciso en las palabras siguientes—. Y cuando otros pacientes presenten síntomas similares, por lo cual una autopsia pueda ayudar en la curación. En cualquier otro caso, la autopsia está estrictamente prohibida.

Aunque la declaración del administrador no abría la puerta a discusiones, Mary levantó la mano.

—¿Sí, doctora?

—Puesto que no estudié medicina con el rabino Adler, sino con el doctor Pierre Louis, en París, aprendí que para el médico es muy importante, en todos los casos posibles, verificar su diagnóstico por medio de una autopsia. Estamos buscando respuestas a tuestas y esas respuestas, poco a poco, perfeccionan la ciencia.

Gottesman blandió la carta.

—¡Debo seguir la guía del principal rabino del mundo!

—Aun así, me pregunto si la respuesta que pido no está contenida en esa misma carta.

—No sé cómo —replicó Gottesman.

—¿No dice el rabino que se permite la autopsia cuando otros pacientes presentan los mismos síntomas?

—¡Lo cual no es cierto, en este caso!

Mary, sin dejarse acallar, prosiguió:

—La carta no menciona que sea necesaria la proximidad de esos otros pacientes. Esos mismos síntomas, ¿deben presentarse en el mismo momento? ¿Y dónde? ¿Sólo en el mismo hospital? ¿En el consultorio del mismo médico? ¿Cuáles son los límites específicos de esa prohibición?

—Doctora Lilliendahl, ¿conoce usted el Talmud?

—He oído hablar de él.

—Bueno, está lleno de argumentos como los que usted acaba de presentar. Pero como nosotros somos médicos y no rabinos, no entramos en discusiones hipotéticas o esotéricas.

—Justamente porque somos médicos, no deberíamos dejar que valores morales y religiosos se interpongan en la búsqueda de un diagnóstico.

Se produjo un silencio en la sala. Gottesman, con gravedad, dijo:

—Doctora, como no es de nuestra fe le perdonaré esa falta de discreción. La reunión ha terminado. Gracias, caballeros.

Mientras Mary se alejaba por el corredor, la alcanzó un cirujano de cierta edad: William Fluhrer, legendario en muchos aspectos, a quien se conocía por su conducta excéntrica.

—Doctora Lilliendahl, debo disculparme por el ataque de mi colega. Yo estoy de

acuerdo con usted, pero hay un punto muy difícil: como usted no es judía, no es correcto que critique a un rabino. En cuanto nos descuidemos dirán que aquí hay antisemitismo. En el futuro, deje que sea su esposo quien presente esos temas. Lo aceptarán mejor.

Mary asintió, como si aceptara su consejo, pero estaba muy preocupada. En su breve matrimonio no habían existido esos desacuerdos con David, pues tenían un mutuo respeto por las otras creencias. David hubiera defendido la misma posición que ella, no sólo por amor, sino porque el cuerpo humano debía ceder sus secretos para que se pudiera ayudar a los pacientes. Consolada por esa idea, prosiguió con sus tareas del día.

Fue un día típico. Pasó la mañana visitando a los pacientes de inquilinatos atestados, temerosa de dañar al niño con sus tropezones en las escaleras oscuras y estrechas.

Diagnosticó neumonía en un hombre de veintiocho años, que trabajaba como estibador en los muelles; una semana atrás lo habían obligado a trabajar bajo la lluvia, para que un barco pudiera zarpar con la marea. Mary notó que, mientras ella examinaba al esposo, la mujer permanecía en un rincón, manoseando su rosario; los labios delataban su rezo silencioso.

—Será mejor llevarlo al hospital —dijo Mary—. Puedo enviarle una ambulancia.

—Se va a... Podrá... —balbuceó la mujer, sin atreverse a preguntar.

—Tendrá más oportunidades en el hospital que en su casa.

—Pero ¿no le van a hacer nada? Porque como ustedes son judíos... Se dicen tantas cosas... Que nos sacan sangre y cosas así.

—A veces se aplica una sangría al paciente, si el médico piensa que eso lo va a ayudar.

—No me refiero a eso. Pero ¿no le van a sacar sangre para otra cosa, ahora que la fiesta de ustedes está tan próxima?

De pronto Mary comprendió claramente los temores de la mujer: existía la antigua superstición de que los judíos extraían sangre a los gentiles para utilizarla como sacrificio en las fiestas religiosas. Hizo lo posible por tranquilizar a la mujer, pero, al volver con la ambulancia, vio que la esposa corría a poner un rosario en las manos del enfermo.

—Esto te protegerá, querido, no importa lo que hagan.

El episodio quedó en la memoria de Mary por el resto de ese día. Al volver a su casa encontró a cuatro personas esperando en la escalera de entrada: nuevos pacientes. Tendría que contratar a un ama de llaves para que los recibiera y les permitiera esperar con más comodidad.

Capítulo 32

Lámpara en mano, subía la escalera hacia la planta alta, bastante cansada por el largo día de trabajo. Por ser el primer día, su consultorio había atraído a más pacientes de los que ella esperaba. Sin duda, por la guerra.

Uno de sus pacientes, un corpulento herrero que se quejaba de dolor en el costado inferior izquierdo, lo había dicho directamente:

—No habría venido aquí, pero mi médico se fue a pelear con esos malditos rebeldes.

Notando su resistencia a dejarse revisar por una mujer, ella hizo el examen sin pedirle que se desvistiera. Por fin diagnosticó una hernia estrangulada de buen tamaño y aconsejó una operación.

—¿A qué hospital puedo ir? —preguntó el paciente, después de algunas protestas.

—Puedo operarlo yo misma en el Hospital Judío.

El hombre se persignó.

—¿Y no hay algún buen hospital católico al que yo pueda ir?

—El de St. Vincent es excelente.

—Comprenda, no tengo nada contra los judíos, pero prefiero que me operen bajo un crucifijo.

—Comprendo —aseguró Mary, para tranquilizarlo.

—Gracias —dijo el hombre, poniéndole en la mano la moneda de veinticinco centavos—. Francamente, tenía miedo de hacerme ver por una médica y además judía. Pero usted es de los buenos, doctora, de los buenos.

Mary llegó al piso alto, entró en el dormitorio y se puso un liviano camisón de hilo. Cansada, pero satisfecha, se adormeció en seguida. Su último pensamiento fue: «¿Debo escribir a David y decirle lo del bebé? ¿O conviene esperar? Si se lo digo ahora querrá abandonar el ejército. Dios sabe lo que sería capaz de hacer. Es mejor esperar».

No durmió tan serenamente como esperaba. Se sentía inquieta. De pronto despertó, completamente desvelada, había sido el bebé el que la despertó con un súbito movimiento. Decidió descartar todo pensamiento extraño y volver a dormir.

Pero los pensamientos seguían importunándola. Poco a poco se tornaron menos vagos, Por fin, bastante definidos. Lo que no le permitía dormir eran dos acontecimientos del día sin relación entre sí, pero con un elemento común.

La joven esposa aterrorizada. «¿El Hospital Judío? ¿No le irán a sacar sangre para otra cosa...?».

Y el corpulento herrero: «¿No hay algún buen hospital católico?».

No la sorprendían los prejuicios contra los judíos; los conocía desde que comenzó a comprender las conversaciones de los adultos. Hasta admitía que había considerado con cierta reserva la posibilidad de trabajar en el Hospital Judío. Pero una vez nombrada no tardó en descubrir que los judíos no eran mejores ni peores, ni más

pedantes, más dogmáticos o más egoístas que los otros médicos.

Además, estaba David, su amado David. Al conversar del tema, antes del casamiento, habían acordado que cada uno ayudaría al otro a celebrar sus fiestas religiosas.

Con esos consoladores pensamientos se quedó dormida.

Por la mañana, mientras se vestía, echó un vistazo a su cara, en el espejo. No se veía diferente. Sin embargo, en dos oportunidades en las últimas veinticuatro horas, la habían creído judía; a ella, estrictamente criada según la doctrina episcopal y bautizada en la iglesia de la Trinidad. El apellido Lilliendahl y el hecho de trabajar en el Hospital Judío justificaban la equivocación.

Eso no le disgustaba, pero la tenía preocupada. Sólo comprendió por qué al atar el corsé liviano que usaba desde el tercer mes de embarazo. En vez de apretar; sostenía el vientre. El niño debía tener todo el espacio necesario para desarrollarse con salud. Gritaría a la primera palmada, como para anunciar: «He llegado. ¡Aquí está David Lilliendahl, hijo! ¡Toma nota, mundo!».

David Lilliendahl, hijo. De pronto, lo que la había preocupado al terminar el día anterior quedó en claro. Todas sus inteligentes conversaciones con David quedaban invalidadas. Habían decidido educar a sus hijos sin supersticiones ni prejuicios religiosos, con libertad de elegir entre creer o no creer, seguir cualquiera de las dos religiones o ninguna. Era el único modo. Pero Mary Sinclair Lilliendahl acababa de comprender que, a pesar de esa decisión tan bien intencionada y liberal, ni ella ni David podrían decidir. Tampoco sus hijos. El mundo les pondría su sello.

Aquello la preocupó cada vez más durante todo el día siguiente. Llegó a pensar en discutir la cuestión con Gottesman, quien, a pesar de la rudeza exterior que aparentaba a fin de dar autoridad a su difícil posición, era un hombre considerado y tierno. Muchas veces le había preguntado si las visitas a domicilio en esos inquilinatos no podían ser excesivas para su estado.

—No, estoy bien —contestaba siempre Mary.

Estaba decidida a refutar el argumento más usado para impedir el estudio de la medicina a las mujeres: que, por su dedicación al matrimonio y a los hijos, el estudio era una pérdida de tiempo, pues rara vez practicaban la profesión por tanto tiempo ni con tanta constancia como los hombres. Pero Gottesman, paternal, repetía:

—En cuanto sienta que eso la cansa demasiado, dígalo y le asignaré funciones dentro del hospital.

Gottesman no carecía de sensibilidad. Sí, conversaría del tema con él.

Gottesman había convocado a una reunión de personal médico en su despacho, para discutir un asunto más social que médico. Algunos de los profesionales de más edad estaban escandalizados por las prácticas de los más jóvenes, que les resultaban insultantes y rudas, ya que acostumbraban percutir y auscultar a las pacientes a pecho descubierto.

Cuando Gottesman abrió la discusión, los mayores, graves y malhumorados,

insistieron en que la paciente debía permanecer cubierta, para evitar su tensión y la mala fama del médico. Los jóvenes señalaron que se lograba un sonido más claro apoyando el estetoscopio directamente sobre la piel, sobre todo al practicar la percusión. Por fin, Mary pidió la palabra:

—Es obvio que yo parezco estar en situación de dar la opinión de la paciente, puesto que se me ha sometido a frecuentes exámenes médicos desde hace algunos meses. En esos casos, yo no pienso en el pudor, sino en que mi hijo nazca saludable y creo que otras pacientes sienten lo mismo. Ese falso pudor nace del médico y no de la paciente. Como mujer, digo que queremos el mejor tratamiento posible, sea como fuere.

Terminada la reunión, Mary se demoró en el despacho. Gottesman preguntó:

—¿Llegó el momento de abandonar las visitas a domicilio?

—No, nada de eso.

El administrador, comprendiendo que se trataba de algo más privado, le señaló una silla junto a su escritorio.

—Bien, ¿qué quiere decirme?

—Le agradecería que me recomendara a un rabino.

—Un rabino —repitió él, desconcertado—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Quiero discutir con él cierto problema —fue cuanto Mary dijo al sorprendido administrador.

Gottesman escribió un nombre y una dirección en una página. Antes de entregárselo, señaló:

—Es el más interesante de todos los que puedo recomendarle. En realidad, la dirección corresponde a una nueva sinagoga que se estableció gracias a él. Parece que mantuvo una fuerte disputa con su congregación anterior por oponerse a una costumbre ortodoxa.

Capítulo 33

El nombre escrito en el papel era el del rabino Wolfgang Rosenson. La sinagoga, Emanuel. Se trataba de un pequeño edificio, apretado entre dos mansiones mucho más grandes. Empujó la puerta y entró en el silencioso santuario. «Este lugar no se diferencia mucho de la iglesia de la Trinidad, dejando a un lado los vitrales». Algo más animada, bajó por el pasillo y se detuvo ante el altar.

Una voz la hizo girar en redondo.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarla, señorita?

La voz era grave; lo parecía más aún por el fuerte acento alemán. Mary se encontró frente a un hombre que estaba de pie ante la puerta. Aunque la luz era escasa, él pareció notar su estado, pues dijo:

—Pensé que era una muchachita, pero veo que es una mujer. Casada, espero.

—Sí, sí —aseguró ella, apresuradamente.

—Bien —aprobó él, visiblemente aliviado—. Cada vez me preocupan más las jóvenes que están en ese estado sin tener tanta suerte como usted. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, hija mía?

—Quisiera hablar en privado con usted, por largo rato, tal vez.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té? —invitó él, indicándole que lo siguiera.

En la modesta habitación que le servía de estudio había un pequeño calentador a gas. Mientras calentaba el agua, preguntó:

—Usted no es judía, ¿verdad?

—No.

—Pero su esposo sí —adivinó él—. Otro problema que va en aumento. Hábleme de su esposo, ¿quién es? ¿Lo ha afectado la guerra?

—Sirve en Virginia, con las fuerzas de la Unión.

—Y usted está sola en el momento en que una mujer necesita como nunca la ayuda y el apoyo de su esposo. Qué lamentable. ¿Quiere consejo y orientación? Ante todo, debe ponerse en manos de un médico del Hospital Judío. Allí la atenderán bien.

—Yo misma soy médica del Hospital Judío.

Rosenson giró hacia ella, con la tetera humeante en la mano.

—¡Oh, Dios mío, no me diga que es usted!

—Temo que sí —reconoció Mary.

—Me han hablado de usted. A esta sinagoga acuden varios médicos. Usted es una joven muy franca, con ideas muy definidas: sobre la medicina, sobre las autopsias... y sobre otros problemas. Bueno, bueno —agregó, sonriéndole—. Ahora vayamos a lo que la trajo aquí.

—Al principio, mi esposo y yo decidimos no permitir que en nuestro matrimonio dominara ninguna de nuestras dos religiones. Temo que ni siquiera estamos casados a los ojos de Dios, sino sólo con el consentimiento del Estado.

—Comprendo —dijo el rabino, sin establecer juicio—. ¿Y?

—Ahora descubro que la sociedad ha decidido por nosotros. Como soy médica del Hospital Judío, se da por sentado que soy judía. Y como me llamo Lilliendahl, tengo que serlo por fuerza.

—Y le cuesta aceptar eso.

—Por mí no. Pero pronto tendré un hijo. Espero que sea varón y muy parecido a su padre. Pero la elección que pensábamos otorgarle parece prohibida por la sociedad. Tal como me creen judía a mí, lo creerán a él.

—Al parecer, en la mente cristiana el hecho de ser judío es más importante que cualquier otra cualidad. Ni siquiera una mujer tan fuerte y decidida como usted puede cambiar eso.

—No tenía intenciones de cambiarlo. Pero si mi hijo ha de ser etiquetado como judío, sujeto a todos los prejuicios existentes, me parece justo que sea, realmente, judío, con todo lo que ello significa.

—Ah, comprendo —repitió el rabino.

—Por eso quisiera que usted me recomendara un curso de estudios para capacitarme a fin de educar a mi hijo como judío, ya que el mundo lo creará tal. Quiero que se sienta orgulloso y seguro de sí, que pueda entenderse con los prejuicios cuando deba enfrentarlos.

—Y piensa enfrentar el problema tal como enfrentó sus estudios médicos: leyendo libros, escuchando conferencias.

—Aun asistiendo a los servicios religiosos, si fuera necesario.

El rabino bajó la taza de té y preguntó:

—¿Y si eso no fuera suficiente?

Mary lo miró, interrogante.

—Siempre fui buena estudiante. Estoy segura de poder dominar la materia como para enseñársela a mi hijo.

—¿Y si eso no fuera suficiente? Pues, según la ley judía, la religión de la madre determina la del hijo.

Mary lanzó una exclamación de sorpresa.

—Por motivos válidos. La paternidad puede ponerse en duda, pero siempre se sabe quién es la madre del niño. Empero, desde un punto de vista más humano, la madre es quien tiene la mayor influencia sobre los primeros años de la criatura. Por eso, las dificultades son mucho menores si ambos pertenecen a la misma religión. Ya ve usted, a pesar de sus deseos de preparar a su hijo para el futuro, no puedo prometerle mucha ayuda. El mundo puede creer lo que quiera, pero entre los judíos no será judío.

—Eso lo pone en una especie de limbo —concluyó Mary, entristecida.

—Temo que sí, querida mía. Es una de las consecuencias del casamiento entre personas de diferente credo. Pero puedo darle ciertos libros que, cuanto menos, la

familiarizarán con nuestra religión, para que pueda educar a su hijo. Después de todo, no le hará daño comprender y enorgullecerse de la religión de su padre.

—Sí, eso me ayudará mucho —asintió Mary.

Dejó su taza y se abrigó en la capa, dispuesta a retirarse.

—Si los libros le sirven de ayuda o si puedo contestar a alguna pregunta —dijo el rabino—, no deje de visitarme. Al menos, considéreme su amigo. —Le tomó la mano, agregando—: El problema no es fácil, pero haré lo que pueda.

Durante todo el día, en el dispensario y durante las visitas a domicilio, la entrevista con el rabino siguió perturbando a Mary. Su consultorio privado, que parecía cada vez más concurrido al crecer su reputación en el vecindario, se colmó aquella noche como nunca. El único consuelo era Celeste, el ama de llaves que le había conseguido su madre: una enérgica muchacha de diecisiete años, de origen francés, que se había adaptado rápidamente a la rutina de preparar y servir una comida caliente y liviana, al terminar las horas del consultorio.

Mientras cenaba se permitió el único lujo del día: releer la última carta de David. Él seguía informando de pérdidas y derrotas sufridas por la Unión, cuando los periódicos, en sus titulares, anunciaban victorias. Era de temer que las cartas de su marido fueran más veraces que los informes periodísticos. De lo contrario, ¿por qué seguían enrolando a los hombres, en la ciudad?

Se durmió enseguida, cansada por el trabajo y el embarazo. Pero despertó en mitad de la noche, pensando en su diálogo con el rabino. El hombre se había mostrado muy amable, pero no había hecho sino aumentar sus preocupaciones. Si un niño estaba condenado, aun entre los judíos, a pertenecer al credo de su madre y el mundo pensaba otra cosa, debería vivir entre dos mundos, ninguno de los cuales lo aceptaría.

No podía cargar a David con más problemas. Debía decidir por su propia cuenta.

Cualesquiera fuesen los misterios de la religión judía, no le serían tan difíciles si habían creado un hombre tan bueno y sensible como su David. Los fragmentos de religión y tradición judías que le había oído mencionar de vez en cuando, las comparaciones entre sus costumbres y las de los Sinclair, probaban que no había tantas diferencias. Y si el mismo Jesús había sido judío, ¿hasta qué punto podían estar en conflicto los dos credos? Sólo el prejuicio creaba la virulenta separación.

Se sentía lo bastante madura y fuerte como para entenderse con cualquier intolerancia. Después de todo, había soportado y superado los prejuicios que impedían a las mujeres estudiar medicina. Pero el niño que llevaba en su seno, desde su inocente e indefensa niñez, se vería obligado a luchar con ellos. Merecía estar preparado; más aún: a ella le correspondía prepararlo. Acabó por decidir que era la responsabilidad aceptada cuando se casó con David y eligió concebir sus hijos.

Por amor a su hijo, decidió pasar por los ritos necesarios para convertirse a la misma religión de su esposo y del niño.

Capítulo 34

—La ayudaré —había prometido el rabino Rosenson, palmeándole suavemente la mano—. Pero hay ciertas reglas que debo respetar. En primer término: si usted quisiera convertirse sólo para facilitar el casamiento, le diría que no. Segundo: si quisiera hacerlo sólo por su hijo, también me negaría. Debe ser algo que usted haga por sí misma, después de mucho estudiar y reflexionar. Así, cualquier beneficio que su hijo pueda recibir se basará en un terreno más firme.

”No quisiera que, más adelante, si su hijo la desilusiona, como suelen hacer los hijos al crecer, usted le dijera, o siquiera pensara: «Por él renuncié a mi propia religión». Esa carga sería demasiado grande para cualquiera de los dos. Le daré algunos libros para que lea. Piense en lo que dicen. Y si se cree dispuesta a asumir los dolores y las alegrías de ser judía, venga a verme.

Mary miró aquellos ojos pardos, compasivos, y asintió.

Estaba en el séptimo mes. Gottesman insistía en que redujera sus actividades a las tareas del hospital, pero Mary prefería proseguir con las visitas a domicilio, pues tenía la sensación de que esos pacientes eran los que más la necesitaban.

Aunque la carga física de su embarazo había aumentado, también se hacía tiempo para proseguir con el estudio de los libros que el rabino Rosenson le enviaba constantemente. Al amanecer, al acostarse, leía sobre tradición, historia y cultura judías.

Comenzaba a conmoverla la larga y trágica historia de un pueblo ennoblecido por el sufrimiento y el sacrificio. Poco a poco llegó a compartir sus penas y sus alegrías. Sentía que ya estaba preparada. Pero antes de anunciarlo a Rosenson debía solucionar su problema personal.

Comenzó por escribir una nota y la envió por intermedio de Celeste.

Queridísima mamá:

Necesito conversar contigo y con papá. ¿Podrías invitarme a cenar en algún momento en que estemos los tres solos? Con todo cariño,

Mary

Su madre respondió inmediatamente. Mary debía ir a cenar el domingo por la noche, a las ocho en punto. La joven hubiera preferido cualquier otra noche, pues los Sinclair dedicaban todo el domingo a la iglesia, la lectura y el estudio. Llegó algo temprano, pensando que necesitaba más tiempo. Su padre estaba en el estudio, leyendo un nuevo manuscrito. En cuanto la vio se acercó a ella, cuidando de no tocar su prominente vientre y la besó en la mejilla. Era como si considerara un desprecio hacia él ese embarazo proveniente de un judío.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, tratando de fingir interés.

—Los médicos dicen que todo va muy bien.

Se acercó a la mesa rodante, donde había dos botellas.

—¿Un poco de vino, querida? ¿Madeira? Muchos médicos dicen que es un tónico para las mujeres en tu estado.

Mary prefirió no mencionar que otros médicos prohibían absolutamente a las mujeres las bebidas alcohólicas, tanto en el embarazo como en el momento de la concepción. Para no ofenderlo, aceptó un vaso de dorado Madeira, del que sorbió apenas lo necesario como para salvar la circunstancia.

—¿Qué noticias hay del frente?

—Las cartas son frecuentes, pero siempre con las mismas noticias. A pesar de todo lo que los médicos hacen, las muertes se acumulan. Si no es por las heridas, es por el tratamiento, por la fiebre, la diarrea, la neumonía... Horrible. Y estoy segura de que él no me cuenta lo peor.

El padre asintió, tristemente.

—A veces me arrepiento de haber votado por Lincoln. Pero nos debemos a nuestros ideales. No podemos permitir que se siga con la esclavitud. ¡Esos malditos rebeldes tienen que perder la guerra! ¡Y lo saben!

—David piensa lo mismo —dijo Mary, pronunciando por primera vez el nombre de su esposo.

En ese momento entró la madre.

—¿Qué piensa David?

—Está seguro de que el Sur perderá —señaló Mary, mientras se acercaba para abrazarla—. Igual que papá.

—Lo importante no es ganar o perder, sino salir de esto —repuso Edith Sinclair—. Todos los días desaparecen jóvenes. Se los llevan de dieciséis años. Son niños, no hombres. ¿Adónde vamos a parar? —Se apartó de Mary y la observó con cuidado—. Tienes la cara muy delgada. Deberías dejar alguno de tus trabajos. ¡Ya sé! Cierra el consultorio.

—No puedo —protestó Mary—. Apenas empiezan a conocerlo.

—Tu salud es más importante. Bueno, la cena está lista.

Durante la cena no hubo ninguna oportunidad decorosa de presentar el tema. Mary lo postergó hasta que se sentaron en el salón a tomar café. La madre, tensa, esperaba a que ella revelara el motivo de su visita. El padre seguía expresando sus pesimistas opiniones sobre la guerra, la economía nacional y el presidente Lincoln.

—Ese hombre no sabe nada de economía. Y ese judío que llevó de Nueva York para que lo ayude va a acabar con el país. —De pronto pareció recordar algo—. Es de tu hospital, ¿no?

—Uno de nuestros directores. Joseph Seligman.

—Bueno, sabrá algo de administrar hospitales, pero de economía nacional, ¡nada! Sin embargo, dicen que los judíos tienen habilidad para manejar el dinero. Ahí están

los Rothschild y tantos otros. Los judíos alemanes y el dinero parecen ir de la mano.

Edith intervino, tratando de allanar dificultades:

—Mary, cuéntanos ahora de qué deseabas hablarnos. Si se trata de venir a casa en cuanto nazca el niño, ¡tienes que venir, por supuesto! Está Agnes para ayudarte en el momento en que más vas a necesitarlo. Y en cuanto a mí, me encantaría. Confieso que me siento un poco sola desde que te fuiste. —Miró a Amos, como si temiera ofenderlo—. La casa es demasiado grande. Se diría que está llena de ecos, en estos tiempos.

El marido la fulminó con los ojos. Obviamente, era la primera vez que su mujer expresaba esos pensamientos en voz alta. Mary dejó su tacita y giró levemente en la silla para mirar a su padre a los ojos. Ya preparada para lo peor, anunció:

—No puedo dejar de darles la noticia. He decidido convertirme al judaísmo.

El impacto de su declaración no fue inmediato en el padre. Su rostro permaneció inalterable. Se apoderó de él una silenciosa cólera. Por fin estalló:

—¡Judía! ¡Mi hija quiere ser judía! ¡Ni loco podría permitirlo! ¿Me oíste? ¡No lo voy a permitir! —Se levantó de un brinco—. Lo sospeché desde el comienzo. Él lo tenía bien pensado, por supuesto.

—No es idea de David —aclaró Mary, en voz baja, con todo el respeto posible.

—Apostaría a que está en esas malditas cartas. Dices que te escribe con frecuencia. ¿De qué? ¿Qué puede contarte sobre la guerra? En una o dos cartas está todo dicho. ¿Y de qué más escribe?

—De lo que siente por mí, por ejemplo. Siempre me dice que me ama y me echa de menos —contestó Mary con lealtad.

—Seguro. ¡Hazme el favor, sé sincera! ¿Cuántas veces te ha acorralado para que reniegues de tu religión?

—Nunca.

—¿Y de dónde sale esa idea absurda? —reclamó él, mirándola.

Mary no apartó la vista. Poco a poco, el padre comenzó a entender.

—¿Me estás diciendo que es idea tuya, sólo tuya?

—Sí, papá.

—¡Me niego a creerlo! —protestó con vehemencia. Y como para apoyar su propia y enfurecida conclusión, improvisó—: Yo sé lo que pasó. ¡Ese judío astuto! Primero hizo que te casaras con él, prometiéndote que mantendrías tu religión. Después te dejó embarazada. ¿Por qué? Sabía que, después de eso, serían dos contra uno en la familia. ¡Tendrías que volcarte de su lado! Ha de estar muy orgulloso de su estratagema.

—Ni siquiera sabe que estoy embarazada.

—Mary, querida —intervino la madre—, ¿no se lo has dicho?

—No quiero que se preocupe por mí con todo lo que debe enfrentar allá.

Edith Sinclair se acercó a abrazarla.

—Debiste decírselo. Tiene derecho a saberlo.

Mientras tanto, Amos Sinclair había salido de la habitación. Edith trató de que su hija se quedara a pasar la noche, pero Mary insistió en volver a su casa, por si se producían emergencias durante la noche. Tenía dos jóvenes pacientes que podían agravarse.

Encontró al padre en el estudio.

—Papá... papi... —No había empleado esa palabra desde que era niña—. Me voy —anunció.

—¡Bueno, vete! Y no te molestes en volver. Ésta ya no es tu casa. Y ya no te considero hija mía.

—¿Papi?

—¡Vete!

Capítulo 35

—Señor —observó el mayor Lilliendahl—: las lluvias de los últimos días, además de llenar los pantanos, han provocado otro deplorable inconveniente. La tierra que cubre nuestras letrinas ha sido barrida, poco a poco, y los excrementos se están filtrando en nuestras reservas de agua.

El coronel dejó de perseguir a uno de «esos malditos mosquitos» para preguntar, con gravedad:

—¿Está seguro?

—Hemos hallado pruebas. Demasiadas pruebas, por desgracia.

—En ese caso puedo insistir en que se nos traslade. Tal vez hayan dado de alta a los heridos menos graves del hospital de Bradenville. Podríamos llevar a nuestros heridos allí. Escribiré inmediatamente al general. Gracias, mayor. —Stiles agregó, suavemente—: Vea, Lilliendahl: si a veces me muestro irritable es por las presiones de esta guerra. Nunca asuma el comando, si puede evitarlo. Y si se le ocurre alguna idea, aunque sólo sea una de sus teorías, no deje de comunicármela.

—Gracias, señor.

David hizo una respetuosa venia y se encaminó hacia la abertura de la tienda. En el momento en que levantaba la solapa para salir, giró en redondo. Stiles, sonriente, comentó:

—No esperaba que se le ocurriera tan pronto. ¿De qué se trata, mayor?

—Permítame sugerirle, señor, que el hospital de Bradenville puede estar todavía colmado.

—¿Le parece? —comentó el coronel, intrigado.

—¿Ha notado, señor, que los heridos hospitalizados no vuelven al combate en el mismo número que los tratados en el campamento?

—No, no lo había notado. ¿Por qué es, Lilliendahl?

—No lo sé. Ni siquiera tengo teorías, señor. Sólo me ha llamado la atención el hecho.

—Ya veo —dijo el coronel, nuevamente ocupado con otro fastidioso mosquito—. ¡Diablos, Lilliendahl, ojalá tuviera alguna teoría sobre cómo liberarse de estos malditos!

—Más me gustaría tener una sobre cómo conseguir reclutas nuevos. Al paso en que aumentan nuestras pérdidas diarias y disminuyen los voluntarios, convencidos ya de que la guerra será larga, pronto nos quedaremos sin hombres. Pero tal vez sea para mejor, si eso sirve para terminar de una vez por todas con este derramamiento de sangre.

—Temo que no es eso lo que piensan en Washington —dijo el coronel, ceñudo—. Acaban de informar por telégrafo que hay una nueva ley de conscripción obligatoria.

—¿Otra más?

—Como todos los jóvenes solteros ya están alistados, ésta incluye a los hombres

casados, aunque tengan hijos.

—¡Pero tiene que haber un límite! —protestó David.

—En la guerra sólo hay un límite: la victoria —afirmó el coronel, gravemente—. A menos que haya dinero de por medio.

—¿Cómo, señor?

—Según la nueva ley, si un hombre no quiere ir y tiene trescientos dólares para pagar un sustituto, el gobierno acepta el dinero.

—¡Es injusto!

—En tiempos de guerra, la justicia es la primera baja —comentó el coronel, amargamente, mientras asestaba una palmada a otro mosquito.

«No sólo injusto, sino también inconstitucional», decía el subtítulo del *Tribune*, citando al gobernador de Nueva York. Pero su protesta no sirvió de nada. Puesta en vigor la ley, a la mañana siguiente se vio a los alguaciles del gobierno, pistola en mano, enfrentándose con los trabajadores que encontraban en la calle para anotar sus nombres en las nuevas listas.

Entre rezongos y protestas, a veces rehusándose a dar sus nombres hasta que se les ponía la pistola contra la frente, los trabajadores cumplían. Más de uno murmuró:

—Si hubiéramos nacido aquí no nos llevarían de este modo. Ustedes sólo nos buscan a nosotros, los irlandeses.

Pero los alemanes y los húngaros se quejaban de lo mismo:

—¿Dónde están esos auténticos norteamericanos que se lo pasan sacudiéndonos el patriotismo en la cara? ¿Y los hijos de todos esos abolicionistas ricos? ¿Por qué no van a golpear las puertas de los cuarteles, pidiendo enrolarse?

El 13 de julio se publicaron las listas de los nuevos reclutas, confirmando los temores: la vasta mayoría estaba compuesta por nombres irlandeses y alemanes. Era una noche calurosa; casi todos los habitantes de los sectores pobres de la ciudad salieron a las calles, escapando de sus inquilinatos recocidos por el sol. Algunos se sentaron en los umbrales, mientras otros asomaban por las ventanas, y pronto las calles tomaron el aspecto de una asamblea de ciudadanos. De puerta a puerta se gritaba el rechazo a la nueva ley de reclutamiento.

El clima alcanzó el punto culminante cuando un joven de uniforme salió corriendo de su casa y se detuvo en medio de la calle, gritando:

—¡No vayan! Yo estuve allí y vi todo. ¡Es un infierno! ¡Peor que el infierno! ¡Hombres y muchachos mueren por millares!

Muy pronto, hombres, mujeres y niños se reunieron alrededor del joven soldado, que proseguía con su ferviente denuncia.

—Los que no mueren por heridas, mueren de fiebre o de disentería. Y los médicos no pueden hacer nada. ¡Les digo que no vayan! ¡Demuéstrenle a ese maldito gobierno lo que piensan todos!

Echó a correr por la calle, seguido por un ejército de manifestantes. Cuando llegaron a la esquina de la Sexta Avenida, otros se habían agregado al grupo. Al rato,

la multitud sumaba millares.

—¡A la oficina de reclutamiento! —gritó alguien.

Otros repitieron el grito:

—¡A la oficina de reclutamiento!

La policía ya había formado un cordón alrededor de ese edificio. Pero esa noche no bastaba toda la policía de Nueva York para detener el torrente de cólera despertado por la nueva ley. La turba quebró el cordón policial, irrumpió en el edificio, arrojó al suelo las listas de reclutamiento y les prendió fuego.

Una vez que las llamas se esparcieron, los sublevados formaron un anillo alrededor del fuego, sin permitir que la brigada contra incendios se aproximara. La oficina de reclutamiento se quemó totalmente, junto con dos edificios vecinos.

Alentada por esa victoria, la muchedumbre comenzó a saquear. Las tropas federales, acuarteladas en Central Park, fueron apresuradamente convocadas al centro para combatir la rebelión a tiros. Pero después de la primera descarga, antes de que los soldados pudieran recargar, el gentío, incontenible, los arrolló, quitándoles las armas.

El ruido de los disparos despertó a Mary Lilliendahl, quien se incorporó en la cama para escuchar. Su primer temor fue que algún batallón sureño hubiera logrado invadir Nueva York. Se levantó para ir hasta la ventana y miró hacia afuera. Hacia el oeste, toda la ciudad parecía estar en llamas. El humo y el fuego ascendían rugiendo. Por su propia calle volaban las chispas.

«Dios mío», pensó, «aquí mismo. ¡Así fue en Viena en 1848, según David! ¡Pero esto es aun peor!».

El instinto profesional le dijo que, liberadas fuerzas tan destructivas, debía de haber víctimas. A pesar de su estado, se vistió apresuradamente, decidida a acudir al hospital para cumplir cualquier tarea que se le asignara.

Al acercarse al Hospital Judío se enfrentó con la multitud, que corría hacia ella, colmando la calle de pared a pared. Se escondió en el portal más próximo, con la esperanza de que el gentío pasara. Apretada contra la pared, los vio pasar, llevando fusiles y otras armas, iluminando el camino con antorchas encendidas que también utilizaban para atacar.

Mary vio los rostros furiosos de hombres y mujeres, hasta de niños, atrapados en una fiebre de cólera, exigiendo venganza. Sus gritos ya no eran contra el Presidente, el ejército ni la ley. Ahora gritaban:

—¡No queremos morir por la libertad de los negros! ¡Matemos a todos los negros! ¡Así serán libres!

—Oh, no —susurró Mary, para sí—. Eso no, Dios mío, por favor.

Se produjo una súbita gritería. Como la muchedumbre ya había pasado, se aventuró a salir de su refugio y miró hacia la esquina. La multitud se había detenido, formando un gran círculo; se gritaban obscenidades de todo tipo. De pronto, tan súbitamente como se había detenido, volvió a marchar.

Mary corrió por la calle hasta el punto ocupado un momento antes por el gentío. Se quedó mirando fijamente el charco de sangre y el cuerpo quebrado que habían dejado detrás. Arrodillada ante el hombre, le movió la cara para examinarla a la luz de los edificios incendiados. Estaba muerto. Lo reconoció.

Era George. No conocía su apellido, pero trabajaba como ordenanza nocturno del Hospital Judío. Y era negro. Seguramente iba a trabajar cuando lo alcanzaron. Sin hacer preguntas, sin darle tiempo a explicar cuántas veces había ayudado y consolado a los blancos. ¡Matar, matar, matar a los negros!

«Es la locura», se dijo; «la locura, como una plaga arrasa la ciudad».

¡Matar a los negros! De pronto, esas palabras encendieron en Mary un nuevo temor. Si la turba continuaba por la avenida Lexington, acabarían por llegar al Asilo de Huérfanos Negros.

Abandonó al muerto y echó a correr por la avenida, a pesar del peso de su vientre. Estaba a dos cuadras de distancia cuando vio el resplandor del incendio. Apretó el paso hasta ver el edificio en llamas. Toda la planta baja estaba ardiendo; el mismo calor sorbía las llamas hacia lo alto. En las ventanas del piso superior asomaban pequeños rostros negros, con los ojos dilatados por el pánico, pidiendo auxilio a gritos. No había auxilio.

Las dos encargadas, al no encontrar salida, comenzaron a arrojar a los niños desde las ventanas. Cualquier daño que pudieran sufrir era preferible a la muerte segura que les esperaba en el edificio incendiado. Mary, a pesar de su embarazo y consciente de que arriesgaba a su propio hijo, trató de recibirlos en sus brazos a medida que caían. Tuvo suerte con uno, pero falló con otros varios; la espantó el impacto con que sus cuerpecitos se estrellaban contra la calle. Lo intentó otra vez y tuvo suerte, aunque recibió el golpe en su propio cuerpo. Sintió que algo pasaba en sus entrañas.

«Por Dios, que mi niño esté bien», susurró para sus adentros, mientras intentaba inútilmente recibir otra criatura.

La casa estaba completamente envuelta en llamas y ya no era posible intentar siquiera esa peligrosa forma de rescate. Los rostros de las ventanas se borraron tras el humo y el fuego. Por fin se apagaron las últimas súplicas angustiadas.

Mary, sollozando, fue de niño en niño, buscando a los sobrevivientes, experimentando alivio al oír algún llanto, algún gemido. Los atendió rápidamente, detectando huesos fracturados y cabezas sangrantes.

El personal de las ambulancias enviadas por el Hospital Judío la encontró, manchada de sangre, arrodillada junto a un negrito. Arthur Feldstein, joven estudiante de medicina asignado a la ambulancia, la puso de pie.

—Doctora Lilliendahl, doctora... —Ella pareció no reconocerlo en un primer momento—. Feldstein —le recordó el joven—. Nos enviaron para que hiciéramos lo posible.

—Hay que llevarlos al hospital. Algunos se pueden salvar... hay algunos...

—¿Está bien, doctora? —inquirió Feldstein, ansioso.

—Hasta donde se puede estar bien después de presenciar semejante salvajismo. Llémoslo al hospital.

El Hospital Judío convocó a todos los médicos que pudo localizar para que atendieran a los heridos que llegaban desde todos los sectores de la ciudad. En ese momento, varios grupos incontrolables iniciaron su propia rebelión destructiva. No fueron los negros las únicas víctimas. Una muchedumbre enloquecida volcó su odio contra los ricos, virtualmente exentos del servicio militar. No importó que alguna familia hubiera dado ya a sus hijos al ejército: si la casa era elegante, caía presa del saqueo y la destrucción.

A lo largo de toda la noche, las salas y corredores del Hospital Judío, como los de todos los hospitales de la ciudad, rebosaron de víctimas. Los niños negros, quemados, yacían en frazadas tendidas en el suelo, junto a las ancianas viudas de las familias más distinguidas de Nueva York. Los gritos de los heridos no conocían distinción de razas o de clases.

Mary Lilliendahl trabajó junto con sus colegas, toda la noche y la mañana siguiente, tratando de calmar dolores, curar heridas y aliviar a los que no tenían remedio. Al amanecer sólo quedaba un negrito con vida. Entre los adultos heridos, eran más los que habían fallecido que los sobrevivientes.

Gottesman, exhausto, acabó por tomar a Mary de los hombros, diciendo:

—¡Basta! ¡Ya ha trabajado demasiado, considerando su estado! Venga, le daremos algo de comer y un sitio donde descansar.

Ordenó a uno de los enfermeros que les llevara un desayuno y condujo a Mary hasta su despacho, donde la obligó, suavemente, a tomar asiento. Mary obedeció, aturdida por el cansancio y la impresión.

—Esa muchedumbre... gente... seres humanos... a los que tratamos todos los días... ¿Qué les pasó?

—Mi querida Mary, si usted se llamara Lilliendahl de nacimiento sabría lo que es un *pogrom*. En Rusia, en Austria, en Polonia se mata a los judíos de ese modo. Para nosotros es historia antigua. Pero ¡maldición! quemar así a los niños, a pobres negritos indefensos, ¡no, eso no! —protestó Gottesman. De pronto no soportó más y estalló en sollozos.

El espectáculo de aquel hombre angustiado, aunque se enorgullecía de su severa disciplina, hizo que Mary alargara una mano y tomara la suya. Así estuvieron hasta que él se recobró, diciendo:

—Disculpe. Pero estaba atendiendo a una criatura cuando murió. Un suspiro triste y se me fue... se me fue...

Llegó el enfermero con una bandeja. En el momento en que Mary acercaba la silla al escritorio creyó sentir una punzada, que en un principio atribuyó al cansancio. Pero antes de tragar el primer bocado llegó una segunda. En esa oportunidad la reconoció.

—Creo, doctor Gottesman, que estoy a punto de dar a luz —dijo simplemente.

—Oh, no —exclamó él—. ¿Tan pronto?

Esas simples palabras expresaban los temores de ambos. Un parto prematuro representaba, casi con seguridad, un mal pronóstico: ya fuera un niño poco desarrollado para sobrevivir o escasas posibilidades de nacer en buenas condiciones.

«Dios, que sea sano», rogaba Mary, silenciosamente, en tanto sus dolores aumentaban en frecuencia e intensidad.

Amos Sinclair, sudoroso de ansiedad y con el pulso acelerado, entró en el Hospital Judío por primera vez y sujetó al primer médico que vio pasar, preguntando:

—La doctora Lilliendahl, Mary Lilliendahl, ¿está aquí?

—Sí, no sé dónde —informó el atareado médico, alejándose.

—¡Maldición! ¿Quién está a cargo de esto?

—Gottesman.

Sinclair siguió caminando por el pasillo, repitiendo:

—Gottesman, Gottesman...

Por fin, un hombre dijo:

—Gottesman está en cirugía, con Fleissig y Fluhrer. Lilliendahl va a dar a luz.

Sinclair corrió hacia la puerta que el médico señalaba. Al espiar por la puerta vio a varios médicos agrupados alrededor de la mesa de operaciones. Iba a entrar, pero Gottesman giró hacia él.

—¡Salga de aquí! ¡Y cierre esa puerta!

—Es mi hija —protestó Sinclair.

El administrador salió a su encuentro.

—Será mejor que espere aquí fuera.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Está dando a luz. Algo prematuro, pero hasta el momento las cosas van bien —aseguró Gottesman, tratando de restar importancia al riesgo.

El padre lo miró a los ojos, exigiendo la verdad.

—Estamos haciendo todo lo posible. No desesperemos.

Sinclair asintió, sombrío.

—Ya lo sabía. En cuanto oí el alboroto corrí a su casa, pero no estaba. La busqué por la calle, no sé por qué. Finalmente me di cuenta que habría heridos y ella estaría tratando de ayudar. Y aquí vine.

El administrador comprendía bien el miedo de un padre por su hija. Dio a Sinclair unas palmaditas en el hombro y aconsejó:

—Vaya a mi despacho y espere allí. Yo lo mantendré informado.

En la sala de cirugía, Fluhrer y Fleissig se enfrentaban a una postura poco ortodoxa del bebé. Sería un parto difícil, cualquiera fuese el resultado final. Mary, totalmente consciente, trataba, a pesar del dolor, de cooperar con todas sus fuerzas, hasta que Fluhrer dijo, suavemente:

—Basta, querida. Lo sacaré con fórceps.

—Por favor, no lo lastime —rogó Mary.

—Haré lo posible.

En los minutos siguientes, pensando en todos los peligros por los que pasaba su hijo, Mary rezó por que naciera a salvo. Descubrió que estaba rezando tanto a Jesús como al Dios de David, a cualquiera que pudiese ayudar a su niño a nacer sano y entero.

Por fin, para alivio de Fluhrer y Fleissig, que habían estado conteniéndose para no expresar sus temores, a fin de no asustarla, el niño fue extraído mediante el diestro uso que el primero hizo de los fórceps. Aparte de una contusión en la cabeza, parecía sano. Los tres médicos intercambiaron una mirada de gran alivio. Mary, ya aquietada, susurró:

—Quiero verlo.

Gottesman le acercó la diminuta y arrugada criatura.

—¿Varón? —preguntó ella.

—Varón.

—Déjeme tenerlo en brazos, por favor.

Levantó las manos para recibirlo y, de la manera más profesional, examinó detenidamente al bebé. Revisó sus miembros y sus ojos. Una vez satisfecha, suspiró profundamente:

—Bueno, bueno. Nació sano. —Después de devolver al niño a Gottesman, agregó —: Debo ver al rabino Rosenson cuanto antes.

—Por supuesto, querida. —Y el administrador agregó—: Su padre está esperando.

—No quiero que me vea así. Debo arreglarme. Él siempre me llamaba «mi niña bonita».

—Le diré que usted está bien y que pronto podrá verla.

—Dígale también que tengo un varón —indicó Mary, orgullosa.

La trasladaron a un cuartito, al fondo del corredor, donde una enfermera la lavó y peinó su larga cabellera rubia. Entonces Mary pidió que se dejara entrar a su padre.

Él se inclinó, diciendo suavemente:

—¿Mimsy?

Hacía muchos años que no la llamaba así. Mary alargó una mano que él estrechó, muy tenso, delatando el terror que había sentido.

—¿Te dijeron? —preguntó Mary.

—Sí.

—¿Lo viste?

—No.

—¿Quieres verlo?

—No —repitió él, volviendo a ser el padre estólido y severo.

—Es sano. Y tan bonito...

—Para mí basta con que hayas salido del trance con bien.

Le dio una palmada en el brazo y se levantó. Mary comenzó a decir:

—Papá, ¿no podrás alguna vez...?

Se volvió a mirarla.

—No, querida mía. Temo que no.

Poco después de mediodía se oyó un golpe en la puerta.

—Soy yo —anunció una voz, ya conocida.

Mary se sentó en la cama. La puerta se abrió, dando paso al rabino Rosenson, que le besó la mano, sospechando el motivo del urgente llamado.

—Veo que Dios, por sus caminos misteriosos, se nos ha adelantado.

—¿Tiene importancia que yo no haya completado mi instrucción?

Rosenson le sonrió.

—Tu instrucción estaba completa hace tiempo. Nunca tuve una alumna tan apta. Pero no se podía apresurar un cambio tan fundamental. Antes de que circuncidemos a tu hijo serás una verdadera judía, con todo lo que eso implica.

—Mi esposo... ¡Hay que darle la noticia!

—Yo me encargaré de eso —prometió el rabino.

Capítulo 36

El mayor David Lilliendahl acababa de perder un caso muy difícil cuando un auxiliar se acercó, a la carrera.

—Mayor, el coronel Stiles quiere verlo de inmediato.

El coronel, en vez de recibirlo con su desaprobación habitual, le sonrió afablemente.

—No sabía que usted era un hombre tan importante, Lilliendahl. De lo contrario lo habría tratado con más respeto.

—¿Cómo, señor? —inquirió David, acostumbrado al sarcasmo del coronel.

Stiles le tendió el telegrama, enviado desde la Casa Blanca:

MAYOR LILLIENDAHL DEBE VOLVER A NUEVA YORK INMEDIATAMENTE POR ORDEN DEL PRESIDENTE.

FIRMADO: JOSEPH SELIGMAN.

—¡Mary! —fue la primera idea de David— ¡A Mary le ha ocurrido algo!

—¡Bueno, vaya de una vez, hombre!. Pero lo voy a echar de menos. ¿Quién va a torturarme con quejas, teorías y especulaciones médicas? —El coronel le tendió la mano—. Espero que encuentre a su esposa en perfectas condiciones. Y ahora ¡salga de aquí!

El viaje de David no fue más rápido que el del invierno anterior. La única diferencia consistía en que, siendo verano, los heridos no padecían el frío mortal, sino el insoportable calor de los trenes detenidos al sol.

Había salido de los cuarteles el lunes por la noche. Sólo el viernes por la tarde llegó a Nueva York, repitiéndose una y otra vez: «Espero que esté bien, tiene que estar bien, tiene que estar bien...».

Cuando la puerta se abrió, estaba preparado para abrazarla. Al verse frente a Celeste, cara desconocida para él, temió lo peor.

—¿Mi esposa, la doctora Lilliendahl? ¿Dónde está?

—Dentro —dijo Celeste, llevándose un dedo a los labios en señal de silencio.

—¿Tan mal está? —susurró él, afligido.

Celeste se limitó a repetir el gesto y le señaló el comedor. David se aproximó, intrigado. Al abrir la puerta descubrió a Mary, su Mary, de pie ante la mesa, con una vela delante y los ojos cubiertos por las manos. Entonaba suavemente una plegaria que él había oído repetir a su madre todos los viernes al atardecer, mientras encendía las velas sabáticas. La vio encender las velas con un fósforo, susurrando un suave: «Amén».

Con la misma suavidad, él la llamó:

—Mary, *Liebchen*...

Sobresaltada, se volvió hacia la puerta, sin poder creer que se tratara de David. De inmediato corrió a sus brazos. Se abrazaron con fuerza, sin intentar besarse. Bastaba con la proximidad.

Por fin la apartó para mirar su rostro radiante.

—¿Fue mi madre...? —preguntó, señalando las velas.

Pero Mary sacudió la cabeza.

—¿Quién, entonces?

—Yo.

—Nunca te lo pedí.

—Lo sé.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Porque soy una Lilliendahl. Y porque nuestro hijo es Lilliendahl —informó ella, con todo orgullo.

—¿Un hijo? ¡No me dijiste nada!

—Si te lo hubiera insinuado, siquiera, habrías desertado. Y tu lugar era aquél.

—¡Un hijo! —Al principio, la sorpresa lo sofocó. Pero siguió repitiendo—: Un hijo, un hijo. —Y entonces comenzó a sonreír, lleno de orgullo—. Soy el padre de un hijo. Tuyo y mío. ¡Y lo hiciste todo sola!

Mary se echó a reír.

—Bueno, todo no.

La tomó por la cintura y la levantó en vilo, sonriendo.

—Siempre dije que eras capaz de cualquier cosa. Pero jamás imaginé un hijo. —Entonces se puso serio—. Tenemos que hacer planes para él, decidir su nombre, pensar en su educación.

—Primero, querido, ¿no crees que deberías verlo? Ahora bájame.

Lo tomó de la mano y lo llevó por la escalera, hasta el cuarto que había destinado al niño. David se arrodilló ante la cuna, contemplando aquel pequeño milagro, que dormía apaciblemente.

—Mi madre —declaró—. Tengo que escribirle para contarle esto.

—Ya lo hice yo —informó ella—. Y firmé la carta con el nombre de Yahudith.

—¿Yahudith?

—El rabino Rosenson pensó que era necesario adoptar otro nombre. Elegí Yahudith, que significa «judía». Lo que ahora soy.

—Para mí serás siempre Mary, mi *Liebchen* —dijo David. Y preguntó, más serio—: ¿Y tu familia?

—Mi padre no ha querido siquiera ver a su nieto.

Y los ojos de la joven comenzaron a llenarse de lágrimas.

El domingo por la mañana, a una hora conveniente para los médicos que debían

cumplir turnos en el hospital, hubo reunión en casa de los Lilliendahl. Mary había invitado a algunos amigos y parientes suyos, pero sólo uno de ellos asistió: la tía abuela Lillian, quien, desde un principio, había sido su apoyo incondicional. Lillian insistió en acunar al pequeño. Al devolverlo a su madre, anunció:

—Será un niño excepcional. Inteligente, cariñoso. ¡Tu padre es un tonto!

Las mujeres permanecieron en la sala, mientras los médicos se congregaban en el consultorio. Mary, Celeste y la tía abuela esperaron, tensas. Sólo se oyó el grito del niño, rápidamente acallado por el rabino Rosenson, que le puso en la boca un terrón de azúcar con vino dulce.

El más joven de los Lilliendahl del Nuevo Mundo acababa de experimentar su primer dolor como judío.

Entre el vino, la torta y el café hubo risas y bromas. Gottesman dijo:

—Si algo deseo para este niño es que no sea médico. Espero que, al crecer, encuentre un oficio más placentero.

La conversación se tornó más seria cuando Fluhrer preguntó:

—¿Y cómo se llamará este hombrecito? No podemos seguir llamándolo «el bebé de Lilliendahl».

—Tengo pensado el mejor de los nombres —anunció Mary—. David Lilliendahl, hijo. Siempre me gustó cómo sonaba.

David no hizo más que mirar a Rosenson, mientras Fluhrer se arrepentía de haber tocado el tema. Entre los judíos, la superstición sostenía que dar a un niño el nombre de una persona viva equivalía a otorgarle una vida muy breve.

El rabino Rosenson, que había cobrado una gran admiración por Mary durante los meses de estudio, respondió, con fingida liviandad:

—Me sorprende que ustedes, médicos empeñados en luchar contra la superstición, se dejen limitar por ella. Mi querida Mary y yo somos los únicos, entre los presentes, que hemos estudiado recientemente la Biblia y podemos asegurarles que no hay ningún precepto religioso que impida dar a un hijo el nombre de su padre. Esa superstición nació hace apenas algunos siglos. Nuestro judaísmo, el de Mary y el mío, retrocede mucho más. Y nosotros afirmamos que el niño puede recibir el nombre de David Lilliendahl, hijo.

Miró a Mary, que le agradeció con una sonrisa y lágrimas.

Después de las ceremonias, Gottesman llevó a David aparte.

—Lilliendahl, considerando estas circunstancias, creo que puedo eximirlo de volver al frente.

—Prefiero volver.

Gottesman se encogió de hombros, intrigado, pero aceptó la decisión de David.

Esa noche, en la cama, le contó a Mary lo ocurrido con Gottesman. Ella comprendió.

—Todavía es por Fischof. No puedes perdonarte —dijo, con tristeza.

—Yo sé lo que él habría hecho. Y por la misma causa. Por sanguinaria y

destruictiva que sea esta guerra, la causa es justa: la libertad. Sin ella, el aire que respiramos es veneno. Debo volver al frente.

—Por supuesto, amor mío —dijo Mary.

Lo abrazó y volvió a besarlo. Así se quedaron dormidos.

Capítulo 37

La intensidad de la guerra había disminuido. El Sur ya no era capaz de la dura resistencia que había mantenido durante cuatro largos años.

Las víctimas llevadas al campamento médico de David eran menos numerosas, pero el porcentaje de muertes había aumentado. La enfermedad se llevaba, por entonces, tres víctimas por cada una que sucumbía a la acción del enemigo.

Las amputaciones proseguían sin cesar. Por las noches, David se arrastraba hasta su tienda, con la esperanza de olvidar los ruegos que pedían una muerte piadosa o los desesperados intentos por retener un miembro que representaba la muerte por infección.

Por fin llegaron al campamento rumores de que, a cien kilómetros de allí, en un lugar llamado Appotomattox, se habían reunido el general Grant y el general Lee. Cuando llegó la noticia, David luchaba desesperadamente por detener una hemorragia de estómago; la posibilidad de una paz inminente le pareció poco importante, en tanto trabajaba febrilmente para encontrar la arteria cortada.

—Señor —advirtió su auxiliar—, el muchacho ha muerto.

David siguió trabajando hasta reparar la arteria. Así comprobó que hubiera podido hacerlo a tiempo, en otras circunstancias, y se sintió aun más culpable.

El súbito silencio, al faltar la reverberación de los disparos que se habían convertido en parte de la vida diaria, le trajo la total comprensión de que, por fin, el Sur se había rendido. No hubo sensación de triunfo: sólo de alivio. El momento requería una plegaria o un salmo de agradecimiento, pero acababan de ponerle a otro herido sobre la mesa. Sólo tuvo tiempo de susurrar, suavemente.

—Gracias a Dios, ha terminado.

Y tomó el bisturí para volver al trabajo.

El día en que el ejército desmembró la unidad médica, el coronel invitó a David y a los cirujanos restantes para un brindis de despedida en su tienda.

—Caballeros, brindo por la paz y por ustedes, que han sobrevivido a este sangriento asunto. Brindo por sus esfuerzos y su ingenio. Bassett: el día en que nos quedamos sin paño para hacer torniquetes, usted improvisó fibras con cortezas blandas. Y usted, Crane: hacía falta un granjero para pensar que el jugo de un caqui verde podía servir como estíptico para detener las hemorragias. Y usted, Lilliendahl, que estuvo a punto de llevarnos a todos ante una corte marcial por arrancar pelos a la cola del caballo del general, ¿cómo se le ocurrió que se los podía usar para sutura?

—Cierta vez, mi esposa usó un cabello de su paciente en una cesárea. Y a mí se me ocurrió imitarla. La única diferencia es que a las crines hay que hervirlas para que sean más manejables.

El coronel se echó a reír, pero David se quedó pensando. Por algún motivo, las heridas suturadas con crines se recobraban mejor que las cerradas con suturas comunes. Tal vez algún día se descubriera por qué.

Era el 14 de abril, un lindo día de primavera en Washington. El primer tren en el que David podría conseguir pasaje salía a las 10:15. Con veinte horas por delante y sin amigos a quienes visitar en aquella ciudad desconocida, se dedicó a pasear por la capital, estudiando algunos de sus edificios.

Al llegar a la Casa Blanca, permaneció largo rato junto a la cerca, hasta ver que el señor Lincoln salía de la mansión, acompañado por tres hombres que se veían forzados a apresurar el paso para seguir la marcha de sus largas piernas. No había porte triunfal en Lincoln: sólo cansancio, agotamiento, como si ninguna decisión le hubiera sido fácil en los últimos cuatro años, como si cada muerte pesara sobre su propia conciencia. David conocía bien esa sensación.

Volvió a caminar. Consultaba con demasiada frecuencia su reloj de bolsillo, preguntándose cómo era posible que el tiempo se arrastrara con tanta lentitud, si durante la guerra había parecido tan escaso. Pensó en el viejo profesor Schranz, que le había regalado ese reloj, y se preguntó qué habría dicho el bondadoso anciano de saber los usos a que se había visto sometido.

A la mañana siguiente, cuando el tren de David llegó a Baltimore, la noticia se había adelantado por telégrafo: el presidente Lincoln había muerto, tras recibir un disparo en el Teatro Ford, la noche anterior.

Sobre todo el tren cayó un silencio horrorizado. Los hombres, para quienes el viejo Abe había sido la inspiración de los sustentara durante la larga guerra, lloraban como niños. Los niños miraban fijamente a sus mayores, sin comprender el impacto de la tragedia. En cambio, casi todas las mujeres contenían el llanto para tranquilizar a los pequeños.

David permaneció sentado en su rincón del atestado tren, mientras el agudo silbido perforaba el silencio como el cuchillo de un asesino.

Días más tarde, David y Mary, tomados de la mano, observaron silenciosamente el paso del cortejo fúnebre, en su marcha hacia su destino final de Springfield, Illinois.

1865 — 1882

Capítulo 38

Todos los días, desde hacía dos años, David se detenía ante la puerta de su casa para tocar el *mezuzah*^[21] que Mary fijara al marco. Después se besaba los dedos, como lo indicaba la tradición, y recordaba la devoción de la mujer que, por suerte, era su esposa.

Ese día fue diferente. Estaba tan preocupado que apenas se acordó del *mezuzah*. En vez de besarse los dedos giró en redondo y volvió a bajar los peldaños.

«Maldición», se dijo, furioso, «no puedo dejar que esto continúe. ¡Es un delito contra la medicina y la humanidad!». Corriendo, volvió al Hospital Judío. Demasiado tenso, hasta para devolver los saludos de sus colegas, se dirigió sin pérdida de tiempo a la pequeña oficina donde se guardaban las historias clínicas del hospital y pidió al empleado:

—Esta mañana, en el dispensario, examiné a una niña de doce años. Se llamaba Moran, Morrissey, algo así. Quiero ver otra vez su historia clínica.

El nombre resultó ser Sheila Elizabeth Meighan. El diagnóstico: tuberculosis avanzada. Había varias notas más, incluido el detalle de que la niña trabajaba desde los nueve años y medio, edad en que había llegado al país desde Irlanda.

Anotó su dirección y se retiró. La casa de la niña estaba a unas ocho cuadras del hospital. Le abrió una joven delgada, con el pelo revuelto y el batón mojado en el ruedo, como si hubiera estado de rodillas, fregando el piso.

—Soy el doctor Lilliendahl.

—Ah, sí —lo reconoció la señora Meighan—. ¿En qué puedo servirlo, doctor?

—Me gustaría ver otra vez a Sheila Elizabeth.

—Ha ido a trabajar. Allí son muy estrictos. Puede ser peligroso faltar, aunque sea por medio día.

—¿La envió a trabajar otra vez? —inquirió David, enojado.

—Todavía no hemos pagado el dinero de los pasajes. Cuando hayamos saldado la deuda tal vez ella pueda renunciar.

—¡Mi querida señora, la niña morirá antes! —estalló David. Y agregó, al ver que la mujer temblaba—: Disculpe, hice mal en decir eso. Pero no puede trabajar. ¿Dónde está ahora?

En cuanto la señora Meighan le dio la dirección, emprendió la marcha. Quince minutos después estaba ante un edificio viejo y sucio, del cual emanaban los ruidos de cien máquinas de coser. Con excepción de una ventana en el segundo piso, todas estaban cerradas por persianas. Trató de abrir la puerta, pero estaba con llave. Golpeó con fuerza. Pronto se asomó un hombre de rostro flácido y sudoroso.

—Sí, qué quiere.

—Soy el doctor Lilliendahl, del Hospital Judío. He venido a buscar a Sheila Meighan —anunció David.

—No tiene derecho a interrumpir su trabajo. Hoy ya lleva seis horas de atraso.

—Si no deja que la vea lo denunciaré a la policía —declaró David, nada seguro de que tuviera derecho a eso.

—Bueno, espere aquí —pidió el airado capataz—. Voy a buscarla.

El hombre se apartó de la puerta, pero David, en vez de esperar, entró tras él. Se encontró en una habitación grande, con largas filas de máquinas de coser, todas operadas por mujeres cincuentonas o por niñas que no llegaban a los diez años. Las más jóvenes ya se parecían a las más ancianas por la postura encorvada, las manos nerviosas y el esfuerzo físico exigido por los pedales. Todas mostraban el aspecto derrotado de la mujer resignada a una convicción desesperante: que sin la máquina de coser moriría de hambre.

David reconoció a Sheila Meighan casi en el fondo del salón. Acababa de interrumpir su trabajo para sofocar otro ataque de tos. El médico apartó al capataz de un empujón y marchó por el pasillo a grandes pasos. Antes de llegar a la máquina de Sheila pasó junto a otras dos niñas sacudidas por la misma tos sintomática que había llevado a Sheila al dispensario. La pequeña había reanudado su trabajo, en un súbito arrebato de industriosisidad, suponiendo que quien se acercaba era el capataz.

—¡Sheila! —la llamó David, levantando la voz para hacerse oír por sobre el ensordecedor estruendo de las máquinas.

La niña levantó la mirada, sorprendida.

—¿Doctor Lilliendahl?

—¡Acompáñame!

—No puedo. Todavía me faltan horas.

—Dije que me acompañaras —repitió David, con firmeza.

Las muchachas más cercanas dejaron de trabajar para mirarlo fijamente. Sheila estaba paralizada por el miedo y la indecisión.

—A mi madre no le gustaría —trató de explicar.

—¡Vamos!

La niña terminó el dobladillo del vestido barato que estaba cosiendo y dejó la máquina para seguirlo por el pasillo, mientras las otras la miraban, sin saber cómo interpretar esa interrupción sin precedentes de la rígida rutina. El capataz se adelantó por el pasillo y tomó a David por las solapas.

—Óigame bien: nadie, ¡nadie! puede entrometerse con el funcionamiento de esta fábrica. ¡Tengo que sacar adelante la producción!

David le tomó la mano y se la retorció hasta hacerlo retroceder contra una de las máquinas, aturdido y jadeando. Luego guió a Sheila por el pasillo y se detuvo ante otras dos muchachas. Sin prestar atención a las amenazas ni a las obscenidades del capataz, que se limitaba a insultarlo desde lejos, David examinó a las dos muchachitas y acercó el oído al pecho de cada una, mientras percutía la caja torácica. Las señales eran inconfundibles.

—¡Vengan conmigo, las dos!

El capataz gritó:

—¡No puede hacer eso! Deje a esas niñas. ¡Ya estamos atrasados!

—¡Vayan! —ordenó David a las dos acobardadas muchachas—. ¡Váyanse si quieren tener alguna oportunidad de sobrevivir! —Y se volvió hacia el resto de las operarías—. ¡Todas ustedes arriesgan la vida al trabajar aquí!

No habría provocado éxodo más frenético gritando: «¡Fuego!». Todas las trabajadoras forcejearon por salir. El capataz le gritaba, amenazándolo con llamar a la policía, pero sin acercarse.

David aguardó en la puerta hasta que la última de las mujeres salió.

Al día siguiente, mientras examinaba a un paciente, el doctor Gottesman fue llamado a su propio despacho. Como no acudió de inmediato, un hombre airado entró bruscamente en el consultorio.

—¡Gottesman, quiero hablar ya mismo con usted! —gritó Lewis Simonson.

—Un momento, señor Simonson —dijo Gottesman, concentrado en los latidos del corazón del paciente.

—¡Ya mismo, dije! No formo parte del directorio de este hospital para que me tengan aquí esperando.

Como los gritos del hombre hacían imposible cualquier examen, Gottesman dejó el estetoscopio.

—Sí, ¿qué pasa, señor Simonson?

—Por casualidad, ¿Tenemos a algún David Lilliendahl entre el personal de este hospital?

—Sí y es un médico excelente. ¿Quiere consultarlo?

—¿Consultarlo? ¡Quisiera matarlo! —aseguró Simonson—. ¿Sabe lo que hizo? Ayer invadió mi fábrica, se llevó a la rastra a tres muchachas y provocó un pánico. ¡Dijo a mis operarias que arriesgaban la vida por trabajar para mí!

—Permítame hablar con él para averiguar qué pasó —dijo Gottesman, con la intención de allanar la crisis más inmediata.

Pero Simonson no se dejó calmar con tanta facilidad.

—¡Los médicos no tienen derecho a meterse en las fábricas! ¡Los médicos deben estar en los hospitales! ¡Su deber es tratar a los enfermos y dejar los negocios a los comerciantes!

—Señor Simonson, estoy seguro de que podremos aclarar todo —afirmó Gottesman, intentando calmarlo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién me repone la producción perdida por culpa de ese médico loco? ¿Y quién me compensa por el daño sufrido por mi reputación de comerciante honrado? Ya he hablado con mi abogado. ¿Sabe que puedo entablar juicio a ese Lilliendahl por invasión de propiedad privada y...?

—Por favor, señor Simonson —pidió Gottesman, tratando de volver a lo

razonable—. Voy a hablar con Lilliendahl.

—Si no expulsan a ese hombre del hospital, inmediatamente, renunciaré al directorio y le aseguro que muchos otros harán lo mismo.

—No puedo despedir a un médico sin darle oportunidad de defenderse —dijo Gottesman, con tal firmeza que Simonson optó por no discutir.

—Está bien, hable con él, pero de inmediato.

A los pocos minutos, la noticia de aquella confrontación había circulado por todo el edificio. Algunos minutos después, Mary Lilliendahl, que acababa su trabajo en el dispensario, entró en el despacho de Gottesman. El administrador tuvo que confesar:

—Me alegro de verla. Insistí para que se conceda a David la oportunidad de arreglar las cosas con Simonson. Hable con él, Mary.

—¿Para decirle qué?

—Lo que le parezca. Pero si él no logra tranquilizar a Simonson, no creo que podamos retenerlo aquí. Le daré ocho días para que convenza a su marido.

—¿Y qué debe hacer David? ¿Decir que esas niñas no tienen tuberculosis? ¿O que la tuberculosis no es la plaga de los pobres? —inquirió Mary, indignada.

—Querida, querida —exclamó Gottesman, tratando de calmar su enojo—, por favor, escúcheme. Compartimos la responsabilidad de que un médico joven e idealista, llamado David Lilliendahl, no arruine su brillante carrera por culpa de un viejo iracundo. Yo hice mi parte calmando un poco a Simonson. Ahora, haga usted la suya convenciendo a David de que se disculpe. Tal vez así evitemos una reunión de directorio, que está compuesto, en su mayor parte, por amigos íntimos de Simonson.

—¿Disculparme? —repitió David— ¿Cómo voy a disculparme por decir la verdad? No me saldría una sola palabra.

Mary no trató de discutir.

—Iremos juntos a la reunión.

—Juntos no. No permitiré que arriesgues tu carrera por mi culpa.

—¡Iremos a la reunión juntos! —repitió Mary, con firmeza.

David sabía, por experiencia, que con ese tono rechazaba cualquier discusión.

Capítulo 39

Durante la semana siguiente, tanto Mary como David trataron de seguir con la rutina normal del trabajo hospitalario y la atención del consultorio privado. El miércoles previo a la presentación de David ante el directorio se reunieron, en casa de los Lilliendahl, el cuarteto musical compuesto por Jacobi al violín, Nathan Fluhrer en viola, un excelente cirujano en violoncelo y Mary al piano, con un público selecto, para el recital de todas las semanas. En esa oportunidad, la velada se dedicó a Mozart y a Bach. La ejecución fue impecable, pero faltaba el entusiasmo habitual: la audiencia inminente lanzaba su sombra sobre todos.

Al guardar su violín, Jacobi dijo a David:

—No te preocupes. Todo el personal médico está contigo.

—Si la presentación fuera ante el personal médico no me haría problemas —replicó David, resumiendo la situación.

Con lo que nadie había contado era que la audiencia se postergaría por circunstancias que escapaban al dominio de David, Mary, Gottesman y hasta Simonson, el enfurecido miembro del directorio.

El lunes siguiente, un día antes de la presentación, David fue a cumplir sus tareas de rutina en el dispensario. Entre sus primeros pacientes figuraba una niña de cuatro años que padecía, desde hacía dos días, de una grave diarrea, sin que los remedios caseros hubieran servido de nada.

La niña estaba muy sedienta, lo cual era natural, debido a la deshidratación. Pero sus ojos preocuparon a David; estaban hundidos y vacuos. Diagnosticó falta de sueño, debido a su estado, y recetó un calmante y caldo liviano.

La nerviosa madre le dio las gracias, envolvió a su hija en la frazada en que la trajo y se la llevó, mientras David volvía su atención a los pacientes restantes, que ese día parecían no tener fin. Pero mientras examinaba a un anciano se dio cuenta, súbitamente, de que había olvidado hacer a la madre de la pequeña una pregunta importante. Se disculpó y salió del hospital a la carrera para alcanzar a la mujer, a quien obligó a volver al hospital”.

Una vez allí, efectuó un nuevo examen de aquella debilitada criatura. En esa oportunidad puso especial atención en los brazos y en las piernas, que reaccionaban con espasmos musculares. Sus temores estaban confirmados. Volvió a estudiar sus ojos hundidos y la piel arrugada.

—Esos calambres en las piernas —preguntó a la madre—, ¿los tenía esta mañana?

—Sí.

—¿Y anoche?

—También —respondió la mujer, ya sollozando de miedo.

—¿Tiene otros hijos?

—Sí, cuatro.

—¿Alguno de ellos tiene problemas de estómago como Trudi?

—Sí, el mayor.

—¡Tráigalo! —ordenó David. Como la mujer no se movió, decidida a permanecer junto a su hija enferma, repitió—: ¡le dije que fuera a buscarlo!

Mientras la llorosa mujer obedecía. David tomó la temperatura a Trudi; era inferior a la normal. Entonces dijo al ordenanza del dispensario:

—¡Traiga al doctor Gottesman!

Antes de que el administrador pudiera sustraerse a sus otros deberes, la temerosa madre había vuelto con su hijo mayor. El niño parecía haber resistido la enfermedad algo mejor, pero sus síntomas eran idénticos.

David ya no dudaba de su diagnóstico. Eran las señales tan bien descritas por William Gerhardt, brillante alumno norteamericano de Pierre Louis, que había estado en París en 1832, durante la mortífera epidemia que aterrorizara a la ciudad. Era importante que Gottesman confirmara el diagnóstico, pues los efectos podían ser terribles, no sólo para las cercanías del hospital Judío, sino para toda la ciudad de Nueva York y, tal vez, para la nación entera.

Gottesman, como de costumbre, llegó tarde, impaciente y acosado por asuntos pendientes. Ante una sola palabra de David, su impaciencia se convirtió en sobresalto. Tras un meticuloso examen de ambos niños, estuvo de acuerdo con David:

—¡Cólera! —Y agregó, en un susurro—: Ojalá no se nos vaya de las manos.

Los dos niños fueron aislados en un cuarto del hospital, a fin de llevarlos al nuevo instituto para Enfermedades Infecciosas, por la mañana. El aislamiento no garantizaba que se evitara la epidemia. Puesto que no se conocía tratamiento alguno, los médicos sólo podían impedir la deshidratación excesiva y confiar en que la enfermedad, en su curso de tres a seis días, dejara a la víctima con fuerzas suficientes como para resistir las complicaciones.

La pequeña Trudi murió durante la mañana. Su hermano, que sufría grandes dolores, duró apenas unas horas más.

David Lilliendahl, afligido, llegó a su casa demasiado tarde para cenar con Mary y Davey. Ella estaba bañando al niño, pero percibió de inmediato la tensión de su esposo y, dejando al pequeño con Celeste, salió del cuarto con él.

—¿Qué pasa?

—Debes salir de la ciudad y llevarte a Davey. Ve a Yonkers, a la casa de tu tía Lillian.

Mary lo tomó por los hombros.

—¿Por qué, David?

—Cólera. Dos casos.

—Oh, Dios...

—Por la mañana, a primera hora, vestirás a Davey y...

Mary lo interrumpió.

—Si hay una epidemia haré falta aquí.

—No me importa. Tú y Davey son más importantes que nada en el mundo, ¿te vas!

—Mi lugar está aquí —insistió.

Algo más tarde, mientras comía la cena recalentada, la joven recordó:

—¡Ah! Hay carta de Viena.

—¿De mamá? Está entusiasmada porque sugerí que pronto podríamos viajar para verlos. Imagínate cuando...

—No es de mamá, sino de Doerner.

—¿De Doerner? —Después de la primera sorpresa, David se echó a reír—. No me digas que finalmente me ha conseguido un nombramiento.

Sin terminar su cena, fue al consultorio en busca de la carta. Parecía demasiado voluminosa, pero al abrir el sobre sacó sólo una nota abrochada a una monografía.

Mi querido Lilliendahl:

Usted se habrá olvidado de la medicina vienesa, pero nosotros aún lo recordamos. Su viejo amigo Semmelweis no renuncia. Acaba de llegarme esta monografía que, creo, puede serle de mucho interés. Por mi parte, comienzo a sufrir los mismos males que he diagnosticado en mis pacientes ancianos durante años. Venga a visitarnos pronto, por favor.

Afectuosamente, Doerner.

David comprendió que su antiguo profesor, al instarlo a esa pronta visita, estaba admitiendo la posibilidad de no tener mucha vida por delante. Un motivo más para hacer cuanto antes ese viaje a Viena. Tal vez en la primavera siguiente.

Hojeó la monografía como si estuviera renovando su camaradería con Semmelweis: *Causa, concepto y profilaxis de la fiebre puerperal, 1861, por Ignaz Semmelweis*. Pero no daba como lugar de trabajo el Allgemeines Krankenhaus, sino un oscuro hospital, localizado en Budapest. No era de extrañar que la monografía, escrita cinco años atrás, hubiera tardado tanto en llegar a manos de Doerner.

La leyó de inmediato. Cuando Mary entró, le pasó el trabajo. Su lectura la absorbió a tal punto que, cuando Celeste entró con Davey, ella no se dio cuenta.

—Yo lo acostaré —dijo David—. Tú sigue leyendo.

Se montó al rubio pequeño sobre los hombros y así lo llevó por la escalera. Después de acostarlo y besarlo, le recordó que, algún día, irían a visitar a los abuelos Lilliendahl a un lejano lugar llamado Viena. En ese momento, Mary se reunió con ellos y durmió al pequeño cantando una canción de cuna.

David, solo en el consultorio, estaba repasando la monografía de Semmelweis cuando Mary entró silenciosamente.

—¿Se durmió?

—Por fin. Tiene más energía de la que puedo manejar después de trabajar todo el

día. Está lleno de vida y de alegría. —Como David dejara el trabajo, ella comentó—: Una verdadera obra científica, lúcida, con técnicas bien descritas y resultados tan impresionantes que resultan indiscutibles.

—¡Eso es medicina! —asintió David—. Semmelweis es todo un científico. Dios mío, cómo lo envidio...

—Sin embargo está perdido en un pequeño hospital, quizás haciendo tan poco como nosotros.

—Voy a escribirle esta misma noche, para hacerle saber que he leído su monografía.

Pero apenas acababa de encabezar su carta cuando un ordenanza del hospital llamó a la puerta. El doctor Gottesman requería su presencia de inmediato. Esa noche habían llegado otros nueve enfermos de cólera.

David salió rumbo al hospital, pero se negó a permitir que Mary lo acompañara. Era preciso que ella y David viajaran a casa de su tía abuela.

Pasó la noche diagnosticando casos, la mayoría de los cuales eran niños. Lo poco que se podía hacer era inútil. Para David, aquélla fue una noche devastadora. Él y sus colegas se sentían indefensos ante aquella enfermedad que periódicamente había segado millares de vidas en Europa y en Asia. Las posibilidades eran aterradoras.

Por la mañana no cabían dudas: había una epidemia asolando Nueva York. David no volvió a su casa hasta que Gottesman insistió en que se retirara para dormir un poco.

Mary lo recibió con una cara tan sombría que su primer pensamiento fue: «¡No, Davey no! ¡No puede tener los síntomas!». Ella le leyó el miedo en la cara.

—No —dijo—, Davey está bien.

—¿Qué pasa, entonces?

—Hoy llegó otra carta de Doerner.

—¿Tan pronto?

—Dada la sugerencia que hacía en la primera con respecto a su salud, temí lo peor y me tomé la libertad de abrirla. Será mejor que la leas.

La nota estaba en el escritorio. La recogió, aprensivo.

Mi querido Lilliendahl:

Después de leer la monografía de Semmelweis, le escribí para felicitarlo. Me devolvieron la carta con una nota: «fallecido». Descubrí que nuestro amigo Semmelweis, ignorado por la comunidad médica, se había vuelto loco; murió algunas semanas antes de que llegara mi carta. Lamento darle tan mala noticia, pues sé lo mucho que usted lo apreciaba.

Afectuosamente, Doerner.

—Oh, Dios —murmuró David—, un gigante destruido por pigmeos. Una gran

mente científica a la que nadie quiso prestar atención. Quería presentártelo cuando llegáramos a Viena...

Levantó la monografía y la sopesó, comentando:

—Unas pocas páginas, unos pocos gramos. Pero son una verdad que vale oro. Y nadie le creyó.

—Los pioneros —le recordó Mary—, sobre todo en medicina, deben estar dispuestos a pagar ese precio.

—Merece que se lo recuerde. Mañana, antes de ir al hospital, iré a la sinagoga para decir *Kaddish* por él.

—Te acompañaré.

—No es obligatorio para las mujeres.

—Iré como médica, no como mujer —dijo Mary.

Para David y Mary, la audiencia postergada perdió toda importancia. Los días y las noches se convirtieron en un interminable desfile de pacientes enfermos de cólera. Casi todas las noches volvían a la casa tarde, no siempre juntos. A veces David insistía en que ella se retirara, mientras él permanecía en el hospital, subsistiendo gracias a brevísimas siestas y café.

Cuando lograban retirarse los dos juntos, nunca dejaban de pasar por el cuarto de su hijo, para asegurarse de que el pequeño David durmiera tranquilamente. En silencio, agradecían a Dios que él estuviera a salvo.

Una noche, mientras consumían la cena fría que Celeste les dejaba siempre, Mary notó que David comía muy lentamente.

—¿Qué te pasa, querido? —preguntó.

—Estuve pensando. Esta epidemia. Y Semmelweis. Es como si la noticia de su muerte fuera una advertencia para mí, una señal.

—¿De qué?

—Después de todo, ¿qué probó él? Que los médicos pueden transmitir enfermedades.

Mary se le adelantó:

—Trabajamos todo el día con casos de cólera. Y no sabemos bien qué lo provoca ni cómo se transmite, pero sí que pasa de persona a persona. Tal vez nosotros, como los médicos de esa Primera Sala de Obstetricia, estemos llevando la enfermedad con nosotros.

—Exactamente —admitió David—. Tal vez en eso consiste la advertencia encerrada en la muerte de Semmelweis. No tenemos derecho a someter a Davey a ese riesgo.

—¡Pero no quiero ir a Yonkers ni dejar a Davey con tía Lillian! Está demasiado lejos.

—Hay otro sitio en donde él estaría más a salvo.

—¿La casa de mi madre?

—La casa de tu *padre* —señaló David.

—Se lo pediré —prometió Mary.

—No quiero que te humilles ante él.

—Si tengo que humillarme para proteger a nuestro hijo, lo haré.

Al día siguiente, Mary fue a visitar a su madre, que se mostró a un tiempo regocijada y temerosa.

—Me encantaría tener a Davey aquí —dijo—. La casa está demasiado vacía. Pero no sé qué dirá tu padre.

—Iré a hablar con él.

—No esperes demasiado —le advirtió la madre.

—Bueno —dijo Amos Sinclair—, tardaste algo más de lo que yo esperaba. — Mary se había sentado, pero él permanecía de pie—. Sigo siendo tu padre y por amor a ti pasaré por alto las heridas que me has infligido. Es obvio que estás en dificultades. Si es por falta de dinero, eso tiene solución. Si has comprendido que estabas equivocada y quieres anular ese matrimonio, tan caprichosamente contraído, puedo soportar el escándalo. Y si quieres renunciar a esa conversión religiosa, para mí sería un gran alivio. Debo confesar que estos últimos años no han sido fáciles para tu madre ni para mí.

Habiendo dicho eso, se sentó en la silla, con aires de justo, dispuesto a aceptar la confesión de fracaso.

—Padre —comenzó Mary, tratando de respetar sus sentimientos—, no quiero renunciar a mi religión, ni creo que mi matrimonio haya sido un error. En cuanto al dinero, nunca seremos ricos, pero no es eso lo que nos interesa, de modo que tampoco nos consideramos pobres.

Las esperanzas de Sinclair se desvanecieron; pareció hundirse un poco más en el resentimiento.

—Si no es un problema de religión, de matrimonio ni de dinero, ¿qué te trae al último lugar donde esperaba verte, después de tanto tiempo?

—Tengo un hijo —comenzó ella.

—Sí, lo sé —replicó él, amargamente—. Yo estaba presente, como recordarás.

—Y te fuiste sin querer verlo. También recuerdo eso. Pero ahora hay epidemia en la ciudad.

—De cólera. En la iglesia de la Trinidad se han producido siete casos sólo en esta última semana, según dicen.

—Como David y yo estamos en contacto constante con los enfermos del hospital, nos pareció que sería más seguro llevar a David a otra casa. A ésta.

Amos Sinclair, sin saber qué decir, respondió:

—Debo hablar con tu madre.

—Ya lo hice yo. Está de acuerdo.

—Bueno... después de todo, no se puede culpar a un niño inocente por las

transgresiones de sus padres. Recibirlo es de cristianos.

Mary se levantó para darle un beso en la mejilla.

—No importa lo que sientas por mí. Yo te respetaré y te amaré siempre porque eres mi padre.

—Ponte de acuerdo con tu madre. Creo que tu cuna todavía está en la buhardilla.

Mary sonrió.

—Papá, Davey ya tiene dos años y medio. No duerme en cuna.

—¿Dos años y medio? —repitió él, asombrado—. El tiempo vuela. ¿Habla el niño?

—Un poco.

—¿Y camina?

—Lo bastante como para que no se pueda perderlo de vista —reconoció ella, sonriendo.

A la mañana siguiente llevó a Davey a casa de los Sinclair, con ropas y juguetes suficientes para días o semanas, y dio a su madre las indicaciones para preparar comida *kosher*.

Edith Sinclair, con el niño en brazos, comenzó a subir la escalera, hacia el cuarto que había sido de Mary. Pero él escapó de sus brazos, forcejeando, pues prefería luchar con los peldaños por sí mismo.

Mientras lo observaba, la abuela pensó: «Tan terco y seguro de sí como su madre a esa edad. Y ella no cambió jamás».

Capítulo 40

Mary Lilliendahl, alumna del exigente Pierre Louis, llevó registros detallados de todos los casos de cólera admitidos en el Hospital Judío o tratados por el servicio de visitas a domicilio.

Tras cinco semanas de cifras en constante aumento, notó, por primera vez, una disminución en el número de los pacientes. Averiguó en otros hospitales de la ciudad, pero ninguno de ellos, por desgracia, había efectuado estudios estadísticos similares, aunque coincidieron en que la afluencia de pacientes parecía haber disminuido. Mary sólo pudo basarse en sus propias estadísticas.

Aquello fue un gran alivio para la ciudad, sobre todo para el intendente, que había recibido muchas sugerencias sobre el modo de combatir la epidemia, una de las cuales consistía en disparar cañonazos con regularidad, a fin de agitar el aire, con lo que la plaga mortífera se alejaría hacia el mar.

En cambio, el fin de la epidemia no causó mucha alegría a David Lilliendahl: en cuanto la emergencia comenzó a pasar, el doctor Gottesman recibió una carta redactada por Jacob Winter, abogado de Lewis Simonson, insistiendo en que David fuera expulsado del hospital con la pérdida de todos sus privilegios. En vez de contestar con otra carta formal, Gottesman visitó a Simonson para rogarle:

—Señor Simonson, el doctor Lilliendahl ha prestado grandes servicios a nuestro hospital durante la epidemia, muy por encima de lo que se podía exigir de él. Es una característica de la nueva generación profesional, pero también debo señalar que estos jóvenes no se interesan sólo por los pacientes individuales, sino por la salud pública en general. Tal vez se equivoquen. Aun así, no podemos cerrarnos a las ideas nuevas si queremos que la medicina progrese.

—Mi querido Gottesman: para mí, la posibilidad de que una idea nueva *pueda* ser un progreso para la medicina no me importa tanto como una acusación que *positivamente* amenaza mi negocio.

El administrador estaba por contestar, pero Simonson lo cortó en seco:

—¡Fije fecha para la audiencia!

A la mañana siguiente, Gottesman aconsejó a David que buscara a un abogado.

—Soy médico, no litigante. No necesito abogado —respondió David enojado.

—Conozco a Jacob Winter. Créame que no le vendrá mal un abogado.

Cuando la epidemia desapareció, tan misteriosamente como había llegado, el primer pensamiento de Mary y David fue: «Ahora podemos traer a Davey a casa». Esa noche, antes de la hora en que el niño solía cenar, fueron a casa de los Sinclair. Agnes salió de la cocina para abrirlas, secándose las manos en el delantal.

—Están allá arriba, los tres. ¡Cuántas risas! Esta casa no estaba tan alegre desde que tú eras pequeña.

Mientras subían la escalera, Mary advirtió:

—Ni una palabra a mi padre sobre la audiencia.

Al subir el último peldaño oyeron la risa de Davey. Mary tomó a su esposo de la mano, con la esperanza de que su padre, por fin, se hubiera reconciliado con ese matrimonio y su vástago. Pero al llegar a la puerta vieron a Edith Sinclair en el suelo, jugando con su nieto, muy divertidos, mientras Amos Sinclair, en la mecedora, demasiado pequeña para su corpachón, los observaba sin muestra alguna de alegría.

—¡Mamita! —exclamó el niño, sorprendido, mientras corría hacia los brazos de Mary.

Lo levantó para besarlo; el niño se aferró a ella, ocultando la cara en su cuello. Mientras, David ayudó a Edith a levantarse.

—No sé por qué —comentó ella—, pero los mismos huesos que respondían tan bien cuando Mary era pequeña se han vuelto duros en estos años. —El comentario estaba destinado a salvar la tensión del momento, pues el semblante sombrío de Amos entristecía aquella feliz reunión. Con vacilación agregó—: Ya es hora de cenar y hemos preparado cordero, como a Davey le gusta. ¿Por qué no se quedan? Como en los viejos tiempos, Mary.

La joven miró a su padre, buscando alguna señal de bienvenida, pero no la hubo. Por lo tanto, respondió:

—En cuanto Davey termine de comer, nos iremos.

Edith ordenó:

—¡Davey, vamos a lavarnos las manos y te daré de comer! Hay unas chuletas de cordero muy ricas y jugosas, como te las prepara Agnes.

Y se llevó al niño de la mano, dejando a Mary y a David frente al dueño de casa.

Sinclair se levantó para besar a su hija en la mejilla, pero fue un beso formal, sin su antigua calidez.

—Me alegro de verte.

«Cielos, qué mal le hice», pensó Mary. «Pero no puedo permitir que viva mi existencia por mí. Yo tengo a David y al niño y eso es todo lo que una mujer puede desear».

La única señal de alguna flexibilidad fue una invitación del padre:

—¿Alguno de ustedes quiere un vaso de Madeira?

Mary sugirió:

—¿Por qué no tomas algo, David? Yo bajaré a atender a Davey y...

—¡No! —interrumpió Sinclair, súbitamente. Y agregó, algo abochornado—: Tu madre se entretiene mucho con el pequeño. Y él con ella. Siempre se los oye reír mientras él cena. Deja que le dé de comer por última vez.

—Edith —dijo Amos Sinclair, mientras se desabotonaba la camisa—, te prohíbo que te encariñes demasiado con ese niño.

—Pero es tan dulce y afectuoso...

—Por eso. ¿No te das cuenta de que es el plan de ese hombre? Así como sedujo a nuestra hija para que nos dejara y cambiara de religión, así quiere que te encariñes con el pequeño para usarlo contra ti.

Edith resistió el impulso de replicar directamente. Terminó de desvestirse y se acostó, de espaldas a él. Minutos después, con las luces apagadas, Amos detectó un suave rumor de llanto.

—¡Bueno, habla! —exclamó.

Ella, entre lágrimas, dijo:

—Tenía la esperanza de que pudiéramos invitarlos a comer, una vez por semana. De que trajeran a Davey y tal vez le permitieran quedarse a dormir de vez en cuando.

—Ya ves que te han convencido. Primero se trataba de tener al niño hasta que pasara la epidemia. Ahora quieres recibirlos una vez por semana. ¡Bueno, no será así mientras yo mande en esta casa!

—¡Es el hijo de Mary! ¡Nuestro nieto! —se rebeló Edith—. Y quiero comprarle cosas... regalos de Navidad...

—¿A un niño judío?

—Buscaré otras ocasiones —afirmó ella.

Hizo a un lado las frazadas y se levantó para pasar la noche en otro lado.

A Amos siempre le había costado dormirse en la cama vacía. Después de muchas vueltas, encontró a Edith en la cama de Mary, aún llorando.

—Edith —comenzó, como para solucionar las cosas—, por favor, no llores. —Ella siguió sollozando—. Está bien, que sea una vez por semana. A cenar. Pero recuerda: eso no significa que yo la perdone por abandonar a su gente y a su religión. Ahora vuelve a la cama, por favor.

En la casa de los Lilliendahl, David, en vez de acostarse, permaneció en el consultorio, tratando de hallar argumentos con que defenderse en la audiencia, al día siguiente. Cuánto más lo intentaba, más comprendía que no haría sino irritar a aquellos banqueros y comerciantes con lo que a él, como médico, le parecía de enorme importancia. Ante sí tenía el ejemplo de Semmelweis, quien no había podido convencer siquiera a sus propios colegas, aun con demostraciones estadísticas.

Acababa de arrugar otra hoja de papel cuando oyó un suave crujido en la escalera.

—*Liebchen?*

Mary apareció en el vano de la puerta, envuelta en su bata, con todas las señales de no haber pegado un ojo. Se desasíó de su abrazo y fue al escritorio para recoger las pocas páginas no destruidas.

—No hay mucho escrito —comentó él, desalentado.

Mary preparó un poco de té. Mientras lo bebían, David agregó:

—Me pasé la noche pensando en Semmelweis. Al principio relacioné las novedades sobre él con la necesidad de proteger a Davey. Anoche me preguntaba si acaso, de algún modo sobrenatural, no estaría escapando de su tumba para tirarme de

la manga, diciéndome: «Lilliendahl, no termine como yo, frustrado y lunático». Mary, tienes que prometerme una cosa. Si insistes en asistir a la audiencia...

—¡Insisto!

—En ese caso, no te sientes junto a mí. Te harían pagar a ti también por lo que yo hice. ¡Promételo!

Asintió, mientras pensaba: «Por suerte no le he dicho lo que confirmé hace algunos días. Se sentiría peor si supiera que vamos a tener otro hijo».

A la mañana siguiente, mientras bajaban la escalinata de entrada para ir al hospital, vieron acercarse un carruaje. De él bajó Edith Sinclair, con una caja lujosamente envuelta.

—Mamá, ¿qué es eso? —exclamó Mary, sorprendida.

—Un tren de madera. Estuve buscando juguetes para mi nieto.

Y ya que están los dos aquí, quiero que vengan a cenar todos los viernes a la noche.

Mary miró a David y respondió:

—Los viernes a la noche no podrá ser. Tenemos una ceremonia especial. ¿El sábado?

—Que sea el sábado. Traigan a Davey, por supuesto.

—El sábado —asintió Mary, dando un beso a su madre. Y agregó—: ¿Estás segura de que a papá no va a molestarle?

—Ya no me importa lo que él piense. ¡Estoy decidida a reclamar mis derechos de abuela! —aseguró Edith, con firmeza.

Capítulo 41

La modesta sala de directorio del Hospital Judío era lo bastante amplia como para albergar, con comodidad, a los doce directores, a Gottesman y a Jacobi, que habían asistido porque ocupaban puestos de importancia dentro del personal. Mary y David se sentaron en sillas opuestas. Simonson asistió acompañado por Jacob Winter, su abogado, provisto de papel y lápices, como anunciando que estaba listo para el combate.

Presidía August Klemmer, un anciano de pelo blanco y tez rubicunda, con una actitud severa y poco paciente hacia el joven médico. Miró a todos los presentes y declaró:

—Puesto que esta situación no tiene precedentes en el hospital, no sé por qué reglas debemos guiarnos. Voy a confiar en mi sentido común. ¡Comencemos, señor Winter!

El abogado, hombre fornido, de unos sesenta años, aprovechó bien su edad y su prestigio profesional. Después de una breve introducción, en la que explicó los daños causados por David en su invasión de la fábrica, concluyó:

—Caballeros: si esto fuera un tribunal, entablaríamos juicio al doctor Lilliendahl por daños y perjuicios. Pero el señor Simonson no es codicioso. Sólo quiere que el doctor sea castigado como escarmiento para todos los médicos jóvenes, por el bien de este hospital y de toda la comunidad judía.

Klemmer se volvió hacia David, invitándolo a contestar. El joven miró a Mary, se humedeció los labios y comenzó:

—Señor Klemmer, señores directores: lo que ocurrió no tiene relación alguna con el señor Simonson ni con cualquier dueño de fábrica por separado, sino con todos ellos. Quienquiera se beneficie con el trabajo efectuado por niños bajo tales condiciones debe ser condenado.

Antes de que pudiera continuar, Klemmer interrumpió:

—¿Y usted se atribuye el derecho de actuar como juez ante todos los comerciantes? ¡Caballeros, podemos votar ya mismo!

David se levantó para inclinarse hacia él.

—¡No, no pueden! Lo que estoy diciendo no se puede decidir con una votación entre varios hombres sentados a una mesa, sanos y salvos. Estoy hablando de asuntos públicos: la seguridad pública, la salud pública. ¡Y con eso ningún directorio puede jugar!

Klemmer, horrorizado, apeló a Gottesman, puesto que todos los médicos estaban bajo su responsabilidad. Pero el administrador replicó:

—Señor Klemmer, tras la terrible epidemia de cólera que esta ciudad ha soportado en las últimas semanas, no se puede negar que la salud pública es tema de importancia para este hospital. Muchas veces, en estos días, ustedes han venido a rogarme: «¡Ustedes, los médicos, deben hacer algo para terminar con esta plaga!». Si

se quiere poner fin a estos peligros públicos, también se debe escuchar cuando nosotros decimos cómo remediarlo.

—Pero no van a decirnos cómo manejar nuestros negocios...

Gottesman lo interrumpió:

—Para ser justos, no sólo con el doctor Lilliendahl, sino con toda la profesión, se le debe dar la oportunidad de hablar.

Klemmer acabó por ceder.

—Doctor Lilliendahl.

David buscó aliento en una mirada de Mary y recommenzó:

—Los médicos podemos observar que la pobreza origina enfermedades, pero sólo la sociedad puede remediarlo. Si la sociedad se niega a actuar, el médico se ve obligado a hacer lo que está a su alcance. Es lo que hice en el caso de la pequeña Sheila Meighan y las niñas que trabajaban con ella. Como se sabe de qué modo se propaga la tuberculosis, debemos tomar todas las precauciones posibles; de lo contrario podemos ser culpables de un descuido fatal. ¡Y el hecho de que ustedes, caballeros, nos impidan hacer eso, los convierte en culpables de un delito! El de poner en peligro voluntariamente la vida humana.

Dicho eso, David miró apresuradamente a su esposa y volvió a tomar asiento, con las manos heladas y temblorosas. Simonson, al otro lado de la mesa, codeaba a Winter para instarlo a contestar. Tras una pausa dramática, el abogado sonrió con indulgencia.

—Caballeros, a pesar de la impetuosidad del doctor Lilliendahl, sugiero que seamos considerados con él. Argumenta que la enfermedad medra donde hay pobreza y que, por lo tanto, es responsabilidad de los comerciantes poner fin a la pobreza. Si nuestro abnegado doctor Lilliendahl se interesa, realmente, en entablar tan decidida lucha contra la necesidad, sugiero que busque a quienes emplean a mayor número de gente en esta ciudad. Los aristocráticos miembros de la Iglesia de la Trinidad cuentan con muchos más obreros que los judíos de esta ciudad. ¡Se puede comenzar con ellos! ¿O hay algún motivo para que Lilliendahl no quiera hacerlo?

El abogado se volvió levemente en dirección a Mary.

—¿Acaso nuestro noble joven está tan decidido a congraciarse con la familia de su esposa que limita su agria crítica a los judíos?

David se levantó de un salto.

—¡Mi esposa y su familia no tienen nada que ver en esto!

Klemmer descargó varios golpecitos sobre la mesa.

—Doctor, ya tendrá oportunidad de contestar. Ahora permita que hable el abogado.

—¡No le permitiré esas indirectas y esas calumnias contra mi esposa!

Winter sonrió tristemente.

—¡Ah!, caballeros, ya se ve. Calumniar al señor Simonson está muy bien, pero en cuanto se dice una palabra contra su esposa, ¡qué torrente de protestas! No queda sino

despedir a este hombre del hospital, declarando así que el señor Simonson es un hombre honorable, libre de todas las calumnias levantadas contra él.

Winter se acomodó en el asiento, fingiéndose exhausto, mientras Klemmer reasumía la dirección de la audiencia.

—¿Y bien, doctor, antes de que votemos?

Todas las caras presentes lo condenaban, salvo las de Mary, Gottesman y Jacobi. Pero él empezó, de todos modos.

—Caballeros, no estoy tan versado en el arte dramático como el eminente abogado. Sólo sé lo que otros médicos ya han observado antes que yo: la pobreza origina enfermedades. Decir que el primer paso debe estar a cargo de los judíos o de los gentiles es, simplemente, sentar las bases para que nadie haga nada. Yo no elegí a Sheila Meighan como paciente; tampoco sabía que su patrón era el señor Simonson. Actué llevado por mi diagnóstico, porque no soportaba la idea de ver que otras niñas de su edad se encaminaran a tan desastroso final. Si mi castigo es la expulsión de este hospital, sea. Pero la pobreza continuará, las enfermedades se propagarán, los niños seguirán sufriendo y muriendo. Ustedes no habrán hecho sino deshacerse de un solo médico que se atrevió a hablar claro. Pero son responsables de un hospital y deben mirar hacia el futuro. Y al hacerlo, deben recordar que la medicina es, no sólo una ciencia, sino una institución social y humana. De lo contrario no es nada.

Volvió a sentarse, limpiándose el sudor, con el mismo asco experimentado cuando todos los médicos de Viena se habían vuelto contra Semmelweis. Gottesman, comprendiendo su desesperación, se sintió obligado a intervenir.

—Señor Klemmer, debo decir, en defensa del doctor Lilliendahl, lo que él no aclara por modestia. Siempre se ha destacado por sus largas horas de trabajo, que exceden en mucho los servicios a los que está obligado. Cuanto más, se lo puede acusar de obsesionarse con la necesidad de curar. Por lo tanto, si actúa con poca prudencia llevado por esa obsesión, no se justifica tomar medidas apresuradas contra él.

David volvió a levantarse.

—Caballeros, agradezco la amabilidad de nuestro administrador, pero ha utilizado una palabra con la que no estoy de acuerdo: obsesión. La obsesión es un estado en el que uno se deja poseer por un concepto irracional. Y lo que yo acabo de decir es un hecho comprobable, observado por los médicos más famosos de nuestra época. Mi propia esposa puede atestiguarlo, pues estudió con una de esas eminencias: el doctor Pierre Louis, de París. —Y se volvió hacia Mary—: Diles lo que indican las estadísticas de Louis.

Mary, sin sospechar lo que vendría, informó:

—El doctor Louis descubrió ciertos hechos innegables: donde el agua es mala, la comida deficiente y la vivienda inadecuada, las enfermedades medran. Ésos son hechos, caballeros; quien los acepte y actúe en consecuencia no puede ser tildado de obseso.

Winter, invitado a replicar, comenzó por una risita ahogada.

—Lamento que el distinguido doctor Louis no esté presente, pues me gustaría hacerle algunas preguntas. Aunque tal vez, en su ausencia, tan abnegada discípula pueda respondernos. Durante la plaga que acabamos de padecer, señora, ¿qué hubiera hecho el doctor Louis?

—Reunir historias clínicas y datos sobre el origen de la enfermedad, su propagación y la eficacia de los tratamientos.

—Puedo suponer que, siendo tan devota seguidora de ese genio, usted ha hecho lo mismo.

David y Mary se sorprendieron ante esa observación. De pronto, ella recordó que, en el transparente del hospital, había un anuncio donde se informaba que ella leería un documento sobre sus estadísticas relacionadas con la epidemia de cólera, en una próxima reunión del personal médico. Pero ¿qué más podía saber ese abogado? Por lo visto, mucho más, pues continuó:

—Doctora, ¿quiere compartir con este directorio los resultados de su estudio?

—Son muy complejos y aún no he tenido tiempo de pulir mis conclusiones.

—¿Respondería a algunas preguntas? Me limitaré sólo a una. Mientras el cólera hacía estragos en esta ciudad, oí repetir a varios médicos distinguidos un comentario que los intrigaba. La epidemia afectó a toda la población, pero el número de víctimas fatales fue mayor en las zonas donde vive gente adinerada. ¿Descubrió usted alguna comprobación de hecho?

—En efecto —reconoció Mary—. A diferencia de otras enfermedades, el cólera cobró mayor número de víctimas fatales entre la gente adinerada.

—¡Ajá! —Winter se aferró de esa afirmación—. Conque la pobreza y las enfermedades fatales no son siempre interdependientes.

—El caso del cólera es una anomalía médica.

—¿Una anomalía? Cuando su esposo dice que la pobreza crea enfermedades, eso es un hecho indiscutible. Cuando observa que el cólera es más grave entre los adinerados, se trata de una anomalía.

Mary, lentamente, pero con decisión, se levantó para enfrentar al abogado.

—Señor Winter: no sé por qué los ricos murieron en mayor proporción que los pobres. Pero hay cosas que sí sabemos: en el caso de la tuberculosis, sabemos que la pobreza y la enfermedad van de la mano. Mi esposo no actuó en un caso de cólera, sino de tuberculosis. No lo aniquilará sacando a relucir un hecho anómalo. Ojalá supiéramos qué causa la enfermedad y por qué los ricos perecen ante el cólera en mayor proporción. Pero no lo sabemos ni lo sabremos nunca, si se permite que hombres como usted estorben y ridiculicen a los médicos como mi esposo, cuyo único interés es descubrir la verdad. ¡Impedir la búsqueda del conocimiento médico es obra de cobardes e ignorantes!

Con eso giró en redondo y abandonó la sala. Klemmer dio unos golpecitos en la mesa antes de ordenar:

—Los que no formen parte del directorio, sírvanse retirarse para que podamos tomar una decisión.

David, Gottesman y Jacobi se levantaron para salir. Pero Jacobi se detuvo súbitamente ante la puerta y se volvió.

—Francamente, caballeros, cuando presencio el celo de nuestro amigo Lilliendahl siento deseos de ser joven otra vez, de perder la cautela que nos afecta a los de más edad. Puesto que eso es imposible, me conformaré con quedarme a luchar por él.

Klemmer se apresuró a observar:

—¡Doctor Jacobi, por favor, este asunto concierne sólo a los miembros del Directorio!

—¿Y si yo insisto en quedarme? ¿Qué harán? ¿Expulsarme del hospital? No, por supuesto. ¿Y por qué? Porque soy Jacobi, a quien ustedes llaman cuando están desesperados. Bueno, hoy quiero aprovechar esa posición. Me quedaré.

Jacobi se volvió hacia Simonson, que se mostraba ceñudo y hostil.

—Lewis, cuando salvé a tu nieto, ¿recuerdas lo que dijiste? «Cualquier cosa, Jacobi, lo que quieras de mí. No tienes más que pedirlo». Bueno, ahora te pido que olvides tu acusación contra ese joven inteligente y abnegado, para que él pueda continuar su carrera.

Simonson miró a Klemmer. Luego, a Joseph Seligman, a quien se respetaba mucho por haber sido consejero de finanzas del presidente Lincoln. Seligman asintió. El industrial echó un vistazo a su abogado, quien dijo:

—Afortunadamente, esto no ha cobrado estado público. Si el señor Simonson recibe las disculpas que se le deben, podríamos dar el asunto por terminado.

—¿Disculparme? ¿Ante ese hombre? —estalló David—. ¡Jamás! —Se paseaba furiosamente en el consultorio de Jacobi, mientras el anciano, por señas, suplicaba a Mary que lo convenciera. El joven continuó protestando:

—Lo que haya pasado durante la epidemia de cólera no me importa. ¡Eso no justifica las condiciones bajo las cuales deben trabajar las empleadas de Simonson! Disculparme equivaldría a reconocer que estoy equivocado y él, en cambio, en lo cierto. ¡No puedo! y me extraña que me lo pida justamente usted, Jacobi.

—¡David! —reprochó Mary—. Lo que pienses de Simonson no te da derecho a insultar al doctor Jacobi, que ha hecho todo lo posible por ti.

—Mary, se trata de Jacobi, que combatió en Berlín, en la revolución de 1848 y fue encarcelado por sus convicciones. Estaba dispuesto a arriesgar la vida y ahora, en cambio...

La protesta de David se apagó. No quería expresar las acusaciones que le subían involuntariamente a los labios. Mary se levantó para enfrentarlo, pero Jacobi le hizo señas de que se sentara y obligó a David a mirarlo de frente.

—Y ahora, en cambio, ¿qué? —exigió—. ¡Dilo!

—Y ahora —concluyó David, suavemente— me insta a que me rinda, derrotado, cobardemente...

Sacudió la cabeza.

—David, David —murmuró Jacobi, con tristeza—, si hubieras pasado en la cárcel dos años, con tiempo para pensar, como yo, habrías llegado a la misma conclusión: luchar por un principio no es tan importante como alcanzar ese principio. Te lo pido con el mejor de los motivos: discúlpate ante ese hombre para satisfacer su orgullo. Así podrás seguir trabajando contra las condiciones de trabajo que propagan la tuberculosis entre los pobres de esta ciudad.

David Lilliendahl aspiró profundamente y acabó por encogerse de hombros, revelando que había llegado al final de su resistencia.

—Siéntate y escribe una nota a Simonson —insistió Jacobi—, pidiéndole disculpas por llevar este asunto tan lejos.

—Me niego a decir que me equivoqué sobre la relación entre la pobreza y tuberculosis.

—No te pedí eso —Jacobi sonrió—. Que ésta sea tu primera lección de diplomacia médica. Elige palabras que lo hagan ronronear, pero sin concederle la razón.

David, con cierta resistencia, se sentó ante el escritorio de su colega y comenzó a escribir. Fue una tarea lenta y laboriosa, por la irreprimible rebelión que aún lo consumía.

—¡Vuelvo a ser un niño de nueve años, como cuando mi abuelo me impidió ayudar a un pobre vendedor judío, diciendo: *Schweig!* Silencio. Los judíos siempre estamos más seguros en silencio». Y esta vez, además, tengo que disculparme. Fischof no lo habría hecho nunca. ¿Llegará algún día en que me atreva a hablar en voz alta?

Mary lo observó, pensando con tristeza: «Algún día deberá tener la oportunidad de hacer lo que tanto ansía».

El miércoles siguiente, para celebrar el resultado de la audiencia, Jacobi insistió para que, en vez de dar el recital de costumbre, los integrantes del cuarteto cenaran con él y su esposa.

La celebración no terminó allí, pues, cuando David y Mary llegaron a la casa, ante la cama donde Davey dormía serenamente, ella comentó:

—Querido, tendremos que prescindir de estas salidas por un tiempo.

—¿Por qué, qué ha pasado? —inquirió David, alarmado.

—Vas a ser otra vez padre.

—¿Padre otra vez? *Liebchen?*

Su exultación fue tan impulsiva y ruidosa que el pequeño se movió en sueños. Por suerte, no despertó.

Varias semanas después, la doctora Mary Lilliendahl presentó su estudio sobre la epidemia de cólera ante la Academia de Medicina. Cuando se la instó a explicar por

qué los casos fatales habían sido tanto más frecuentes entre los ricos que entre los pobres, se encontró sin respuestas.

—Entonces —la increpó Leopold Neustadt, considerado como decano entre los médicos del Hospital Alemán—, ¿de qué sirve su estudio? ¡Tal vez debería escribir a su adorado Pierre Louis y preguntarle!

Ante las risas de sus colegas, salió de la sala, marcando el término de la reunión.

Esa noche, demasiado tensos como para dormir, David y Mary se demoraron en la cocina, tomando café y revisando lo ocurrido. De todos modos, siempre se llegaba a la misma pregunta: ¿por qué el cólera mataba a los ricos en mayor número?

—Vamos a la cama —concluyó Mary, descorazonada por el ridículo a que la sometieron sus colegas.

—No dejaremos que nos derroten, querida. Aunque sólo nos apoyemos mutuamente, con eso bastará para nosotros.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, David comentó a su esposa:

—Anoche, antes de quedarme dormido, estuve pensando en Jenner y en su descubrimiento sobre la viruela: que las personas afectadas del mal vacuno no contraían la viruela. Tal vez haya una enfermedad que inmuniza automáticamente contra el cólera a quienes la contraen. Daría cualquier cosa por poder investigar eso...

Lo interrumpió la campanilla de la puerta. Otro paciente.

Capítulo 42

Mary estaba vistiendo a Davey, que ya tenía casi cuatro años y quería hacerlo todo por su cuenta. Mientras lo observaba forcejear con las medias, lo preparó para la fiesta a la que irían.

—Los abuelos Sinclair festejan cosas diferentes de las nuestras. Nosotros vamos a la sinagoga, ellos, a la iglesia. Nosotros celebramos Chanuka; encendemos velas...

—Y hacemos regalos —le recordó Davey, sin intenciones de renunciar a esa prerrogativa.

—Y hacemos regalos. Los abuelos Sinclair festejan Navidad, con velas, también, pero con un árbol grande lleno de colores. Y regalos. ¿Recuerdas tu carrito del año pasado?

—Sí. Me lo regaló la abuela —recordó el niño.

—Y el abuelo —intentó Mary.

—La abuela —repitió el pequeño, sin darle importancia, mientras lograba ponerse la primera media y entregaba la segunda a su madre—. ¿Qué fiesta celebran los abuelos Lilliendahl?

—Chanuka.

—¿Será Chanuka cuando lleguemos allá? —preguntó Davey.

—No, querido. Por entonces será primavera y celebraremos la Pascua —corrigió Mary.

Y le dio un beso en el pelo, pensando: «Ahora te complico la vida, pero cuando seas adulto te será todo más fácil».

La Nochebuena era una fiesta importante en la casa de los Sinclair, que recibían a familiares de toda la ciudad, hasta de Filadelfia y Boston. Primos y tíos quedaron encantados con Davey, a quien veían por primera vez. Más de uno dijo a Amos Sinclair:

—¡Qué niño tan hermoso! Y está bien educado. Es todo un Sinclair. Debes de estar muy orgulloso, Amos.

Él aceptaba los cumplidos con reservada cortesía.

Antes que los adultos se sentaran a cenar, acostaron a Davey, quien, siguiendo su costumbre, dio un beso a su madre, otro a David y otro a Edith. Cuando iba ya hacia la puerta, la tía abuela Lillian dijo:

—¿No le das un beso al abuelo?

Tanto Amos como el niño se sobresaltaron ante tan radical alteración del protocolo. Davey, obediente, se acercó al abuelo, le tomó la mano para tirar de él hasta ponerlo a su alcance y le dio un beso en la mejilla. Los invitados se mostraron encantados por la forma en que había resuelto la situación, pero sólo Mary, David, Edith y tía Lillian comprendían la importancia de lo ocurrido. Cuando el pequeño salió con Celeste, Amos fulminó a Lillian con la mirada, pero ella ya estaba demasiado vieja como para preocuparse por ese tipo de cosas y se limitó a sonreír,

triunfante.

Por la mañana, después de que Davey abrió todos los regalos que tenía debajo del árbol, se hizo hora de volver a casa. Otra vez el protocolo. Besó a Edith y a Agnes. Esa vez, sin sugerencia alguna de tía Lillian, se acercó al abuelo Sinclair; le tironeó de la mano hasta que el grave caballero se inclinó hasta él y, entonces, lo besó en la mejilla. Sinclair le dio una palmadita en la cabeza. De inmediato miró a su alrededor, avergonzado, para ver si lo habían visto. Tía Lillian fingió no haber notado nada.

Aquella noche Davey se durmió sonriendo, rodeado de todos sus regalos.

Mientras tanto, David, sentado ante su escritorio, escribía a Doerner y a otros colegas, amigos y parientes, para informarles que iría a Viena con su familia, en la primavera.

La última carta que escribió fue para su madre, asegurándole que no dejarían de viajar. Tanto él como Mary serían reemplazados por otros colegas en el hospital; los pacientes particulares habían sido derivados a otro médico del vecindario.

Ya tenían pasajes reservados para viajar en un vapor que cubría el trayecto de once días, además de ofrecer muchas comodidades. Esos once días otorgarían a los Lilliendahl la posibilidad de vivir como una familia, sin interrupciones ni emergencias médicas. Once días, con sus noches, que dedicarían cada uno a los otros, como si el mundo no existiera más allá del barco.

No mencionó a su madre que, cuando el barco llegara, habría ya un cuarto Lilliendahl, pues Mary estaba en el octavo mes de embarazo. El nuevo bebé sería una sorpresa para sus abuelos.

Mary estaba ya en su noveno mes, pero insistió en asistir a una ceremonia muy importante, en la sala de directorio del hospital, ampliada y adornada para esa ocasión.

Los Lilliendahl ocuparon asientos en un costado, pues David insistió en que Mary no permaneciera allí hasta el final de la ceremonia, que podría ser muy larga. Tomados de la mano, aguardaron el discurso de Seligman.

El banquero explicó que, al abrir el hospital a médicos de cualquier credo, con la excelencia profesional como único requisito, la denominación de Hospital Judío se había convertido en una barrera.

—Por eso pedimos a la legislatura del estado que nos diera derecho legal a cambiar de nombre y nuestro petitorio ha recibido acogida favorable.

Se oyeron aplausos, pero Seligman los acalló levantando la mano.

—Se preguntarán ustedes: «¿Por cuál otro nombre?». Hay un sitio que tiene un significado santo para tres grandes religiones. De él surgieron los Diez Mandamientos, que forman la piedra basal de todos los credos importantes. Por lo tanto, este hospital será conocido por un nombre que incluye a todos en la misma bienvenida. Desde esta noche en adelante, se llamará Hospital del Monte Sinaí.

Todos aplaudieron, salvo Mary, que tironeó a David de la manga. Él la miró con atención y comprendió en seguida su gesto afirmativo.

—No pudiste haber elegido mejor momento ni lugar —le dijo, sonriendo.

Y cruzó la sala en busca de Fluhrer. Los tres abandonaron la reunión.

Dos horas más tarde, sin dificultades y con muy poca intervención médica, Mary Lilliendahl daba a luz a su segundo hijo varón. Cuando Fluhrer le aseguró que el niño había nacido perfectamente, ella hasta pudo bromear:

—Por supuesto. Ya tengo alguna práctica.

David Lilliendahl pasó largo rato examinando a su hijo recién nacido. Ese bebé colorado y arrugado era el ejemplar más perfecto de cuantos había visto. Tuvo el secreto palpito de que sería tan voluntarioso como su madre y su hermano.

Envolvió al bebé en una frazada y lo llevó a la cama de Mary. Mientras lo acostaba tiernamente junto a ella, comentó:

—Se llamará Lilliendahl, pero tengo la sensación de que se trata de otro Sinclair, fuerte y decidido.

Mary se lo puso al pecho. El niño comenzó a mamar y se durmió casi de inmediato.

—David... —comenzó Mary, vacilando.

—¿Sí, querida? —inquirió él, sorprendido por esa poco habitual timidez.

—Sé que tu madre quería un nieto llamado Anshel, como su padre, pero me gustaría darle el nombre de Amos. Quisiera quebrar la barrera entre mi padre y nosotros. Tal vez un nieto con su nombre haga lo que Davey no hizo.

—Le hemos dado todas las oportunidades, pero es terco. El niño se llamará Amos. Ya estoy imaginando la cara de mi madre cuando se encuentre con su segundo nieto.

Ambos se echaron a reír, pero Mary volvió a ponerse seria.

—David, debes prometerme una cosa. Cuando lleguemos a Viena irás al arzobispado y tratarás de averiguar si se sabe algo de tu otro hijo.

—¿Por qué quieres que te prometa eso?

—Porque de lo contrario lo harás en secreto y te sentirás culpable.

La besó en la frente.

—Mary Sinclair Lilliendahl, eres una mujer notable, casada con un hombre muy afortunado.

La ceremonia de circuncisión del pequeño Lilliendahl difirió de la de su hermano mayor en un aspecto: en la presencia de su abuela, que no había asistido a la Davey.

Esa misma noche, mientras Amos Sinclair leía un nuevo original, Edith dejó su tejido y dijo:

—Mary quiere pedirte algo.

—Es mal día para eso —respondió él, que sabía muy bien cómo había pasado ella la tarde.

—Quiere tu autorización para llamar Amos al niño.

—Amos... —reflexionó él, enojado—. Amos Lilliendahl. Suena incongruente.

—No sé por qué, ya que el nombre Amos proviene del Antiguo Testamento.

—Bueno, si ella está decidida, de nada valdrá lo que yo opine.

Y volvió a leer. Pero Edith creyó detectar un dejo de placer por la elección del nombre.

Amos Lilliendahl tenía tres meses y era robusto para su edad. Para asegurarse de que soportaría los rigores del viaje por mar, Mary consultó al hombre a quien más respetaba tratándose de niños: Jacobi, que examinó detenidamente al bebé, aunque el niño, en sus forcejeos, amenazaba tirarse de la camilla.

—¿Y bien? —inquirió Mary.

Jacobi arrugó la frente, como si hubiera llegado a un grave diagnóstico.

—En mi respetada opinión, este niño no sólo puede sobrevivir a un viaje por mar, sino cruzar el Atlántico a remo. Ojalá todos los bebés nacieran y crecieran así. Vayan sin miedo y disfruten. —El gesto con que tomó la mano de Mary fue mucho más paternal—. Y cuando vuelva, Mary, hablaré con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre un proyecto que tengo pensado. Pero puede esperar el regreso. Usted y David merecen estas vacaciones.

Tres días antes de embarcarse, el entusiasmo del pequeño Davey pareció aminorar súbitamente. Esa noche, al darle de cenar, Celeste notó que comía poco; ni siquiera el budín logró tentarlo. La muchacha decidió esperar a la mañana antes de alarmar a la madre.

Mary, al darle el beso de las buenas noches, detectó un rubor caliente que, para su experiencia profesional, no era sólo una fiebre, sino una fiebre muy alta. Lo levantó en brazos para llevarlo al consultorio; después de tenderlo en la camilla, dio a las lámparas de gas su máxima potencia. Le estaba por revisar la garganta cuando David entró en el cuarto.

—¿Qué pasa, *Liebchen*? —preguntó él, viendo al niño allí tendido.

Mary abrió la boca del niño y lo hizo girar hacia la lámpara para inspeccionarle cuidadosamente la garganta. Espantada, volvió a oír las palabras del doctor Pierre Bretonneau, en la *École de Médecine*.

«Ataca, sobre todo, a los niños entre uno y seis años. La señal más peligrosa es la formación de una película gris en la garganta. Si se presentan dificultades para respirar, el médico debe recurrir a la traqueotomía. Pero aun así el pronóstico es muy grave, pues la enfermedad no ataca sólo la garganta, sino también los riñones, los nervios y el corazón. La imposibilidad de tragar, la parálisis y el paro cardíaco son muy comunes en la enfermedad que he llamado *difteria*».

Abrazó a su hijo, tratando de protegerlo del peligro, hasta que David insistió, con suavidad, pero afligido:

—¿Qué pasa?

Entregó el niño afiebrado a su padre. David lo examinó y llegó al mismo

diagnóstico pavoroso. Con reforzada calma, debido a la tensión y al miedo de su esposa, declaró:

—Abrígalo. Lo llevaré al hospital.

—¡No! —exclamó Mary—. Quiero tenerlo aquí, donde pueda atenderlo yo.

—Es para que Jacobi lo vea. Y Gottesman y Pinckney. Quiero opiniones, consejo. Abrazó al niño, diciendo:

—Yo no necesito opiniones ni consejo. Sé lo que estoy viendo.

—Entonces haré que Jacobi venga a verlo aquí.

—Como te parezca.

Mary tomó una jofaina de agua fresca y comenzó a mojar la piel inflamada de Davey, tratando de disminuir la fiebre. Celeste se presentó para ofrecer ayuda, pero Mary le ordenó:

—Ve a ocuparte del pequeño Amos. Dale de comer, báñalo, juega con él. Y no vuelvas a este cuarto. No quiero que lleves la enfermedad al bebé.

Pasaron casi dos horas antes de que David volviera con el doctor Jacobi, quien había debido terminar una operación quirúrgica. El anciano se acercó a Davey con seguridad y calma, en la esperanza de descartar los temores maternos. Pero el examen fue un duro impacto: el caso estaba demasiado avanzado como para ser curable. Sintió una inmensa compasión por los padres, que descubrirían, a través de la cruel experiencia, lo que tantos médicos habían aprendido anteriormente: que, ante la enfermedad de sus propios hijos, se veían tan indefensos como en los otros casos.

Jacobi miró el rostro implorante de Mary.

—Querida mía, todo lo que podemos hacer es tratar de evitar las complicaciones de neumonía y parálisis.

—Lo cual significa que no podemos hacer nada —replicó la madre.

Jacobi trató de calmar su angustia, diciendo:

—He visto casos peores que se han recobrado.

—No muchos —destacó ella, suavemente. Abrigó a su hijo afiebrado y lo estrechó contra su seno—. No muchos —repitió, casi para sus adentros.

Jacobi se llevó a David al despacho. Una vez que cerraron la puerta, le dijo, con voz susurrante:

—David, ¿quieres que te dé mi fría apreciación de las circunstancias? Dentro de dos días se le cerrará la garganta. Aconsejaría, por supuesto, practicar una traqueotomía para que pueda respirar. Cómo se hará para hacerle ingerir alimentos o líquidos, en este estado, es algo que no puedo decir. Pero en mi opinión los peligros son dos. Primero: efectos nerviosos, que llevarán a la parálisis y al paro cardíaco. Segundo, e igualmente peligrosos, los efectos sobre tu esposa.

David lo miró fijamente, pidiendo explicaciones.

—Ser madre es una cosa. Ser médica es otra. Pero ser ambas cosas ante lo que considero inevitable es algo muy distinto. Yo pondría al niño bajo la atención de otra persona, pero sé que ella no va a permitirlo. Por eso, amigo mío, tendrás que

cuidarlos a ambos. Estaré disponible si me necesitas, a cualquier hora del día o de la noche. Mientras tanto, mantente preparado, con un tubo de traqueotomía y un bisturí afilado.

Mary permaneció junto a su hijo durante todo ese día, hasta entrada la noche. Le mojaba la frente ardorosa y trataba de refrescar su cuerpo afiebrado. El niño comenzaba a respirar con dificultad. Ella no se apartó de allí, ni siquiera para comer o descansar. No cedió su puesto ni a su propia madre, a quien David había llamado para que la ayudara.

Al caer la noche llegó Amos Sinclair, para averiguar por qué su esposa no había vuelto a la casa. Edith lo llevó hasta la puerta del cuarto del niño. Amos se quedó contemplando aquella cabecita rubia. Aun desde lejos era obvio que su nieto, a quien había visto siempre riendo y jugando, estaba atrapado en una lucha mortal sin las fuerzas necesarias para ganarla.

Trató de indicar a su esposa, con la mirada, que interviniera y se hiciera cargo, pero Edith se encogió de hombros, como expresando que sería inútil. Mary no entregaría a nadie a su hijo enfermo.

Cuando David volvió del hospital, acompañado nuevamente por Jacobi, el anciano tuvo que insistir:

—¡Querida Mary, por favor!

Por fin ella le permitió examinar al niño. La sombría conclusión de Jacobi, aunque no expresada, fue que la enfermedad había progresado más de lo que él esperaba.

Cuando Davey comenzó a respirar con mucha dificultad, Amos no tuvo fuerzas para seguir observándolo. Salió del cuarto e hizo señas a su esposa para que lo siguiera. Jacobi siguió estudiando al niño, mientras decía a David:

—¿Dónde están el tubo y el bisturí para la traqueotomía?

—Los tengo preparados —respondió el joven.

—Bien. —El anciano, suavemente, ordenó a Mary—: Apártese, querida. Tengo que practicarla.

—No —se opuso ella, abrazando a Davey con más fuerza.

—¡Es preciso!

—Lo sé, pero lo haré yo. Nadie toca a mi precioso Davey.

Jacobi miró al padre, que meneó tristemente la cabeza. Entonces cedió a la voluntad de la madre, pero permaneció cerca de la cama por si ella vacilaba.

David presentó los simples instrumentos necesarios para la operación. La doctora Mary Sinclair Lilliendahl sostuvo a su hijo con el brazo izquierdo mientras tomaba el bisturí en el derecho. Buscó el sitio exacto donde hacer la incisión y la efectuó con un solo movimiento, rápido y diestro. En cuanto insertó el estrecho tubo, cesaron los desesperados jadeos de Davey, que comenzó a respirar con más facilidad.

Jacobi, convencido de que la operación había sido bien ejecutada y que el peligro inmediato había pasado, salió de la habitación seguido por David.

—David, te lo advierto: ella no puede seguir así hasta el final. Tal vez falten varios días.

—Haré lo que pueda.

A la tarde siguiente, la membrana gris se había tornado más amplia y gruesa. Mary introdujo un estrecho tubo de goma por la garganta del niño para alimentarlo con gotas de leche caliente, enriquecida con miel. David lo sostenía mientras ella se ocupaba del procedimiento.

Hacía todo lo posible y permanecía a su lado, teniéndole la mano, alerta a cualquier señal alentadora, que jamás aparecería. Ni siquiera el llanto del pequeño Amos, aunque la desgarraba, logró apartarla de allí. No debía llevar la enfermedad a su hijo menor ni abandonar al pequeño Davey. Tampoco permitió que otros atendieran al niño, ni siquiera David, convencida de que nadie podía cuidarlo con más amor que su propia madre.

David escribió a sus padres. No había tiempo para impedir que fueran a esperar el tren, pero al menos debía explicarles. Trató de mantener una actitud esperanzadora en la carta, para no alarmarlos demasiado. Pero sabía que todo era sólo ficción.

Dos días más tarde, al regresar Jacobi por sexta vez, llevó a David a otro cuarto para insistir:

—¡Aparta a tu esposa de ese niño!

—He hecho todo lo posible.

—¡David, enfréntate a los hechos! El pequeño ya muestra señales de parálisis. No creo que viva más de tres días. Pero tu esposa también presenta señales: de agotamiento, falta de sueño, falta de alimentación. ¡Haz algo!

—¿Qué? —preguntó David, frustrado.

Jacobi se vio obligado a admitir:

—No sé. Es una mujer tan voluntariosa...

Al cuarto día, temprano por la mañana, Mary llamó a David. En cuanto él entró corriendo, seguro de encontrarse con lo peor, ella le dijo, en una voz extraña:

—David, hazte cargo. Tengo que ir a verlo.

—¿A quién? —preguntó el esposo, desconcertado.

—Al rabino Rosenson.

Salió apresuradamente, deteniéndose sólo para tomar su abrigo. Se lo puso mientras corría por la escalera y salía a la calle. Siguió corriendo hasta llegar a la pequeña sinagoga. Irrumpió en el santuario, donde se estaban desarrollando los servicios por los muertos.

—¡Rabino! —clamó, en un grito frenético y desesperado.

Todos los hombres se volvieron hacia ella, mientras Rosenson se le acercaba por el pasillo.

—Mi querida Mary, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Te hacía ya en viaje hacia Viena.

—¡Davey! ¡Mi pequeño Davey! Debemos rezar por él o morirá. Ahora sólo Dios

puede ayudarlo. ¡Rece, rece! —insistió.

Rosenson la rodeó con los brazos y la condujo por el pasillo. El servicio se reanudó. Por fin se retiraron los hombres, con la bendición del rabino.

—¿No habrá plegarias por Davey? —preguntó ella, patética.

—Hay una plegaria por los enfermos. La diremos, querida. Pero no podemos pedir a Dios que haga milagros ni que revierta los procesos naturales. Si se lo pedimos y él no contesta a nuestras plegarias, le echaremos la culpa, nos alejaremos de Él y perderemos la fe. Recemos esa plegaria, pero sin falsas esperanzas.

Cuando la plegaria concluyó, el rabino la acompañó a su casa para entregarla a David. Entre ambos hombres pasó una mirada de advertencia, reveladora de que Davey había empeorado.

Esa noche, en presencia de los Sinclair y de Jacobi, que había ido para un nuevo examen, el pequeño Davey Lilliendahl comenzó a jadear, con espasmos provocados por el corazón, ya incapaz de resistir los ataques de la enfermedad. Se puso azul y cianótico.

Una hora después dejó de respirar.

Mary no quiso dejar el cuerpo sin vida. Lo acunaba, le cantaba las canciones de su madre. Ni la insistencia de David ni los intentos de Jacobi lograron nada. Edith se sentó junto a ella y cantó también, en la esperanza de hacerse cargo del niño, poco a poco. Tampoco ella tuvo éxito.

David Lilliendahl abandonó el cuarto del niño y se sentó en la oscuridad del escritorio, solo y destrozado. Momentos después se abrió la puerta y entró Amos Sinclair, que tardó un rato en poder hablar.

—Cuando Edith lo tenía con ella, yo, sin querer, volvía a casa más temprano. Lo oía reír, con esa risa inocente y alegre... Y sólo deseaba que mi nieto no fuera... judío. Ahora me doy cuenta de que pude haberlo amado abiertamente, tal como era. Los niños de tan corta edad no tienen religión. Son lo que son, nada más. Y así debí haberlo amado.

Amos Sinclair rompió en un llanto silencioso.

Cuando los Lilliendahl volvieron a la casa, después del entierro, Mary subió al cuarto del pequeño Amos, lo levantó en brazos y lo meció hasta que pudo llorar libremente.

En el comedor de la planta baja, donde Celeste servía café y comida a los deudos, Jacobi llevó a Gottesman a un lado.

—Usted tiene que insistir para que Mary vuelva a trabajar de inmediato.

—Pero ¿cómo? —inquirió Gottesman—. Lo ha tomado tan mal...

—Por lo mismo.

Jacobi se retiró con la mayoría de sus colegas. Quedaron en la casa Gottesman, los padres de Mary y su tía abuela. David se disculpó y fue al escritorio para redactar la carta más difícil de su vida.

Después de ocho intentos, acabó por escribir, brutal y sucintamente. «Mis

queridos padres: El pequeño Davey no sobrevivió a su enfermedad. Lo sepultamos esta mañana. Sabe Dios cuándo nos veremos». En la planta alta, Mary Lilliendahl seguía acunando a su bebé cuando apareció su padre. Ella levantó la mirada.

—Ya sé lo que vas a decirme: que es el castigo de Dios por desafiarte, por hacer lo que hice. ¡Pero no creo que tu Dios ni el mío se venguen en un niño inocente!

—Mary, Mary —replicó suavemente—, en todo caso, éste sería un castigo para todos nosotros, pues nos priva de ese niño alegre y feliz, que nos iluminaba la vida. —Se acercó a su hija para darle un beso de total perdón—. Tendremos que tratar a este pequeño mejor que a su infortunado hermano. Pero debo confesar que la risa de Davey me perseguirá por el resto de mi vida. Hasta el día de mi muerte estaré tratando de explicarle lo mucho que lo amaba y lo poco que se lo demostré. ¿Me perdonarás?

Mary le devolvió el beso y, de inmediato, concentró toda su atención en el bebé. El padre la observó por un rato, percibiendo en ella algo inquietante, que hasta entonces nunca había notado.

Capítulo 43

Habían transcurrido once días. El duelo tradicional estaba terminado.

David, con la intención de aliviar a Mary, soportaba una doble carga, tanto en el hospital como en el consultorio privado. Estaba convencido de que le haría bien pasar más tiempo con Amos.

Ella no permitía que Celeste atendiera al niño en absoluto. Cuando la muchacha se lo mencionó a David, él explicó que, por un tiempo, las cosas serían así, hasta que su esposa reanudara sus funciones médicas.

En el hospital, los colegas se mostraron muy solícitos. Gottesman sugirió:

—David, si quieres tomarte una licencia, podemos reemplazarte.

—No, no, gracias. Creo que lo mejor, por ahora, es trabajar como nunca.

Jacobi le preguntaba, todas las mañanas:

—¿Cómo está nuestra Mary?

—Como cabe esperar —respondía David—: ocupándose de su otro hijo.

Una mañana, al separarse, Jacobi le dijo:

—Me gustaría volver a ver su adorable carita en este hospital. Por el bien de todos nosotros.

Aquel comentario no afectó a David en el momento, pero lo preocupó durante todo el resto del día.

También Rosenson buscó el modo de hablar en privado con David.

—Mary se está exigiendo más de lo que sus fuerzas le permiten. Después de todo, no es una mujer físicamente robusta.

—He tratado de disuadirla.

—Bueno —dijo el rabino—, veré qué puedo hacer.

A la tarde siguiente, Rosenson pasó por la casa de los Lilliendahl. Celeste le explicó que «*Madame* la doctora» estaba arriba, atendiendo al pequeño Amos.

—Por favor, dígame que he venido.

Mientras esperaba, notó que en la casa aún se mantenían las señales de luto riguroso, aunque ya había pasado el tiempo requerido.

Cuando Mary entró a saludarlo, él explicó:

—Fui a visitar a una convaleciente y se me ocurrió tomar el té contigo.

—Por supuesto, rabino.

Después de que Celeste sirvió el té, acabados los temas de conversación intrascendente, él preguntó:

—¿Y cómo andan las cosas por el hospital?

—No sé —replicó Mary, con una actitud que cerraba toda discusión.

—¿No has vuelto? —inquirió Rosenson, fingiendo sorpresa.

—No he vuelto —confirmó ella, como si se tratara de un juramento.

Rosenson no esperaba encontrarla tan cerrada.

—Yo pensé que, con tantos niños necesitados de atención médica...

—Cuando Davey necesitó ayuda, la medicina no pudo hacer nada.

—Pero hay niños a los que sí puede ayudar —argumentó Rosenson, suavemente.

—¿A eso ha venido? —acusó Mary, levantándose para poner fin a la conversación—. No se moleste, rabino. Puede irse en cuanto termine el té. —Pero de inmediato se disculpó—. Perdona, lo dije sin pensar. Quédese, por favor. Necesito hablar con alguien.

—¿Con David no?

—No puedo agobiarlo más. —Después de asegurarse de que Celeste no estaba cerca, se dejó caer de rodillas ante el rabino, tomándole la mano—. Tengo pensamientos que no me dejan dormir. Cuando fui a pedirle que rezara por mi Davey, usted dijo que no debemos pedir a Dios que revierta los procesos naturales. Y lo que me tortura es esto: toda mi carrera ha estado consagrada a revertir los procesos naturales. Tal vez mi obra sea una ofensa a Dios.

Por primera vez, Rosenson apreció lo gravemente perturbada que estaba.

—Mi querida Mary, una cosa es que los médicos obren para intentar la cura de una enfermedad y otra muy distinta pedir a Dios que lo haga. No debes arrepentirte de tu profesión, que te ennoblece.

—¿Por qué sueño eso, entonces?

—¿Qué sueñas? —preguntó el rabino, desconcertado.

—¿Recuerda esa historia de las dos mujeres que se presentaron ante Salomón reclamando al mismo niño? Él dijo: «Denme una espada y cortaré al niño por la mitad, para dividirlo entre ambas». Pero una de ellas protestó: «¡Prefiero que se lo entreguen a la otra! ¡Déjenlo vivir!». Así descubrió Salomón que ella era la verdadera madre.

—¿Y por qué te preocupa eso?

—En mi sueño, también yo estoy de pie ante un trono. No veo a quien lo ocupa, de modo que tal vez no sea Salomón, sino el mismo Dios. No hay ninguna otra mujer, pero sí dos niños. Uno es Davey. Al otro no lo conozco, pero sé que está enfermo. Los dos me reclaman. La voz del trono dice: «Denme una espada y cortaré a la madre por la mitad para dividirla entre ustedes». Y Davey alza la voz, diciendo: «No, prefiero que se la entreguen al otro. Déjenla vivir». Siento que él es mi verdadero hijo y quiero abrazarlo, pero Davey retrocede en la oscuridad. Lo llamo, pero no vuelve. Entonces despierto y no puedo volver a dormir.

Rosenson percibió que la mano de Mary estaba helada.

—Querida —dijo, suavemente—, deberíamos retroceder a los tiempos de nuestro antecesor José, que sabía interpretar los sueños. Pero si debo aventurar una opinión, creo que temes haber descuidado a Davey por atender a otros niños.

—Y él lo sabe —se acusó Mary—. Él lo sabe. Por eso no responde a mi llamado.

Rosenson meneó la cabeza, adivinando que esa joven se estaba atormentando hasta arriesgarse al desastre. En vez de volver a la sinagoga, se dirigió sin perder tiempo al Hospital del Monte Sinaí. Cuando David terminó la operación que estaba

efectuando, le resumió su inquietante conversación con Mary.

—No tenía idea —dijo él—. Pero cuando despierto, a cualquier hora de la noche, la veo sentada en la cama. Casi siempre tiene los ojos húmedos. Pero me pareció natural, siendo tan reciente la tragedia.

—Haz algo —le imploró el rabino—. No pierdas tiempo.

Esa noche, en vez de tocar la campanilla para que Celeste abriera la puerta, David usó su propia llave y entró silenciosamente. Desde la escalera oyó la voz de Mary, cantando una canción de cuna, suavemente, con ternura. Avanzó en puntas de pie hasta la puerta de Amos, esperando encontrarla allí, pero no estaba.

Cruzó el pasillo y abrió cuidadosamente la puerta de Davey.

Mary estaba arrodillada junto a la camita vacía, cantando. Cuando terminó, besó la almohada y dijo:

—Duerme, Davey, duerme.

Durante la cena, David observó que Mary comía poco y no bebía siquiera unos sorbos de té. Siempre había sido menuda, pero se la veía frágil y consumida. La piel de su rostro adorable estaba tan tensa como si la carne se hubiera encogido debajo.

Lo más aflictivo era que la medicina no podía tratar semejante estado. Después de permanecer despierto durante toda la noche para observarla, David descubrió que, en efecto, apenas dormía. Entonces decidió consultar a Jacobi a primera hora de la mañana.

—Tráela —fue el consejo del anciano, cuando le contó en detalle el estado de su amada Mary—. Dile que estoy preocupado por ella y que quiero examinarla. Tal vez este ambiente familiar le reavive el interés. Después de todo, no hay médico más consciente que nuestra Mary. Sí, eso es, convéncela de que venga a verme.

Pero Mary rechazó la invitación de Jacobi. Dedicaba todo su tiempo al cuidado de Amos y a limpiar interminablemente la inmaculada habitación de Davey.

—Entonces invítame a tu casa —fue la indicación de Jacobi—. Busca cualquier pretexto.

Dos noches más tarde, contra las protestas de Mary, David hizo que el anciano médico se presentara a cenar con ellos. Jacobi se mostró sorprendido ante el cambio experimentado por Mary desde la última vez que la vio. En sólo diecinueve días se había tornado penosamente retraída y marchita.

Todo intento de conversación fue inútil. Por fin, ya ante la puerta, Jacobi aconsejó:

—Mi querido David, sólo puedo sugerirte un tónico. Un vaso de vino o de *whisky* varias veces al día. —Y le apretó el hombro—. Joven amigo mío, estamos tratando de engañarnos mutuamente y no nos sale muy bien.

David asintió, sombrío.

—Si me dices tus temores —agregó el anciano—, yo te contaré los míos. Al menos, seamos francos entre nosotros, ya que no podemos serlo con la paciente. La bibliografía está llena de casos de histeria y depresión que acabaron en angina de

pecho. Nuestra querida Mary se encamina en ese rumbo y yo me siento inerme.

—Tal vez sea peor de lo que usted piensa —admitió David, expresando, por primera vez, el miedo horrible que lo perseguía—. Me recuerda un caso que presencié en la guerra. Un joven teniente, que tenía sólo una herida leve, murió en cuatro días. La autopsia reveló que todos los órganos estaban en perfectas condiciones.

Jacobi murmuró:

—Quién sabe en qué umbral se encuentran alma, cerebro y cuerpo, para que el alma tome el mando... Tal vez no lo sepamos jamás.

—Algún día... —dijo David—. Pero todo, en medicina, parece ser cuestión de «algún día».

Jacobi le palmeó el hombro, comprensivo.

—Charcot, el francés, citó cierta vez a Coleridge, en un artículo sobre la histeria: «El mejor médico es el que puede inspirar esperanza».

—Pero ¿de dónde sacamos la esperanza? Su vida era Davey y no hay modo de devolvérselo. Y lo asombroso es que algo así le ocurra a la mujer más voluntariosa de cuantas conozco.

El anciano respondió:

—Por desgracia, amigo mío, lo que no se puede doblar acaba por romperse. Tal vez ser demasiado fuerte sea casi tan peligroso como ser demasiado débil.

Capítulo 44

En los días siguientes, la salud de Mary Lilliendahl siguió deteriorándose. El vino sugerido por Jacobi se convirtió en un peligro más que en una ayuda. Aunque en un principio lo rechazó, después comenzó a depender demasiado de él.

La madre se mudó a la casa. Mary se negaba a verla y a salir del cuarto de Davey. Edith Sinclair se quedó para hacerse cargo del pequeño Amos. Su esposo iba todos los días, al salir del negocio, y ofrecía todo el dinero que hiciera falta para aliviar a su hija. Pero no había dónde conseguir ese alivio.

Por fin, Jacobi acordó una consulta con los médicos más eminentes de la ciudad: un neurólogo, un especialista en enfermedades femeninas y un médico que se dedicaba a dolencias nerviosas.

La consulta se llevó a cabo en la oficina de David, mientras los padres de Mary esperaban, ansiosos, en el vestíbulo. Cada uno de ellos examinó a Mary, que se prestó a los procedimientos con una indiferencia absoluta, cosa en sí significativa. Por entonces, los estragos del tormento eran visibles en sus ojos enrojecidos, su cuerpo consumido, el pelo desarreglado y las mejillas huecas. Mientras David la llevaba a su cuarto, los profesionales comenzaron a comparar opiniones, todos alarmados por la gravedad de su estado.

El especialista en señoras dijo:

—Hace meses que no veo una histeria tan extremada. Afortunadamente no presenta efectos físicos, como parálisis o dolores agudos. Por lo común, suelo sugerir una dieta rica en nitrógeno, un baño frío por día, aire puro y ejercicio cotidiano. Y descanso, por supuesto, mucho descanso.

Pero su modo de opinar delataba que tenía poca fe en la efectividad de ese tratamiento.

El especialista en enfermedades nerviosas prefirió no hacer comentarios.

—Francamente, caballeros, no serviría de nada tratar de engañarlos. Sólo puedo sugerir lo obvio.

En ese momento David entró en el cuarto, preguntando:

—¿Y qué es lo obvio?

—Mi querido Lilliendahl —dijo el especialista—, por el bien de la familia, que debe seguir con la vida normal, lo más conveniente es internar a la paciente en un asilo.

—¡Pero no está demente!

—Tal vez no, pero tampoco está normal.

—Caballeros, si eso es lo mejor que pueden aconsejar, se lo agradezco, pero me niego terminantemente. Es mi esposa y está bajo mi responsabilidad. No pienso zafarme internándola en un asilo. ¡Se quedará aquí!

—¿Y cómo piensa tratarla? —lo desafió el neurólogo.

David se vio obligado a confesar:

—No lo sé. En verdad no lo sé.

Amos y Edith vieron salir al augusto grupo desde el vestíbulo.

—¡Amos, ve a preguntarle a David!

—Ya nos dirá todo él —dijo el esposo, pidiendo paciencia.

David no tuvo necesidad de decirles nada: se lo leyeron en el rostro. Edith se deshizo en llanto, mientras Amos la tomaba entre sus brazos para tranquilizarla.

—No puedes dejarte vencer, querida. Ella te necesita. —Miró a su yerno con un gesto de advertencia que quería decir: «No digas nada ahora, delante de ella; éste es asunto de hombres». Y en cuanto su esposa se recobró, le dijo—: Ahora sube a verla, querida. Haz por ella lo que puedas.

En cuanto Edith se fue, preguntó:

—Bueno, ahora dime todo...

—Todo es nada.

—¡No me vengas con juegos de palabras, hombre! ¡Estamos hablando de mi hija!

—Sólo pudieron aconsejarme que la pusiera en un asilo, ¡y no lo haré!

—Edith y yo podríamos llevarla a casa, si eso te facilita las cosas.

—¡Se quedará aquí!

—Debes pensar en el pequeño Amos —le advirtió Sinclair.

David, comprendiendo lo que su suegro estaba sintiendo, suavizó la voz:

—Le agradezco el ofrecimiento. Pero yo también la amo. No puedo dejar que se la lleven.

—Comprendo.

Sinclair, aceptando la decisión del joven, subió la escalera para observar al nietito. Mientras Celeste lo bañaba y lo ponía en la cuna, lamentó profundamente haberse privado de compartir ese privilegio cuando el pequeño Davey era bebé.

Esa noche, en la cama, David estrechó contra sí el cuerpo frío de su esposa, intentando darle calor, besándole las manos. Mary permaneció impertérrita. Él le hizo el amor, en un intento por quebrar el hechizo arrojado sobre ella. Pero parecía serle extraño. Entonces se levantó de la cama para bajar al consultorio. Allí, sentado en el cuarto a oscuras, sollozó por primera vez en su vida adulta.

Cuando pasó esa primera oleada de desesperación, se vistió apresuradamente para salir. Como no había coches de alquiler a la vista, echó a correr en dirección al hospital. Cuando el portero de noche lo dejó entrar, él le ordenó que abriera la puerta de la modesta biblioteca.

En un solo estante cabía toda la bibliografía sobre enfermedades nerviosas. Si cabía alguna esperanza para su amada Mary, la encontraría allí. Se dedicó a leer todo lo que se había escrito sobre la histeria y otras enfermedades nerviosas, incluida la locura. Si algo descubrió que le diera algún consuelo, fue que algunas afecciones nerviosas, tal como las físicas, tienen sus propios límites: una vez cumplido el ciclo se curan solas.

Pero también supo, asustado, que un estado como el de Mary solía llevar al

suicidio. Tal como un médico aseguraba: «No es, en realidad, un acto irracional elegir el suicidio antes que la demencia permanente». Aquello sonaba lógico, pero no ofrecía consuelo.

Siguió leyendo e investigando. Tuvo que vadear muchos casos, muchas opiniones y teorías, incluyendo una según la cual esos estados tenían origen hereditario y pasaban de generación en generación. Pero no había muestras de algo así en la historia de los Sinclair.

Otros expertos sugerían un cambio de ambiente. El viaje era la receta favorita. David murmuró para sí. «Si el problema está en la mente del enfermo, ¿de qué sirve un viaje largo? La mente irá con él. Viajar es como decir: “Que se lleve los problemas a otra parte”».

Al amanecer, David había llegado a la desalentadora conclusión de que, aun entre los expertos, había pocos consejos que sirvieran de algo. Una vez más, como en años pasados, eran sólo teorías. Algunas, realmente absurdas, como la de que el cavilar incesantemente sobre un mismo tema por mucho tiempo creaba una congestión en los vasos sanguíneos del cerebro; ésta, a su vez, provocaba inflamación, con lo cual la imagen amenazadora persistía en la mente.

Todo aquello hizo que David comprendiera algo muy cruel: nadie tenía soluciones para lo que afligía a su querida Mary; el tiempo y el deterioro constante corrían contra ella.

David Lilliendahl no fue el único que no durmió esa noche, por causa de Mary Lilliendahl. El doctor Abraham Jacobi también había estado buscando, en su bien provista biblioteca particular, alguna cura para su protegida, a quien miraba con tanto orgullo como a una hija. En alguna parte debía existir ayuda para ella. Pero entre esos teóricos charlatanes no, por cierto. Había llegado a la misma desalentadora conclusión que David.

Ya al amanecer, pensó tristemente:

«Un caso, necesito un solo caso en el que haya una causa determinada, un tratamiento determinado y una cura determinada también y me conformaré con eso». Pero no lo encontró.

Ese día, en el hospital, trató de no cruzarse con David. No quería confesar que había estudiado el problema toda la noche, sólo para verse derrotado por completo. Pasó el día atendiendo los casos que le enviaban desde el dispensario: niños con síntomas extraños. Era cosa sabida entre los médicos de toda la ciudad que, cuando un bebé o un niño presentaban señales desconcertantes, había que enviarlo a Jacobi, a quien le fascinaba atender a los pequeños.

Al terminar el día, cansado como estaba, Jacobi comprendió que debía enfrentar a David, aunque sólo fuera para compartir con él su desaliento. Lo alcanzó cuando estaba por salir del hospital para atender su consultorio privado.

—Tenías razón al no permitir que enviaran a Mary a un asilo —dijo, para iniciar la conversación.

—Anoche descubrí, en un texto, que Krafft-Ebing coincide conmigo; dice que, a veces, los pacientes se curan con sólo sacarlos de allí.

Jacobi lo miró por un momento.

—¿Anoche? ¿Tú también? ¿Te lo pasaste leyendo y leyendo?

David asintió, entristecido.

—Y con el mismo resultado —adivinó Jacobi, ceñudo—. Por lo visto, todos los teóricos parecen coincidir en una sola cosa: que es preciso apartar a la mente atormentada de aquello que la atormenta. Cada uno sugiere su propio remedio; uno llega a sugerir que el modo de superar una lesión mental es provocar un miedo de igual importancia. Es, más o menos, como lanzar cañonazos para acabar con la epidemia de cólera.

David asintió, cansado.

—Créame que he pensado cosas aun más descabelladas, Jacobi. Estoy desesperado y temo lo peor.

Ambos sabían lo que eso significaba: el suicidio.

—Si al menos supiéramos en qué consiste su obsesión —se lamentó Jacobi—, lo que domina su mente... La muerte de Davey, por supuesto, pero debe de haber más que eso.

La insistencia del médico hizo que David recordara su conversación con el rabino Rosenson.

—Sí, hay algo —confirmó.

Y procedió a contarle el sueño recurrente que Mary contó al rabino. Jacobi, después de escuchar con intensa concentración, acabó por preguntar:

—¿Ella era la única madre y había dos hijos? Al revés que en la antigua leyenda del rey Salomón. Qué extraño.

En ese momento, algo en la mente de David volvió a las lecturas de la noche. ¿Dónde había leído algo de eso? Tal vez en los escritos de Charcot, el prolífico francés que, además de medicina, estudiaba también la demonología y el exorcismo.

—David —lo instó Jacobi—, ¿qué pasa? ¿A qué viene ese silencio?

—¡Tengo que volver a la biblioteca! ¡Debo buscar algo!

—Iré contigo y buscaremos juntos.

Pasaron dos horas revolviendo la bibliografía. Estaba por amanecer cuando David halló la monografía de un oscuro autor y localizó el párrafo que recordaba vagamente.

—¡Aquí está! —dijo, mostrándoselo a Jacobi.

El anciano leyó, con mucho interés:

Recordamos un caso de melancolía en una muchacha, causada por su autocondena por el temor de que, mediante la indecisión, hubiera estado en connivencia con las inmoralidades de su padre. Eso la llevó a creerse culpable del pecado imperdonable. En este caso, una vez aclarada la etiología precisa, el

librar a la paciente de la responsabilidad supuesta provocó la curación.

Jacobi volvió a leer aquel párrafo, casi sin aliento.

—Fascinante. ¡Ven, vamos a discutir esto! Haremos que nos sirvan un poco de café.

El doctor Abraham Jacobi llegó a casa de los Lilliendahl y preguntó a Celeste dónde estaba Mary. La joven, aterrorizada por la enfermedad de su patrona, rompió en llanto y expresó sus temores.

—*Madame* está otra vez arriba. Y tengo miedo, doctor Jacobi. No sé qué puede pasar. A veces llora. A veces se sienta junto a la camita y mira el vacío. Nunca duerme durante el día y por las arrugas de las sábanas me doy cuenta de que pasa las noches dando vueltas. ¿Cuánto tiempo va a seguir así?

—No mucho más, de un modo u otro —aseguró Jacobi, sombrío.

Subió las escaleras y fue directamente al cuarto del pequeño Davey. Mary estaba junto a la cama. Al cobrar conciencia de que había alguien junto a la puerta se volvió, sorprendida al ver que era Jacobi.

—Lo tomé por David... Me pareció... —dijo, confusa.

—No es David, querida mía. Sólo el viejo Jacobi. Y debo disculparme por molestarte en un momento delicado. Pero hasta los médicos viejos tenemos problemas. Necesito ayuda.

La tomó de la mano para obligarla a levantarse y la condujo hacia la puerta. Como Mary se volviera, instintivamente, cerró la puerta con firmeza y la llevó al consultorio. Una vez allí le señaló la silla junto al gran escritorio.

—Ahora, doctora Lilliendahl, permíteme por molestarla. Toda madre tiene derecho a llorar a su hijo, cuando lo ha perdido tan a destiempo. Pero allá afuera hay todo un mundo que espera ayuda. Y no estoy en condiciones de brindarla, porque yo mismo necesito auxilio.

Mary apartó la vista, pero Jacobi la obligó a mirarlo de frente.

—Dije que necesito su auxilio.

—Yo no puedo.

—¿Por qué? —insistió Jacobi.

Ajena a todo, balbuceó:

—No puedo... Ni siquiera puedo ayudarme a mí misma. El sueño... No debo hacer a Amos lo que le hice a Davey. Nunca más... Una mujer cortada en dos...

Él la tomó suavemente por los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Mary, cuénteme el sueño, por favor.

—No puedo. Usted me va a despreciar.

—¿Qué hizo usted para que yo la desprecie? —preguntó Jacobi, buscando el fondo de su culpabilidad. Pero Mary sacudía la cabeza—. Si no quiere hablar, al menos escúcheme. Necesito su ayuda porque tengo un proyecto que proponer al hospital: abrir una clínica especial, gratuita, exclusivamente para niños.

Ella sacudió la cabeza con más violencia y logró apartarse.

—Piense, Mary. Siempre los hemos tratado como a adultos en pequeño. Y no lo son. Tienen enfermedades diferentes, reacciones diferentes. Quiero iniciar un estudio especial de los niños. Y necesito que usted me ayude.

—Yo menos que nadie, menos que nadie.

Por fin rompió en llanto.

—¿Por qué, Mary? ¿No puede decirme por qué?

Ella miró a su alrededor, como preparándose a revelar un secreto tan horrible que nadie en el mundo podía conocerlo.

—Los niños me odian.

—Comprendo —dijo Jacobi, como alentándola a continuar.

—Mi propio hijo, mi queridísimo Davey, me odia.

—¿De veras?

—Oh, sí. Me da la espalda. Yo lo llamo, pero se niega a contestar. Y escapa en la oscuridad.

—¿Cuándo ocurre eso, querida?

—Todas las noches, muchas veces —susurró ella. Entonces le contó su sueño y acabó diciendo—: Desaparece sin contestarme. No quiere volver a verme nunca más.

—¿Y no dice por qué?

—No, pero yo sé. Porque le robé tiempo para otros niños. Todas las noches huye a la oscuridad para que yo sepa lo que es sentirse abandonado. Mi pequeño Davey me odia, me odia... No soy digna de ser madre ni de ser médica. Un médico hubiera salvado al pequeño Davey. Una madre le hubiera dedicado todo su amor y todo su tiempo.

Jacobi no dejó que su compasión se impusiera a la observación profesional. Al menos, Mary había expresado la causa de su tormento.

—¿Y el sueño no cambia nunca? —preguntó.

—Nunca.

—Dos niños, una madre. Y la voz dice: «Corten a la madre en dos», —repitió Jacobi.

—Pero Davey dice: «No, prefiero que se la den al otro», y entonces me rechaza. No vuelve, no vuelve —se lamentó—. Y yo lo amo, todavía lo amo tanto...

Jacobi le tomó las manos, que estaban heladas.

—Mary, míreme. ¡No aparte los ojos! ¿Es eso lo que le impide dormir? —Ella asintió—. ¿Es por eso que no se siente apta como madre ni como médica?

—Hubiera dado la vida para salvarlo, pero fracasé.

—Y también David y yo mismo. La verdad, querida mía, es que no fue usted quien fracasó, sino la medicina. No puede echar, sobre sí sola toda la carga de ese fracaso. Todos tomamos parte.

—Pero yo era la madre...

—Y él la amaba. ¿Acaso no pide por usted en el sueño? ¿No prefiere que se la

entreguen al otro antes que cortarla en dos?

—Pero desaparece cuando lo llamo.

—¿Y por qué no? —preguntó Jacobi.

—Si me amara, si me perdonara, vendría a mí —insistió Mary, levantando una vez más la voz atormentada.

—Tal vez el Davey del sueño es muy sabio. Piensa: «Mi vida ha terminado y debo irme. Pero hay un niño enfermo que te necesita».

—¡Ese niño es un extraño! —protestó ella.

—Pero está enfermo. En cierto modo, querida, Davey y yo tenemos el mismo propósito. Necesito su ayuda para el niño enfermo del sueño, para todos los enfermitos de esta ciudad. Piense, querida: una clínica gratuita sólo para niños. Piense en todos los Davey que podemos salvar, en lo que descubriremos y en los que salvarán los médicos que nos sigan. Creo que, en vez de reprocharle nada, Davey está diciendo: «Déjame ir y salva a los niños enfermos».

Jacobi esperó pacientemente una respuesta, pero Mary no parecía haber relajado sus tensiones. Aún tenía las manos heladas. Por fin dijo, con voz vaga y lejana:

—En verdad, él dice: «Déjenla vivir». Lo dice.

—Y: «Que se la entreguen al otro» —le recordó Jacobi. A todos los niños que necesitan ayuda.

No logró provocar más reacciones. Era obvio que había fracasado. No reaccionaba como la muchacha del caso descubierto por David. Jacobi se retiró, caminando lentamente rumbo al hospital, donde se encerró en la biblioteca. Mientras estudiaba el caso una vez más, varias frases le llamaron la atención: *Autocondena. Pecado imperdonable. Supuesta responsabilidad*. La frase clave era ésa última: sólo un pequeño porcentaje de niños sobrevivía a la difteria, aunque no gracias a la intervención médica; Mary, por lo tanto, había tomado sobre sí una obligación imposible y se condenaba por haber fracasado.

Decidió volver tantas veces como fuera necesario para ver si podía ayudarla en algo más.

Pero Mary se negaba invariablemente a recibirlo.

Antes sus preguntas, David sólo podía informar que parecía estar deteriorándose aun más. El anciano temía que pronto cayera en ese abismo mental del que no hay regreso.

Capítulo 45

Una semana después de la última visita de Jacobi, David despertó temprano y descubrió, con alivio, que Mary dormía, en vez de estar despierta o arrodillada junto a la cama de Davey. Por enflaquecida que estuviera, era un consuelo verla libre de su tormento, aunque sólo fuera momentáneamente. Se le torcían levemente los labios, pero él ya se había acostumbrado a eso. Lo importante era que durmiese.

Como todas las mañanas desde que Mary enfermó, hizo que Celeste llevara a Amos a la mesa del desayuno, para poder hablarle y jugar con él, compensando, en cierto modo, la atención y el afecto que su madre no podía brindarle. David sonreía y el niño también. A veces acumulaba un bocado tan grande que parecía a punto de escupirlo sin tragar y sus ojos chispeantes se divertían con la incertidumbre de Celeste y el padre.

«Cada día se parece más a Davey», pensó David. «El mismo pelo rubio, brillante. Los mismos ojos azules, el mismo sentido del humor». Era de esperar que algún día tuviera también la misma risa contagiosa.

Mientras se ponía la chaqueta, preparándose para ir al hospital, Mary bajó la escalera. Él la abrazó y le dio un beso, pero halló la misma falta de respuesta que de costumbre.

—Quisiera hablar con el doctor Jacobi —dijo con una voz tan extraña que lo alarmó.

En cuanto llegó al hospital fue en busca de Jacobi. Una vez que le dio el mensaje de Mary, se sintió obligado a advertirle:

—No ha habido cambios.

—Al menos quiere verme —observó Jacobi, tan desesperado como David por encontrar alguna esperanza a la cual aferrarse.

—Eso, al menos. —Y entonces confesó lo que nunca había admitido ante nadie —: A veces yo también me derrumbo y lloro.

—¿Y por qué no, hijo, por qué no?

Caía ya la tarde cuando Abraham Jacobi pudo liberarse de sus tareas hospitalarias y subir los peldaños de la casa de los Lilliendahl. Se sentía a un tiempo cansado y sin ánimo. Fue directamente al cuarto de Davey. Estaba cerrado, como de costumbre. Ella había vuelto a encerrarse. En vez de llamar, abrió silenciosamente la puerta.

Mary estaba sentada en la pequeña mecedora de Davey. Su delgadez era tal que la sillita le daba cabida fácilmente. Allí se mecía, con los ojos fijos en la cama vacía. No necesitó mirar para saber que se trataba de Jacobi.

—Doctor, ya no es igual.

—¿Qué cosa ya no es igual? —preguntó él, suavemente.

—Anoche el sueño cambió.

—¿Ah, sí? ¿Y bien?

—Todo era igual, pero distinto.

—¿En qué cambió? —preguntó él, acercándose para tomarle las manos frías.

—Esta vez Davey, antes de desaparecer... se acercó para besarme...

Mary levantó la mano hasta la mejilla pálida y hueca, para acariciar el sitio donde el hijo desaparecido la había besado.

—Creo, querida, que él le perdona cualquier mal que haya creído hacerle —sugirió Jacobi—. Ahora, si usted pudiera perdonarse a sí misma, dejar de condenarse por no haber logrado lo imposible...

—Davey, Davey... —repetía Mary, aún apretando los dedos fríos contra la mejilla.

—¿Soñó una sola vez? —preguntó Jacobi, con mucha curiosidad.

—Sólo una vez.

El médico se sentía tentado a insistir, pero súbitamente sonó la campanilla de la puerta, con tanta fuerza como si el visitante quisiera arrancarla. En la planta baja se oyeron los pasos apresurados de Celeste, que corría a abrir. Un momento después, un grito de mujer, seguido por el llanto. Segundos más tarde, Celeste llamaba a la puerta del cuarto.

—¡Doctor Jacobi!

—Sí, ¿qué pasa?

—Una mujer con una criatura pequeña. Está frenética. Necesita a un médico.

El primer impulso de Jacobi fue, como siempre, correr en ayuda del pequeño paciente. Ya tenía la mano en el picaporte cuando se detuvo, deliberadamente, para volverse hacia Mary.

—Doctora Lilliendahl, la espera un paciente. ¡Es una emergencia!

Mary se encogió en la sillita, mientras el médico se convertía en un autoritario capataz.

—¡Doctora Lilliendahl! ¡No hay tiempo que perder! ¡Una criatura enferma la necesita! ¡Doctora!

Lentamente, Mary se levantó, vacilando, y echó a andar hacia la puerta que Jacobi le abría. Se volvió dos veces en medio de la escalera, pero Jacobi le bloqueó la retirada, instándola:

—¡La emergencia del paciente se antepone a todo!

Cuando Mary se detuvo ante la puerta del consultorio, Jacobi la acicateó:

—No olvide que nos lavamos las manos antes de tocar al paciente.

«La rutina», se decía. «es preciso hacerla entrar nuevamente en la rutina». Mary se acercó al lavamanos y se lavó con el fuerte jabón. En la camilla esperaba una niña de alrededor de dos años, jadeante y sin aliento. Junto a la criatura, la madre la estrechaba como para impedir que se le escapara la vida. Aterrorizada, sofocada por el miedo, suplicó:

—¡Doctora, haga algo!

Mary clavó una mirada vacilante en Jacobi, cuyos ojos la instaron a seguir, y comenzó el examen de la niña, mientras preguntaba:

—¿Desde cuándo está así?

—Desde esta mañana. Despertó así.

Mary agregó nuevas preguntas, cada vez más específicas, según iba recobrando su anterior destreza científica. Comprobó, con alivio, que no había membrana gris en la boca. Tampoco elementos extraños en la laringe que la niña hubiera podido tragar.

Jacobi notó que su técnica se tornaba más segura. La criatura había despertado en ella la habilidad profesional para la que había sido adiestrada. Una vez que estableció su diagnóstico, entregó la pequeña a Jacobi, que repitió rápidamente el examen y, preguntó:

—¿Y bien?

—Crup, provocado por la gripe —respondió Mary.

El médico asintió.

—¡Hagan algo! —suplicó la madre, pues la niña, presa de espasmos, se estaba poniendo cianótica. Mary le ordenó, con firmeza:

—Espere fuera. Tenemos que trabajar.

Se acercó al armario para buscar un reluciente bisturí y un fino tubo metálico. Con mano firme practicó una traqueotomía que alivió de inmediato a la criatura. Mary la tomó en sus brazos, susurrando:

—Ya te devolveremos a tu madre. Ahora, descansa. El doctor se ocupará de que te cures.

Mientras Mary la sostenía, cuidando de que el tubo siguiera procurándole alivio, Jacobi observaba a sus dos pacientes, ambas en tren de recuperación, gracias a Dios.

—Creo que estaría mejor en el hospital —sugirió.

Mary pareció reacia a abandonar el caso, pero pronto la entregó al médico, quien, en compañía de la madre, la llevaría al hospital. Antes de que se cerrara la puerta de calle, ella corrió a advertirle:

—Fíjese si no padece de raquitismo. Le vendría bien tomar sol y comer fruta fresca.

—Excelente observación —contestó Jacobi. ¿Por qué no viene mañana al hospital y se encarga usted personalmente del caso?

Mary no respondió. «Conviene ir poco a poco», se dijo Jacobi. «Muy gradualmente». Y se marchó con su carga, pero sintiendo el corazón y la mente mucho más livianos.

Mary Lilliendahl subió la escalera y se detuvo en el tope. A la derecha tenía el cuarto de Davey. Desde la izquierda le llegaba la voz del pequeño Amos. Después de vacilar por un momento, entró en el cuarto del bebé, lo tomó en brazos y comenzó a cantarle una canción de cuna.

Dos días más tarde, después de haber asistido a los servicios matinales para decir *Kaddish* por David, Mary Sinclair Lilliendahl entró en el Hospital del Monte Sinaí como si nunca hubiera estado ausente. Más delgada, muy pálida y reflejando en los ojos su tragedia, pero firme y profesional, se presentó en el despacho del doctor

Jacobi para informarle:

—Estoy dispuesta a participar en su Clínica Gratuita para Niños.

—¡Muy bien! —dijo Jacobi, entusiasmado—. ¡Por los niños de la ciudad!

Mary, sin darse cuenta, posó la mano en el sitio en que Davey la besara en su sueño. En momentos especialmente emotivos sentiría siempre una desacostumbrada sensibilidad en ese punto.

Capítulo 46

La práctica conjunta de los doctores Lilliendahl había aumentado a ritmo parejo desde que Mary se recobró. Los pacientes sabían ya que, si el enfermo era un niño, se llamaba a la doctora Mary; si se trataba de un adulto, al doctor David. Pero en caso de emergencia cualquiera de los dos era competente, capaz y muy comprensivo.

En el hospital también estaban más ocupados. David, como miembro del personal médico, se había hecho cargo de la tarea adicional, muy satisfactoria, de mantenerse enterado de cuantos adelantos hubiera en medicina. En las reuniones mensuales informaba a todo el cuerpo médico sobre lo más interesante y prometedor.

Mary cumplía un largo horario en la Clínica Gratuita para Niños; a veces debía hacerse cargo de ella por completo, pues el doctor Jacobi, habiendo probado su teoría de que los niños constituían una rama separada de la medicina, estaba muy ocupado en dar conferencias y en colaborar con la creación de servicios pediátricos similares en otras ciudades.

A pesar de tareas tan exigentes, los Lilliendahl cuidaban de que Amos, su único hijo, no quedara privado de cariño ni de atenciones. Cuando uno de los padres debía descuidarlo, el otro se encargaba de dedicarle más tiempo. El pequeño recibía todo el amor al que tenía derecho y todo el que Davey habría recibido de estar con vida.

Una noche, ya muy tarde y cansado, David decidió leer un documento médico más antes de acostarse y dejar el resto para más adelante. Dos horas más tarde, cuando Mary bajó a buscarlo, lo encontró ante el escritorio, profundamente pensativo.

—David, es muy tarde. Pronto va a amanecer.

—¿Eh? Debo contárselo, pero no en la reunión mensual: ¡ahora!

—¿Contar qué a quién? —inquirió Mary.

—¡A Gottesman! Este nuevo descubrimiento, ¡hay que adoptarlo en el hospital de inmediato!

El doctor Gottesman, acosado como siempre por los cien detalles que involucraba la dirección del hospital, levantó la mirada.

—Por el amor de Dios, Lilliendahl, hoy no. Sea lo que fuere, déjelo para la reunión mensual.

—¡Lea esto!

Gottesman aceptó la delgada carpeta y leyó el título: *Sobre el principio antiséptico en la práctica de la cirugía. Dr. Joseph Lister, Edimburgo.*

—Muy interesante —dijo el administrador, haciéndolo a un lado.

—¡Lea! —insistió David.

Gottesman leyó, impaciente y murmurando por esa intromisión en su jornada.

—¿Y? ¿Sobre la base de una sola monografía quiere que adoptemos este

procedimiento? Vamos, Lilliendahl.

—¡No podemos dejar que pase inadvertido! El hombre tiene pruebas estadísticas de que su método funciona. Sus pacientes operados no se infectan.

—Muy promisorio. Cuando el procedimiento esté probado por el uso amplio, lo tendremos en cuenta —aseguró Gottesman, tratando de dar la entrevista por terminada.

—¡Hay que tenerlo en cuenta ahora mismo! Deberíamos enviar a algún miembro del cuerpo médico a Escocia para que estudie el método de Lister.

Gottesman, impaciente, replicó:

—Bien, lo designo a usted. Ahora déjeme trabajar.

—¿Lo dice en serio? —preguntó David—. ¿Me envía a Escocia?

—No he dicho que el hospital pague nada. No tenemos tanto dinero en el presupuesto. Pero si cree que debemos investigar ese asunto, hágalo. A su propia costa.

David debatió el asunto consigo mismo por varios días antes de mencionárselo a Mary. Por fin, una noche se decidió a sacar el tema, mientras cenaban y le explicó el trabajo de Joseph Lister.

—Por eso tengo que ir, sin importar lo que cueste. ¿Comprendes?

Mary, sabiendo que él no se satisfaría con menos, calmó sus remordimientos.

—Iremos todos. Tú, Amos y yo. El viaje que íbamos a hacer cuando Davey... — Se le quebró la voz antes de terminar—. Tus padres tienen que conocer a Amos. Se lo debemos.

Y así quedó decidido.

Jacobi, encantado, sugirió que visitaran también a Pasteur, en París y a Cohnheim, en Alemania. Hasta les escribió cartas de presentación.

David Lilliendahl descubrió que Joseph Lister era un hombre modesto, de apariencia poco llamativa, tranquilo y nada emotivo. Llevó a David a su quirófano y le mostró la operación.

Una enfermera permanecía junto a él, con un vaporizador. Cada vez que Lister iba a tomar un instrumento le hacía una seña y ella esparcía una llovizna de ácido fénico sobre la mesa de operaciones. Aquello se repitió hasta que Lister suturó la herida y la cubrió con vendas.

—¿Eso es todo? —preguntó David—. ¿Con algo tan simple logra un porcentaje tan fantástico de curas sin infecciones?

—Ustedes, los norteamericanos, y los superlativos... Aún queda mucho por investigar. Sólo he probado la idea; ahora hay que perfeccionarla. Por ejemplo, me gustaría encontrar un sustituto del ácido fénico, que irrita la piel del paciente. — Como si recordara algo, preguntó—: ¿Va al continente?

—Sí —confirmó David.

—Entonces visite a Pasteur, que es el responsable de esto. Fue su descubrimiento sobre los microbios y las infecciones lo que me dio la idea.

David salió del hospital tan excitado como durante aquel breve experimento de Semmelweis.

—¡Ha abolido para siempre el concepto de que el «*pus laudable*» es necesario para la cicatrización! ¡La asepsia es lo más seguro!

Mary, al ver la luz de sus ojos y oír el entusiasmo de su voz, comprendió que los gastos del viaje valían la pena. En el fondo, David era un investigador.

En París, Mary insistió en visitar a su viejo amigo y maestro, el doctor Pierre Louis, quien se mostró encantado de verla. Los años le habían debilitado la vista y lo habían convertido, según dijo, en una vieja veleta capaz de pronosticar todos los cambios atmosféricos. Riendo entre dientes, agregó:

—Tal vez mi obra haya ayudado a poner orden en el caos que era nuestra ciencia. Pero si volviera a ser joven, como ustedes, seguiría a Pasteur. Ésa es la nueva tendencia de la medicina. Y pensar que el hombre no es siquiera médico, sino químico. ¡Un químico nos está enseñando nuestra profesión! Ustedes dos verán una nueva época. Formen parte de ella. Traten de buscar tiempo para participar en esta revolución médica que está estallando. Bueno, creo que debo ir a casa a acostarme. Últimamente me retiro temprano.

Se despidió de Mary con un beso en la mejilla.

Descubrieron que Pasteur era un hombre impaciente. Impaciente con su personal, con los visitantes y hasta consigo mismo; arrastraba una pierna, afectada por un ataque, mientras intentaba correr de un laboratorio a otro. Mary y David lo siguieron de cuarto en cuarto y descubrieron que sus discípulos y auxiliares provenían de toda Europa, todos ansiosos de estudiar con quien había probado, de una vez para siempre, que no existía la generación espontánea.

—¡Generación espontánea! —bufó Pasteur— No hay tal cosa, amigos. La vida sólo proviene de la vida. Tenemos que buscar a esos microbios invisibles, esos asesinos, y hallar el modo de eliminarlos. Ése es todo el secreto.

No sólo había demostrado que los microbios no se materializaban del aire, sino también que era posible inmunizar a algunos animales contra ciertas enfermedades inoculándoles un virus atenuado. Su laboratorio trabajaba en diez o doce enfermedades, en busca de similares protecciones y él, en persona, buscaba una inoculación que previniera o curara la temida rabia.

Al terminar la visita descartó cualquier cumplido, diciendo con tristeza:

¿De qué sirven medallas y elogios, si uno no ha podido salvar a su propia hija?

—Lo sé —dijo Mary.

—¿Usted también, *Madame*? Ah, entonces conoce ese dolor. Por desgracia, los niños seguirán muriendo hasta que descubramos las causas, las curas y las

prevenciones. Dios nos ha elegido, doctora, para que hagamos nuestro propio sacrificio en el altar de la ignorancia médica y nos esforcemos por hallar las curas. Y lo haremos. Está dentro de la capacidad humana borrar todas las enfermedades contagiosas de la Tierra, algún día.

Al salir del Instituto Pasteur, David dijo suavemente:

—Algún día... Algún día haré mi contribución, en vez de trotar de paciente en paciente.

Mary no respondió, pero se dijo: «Pasaré toda la vida con ese tipo de pesares».

Capítulo 47

—*Guten Tag, Grossmutter, ich liebe dich*^[22] —dijo el pequeño Amos Lilliendahl, saludando a su abuela, en el modesto departamento de Viena.

Antes de que pudiera pronunciar la parte *yiddish* del discurso que estaba ensayando desde hacía meses, ella lo alzó en brazos para besarlo.

—¡Qué niño inteligente! ¡Tan pequeño y ya habla alemán!

—Espera —protestó el pequeño, en inglés, decidido a lucir todo lo que había ensayado con tanta diligencia—, hay más, abuela: *Ich kum jum America stuh zehen mine bubha und zeydah*.

Bertha Lilliendahl, sin aguantar más, rompió en llanto, diciendo:

—¡Un genio! Moritz, mira a tu nieto. ¿No es un genio?

Moritz Lilliendahl, hombre frágil, de cutis cetrino y escasos vestigios de pelo blanco en el cráneo rosado, le devolvió la sonrisa, pero sin levantarse de la vieja silla para no delatar los efectos invalidantes de un ataque sufrido años atrás.

—Pequeño David —dijo, alargando la mano hacia el niño.

Bertha trató de recordarle:

—Se llama Amos, querido, por favor.

El viejo se volvió hacia su hijo.

—Ya ves, sigue con lo de «querido, por favor». Ya sé que se llama Amos. Y recuerdo al niño que no pudo venir. Dije «pequeño David» porque, exceptuando su pelo rubio, es como nuestro hijo.

Y atrajo al niño hacia sí.

Bertha puso sobre la mesa una comida que representaba bastantes sacrificios, considerando lo magro de su presupuesto, y los instó:

—¡Coman, coman!

El pequeño miró su plato, sin tocar el tenedor y se volvió hacia Mary con un susurro intrigado:

—¿Mamá?

Entonces Mary, Amos y David recitaron la plegaria de costumbre, en hebreo y en inglés, después de lo cual el niño se sintió en libertad de comer. Bertha miró primero a David y después, tímidamente, a su marido. Pues Mary era la joven en quien ella, secretamente, pensaba como en «la *shiksa* que se casó con mi David». En ese momento se preguntó: «¿Podrá ella perdonarme algún día?».

En el segundo día de su estada en Viena, David y Mary dejaron a Amos con sus abuelos y fueron al *Allegemeines Krankenhaus*, para que él pudiera renovar antiguas amistades.

Aquella visita resultó una amarga desilusión. Doerner ya no estaba allí, confinado en su domicilio por un cáncer terminal. Otros compañeros de entonces habían abandonado la práctica o buscado trabajo en otros lugares. Del viejo despacho de

Semmelweis vieron salir a un desconocido de chaquetilla blanca que no les prestó la menor atención. David dijo:

—Soy un extraño en el lugar donde crecí. Vámonos.

Salieron a la luz del día. Al otro lado de la plaza estaba el café en donde, a los diecisiete años, había escuchado con admiración a Adolph Fischof, quien le inculcaba su obligación, cómo médico, de ser una fuerza social comunitaria, para evitar las enfermedades, además de curarlas.

Amargado, David pensó: «Cuando intenté evitar que los niños fueran sometidos al peligro de la tisis, terminé pidiendo disculpas por haberlo hecho. Traicioné a Fischof una vez más».

Mary, notando su perturbado silencio, preguntó:

—¿Qué pasa, querido?

—Nada, *Liebchen*, pero me arrepiento de haber vuelto a Viena. Aquí no tengo sino a mis padres. Y hasta ellos fueron una desagradable sorpresa. Tan viejos, tan frágiles...

Al día siguiente, tras esperar con paciencia en una lujosa oficina de la arquidiócesis, David fue recibido por un elegante monseñor que le preguntó:

—Dígame, doctor, ¿es usted judío?

—Sí.

—En ese caso, temo que no puedo ayudarlo.

—¡Pero soy el padre del niño! —insistió David.

—Justamente por eso. No creemos que tenga derecho a reclamarlo y poner en peligro su alma inmortal.

—Prometo no tratar de convertirlo. Sólo quiero saber qué ha sido de él. ¿Hay algo que pueda hacer por él?

—Lo siento —dijo el monseñor.

—¡Tiene que haber algún modo en que yo pueda verlo!

—Por medio de esta oficina no ha de ser —aseguró el clérigo, con tanta firmeza que David resolvió no insistir.

Mientras tanto, Bertha aprovechaba la oportunidad para hablar en privado en su nuera.

—Querida, me alegro de que hayas venido. Ahora sé cómo es la mujer de mi hijo. Me siento feliz por Moritz; no lo había visto tan contento desde que David era niño. Y me alegro de que abandone este mundo sintiéndose feliz. —Miró a Mary a los ojos—. No te digo nada nuevo sobre él, ¿verdad?

—Cualquier médico puede darse cuenta sin necesidad de examinarlo —admitió Mary.

—Cualquier médico —repitió Bertha, sonriendo—. Te diré algo: cuando supe que David quería casarse con una muchacha, adiviné que era hermosa, porque siempre tuvo buen gusto. Pero nunca que además era tan inteligente. —Y abrazó a Mary—. Lo has hecho feliz. Por eso, como madre, te estoy agradecida.

Poco después agregó, en voz baja:

—Sobre lo de Moritz, no digas nada. No quiero que sospeche.

—Por supuesto que no, mamá.

Horas antes de que los Lilliendahl partieran de Viena, Moritz insistió en ir a la sinagoga con su hijo y su nieto. Mientras el niño se entretenía mirando aquel antiguo edificio, Moritz pudo llevar a David a un rincón oscuro y tranquilo.

—Sólo aquí puedo hablarte a solas, David. Tu madre no sabe nada y es mejor así. No puede solucionar las cosas: ¿para qué preocuparla? Pero el médico me ha dicho que no me queda mucho tiempo de vida. Un año, tal vez. Más probablemente, algunos meses.

David no podía negar aquello sin recurrir a engaños denigrantes.

—Por eso, hijo, quiero aclararte algunas cosas. Primero: cuando ocurra, no trates de venir aquí. Quédate con tu familia y sigue con tu trabajo. He arreglado las cosas para que venga un primo de Czernowitz a ocuparse de todo y a llevarse a tu madre. También tengo algo de dinero ahorrado para que ella pueda arreglarse. No te sientas obligado a nada. Ni culpable, sobre todo. Mi vida ha sido buena y tengo un buen futuro: en ti y en mi nieto. Veo que el apellido Lilliendahl está en buenas manos. Y tu esposa es una joya, aunque cuando nos escribiste sobre tu matrimonio vine a la sinagoga a rezar como si hubieras muerto. Ahora sé que hiciste lo correcto. En realidad, si algo puedo criticarle es que sea demasiado religiosa. ¿Así que rezan la plegaria del pan en todas las comidas?

Como en ese momento volvía Amos, Moritz agregó, en voz baja y apresurada:

—Esta tarde, cuando se vayan, nada de grandes despedidas. Haremos de cuenta que volverán el año próximo. ¡Promételo!

—Lo prometo, papá. Nada de grandes despedidas. Pensaremos en reencontrarnos el año próximo.

Se lo debemos a tu madre.

Mientras el tren se alejaba lentamente de la estación, David, Mary y el pequeño Amos se inclinaban por la ventanilla para saludar con las manos a Moritz y a Bertha, cada vez más pequeños en la distancia. Era la última imagen que David tendría de sus padres.

—Él no quiere que mi madre se entere —confió David a su esposa—. Pero todo eso de vernos el año que viene es una comedia, para que ella no sospeche.

Mary, sin apartar la mirada de sus suegros, dijo:

—Tu madre no sospecha: lo sabe. Pero no se lo deja saber para no preocuparlo.

Quiere que llegue a su fin tan libre de preocupaciones como sea posible.

—Y así seguirán fingiendo ambos, hasta el fin —comentó David, con una mezcla de tristeza y admiración.

Mientras almorzaban, en tanto el tren traqueteaba hacia el noroeste, en dirección a Alemania, Mary comentó:

—David, ya sé por qué eres tan buen esposo y padre.

Capítulo 48

David y Mary Lilliendahl, con una carta de presentación firmada por Abraham Jacobi, se presentaron ante el doctor Julius Cohnheim, eminente profesor de patología de la ciudad de Breslau, que había estudiado los elementos de la inflamación y la supuración; a pesar de ser más joven que David, el hombre tenía ya varios descubrimientos importantes en su haber.

—Eligieron un mal momento para esta visita —dijo Cohnheim, con pena. Debo asistir a una reunión en el Instituto Botánico, donde un joven médico del interior va a darnos una demostración. Pero tal vez a ustedes les interese asistir. ¿Por qué no me acompañan?

El doctor Robert Koch, hombre delgado de apenas treinta años, neófito entre un público de consagrados, subió al estrado con obvio nerviosismo y carraspeó.

—Distinguidos profesores: en primer lugar debo reconocer que estoy en deuda con el respetable doctor Jacob Henle, quien, en su excelente obra *Miasmas y contagios*, expuso la teoría de que los gérmenes, microbios y otros parásitos son causa de las enfermedades infecciosas. Faltaba hallar pruebas de esta teoría y para ello Henle dispuso experimentos muy específicos que debían ser ejecutados antes de que nadie pudiera asegurar que había descubierto la causa específica de una enfermedad.

”Los experimentos son tres. Primero: la causa que se sospecha debe estar siempre presente en el organismo enfermo. Segundo: el parásito debe ser aislado de los otros organismos. Tercero y principal: dicho parásito debe ser capaz de provocar nuevamente la enfermedad.

David se inclinó hacia adelante, excitado, y Mary buscó su mano. Ambos preveían que Koch debía de haber cumplido con esos tres pasos para que esa reunión se hubiera llevado a cabo.

Koch descubrió una jaula con ocho ratones blancos, que correataron animosamente al verse expuestos a la luz. Había allí un microscopio, algunos tubos de ensayo tapados con algodón y otros instrumentos, nada muy especial.

”Ahora bien: la primera regla de Henle es más fácil de cumplir que las otras: hallar una causa que esté siempre presente con la enfermedad. En este caso, la enfermedad es el ántrax.

La palabra sobresaltó al público. El ántrax afectaba, sobre todo, a los animales, pero tenía un efecto mortífero en los humanos. Era material peligroso para el investigador. Koch continuó con sus exposiciones y mostró un organismo en forma de bastoncillo.

”He aquí el organismo sin el cual el ántrax no se produce. Pero debemos cumplir con la segunda prueba del profesor Henle: aislarlo.

Explicó el modo en que había trabajado para aislar al microbio y puso una muestra bajo un microscopio, invitando a todos a observarlo. Mary y David fueron

los últimos.

”Ahora falta el paso más importante: provocar deliberadamente la enfermedad en animales de laboratorio. Bien, veremos.

Koch puso sobre la mesa la jaula en donde correteaban los ratones blancos y aplicó, a una incisión efectuada en la cola de cada uno, una astilla de madera sumergida en el fluido cargado de ántrax.

”Y ahora, caballeros, si de algo sirve mi experiencia, bastará con que esperemos dos o tres días para obtener resultados.

Mary clavó los ojos en David, recordándole:

—Teníamos que partir por la mañana. ¿Qué hacemos?

—Nos quedamos —fue la respuesta.

Al tercer día, el grupo de asistentes a las reuniones era mucho menos numeroso. Casi todos se habían excusado de asistir. Expresaban así la falta de fe en la demostración. Sin embargo, esa mañana los ratones ya no correteaban. Dos habían muerto. Otros dos jadeaban, tendidos de costado, y los dos restantes se tambaleaban sobre las patas.

—Y ahora, caballeros, el último paso.

Koch retiró cuidadosamente uno de los ratones muertos y lo abrió para extirparle el bazo, del que cortó un diminuto fragmento. Una vez puesto en una placa, todos pudieron observar el mortífero ántrax. El círculo estaba cerrado: el parásito había sido detectado, aislado y aplicado a un animal sano, donde había provocado la enfermedad fatal.

—Por fin está probado —dijo David a Mary—: un parásito específico provoca una enfermedad específica. Eso puede llevar a la cura o a la prevención.

Todos se agolparon alrededor de Koch para estrecharle la mano y hacerle preguntas. Al felicitarlo, Mary dijo:

—La difteria. Busque la causa, se lo ruego.

Koch rechazó amablemente la invitación de los personajes más importantes para que almorzara con ellos, pero aceptó, en cambio, la de los Lilliendahl, que no lo abrumaban con sus elogios. Hablaron por horas enteras. David quedó asombrado ante la constancia con que el joven investigaba, robando tiempo a sus pacientes, a pesar de los reiterados fracasos.

—Volvemos a Norteamérica por la mañana —dijo David, al despedirse—, pero debemos escribirnos.

Intercambiaron sus direcciones. Los Lilliendahl estaban seguros de que Koch, hombre de hábitos y disciplina tan exactos, no dejaría de escribirles con frecuencia.

1882 — 1885

Capítulo 49

Era una de esas pocas mañanas en que los tres Lilliendahl podían compartir la mesa del desayuno. Por lo común, a esa hora David o Mary estaban aún atendiendo alguna llamada nocturna de urgencia o reponiendo horas de sueño.

Pero esa mañana estaban los tres allí, cada uno con sus propias preocupaciones. David tenía una operación quirúrgica por la mañana. Mary estaba a cargo de todo el trabajo de la clínica para niños, pues Jacobi había ido a dar una conferencia en Chicago. El joven Amos contenía el deseo de echar mano al *Tribune* antes de salir rumbo a la escuela. Tenía ya quince años y era casi tan alto como su padre; aunque su rostro era el de un Sinclair, tenía todos los gestos de los Lilliendahl.

David quebró súbitamente el silencio.

—¡Qué mundo éste! Miren a qué noticias se les da importancia en nuestros periódicos: los británicos derrotan a los egipcios y se apoderan de El Cairo. En Anaconda se abre una mina de cobre. En Ohio, un tal Rockefeller, con una compañía llamada Standard Oil, se está tragando a otros petroleros. Todo eso es muy importante. Y en un rincón perdido de las páginas interiores... ¿a que no adivinan? Robert Koch ha descubierto el bacilo que provoca la tuberculosis. ¡Una novedad que va a cambiar el mundo y le dedican menos espacio que al pronóstico meteorológico!

Amos sugirió:

—Si el doctor Koch hubiera descubierto una *cura* para la tuberculosis, sin duda le habrían dedicado más espacio.

—¿Una cura? —repitió David, casi tan impaciente para con su hijo como su padre, en otros tiempos, para con él—. Antes es preciso hallar la causa; después, la cura. Así avanza la medicina. ¿Te das cuenta de lo que hizo este hombre? Según nos escribió a tu madre y a mí, aisló el germen de la tuberculosis tiñéndolo y pudo reproducir la enfermedad. Pero además ha probado que no se la transmite sólo por el contacto personal, sino también a través del aire.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó Amos—. ¿Dejar de respirar?

Mary, para evitar una disputa, intervino:

—Amos, querido, ¿no es hora de que salgas ya?

—Sí, mamá, pero primero quisiera saber algo, si papá me lo dice.

—¿Sí hijo?

—Ayer hubo una pelea por el premio mundial de los pesados. ¿Quién ganó?

—Quién ganó... quién ganó... —repetía David, buscando la página de deportes—. Ah, sí, Sullivan.

—¡Estupendo! —exclamó Amos.

—¿Qué tiene de estupendo?

—Gané veinticinco centavos. Johnny Bruce apostó por Ryan.

—¿Apuestas a los boxeadores? —preguntó David—. Vete a la escuela. Y cuando las peleas te dejen tiempo, trata de estudiar un poco.

Mientras Amos se despedía, la madre le echó esa mirada que él ya conocía bien; significaba: «No irrites a tu padre cuando está por practicar cirugía».

David y Mary se sirvieron una segunda taza de café, lujo pecaminoso en la vida de dos médicos muy ocupados. Él confesó:

—A veces me pregunto si este muchacho es hijo de dos seres humanos inteligentes y serios.

—Sólo tiene quince años —recordó Mary.

—Dos irlandeses se desmayan mutuamente a golpes en un *ring* y eso le parece importante. El descubrimiento de Koch, no. ¿No se da cuenta, acaso, de que esto puede llevar a prevenir la tuberculosis?

Mary observó:

—Lo más difícil del mundo es lograr que la gente aprecie algo que no ocurre. Si cortas una epidemia, eres un santo milagroso. Pero si la evitas, nadie se da cuenta. El *Tribune* habría anunciado con grandes titulares un terremoto que se hubiera producido ayer. Pero no veo ningún titular que diga: «¡Hoy, no hubo terremoto!». La palabra «prevenir» es mucho menos excitante que «curar».

—Esas cosas llevan tiempo —insistió David—. Algún día... —Otra vez esa frase que lo perseguía—. Pero me gustaría estar orgulloso de mi hijo, verlo convertirse en todo un hombre. ¡En cambio lo veo apostar en las peleas!

—Sin dejar de sacar excelentes notas en la escuela —le recordó Mary.

David sonrió por primera vez, esa mañana.

—Me estoy poniendo viejo y rezongón. Pero si yo hubiera tenido las oportunidades que tiene este muchacho... —Hizo una pausa antes de preguntar—: Francamente, Mary, ¿alguna vez piensas en lo que Davey hubiera sido a esta altura? —Suspiró—. Creo que habría sido más serio que Amos.

—No digas eso —le reprochó Mary—. Amos está saliendo de la niñez. Es un período difícil.

—Debo de ser yo —confesó David—. Siempre estoy irritable cuando me toca operar. No es lo que elegí al empezar.

—Lo sé. Pero la medicina, en este país, no ha llegado a esa etapa. Los descubridores son todos europeos. Ya le llegará la hora a Norteamérica, si no es en nuestra generación, será en la siguiente.

—No estoy seguro. Somos un país dedicado a las cosas materiales. Nosotros no buscamos causas y curas. Inventamos teléfonos, buscamos oro y petróleo, construimos rascacielos.

—Ya son casi las ocho. ¿Vamos? —propuso Mary.

Mientras caminaban hacia el hospital, David dijo:

—Tengo que hablar otra vez con el doctor Frank, el nuevo administrador. Es su obligación encargarse de que el método Lister no sea sólo optativo entre los cirujanos. Hace años que se ha probado su eficacia. ¡Es preciso imponerlo!

Pasaron meses. La vida seguía el mismo ritmo apresurado que había tomado desde que retornaron a Norteamérica, años antes. Tras la muerte de Moritz, Bertha no había sobrevivido por mucho tiempo, como si hubiera pensado que, ya liberada de sus deberes, estaba en libertad de morir también.

Una mañana, cuando Celeste acababa de servir el desayuno, llamó el cartero. La francesa recibió la correspondencia y entregó una carta especial a Mary.

El matasellos indicaba que procedía de Berlín. Koch volvía a informarles de sus adelantos.

Cada una de sus cartas provocaba en David nuevas culpas y viejas añoranzas. Pero cargado como estaba con la floreciente práctica particular y con las responsabilidades de profesor en el hospital, candidato favorito para la jefatura de medicina, sus posibilidades de dedicarse a la investigación parecían más remotas que nunca. Por eso Mary puso la carta junto a su plato con algunos malos presentimientos.

Amos, después de pedir autorización, despegó la estampilla, se apoderó de varios panecillos frescos y salió hacia la escuela, como rumbo a una aventura. Su beso apresurado era la señal exterior de que había dejado de ser un niño dependiente.

Mary se sintió un poco triste. «Está creciendo, se aparta de nosotros; es natural», se dijo. Pero sabía que su tristeza tenía sus raíces en otra separación. David y ella, cada vez más exigidos por sus tareas diarias, se veían muy poco. No siempre leían los mismos informes ni asistían a los mismos seminarios, desde que sus horarios y sus intereses parecían haberse diferenciado. Ni siquiera las horas íntimas eran las mismas: David había dejado de ser el amante ardoroso de antes. Mary sabía que no era por falta de amor, lealtad y devoción, sino por las presiones de su carrera.

Oyó sus pasos en la escalera alfombrada. Esa mañana caminaba un poco más lentamente que de costumbre; eso significaba que se había acostado tarde.

—Buen día, *Liebchen* —la saludó, como siempre.

«Está cansado antes de empezar el día», se dijo ella.

—¿Por qué te acostaste tan tarde? ¿Alguna visita a domicilio?

—No, un documento fascinante sobre el uso de una droga nueva como anestesia. Cocaína, descubierta por un tal Koller, un vienés.

En eso vio la carta de Berlín. De pronto perdió el sueño y el hambre. Rompió el sobre y comenzó a leer.

—¡Fantástico! Escucha esto, querida.

Y comenzó a leer en voz alta la carta de Koch. Un fragmento decía:

—«¿Recuerda los problemas que tuve, hace años, para aislar el bacilo del ántrax y los engorrosos métodos a los que recurrí? Por pura casualidad o tal vez por designio divino, acabo de descubrir un método tan sencillo que me siento idiota. Un accidente hizo que un cultivo cayera sobre media papa hervida que mi ayudante, hombre muy perezoso, había olvidado tirar. A la mañana siguiente noté en ella manchas de distintos colores y decidí examinarla con el microscopio. ¡Y allí estaba todo! Cada

color era una colonia de una especie distinta de microbios. Si se les da una base sólida, ¡se aíslan por cuenta propia! ¿Cómo está su encantadora esposa? Lo envidio. Pero si estuviera casado con una mujer como ella no tendría tiempo para trabajar».

David, sonriendo, comentó:

—Qué comentario simpático.

—Demasiado halagador —dijo Mary, pero no por modestia, pues agregó—: Tú, estando casado con esa mujer, no tienes tiempo más que para trabajar.

David estaba por protestar, pero se recostó en la silla para observarla, notando que tenía los ojos húmedos.

—Necesitamos pasar más tiempo juntos —dijo tomándole la mano—. Pero cuando tú estás libre yo estoy ocupado y viceversa. Lo que necesitamos es otro viaje, como el que hicimos a Viena, para estar solos y lejos del trabajo. —Y declaró—: A partir de hoy planificaremos nuestro tiempo. Empezaré a ordenar las cosas en el hospital para disponer de cuatro semanas en la primavera. Coincidirá con las vacaciones de Amos. Haz tú lo mismo.

—Jacobi está envejeciendo —le advirtió Mary.

—Puede prescindir de ti por un mes. Cuanto menos, pídeselo. ¡Sabe Dios que tienes derecho!

—Está bien, le diré.

David se levantó. En cuanto Celeste se retiró de la cocina, besó a su esposa con fervor y le susurró:

—Vamos arriba. ¡Pronto!

—Estás loco —respondió ella—. Tengo trabajo en la clínica. Ésta no es hora para el amor.

—Justamente porque estoy loco tienes que darme el gusto. Después podrás incluirme como un caso clínico en el documento que estás escribiendo sobre la demencia. Puedes decir que el sexo es un antídoto de la locura y anestesia para el dolor mental.

Capítulo 50

Como la Clínica Gratuita para Niños del Monte Sinaí era la primera de su tipo en todo el país, el trabajo de Abraham Jacobi y Mary Lilliendahl era casi imposible de cumplir. Horas antes de que la clínica abriera sus puertas, los padres esperaban ya ansiosamente con sus niños enfermos; al terminar cada día aún quedaban muchos esperando. Por eso Mary encontró cierta dificultad para hacer su pedido.

—Ah, mi querida Mary, qué día, qué día... —murmuró Jacobi, exhausto.

—Como casi todos —replicó Mary—. Lo llamativo es que, la mayor parte de las veces, tengo la sensación de estar atendiendo a los padres y no a los hijos.

—Ya lo sé. Los síntomas que las madres no pueden expresar por estar demasiado ocupadas aparecen en los niños. Bueno, tengo que ir a mi consultorio particular.

—Doctor Jacobi... —comenzó Mary.

Por su tono, el médico comprendió que se trataba de algo especial.

—¿Sí, querida?

—¿Sería posible que yo tomara un mes de licencia durante la primavera?

—¡Todo un mes! —repitió Jacobi y en esa breve frase expresaba toda la carga y presiones a las que debía enfrentarse.

—David y yo lo necesitamos mucho.

—Por supuesto, Mary. De lo contrario no lo pediría. Deme uno o dos días.

Cuatro días después, mientras examinaban a un niño, Jacobi le dijo, por sobre el hombro:

—A propósito, hablé con nuestro nuevo administrador sobre esa licencia. Este hombre no es como Gottesman: tiene corazón de piedra. Pero lo hice aceptar.

—Muchísimas gracias.

El anciano concluyó el examen del pequeño paciente diciendo:

—Más tarde hablaremos de este caso, querida.

Eso, para Mary, significaba que Jacobi confirmaba su diagnóstico: tumor en la columna vertebral, probablemente maligno.

El doctor John Frank, el nuevo administrador, era tildado de joven sólo por contar con mucha menos edad que Gottesman al retirarse. Como sucesor de un hombre tan respetado, Frank estaba decidido a ejercer sus funciones con tanta firmeza que nadie lo tomaría a la ligera.

Cuando David expresó que necesitaba un mes libre durante la primavera, Frank fingió mucha seriedad.

—¿Se da cuenta, Lilliendahl, de que durante ese mes el directorio podría decidir quién será nuestro nuevo jefe de medicina?

—Si hay tan pocos recuerdos de mi obra aquí que pueden olvidarme, no merezco ese puesto.

—Sólo le señalaba el riesgo de tomar un mes libre en ese momento.

Pero al terminar la semana David tenía el permiso. Las semanas faltantes para

abril parecieron más largas que en otros años. David y Mary se alentaban mutuamente en momentos de tensión y cansancio con la cuenta de los días.

Un sábado por la noche, en la intimidad del lecho conyugal, Mary contó a David que su madre le había propuesto cuidar a Amos durante esas vacaciones, para que ellos pudieran estar completamente solos. La primera reacción de su esposo fue la que ella esperaba. Sin embargo, antes de dormirse David le dijo:

—Recuerdo cuánto disfruté mi padre de esos pocos días que pasó con Amos, cuando estuvimos en Viena. Mamá dijo, en una carta, que fueron los más felices de su vida. Y tu padre merece el mismo placer. Sobre todo si, como cree tu madre, puede ocurrirle algo.

Por la mañana, temprano, sonó la campanilla de la puerta. Era el cartero, traía un paquete de Berlín, acompañado de una carta. David, al abrirlo, descubrió varias fotografías.

—¡Fotografías de la materia puesta bajo el microscopio! —exclamó Mary, al verlas—. ¡Increíble!

La carta de Koch explicaba que, preocupado por el hecho de que la materia viva cambiaba constantemente bajo el microscopio, había tenido la idea de adosar una cámara al aparato. También contaba que se le había pedido efectuar una expedición a Egipto, donde una epidemia de cólera estaba haciendo estragos.

—Después de leer esta carta —comentó David—, siento que estoy perdiendo el tiempo. La medicina estalla de descubrimientos que beneficiarán a toda la humanidad. Para mí ésa es la tarea más noble.

—¿Y quién cuidará de los enfermos mientras se descubren las curas nuevas? —observó Mary.

Él asintió, pero no sin pena.

La doctora Mary Lilliendahl estaba examinando a una niña de diez años que tenía una hinchazón en el costado.

—Dice que no le duele —señaló la afligida madre—, pero yo se lo toco todas las noches, al acostarla.

Mary tenía graves sospechas. Decidió buscar la información de Jacobi antes de recomendar cirugía, pues los riesgos podían ser grandes. Muchos cirujanos habían adoptado el método de Lister, pero en el hospital aún era optativo.

Jacobi confirmó su diagnóstico y también compartió su preocupación sobre el cirujano que debía realizar la operación, elegido por el jefe de cirugía.

—Buscaré algún modo diplomático de asegurarme que sea uno de los progresistas —dijo—. El adecuado es el joven Armand Seixas. Hable con él cuanto antes.

El doctor Armand Seixas no estaba en su despacho; rara vez estaba allí, pues se dedicaba exclusivamente a la cirugía y aprovechaba cualquier oportunidad para perfeccionar su habilidad. Mary lo vio por la ventanilla de la tercera sala de operaciones, con su chaqueta blanca y su delantal de cuero negro. Obviamente, creía en los métodos de Lister, pues su enfermera auxiliar estaba rociando ácido fénico

sobre la mesa de operaciones.

Mary abrió la puerta y se halló en medio de una discusión entre médico y auxiliar.

—¡Este ácido me quema las manos! —protestaba la enfermera, al borde de las lágrimas—. ¡Me niego a seguir vaporizando!

—Lo haré yo —se ofreció Mary.

Se hizo cargo y la enfermera abandonó la sala, sollozando.

—¿Con quién tengo el honor de compartir este paciente? —preguntó Seixas, mientras continuaba con la operación y Mary rociaba la zona quirúrgica.

—Mary Lilliendahl. La *doctora* Lilliendahl.

—Por supuesto, debí adivinarlo. De la clínica infantil. Bueno, las dos cosas que dicen de usted son ciertas.

—¿Qué cosas?

—Uno: que usted es bonita y lo es. Dos: que es muy profesional. Y lo es también. Me siento complacido de conocerla, por fin.

Y le sonrió de un modo que a Mary no le gustó. Ese hombre, diez años menor que ella, estaba tratando de flirtear. «Impertinente», fue la palabra que le aplicó, aun reconociendo que era atractivo.

Mary continuó rociando hasta que el cirujano completó su obra.

—Bueno, usted parece haber sobrevivido al ácido —comentó Seixas—. Ahora, si el paciente hace lo mismo, no habremos perdido nada con la experiencia.

—Doctor, me impresionó su hábil técnica. ¿Me permite verle las manos?

El joven cirujano, incapaz de resistirse al halago, alargó las manos. Mary echó una rociada de ácido fénico sobre ellas.

—¡Cuidado! —estalló Seixas—. ¡Eso quema!

—Ya me parecía —observó Mary, sonriendo.

Seixas sonrió a su vez.

—Sólo una mujer muy hermosa puede hacer algo así —dijo el joven—. Ahora bien, ¿qué la trae por aquí?

—Un caso que el doctor Jacobi y yo tenemos en la clínica.

—¿De qué tipo?

—El peor, me temo. Un tumor en el costado, con todos los síntomas —explicó Mary—. Nos gustaría que lo operara usted, pero la política del hospital se interpone.

—Nadie lo sabe mejor que yo. Los viejos cirujanos parecen considerar que los jóvenes somos una amenaza peor que cualquier enfermedad —protestó Seixas—. Pero anunciaré que quiero experimentar con una nueva anestesia.

—¿Existe esa nueva anestesia?

—¿Que si existe? —exclamó Seixas, exuberante—. Un hombre, en Viena, ha descubierto una sustancia estupenda llamada...

—Cocaína —interrumpió Mary—. Hemos leído la monografía de Koller.

—Usted y su esposo, por supuesto —replicó él, sin dejarse desalentar por ese freno a su flirteo—. Bueno, la sustancia es fascinante. Tengo un rato libre antes de

operar por la tarde. Venga a mi consultorio y le mostraré cómo opera.

El doctor Armand Seixas vertió un poco de polvo blanco en la palma de su mano izquierda.

—¡Esto es mágico! Inyectado en el tronco de un nervio sensorial, provoca la insensibilidad total de toda la zona cubierta por las ramas de ese nervio. Ya no necesitamos insensibilizar todo el cuerpo para efectuar ciertas operaciones. Además, se eliminan los efectos posteriores de la anestesia general: los vómitos, la neumonía y los dolores del gas. —En tono más confidencial, agregó—: Pero es fantástica también en otro sentido. Con una pizca de esto obtengo tanta energía que puedo operar toda la vida. No me canso; tengo la mente más despejada y la mano más segura. Es como despojarse de todas las limitaciones mortales. ¡Uno se siente volar! No se lo entiende hasta que no se lo experimenta. ¡Es magia pura! Tomo un poco todos los días, antes de iniciar las tareas de la tarde.

Tomó una pizca del polvo y lo inhaló profundamente por la fosa nasal izquierda. Después repitió el procedimiento con la derecha.

—¡El efecto es fantástico! —repitió, entusiasta.

—¿Todos los días, antes de iniciar las tareas por la tarde?

—¡Dos veces por día! —corrigió él—. Por la mañana y por la tarde. Y a veces, si he tenido un caso muy difícil, tomo un poco por la noche para relajarme. Ha de ser la droga más perfecta que se haya descubierto nunca. Koller es un genio.

—Sí —comentó Mary, con un mal palpito—. ¿Cuándo puede ver a mi pequeña paciente?

—Tratándose de usted, cuando quiera, querida señora. ¿Le parece bien mañana a las nueve? —sugirió él, sonriéndole sugestivamente.

Después de examinar a la niña, Seixas estuvo de acuerdo con el desalentador diagnóstico y fijó la operación para el miércoles siguiente. Mary se sintió aliviada por la seguridad de que la criatura sería operada con antisepsia, pero le perturbaba el hecho de que Seixas utilizara personalmente la cocaína. Se consideró obligada a respetar su vida privada, pero buscó al cirujano durante el mediodía, entre dos operaciones.

—Doctor Seixas...

—Armand —corrió él, invitándola a una mayor informalidad.

—Armand, me preocupa el hecho de que usted tome cocaína.

—¿Por qué, mi querida señora? La droga es maravillosa y no causa efectos posteriores.

—Aun así...

—Me halaga que se interese —la interrumpió, sonriendo—. Pero no se preocupe más. El miércoles por la mañana operaré a su enfermita. ¿Vendrá a presenciar la operación?

—Sí.

—Le prometo un gran espectáculo.

—Preferiría ver una buena cirugía.

—Armand Seixas siempre la hace —se jactó el joven—. Y si usted está presente me esmeraré como nunca.

—Mejor así. La vida de mi paciente depende de eso —replicó Mary, fríamente, sin interés de alentar nada personal entre ambos—. Tengo que asistir a una reunión importantísima y voy a llegar tarde.

Capítulo 51

El miércoles por la mañana, cuando Mary Lilliendahl entró en el quirófano número dos, todo estaba listo. Seixas aún no había aparecido, pero la enfermera tenía a la pequeña paciente sobre la mesa, cubierta con una sábana blanca. La niña estaba dolorosamente rígida, pensando que eso era lo que requería de ella. Mary le palmeó la mejilla fría.

—No tengas miedo, Mildred. No sentirás ningún dolor. El doctor Seixas es muy buen cirujano y te cuidará bien. Y yo estaré contigo durante toda la operación.

Cuando el doctor Seixas entró en el cuarto, la niña apretó con más fuerza la mano de Mary.

—Bueno, empecemos —dijo Seixas—. ¡Cloroformo!

La enfermera puso el cono sobre la nariz de la tensa niñita, mientras Mary la instaba, suavemente:

—Respira profundamente y te dormirás. No sentirás nada.

Al poco tiempo, cuando la mano de Mildred se relajó por completo, Mary hizo una señal a Seixas, que alargó una mano para recibir el bisturí y ordenó a la enfermera:

—Rocíe.

E inició la operación.

La extirpación que, según lo calculado, llevaría poco tiempo, se estaba prolongado. Seixas, frustrado por no encontrarse con un tumor sin ramificaciones, comenzaba a forcejear de un modo que Mary no le había notado en los dos procedimientos presenciados. Acabó por transpirar profusamente; le temblaban las manos. De pronto dijo:

—Sigán con el cloroformo. Ya vuelvo.

Y abandonó apresuradamente el quirófano.

Llegó a su consultorio, situado en un extremo del corredor, pero Mary entró antes de que él pudiera cerrar la puerta. Su presencia no lo inhibió. Sacó del cajón el frasquito pardo y se llevó una pizca de polvo blanco a la nariz. Un momento después pareció relajado y nuevamente en dominio de sí. Algo tímido, se volvió hacia Mary, tratando de que el episodio pasara por banal.

—¿No le dije que eso es magia?

—¿Cree que ahora podrá seguir adelante con la operación? —preguntó.

—¡Sí, por supuesto!

Volvió a la mesa de operaciones y completó la extirpación del tumor. Por desgracia, su aspecto confirmaba lo que Jacobi y Mary habían sospechado: el pronóstico era desalentador para la pequeña.

Mary acompañó a Seixas a su despacho.

—Qué pena —comentó él—. Todo lo que yo hubiera podido hacer no habría servido de nada para la pobrecita.

—Sabe que debo informar sobre esto, ¿verdad?

—¡Sólo ha ocurrido una vez!

—Cuando hay un paciente sobre la mesa, abierto, una vez es demasiado —dijo Mary—. Debo informar.

—¿Y destruirán mi carrera? Yo creía que éramos amigos.

—Justamente porque admiro su habilidad debo hacer esto. Antes de que empeore y cueste la vida de algún paciente. Eso sí destruiría su carrera.

Seixas empezó a sudar una vez más; le temblaban nuevamente las manos. Mary, por compasión, dijo:

—Creo que necesita un poco más de su droga milagrosa. Tómela o se derrumbará por completo.

Él estaba decidido a resistir, con la esperanza de no caer en la indignidad de recurrir al polvo blanco delante de ella por segunda vez. Pero fracasó y, en un movimiento desesperado, abrió el cajón bruscamente. Sólo después de inhalar el polvo pudo dejarse caer en la silla y descansar.

—¿Qué descubrieron? —preguntó Jacobi, estudiando la carpeta de la pequeña Mildred.

—Obviamente maligno —informó Mary—. Y muy avanzado. Pero se descubrió algo más.

—Qué importancia puede tener, con semejante pronóstico.

—Tiene muchísima importancia.

Jacobi, dejando la carpeta, comentó:

—Cada vez que usted dice eso preveo grandes problemas.

Mary le contó lo ocurrido en el quirófano y en el consultorio de Seixas.

—¡Oh, no! —fue la exclamación del médico, horrorizado—. ¡Un joven tan brillante, que me inspiraba tanta fe! Hay que informar de esto antes de que ponga en peligro a otros pacientes.

En el despacho del administrador Frank se habían reunido Pflug, el jefe de cirugía, Abraham Jacobi y Mary Lilliendahl. Armand Seixas, al llegar, comprendió el peligro que corría su carrera por la sola expresión de aquellas caras. Después de exponer los hechos, Frank concluyó:

—Por lo tanto, si tiene alguna explicación o excusa que dar, preséntela antes de que me vea obligado a tomar una decisión.

—Yo —comenzó Seixas...— fue... ha sido...

Mary detectó los síntomas antes que nadie: el sudor, el temblor de las manos y lo instó nuevamente.

—Acompáñeme.

Lo sacó del despacho apoyado en su hombro, arrastrando los pies. Cuando volvió fue evidente que habían llegado a una decisión, pues Pflug estaba diciendo:

—Me alegro de que esto se arregle sin que haya escándalo en mi departamento.

—¿Qué cosa se arregla? —quiso saber ella.

—No hay opciones. Tenemos que acabar con él —explicó Pflug.

—¿Así no más? ¿Arruinando una carrera que podría ser brillante?

—Doctora Lilliendahl, fue usted quien presentó el informe. ¿Qué pretendía que hiciéramos?

—Dar a este joven la posibilidad de recuperarse.

—¿Cómo sabemos que se puede recuperar? —argumentó Frank—. Nos vemos ante un problema que nadie ha experimentado.

—Yo sí, en cierto modo.

—¿Cuándo? —inquirió Pflug.

—En mi propia vida hubo una época...

Jacobi, para salvarla de revelar sus propias desgracias, intervino:

—Querida Mary, no servirá de nada...

—¡Claro que sí! —insistió ella—. En una época, debido a un estado nervioso, pude haber sido despedida de este hospital. Pero un médico bondadoso y comprensivo decidió que valía la pena salvarme y me ayudó a recuperarme. Bueno, creo que tenemos entre manos a un joven cirujano al que vale la pena salvar. Creo que merece un tratamiento bondadoso y comprensivo.

—No podemos arriesgarnos a mantener a este hombre entre nuestro personal —declaró Frank.

—Dejemos de pensar en él como cirujano y pensemos en él como paciente. No pido que se le permita continuar operando, sino que se le dé la oportunidad de recuperarse, cosa que este hospital ofrecería a cualquier paciente. Y, en el caso de que se recobre, que el puesto lo esté esperando cuando vuelva.

Pflug hizo un gesto al administrador, indicando que debía acceder al pedido.

—No dará resultado. No tenemos nada que perder —dijo.

—No quiero falsas expectativas —advirtió Mary—, sino una promesa sincera de que, si Seixas vuelve curado, se lo reincorporará.

Esa vez fue Jacobi quien hizo un gesto afirmativo al administrador, como diciendo: «Conozco a esta mujer. Será mejor que acepte».

Frank acabó por aceptar.

El doctor Charles Barabbas, director del Asilo Brevoort, estudiando a Mary por sobre el escritorio, sonrió:

—Si mal no recuerdo, doctora, usted se ha expresado con bastante firmeza, en las reuniones de la Academia, sobre la inconveniencia de internar a los enfermos mentales.

—Depende del paciente y de las condiciones —aclaró ella.

—Debo suponer, entonces, que usted considera a este enfermo como un caso

poco habitual.

—Un caso que tal vez usted no haya tratado nunca. Es adicto a una sustancia llamada cocaína. Y es necesario impedir que la consuma... aunque sea por la fuerza física.

—Cocaína —repitió Barabbas—. Nunca hemos tratado un caso así. ¿Sugiere alguna terapia en especial?

—Puesto que la adicción se desarrolló poco a poco, creo que se lo podría curar del mismo modo.

—Gradualmente. ¿El hospital tiene interés en este paciente?

—Se trata de un cirujano.

—Ah, comprendo —comentó Barabbas, con simpatía—. Le aseguro que haremos todo lo posible. ¿Lo ha traído?

Mary fue a la puerta para hacer pasar a Seixas. La falta de alimentación adecuada y los estragos de la droga lo habían enflaquecido. Ya no era un gigante confiado, sino un joven tímido y tembloroso, cuyos ojos buscaban confianza y fe en Mary.

Cuando ella se disponía a marcharse, Seixas le tomó la mano con tanta desesperación que le hizo daño.

—¡Prométame que vendrá a visitarme!

Mary consultó con la mirada a Barabbas, que agregó su propio pedido.

—Se lo prometo —dijo por fin.

—En ese caso me voy a curar —aseguró Seixas.

Y porque necesitaba aliento y comprensión, ella se irguió en puntas de pie para darle un beso en la mejilla.

Esa noche, al regresar a su casa para una cena tardía, dijo a David:

—Temo querido, que debemos postergar nuestras vacaciones por un tiempo. Tal vez semanas, meses enteros.

—Pero ya teníamos los planes hechos y prometimos a Amos que podría quedarse con tus padres —protestó él.

Cuando le explicó la necesidad que Armand Seixas tenía de su presencia, David aceptó, pero con poco entusiasmo.

Capítulo 52

—Ha pasado cinco días enteros sin nada de cocaína —informó el doctor Barabbas a Mary.

—¡Excelente!

—Lo que no puedo asegurar es que siga así. Pero los síntomas son buenos. Aunque, como usted misma dijo, nadie tiene experiencia con esta droga como para aventurar un pronóstico.

—Si ha llegado a este punto, estoy segura de que saldrá adelante.

—Yo también lo creo —dijo Barabbas, con intención—, con un poco de ayuda.

El tono de su voz hizo que Mary se irguiera en el asiento.

—La fuerza impulsora que lo hizo buscar la cura ha sido usted. «Mary me trajo aquí. Debo hacerlo por ella. La semana que viene, cuando venga a visitarme, quiero que note una gran mejoría». Depende de usted por completo. Quería que usted lo supiera antes de volver a verlo, esta semana.

Aun desde la terraza notó el cambio de Armand, que estaba jugando al *croquet* con otro paciente, su perfecto dominio de sí, un buen semblante y manos seguras. Al levantar la cabeza la vio y dejó caer el mazo.

Le apartó la mano extendida para abrazarla y besarla en la mejilla, pero sólo porque ella logró desviar los labios a tiempo. Antes de que Mary pudiera hacer comentario alguno, él preguntó:

—¿Le contó Barabbas...? ¿Verdad que es maravilloso? Dice que podré irme pronto. Entonces usted no tendrá que hacer este viaje tan largo todas las semanas y nos veremos con frecuencia.

La condujo hasta la glorieta y la obligó a sentarse, pero él permaneció de pie, como si estuviera a punto de pronunciar un discurso.

—Quiero decirle cuánto le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Sin su interés y su devoción no habría superado nunca este trance.

—Armand, por favor... —interrumpió Mary.

—No, no, déjeme hablar. Usted se opuso a que me echaran del hospital, me trajo aquí, vino a visitarme y me dio la fuerza y la voluntad que necesitaba para curarme. Cada vez que usted se iba yo me decía: «Ella sabe lo que siento. Ella también me ama. Tengo que hacerlo por ella».

—Armand, estoy casada. Y soy demasiado mayor que usted.

—Mayor puede ser, pero no demasiado.

La abrazó y la besó. En esa oportunidad Mary no logró apartar los labios.

Desde el ventanal de su oficina, que daba al prado trasero, el doctor Barabbas los observaba, pensando: «Pobre mujer; está asumiendo una carga muy engorrosa. Pero Seixas es apuesto, joven y brillante».

—¡Este hospital no es una institución para resucitar a los cirujanos que han traicionado su profesión! —protestó Pflug y se volvió hacia Frank—. Gottesman no habría permitido semejante conducta. ¡Piense en lo que dirán los miembros del directorio!

Antes de que Frank pudiera hablar, Mary respondió:

—El argumento del doctor Pflug es muy razonable... para la mente de un cirujano, por supuesto. Los cirujanos, una vez diagnosticada la enfermedad, extirpan la parte afectada. Como el joven Seixas ha traído problemas, se lo extirpa. Pero nosotros, los clínicos, aseguramos que es preferible curar sin medidas extremas. El paciente está curado. Deberíamos aceptarlo.

—Yo soy el jefe de cirugía —afirmó Pflug—. No lo quiero en mi equipo. Si nuestra comprensiva e indulgente señora quiere recibirlo en pediatría, no me opongo. ¡Pero en mi equipo no!

Fue Jacobi quien se dio cuenta, antes que la misma Mary. Mientras examinaba a un pequeño a pedido suyo, para confirmar su diagnóstico, observó:

—Obviamente, un caso de preocupación grave.

—¿El niño? —exclamó Mary, asombrada ante aquel raro dictamen.

—No, su doctora. La mera observación superficial me revela un grave estado de preocupación, enfermedad descrita primeramente por mi madre, que la trataba diciendo: «¡Abraham, concéntrate en tus estudios!».

Mary pasó toda la tarde atormentada, recordando la dependencia de Armand. «Preocupación», había dicho Jacobi, pero ella sabía que era algo más: un conflicto profundo y perturbador. Estaba libre de obligaciones profesionales para con Armand Seixas, desde el momento en que Pflug había rechazado sus intentos de hacerlo aceptar nuevamente en el hospital. Y para ella era mejor así. Si Armand buscara trabajo en otra institución, su vida sería mucho más sencilla; cuando se concentrara en la cirugía la olvidaría por completo.

Pero no podía aceptar eso. Pues sabía que nadie arriesgaría una predicción optimista sobre el futuro del joven, si no reiniciaba su carrera en el mismo hospital del que había sido expulsado. Su cura dependía de ello.

A la tarde siguiente pidió a Jacobi que interviniera en el asunto.

El anciano, ducho en las tácticas de la medicina, prefirió evitar un enfrentamiento directo con Pflug. En cambio, se hizo el deber de asistir a una operación del jefe de cirugía y comentó, al terminar la intervención:

—La cirugía tiene algo bueno y es que la habilidad del médico está a la vista. En el caso de los clínicos, hay que seguir sus casos durante meses antes de darse cuenta. —Y rió entre dientes—. Tal vez por eso prefiero la clínica. Dígame: como cirujano,

¿qué busca usted en otro colega cuando lo ve operar?

Pflug, sin vacilar, respondió:

—La seguridad. El cirujano debe saber por anticipado lo que se propone hacer. Aun cuando abra al paciente y descubra lo que no había esperado. La vacilación, el conflicto, la indecisión y las medidas parciales son los peores enemigos del cirujano.

—¿Y usted puede apreciar todo eso con sólo presenciar una operación?

—¡Por lo común, con sólo ver cómo un colega se acerca a la mesa! —se jactó Pflug.

—Ah, me alegro —manifestó Jacobi—. Porque tengo un joven candidato y me gustaría conocer su opinión sobre su habilidad.

—¡Cuándo quiera, Jacobi!

Armand Seixas pasó dos semanas encerrado en un cuarto que Jacobi le había preparado, con una provisión incesante de ratones y conejillos de laboratorio para practicar distintos tipos de cirugía.

Mary lo visitaba para observarlo y darle aliento. Él trataba de prolongar sus visitas y darles un aspecto más personal que profesional, pero ella lo obligaba a volver al trabajo. Lo observó día tras día. Cuando decidió que estaba en condiciones, informó a Jacobi. Éste, a su vez, recordó a Pflug lo de su joven candidato.

—Creo que promete, pero no quiero darle esperanzas sin que usted lo apruebe. He dispuesto que opere a uno de nuestros pequeños pacientes de la clínica. ¿Quiere venir a observarlo?

Pflug apareció en el quirófano a la hora debida, lleno de impaciencia, preguntando:

—Ese joven, ¿dónde está? Tengo mucho que hacer.

—Un momento.

Jacobi hizo una señal a la enfermera, que se retiró y volvió acompañada por Seixas y Mary. Antes de que el jefe de cirugía pudiera estallar, el anciano susurró:

—¿Qué le parece su modo de acercarse a la mesa?

La integridad profesional de Pflug se impuso a su enojo.

—Seguro —reconoció—. Sí, parece confiar en sí mismo.

Y se aproximó para observar la técnica de Seixas como si tuviera al joven bajo un microscopio.

El procedimiento se desarrolló normalmente hasta que Seixas llegó al corazón del problema. Lo que había sido diagnosticado como una simple hernia resultó mucho más complicado cuando resultó ser un tumor.

El joven hizo una pausa para examinar el bulto.

—Hay que sacarlo —dijo Pflug—. Será mejor que lo haga yo.

—Lo haré yo mismo —insistió Seixas.

Para alivio de Mary, comenzó a retirar la masa del tejido sano. Fue una operación larga y delicada, pero Seixas logró realizarla. Cuando aplicó la última sutura, se relajó visiblemente por primera vez y se enjugó la frente con el dorso de la mano. Jacobi

miró a Pflug, esperando una reacción, pero el jefe de cirujanos era demasiado orgulloso como para ceder de inmediato.

Al cabo de un momento gruñó, desganado:

—Seixas, pase mañana por mi despacho.

Con esa maldispuesta invitación, acababa de reincorporar a Armand Seixas al personal de cirugía.

Varios días después, el personal médico del hospital se reunió para escuchar la conferencia de un eminente profesor de Boston, quien defendió la posición del viejo médico de cabecera contra el avance de los jóvenes especialistas. Recogió un sincero aplauso; el público se dividió en pequeños grupos, algunos para discutir lo que Holmes acababa de decir, otros para interrogar al conferenciante.

David, que tenía un paciente necesitado de supervisión constante, no había podido asistir. Mary se abrió paso entre la multitud, pero se vio interceptada por Armand Seixas.

—Mary...

Ella trató de esquivarlo.

—Debo hablar con el doctor Holmes.

Pero Armand le tomó la mano.

—No puedes eludirme toda la vida.

—Debo hablar con el doctor Holmes —insistió, librándose.

Después de saludar al profesor descubrió que Armand la esperaba junto a la puerta. Sin prólogo alguno, él insistió:

—Te invito a cenar.

—Esta noche estoy ocupada.

—Bueno, cualquier otra noche.

—Sabes que no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué importa?

—Quiero verte —insistió él, susurrando.

—Por eso mismo no puedes.

—Me curaste de un vicio sólo para inculcarme otro.

—Lo siento —replicó Mary, tratando de escapar. Pero él le tomó la mano con demasiada fuerza—. Armand, hay muchos motivos...

—No me los digas. Lo sé. Eres mayor que yo. Y casada. Pero dime, francamente: ¿te ama tu esposo como te amo yo? ¿O lo que hay entre ustedes es sólo costumbre? Una mujer tan encantadora como tú merece más.

—Armand, nos están mirando —observó Mary suavemente.

—¡Que nos miren! —respondió él, impaciente—. Quiero verte.

—No, lo siento —repitió con toda firmeza posible.

Pero ese comentario sobre el poco ardor de su esposo la había tocado en lo vivo. El joven, por retener algún vínculo con ella, la instó:

—Al menos, ven mañana a verme operar. Voy a emplear una técnica nueva para extirpar un tumor de ovario. No se ha hecho nunca en Nueva York. ¿Vendrás?

Eran muchos los médicos que se agolpaban en el quirófano donde operaba Seixas, a la mañana siguiente. Por lo visto, Seixas había estudiado bien el procedimiento ideado por Kelly en la universidad de Pensilvania, pues no mostró un instante de indecisión. Cuando el ovario enfermo quedó extirpado, los médicos se acercaron a observarlo; no había indicaciones de que el tumor fuera maligno. Entonces felicitaron a Seixas por su trabajo.

Mientras todos se retiraban, el joven cirujano preguntó:

—¿Y qué opina, doctora Lilliendahl?

—Excelente —respondió Mary.

—¿Y el nuevo procedimiento?

—No es tan nuevo como piensas. McDowell lo hizo más o menos así hace ochenta años. Aprecio tu destreza, pero no le veo mucha innovación.

Y se retiró, dejando a Seixas abochornado delante de sus colegas.

Cuando salió de la clínica infantil, él la estaba esperando. Mary se volvió de inmediato, fingiendo haber olvidado algo, pero Seixas la interceptó, preguntando:

—¿Por qué desmereciste mi trabajo, esta mañana?

—Tu trabajo fue excelente, pero quise ser fiel a los antecedentes históricos.

—¿Sabes qué pienso? Que necesitas levantar murallas entre los dos. De lo contrario no tendrías defensas contra mí.

—Armand, tengo más de cuarenta años. Te llevo más de diez años —argumentó ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Que una mujer, después de los cuarenta años, ha terminado su vida y está vacía de todo deseo?

Mary trató de apartarse, pero él la sujetaba con demasiada fuerza.

—Por favor...

—Una mujer tan hermosa como tú, cálida y vital, debe ser amada por un hombre apasionado.

—Armand, me estás haciendo daño —protestó Mary, furiosa.

—Disculpa —dijo él, soltándola—. Al menos, ¿no quieres cenar conmigo para celebrar mi reincorporación?

—Tengo que pensarlo —respondió sin comprometerse más.

Pero él pareció conformarse con eso.

Mary estaba por acostarse. David se le había adelantado y ya estaba dormido, después de una jornada agotadora. Se soltó su larga cabellera rubia sobre los hombros y la cepilló vigorosamente, como todas las noches; lucía tan dorada y radiante como siempre. Dejó de cepillarse y se acercó más al espejo para estudiar su cara, cosa desacostumbrada.

Descubrió, alrededor de sus ojos azules, pequeñas arrugas en las que no había reparado hasta entonces. Sin embargo, no parecía tener cuarenta y tantos años. Su menudez, su silueta, aún firme por la actividad de su vida, conspiraban para hacerla parecer más joven.

«¿Por qué me preocupo hoy por eso?», se preguntó. Había tratado de utilizar su edad para desalentar a Armand. ¿Y en ese momento trataba de convencerse de que seguía siendo joven y deseable?

Al acostarse junto a David, que roncaba levemente, comprendió que le gustaba verse tratada como una mujer joven y deseable, cortejada, en vez de ser la prenda segura de un marido ya maduro que, aun amándola, llegaba a la cama demasiado cansado.

Armand le ofrecía la posibilidad de volver a la juventud, quizá por última vez en su vida. Mary descartó la idea como algo imposible. Estaba por dormirse cuando David se movió, soñoliento.

—*Liebchen*, qué tarde, otra vez.

Por costumbre la rodeó con sus brazos. Mary, vacilando, dijo:

—Querido, Armand Seixas me ha invitado a cenar para celebrar su reincorporación.

—Qué bien. Hay poca gente agradecida, en estos tiempos.

—No sé si aceptar o no.

—Si tienes tiempo, ¿por qué no? —dijo él.

Y volvió a roncar levemente. «Eso es todo», se dijo Mary. «Ni sospechas, ni celos. Sólo un ¿por qué no?». Esa respuesta la resintió más de lo que esperaba.

Dos noches más tarde, Armand esperó en el hospital hasta que Mary quedó libre e insistió en que cenaran juntos. Esa vez ella aceptó.

Al descubrir que, en vez de una mesa en el salón principal del restaurante, Armand había reservado un pequeño comedor privado, se mostró ofendida y dispuesta a resistir a todas sus insinuaciones. Pero cuando él, imponiéndose a cualquier objeción, la besó apasionadamente, descubrió lo que sentía por ese joven.

Desde aquel día de junio en que Anthony Wheaton la cortejó no se había sentido tan asustada por sus propios deseos. Por fin pudo poner a Armand en su sitio, pero mientras volvía a su casa resolvió que jamás permitiría una nueva tentación como aquélla.

En vez de perder el entusiasmo, Armand Seixas estaba más intrigado que antes. Esa misma tarde se presentó en la clínica infantil. Antes de que pudiera abrir la boca, Mary le dijo:

—No quiero volver a verte a solas.

Eso lo hizo sonreír.

—Ah, admites que, a menos, hay en ti una chispa de amor por mí. De lo contrario, ¿por qué me rehúyes?

—No hagas esto más difícil de lo que es.

—Si no quieres verme, me iré —aseguró Armand—. No soporto la idea de verte todos los días y no poder ir más allá de eso.

—Estás hablando como un muchachito deslumbrado, no como un hombre. No dejaré que destruyas una carrera tan promisoriosa como la tuya, después de lo que me costó salvarla. Si te quedas, algún día llegarás a ser jefe de cirugía, puesto que no es muy fácil de conseguir para un judío. ¡Así que te quedas y sin amenazas tontas!

Más efectiva que sus palabras y sus modales firmes fue la decisión que expresaban sus ojos. Por primera vez, Armand Seixas comprendió que estaba decidida a terminar con esa breve relación.

—Me quedaré, pero amándote cada minuto. No lo olvides. Y si alguna vez puedo...

Mary le puso un dedo contra los labios.

—Nada de promesas, salvo una: quédate y sé el mejor de los cirujanos.

Mientras Seixas se retiraba, Mary vio que David se aproximaba desde el otro extremo del corredor. Los dos cruzaron un saludo. Al llegar a la clínica, David se volvió para echar un vistazo al joven cirujano y comentó:

—Seixas debe de tener mucho interés en cirugía infantil. Al parecer, viene con bastante frecuencia.

—Sí —respondió ella, tratando de no darle importancia.

—Sabes, *Liebchen*, él estuvo a punto de privarnos de algo muy precioso.

—¿De qué? —inquirió Mary, tensa.

—Algo que los dos necesitamos mucho: tiempo para estar solos. Recuerda: fue por su culpa que retrasamos las vacaciones prometidas. Sería hora de tomarlas, ¿no te parece?

Mary asintió, aliviada:

—Sí, sobrada hora.

David, furtivo como un joven amante impetuoso, la besó como cuando eran médicos que recién ingresaban en el hospital y debían disimular su amor.

Capítulo 53

Cuando Amos terminó su período escolar, lo enviaron a pasar un mes con los abuelos en la casa de Yonkers, heredada de la tía Lillian.

David y Mary estaban en libertad de pasar cuatro semanas solos. Las pasaron maravillosamente en las montañas Adirondack, cuyas laderas verdes y escarpadas recordaban a David los Alpes austríacos de su juventud. También los lagos, cubiertos de nieblas en los amaneceres, eran como los del noroeste de Viena.

Durante el día escalaban montañas, nadaban en lagos helados, tomaban sol y respiraban el aire límpido, fragante y oloroso de pinos. Ambos habían llevado varias monografías médicas para no aburrirse en los días lluviosos, pero leyeron muy pocas. En cambio, hacían el amor.

El mes pasó demasiado pronto.

El joven Amos regresó bronceado por el sol y, al parecer, varios centímetros más alto, después de los mimos de su abuela. David lo admiró, diciendo:

—Dios mío, pareces haber crecido treinta centímetros. Y qué apuesto estás. Mary, mira a tu hijo. Y date prisa, antes de que alguna muchacha te lo robe bajo las narices, como tú hiciste conmigo.

—Y preguntó a su hijo:

—Bueno, Amos, ¿cómo te fue? ¿Logró tu abuelo convencerte de que la editorial era la mejor carrera para un joven ambicioso? ¿Has decidido algo sobre tu futuro?

Amos Lilliendahl, de dieciséis años, rubio como la madre, atractivo como el padre y hasta un poco más alto, se mostró serio.

—Sí, papá, y quiero hablarles de eso.

Después de la cena, David se acomodó en su sillón favorito, Mary frente al hogar y Amos permaneció de pie.

—Papá —comenzó—: por favor, no te ofendas. Tú tampoco, mamá. Pero creo que ustedes dos están demasiado dedicados a la medicina.

—Conque demasiado dedicados, ¿eh? —repitió David, sin poder ocultar su resentimiento.

—David, por favor —le advirtió Mary.

David sonrió.

—Tengo la impresión de que estoy actuando como mi padre. Mi hijo critica mi modo de vivir y mi esposa lo defiende. Amos, si vas a decirme que un médico no tiene horarios ni domingos, no te lo puedo discutir. A veces me hubiera gustado estar contigo, pero mis responsabilidades para con los pacientes me lo impedían.

—¿A veces? —lo desafió Amos—. Demasiadas veces. No quiero, algún día, hacer a mi hijo lo que ustedes me hicieron a mí.

—Amos, Amos —protestó David—, ¿con sólo dieciséis años ya estás preocupado por lo que tu hijo pensará de ti?

—David, por favor —intervino Mary, con más energía—, quiero oír lo que dice.

Sigue, Amos.

—Ustedes dos están tan dedicados a la medicina que se olvidan del mundo. ¡En este país están pasando cosas grandiosas! Como la luz inventada por Edison, que ilumina sin fuego.

—Sí, lo sé —replicó David—. Y el teléfono de Bell. Hasta tenemos uno en el hospital. Estamos al día, hijo.

—Lo que digo es que esta nación está al borde de cosas aun más grandes y yo quiero tomar parte en ellas.

—¿Y la medicina no? —argumentó el padre—. Hombres como Pasteur y Koch hacen descubrimiento que salvarán millones de vidas. ¿No te parece tan importante como la luz eléctrica?

En esa oportunidad Mary intervino con más acritud.

—¡David! ¿Quieres escuchar lo que el muchacho dice?

—Está bien —protestó David—. Quieres ser inventor. ¡Bueno, ve a inventar algo!

—Papá —comenzó Amos, suavemente, buscando comprensión—, no dije que quisiera ser inventor. Antes de decidirme quiero la oportunidad de ver qué ofrece este mundo, este país. ¿Es mucho pedir?

—No, hijo mío —concedió David—. Dime, ¿hay alguna muchacha de por medio?

El jovencito vaciló. El padre suspiró suavemente.

—Sólo dieciséis años y ya enredado en faldas. Espero que no le permitas decidir por ti.

—Estuve hablando con su padre. Dice que la gran expansión de este país está en los negocios. Las finanzas. Él es banquero.

—¿Banquero? ¿Quién es?

—El señor Carlbach.

—La niña ¿es Oillie Carlbach? —preguntó Mary.

Amos asintió.

—La he visto en la sinagoga. Es muy bonita —reconoció la madre.

—Conque mi hijo quiere ser banquero —comentó David—. Bueno, al menos es una profesión económicamente ventajosa. No se puede decir lo mismo de la medicina.

—Hay motivos para eso —se atrevió a decir el muchacho.

—¿Ah, sí? ¿Algo que te enseñaron en la escuela? ¿Qué tiene de malo la medicina, hijo mío?

—¿Prometes no enojarte?

—¡Nunca me enojo! —aseguró David, casi gritando.

—Será mejor que no diga nada más —musitó Amos y se retiró.

David guardó silencio por algunos momentos antes de protestar.

—¡Dieciséis años y ya cree saberlo todo! Especialmente lo que anda mal en la medicina. Lo que pasa es que este muchacho está demasiado mimado.

—Lo que pasa es que el padre nunca le ha dado la oportunidad de explicar lo que no le gusta de la medicina —corrigió Mary.

La fulminó con la mirada, pero los ojos de Mary no cedieron.

—Hablaré con él —prometió David, medio gruñendo, como su padre en otros tiempos.

—Y cuando lo hagas, recuerda que a los dieciséis años tú ya habías tomado parte de una revolución en las calles, tenías una aventura amorosa y habías engendrado un hijo.

Capítulo 54

Encontró a Amos trabajando en su cuarto. Escribía en un gran cuaderno de composiciones, pero lo guardó rápidamente en un cajón en cuanto su padre preguntó:

—¿Puedo pasar?

—Sí, papá, por supuesto. Pasa.

—Lamento haberme irritado contigo, hijo. Creo que estoy demasiado cansado.

Amos asintió, como para expresar que comprendía, pero no parecía menos tenso que durante los arrebatos de su padre.

—Hablas de la expansión comercial de este país. Pero la medicina también ha dado grandes pasos en estos años y seguirá así. Mi amigo Koch me escribe que ha descubierto la causa del cólera en la India.

—¿De qué sirve descubrir la causa si no hay cura?

—Hijo, si conoces la causa vas en camino de descubrir la cura. De lo contrario estás luchando contra un enemigo desconocido. Cuando yo tenía tu edad no se conocía ninguna causa. Algunas de las cosas que me enseñaron en la escuela de medicina dan risa en la actualidad. —En eso, David comprendió que estaba tratando de influir en su hijo y agregó—: Pero tú debes decidir por tu cuenta. Porque quiero que, cuando decidas, lo hagas de corazón.

—¿Aunque no me decida por la medicina?

—Me... conformaré —prometió David, por la fuerza.

—Pero te sentirás desilusionado. Porque Davey hubiera hecho lo que tú quisieras.

—No dije eso.

—No hace falta. Durante toda mi vida, aquí, en casa, en lo del abuelo Sinclair, hasta en Viena, cuando yo era pequeño, todo el mundo hablaba siempre de Davey. De cómo era y de lo que pudo haber sido. Yo jugaba en la alfombra y los grandes, a mi alrededor, hablaban de Davey. El día de mi *bar mitzvah* oí que alguien decía: «Si Davey hubiera vivido hasta esta edad...». Yo estaba allí, había llegado a esa edad y era el que cumplía con el rito, pero se hablaba de Davey, no de mí. Toda la vida corrí una carrera contra Davey y perdí siempre. ¿Era tan perfecto, en realidad? ¿Qué tenía él que me falte a mí? —Los ojos del jovencito brillaban de lágrimas, pero logró contenerlas—. ¡Dime, papá! Tengo la sensación de que, aun si me recibiera de médico, la gente diría que Davey habría sido mejor.

—Conque de eso se trata —observó el padre, comprendiendo.

—Eso es sólo una parte —admitió Amos, con suavidad.

—¿Y el resto?

—Lo que ya te dije. Este país es grande y van a pasar grandes cosas. Se puede ganar mucho dinero, como dice el señor Carlbach. Hasta me ofreció un puesto en su Banco, cuando me gradúe.

—¿Tan serias son tus relaciones con su hija?

—Tú... dirás que a los dieciséis años no se tiene derecho a sentir esto, pero...

creo que estoy enamorado de ella.

—Sé que suele ocurrir —reconoció David, simplemente—. Y ella, Otilie, ¿te ama?

—Creo que sí.

—¿Ha... ocurrido algo entre los dos?

Amos no respondió, lo cual ya era un modo de respuesta.

—Hice mal en preguntar. —David se levantó para enfrentarse al hijo—. Amos, no importa lo que elijas, pero hazlo bien. Con honor. Eso es todo lo que te pido.

David estaba por acostarse cuando Mary salió del baño en camisón, cepillándose el pelo.

—Me ha dejado sorprendido —comentó él—. Con sus dieciséis años está súbitamente maduro. Ha cambiado mucho sin que me diera cuenta. ¿Alguna vez te habló de lo que siente por Davey?

—No, ¿Qué? Dime.

—Puedo resumirlo en una sola frase que me dolió mucho: «Toda mi vida he estado corriendo una carrera contra Davey. Y perdí siempre».

—Oh, Dios, toda su vida —susurró Mary, dolorida—. ¡Los secretos que tienen los niños en la cabeza! Es preciso hacer algo.

—¿Qué? ¿Amarlo más? Lo hemos llenado de amor justamente por Davey —observó David.

A la noche siguiente, al regresar del hospital, subió al cuarto de Amos.

—Anoche, cuando entré, apartaste tu cuaderno con mucha rapidez. Si no se trata de nada personal, ¿me dejarías leer lo que estabas escribiendo?

Amos trató de eludir el pedido de su padre.

—Era sólo una tarea de vacaciones para la clase de ciencias.

—Razón de más para que me interese.

—¿Aunque no te guste?

—Aunque no me guste.

Amos, vacilante, sacó el cuaderno del cajón y se lo entregó al padre.

David, con un vaso de oporto al lado, se instaló a leer la composición de su hijo, cuyo título era tranquilizador: «La ciencia en la segunda mitad del siglo XIX». Le hizo pensar en su último año de *Gymnasium* y en el viejo Schranz, que les asignaba temas parecidos, diciendo: «No puedo aumentarles el tamaño del cerebro, pero sí expandirles el horizonte mental».

David comenzó a leer el trabajo de su hijo:

Estamos viviendo un período muy excitante de la historia... Por doquier se inventan grandes cosas, al aplicar prácticamente la ciencia a máquinas que facilitan la vida. Hay un solo terreno en donde los nuevos descubrimientos, en vez de ayudar al progreso, parecen hacer lo contrario: la medicina.

De acuerdo con lo que hemos estudiado en clase, en los últimos veinticinco

años se han descubierto muchas cosas sobre los microbios, diminutos seres, probablemente responsables de todo tipo de enfermedades.

Pero no existen curas.

Por lo tanto, debemos preguntarnos de qué sirve la medicina. Y si cuanto creyeron por cientos de años ahora resulta falso, ¿no son, todos ellos, charlatanes, por haber pretendido ser capaces de curar?

A juzgar por los avisos de los periódicos, pronto no habrá necesidad de médicos, pues en casi todas las páginas se publicitan remedios capaces de curar más que ningún médico. Para redactar esta composición he ido personalmente a las boticas, a leer las etiquetas de esos frascos. Los hay para todo tipo de enfermedad, hasta para las llamadas venéreas. También existen «píldoras femeninas», cuya etiqueta reza: «Las mujeres casadas no deben usarlas», sin especificar por qué.

David comprendió que su hijo había dado con aquellas píldoras destinadas a las embarazadas solteras que deseaban evitar las consecuencias de sus actividades sexuales. La advertencia de la etiqueta era inútil, por supuesto. Toscos, peligrosos métodos de evitar la concepción.

Los médicos llevaban años apelando al gobierno para que promulgara leyes contra esos peligrosos fraudes. Pero las ganancias que rendían esos remedios eran enormes; por eso, lo único que los médicos conseguían con esas protestas era verse acusados de proteger su propio y ventajoso monopolio. Cierta jarabe mataba a unos quince mil niños por año, pero los ingleses no iniciaban ninguna acción legal para impedirlo.

David siempre había supuesto que eran los ignorantes quienes se dejaban atraer por esos productos, por superstición, miedo o desconfianza hacia los médicos. Lo horrorizó comprobar que su propio hijo, un joven inteligente, también los aceptaba. Al terminar de leer la composición, se recostó en la silla, preguntándose si acaso los médicos, demasiado absorbidos por la profesión y limitados a sus propios mundos, habían pasado por alto el creciente cinismo del público.

Capítulo 55

—El señor Carlbach me ha invitado a pasar el verano trabajando en su granja —dijo Amos a sus padres, una mañana—. Es un paraje encantador, con caballos para montar, un lago particular... Pasaré un buen verano al aire libre antes de ir a la universidad.

—Y Otilie, ¿también pasará allí todo el verano? —preguntó Mary.

—Creo... creo que sí.

—Entonces tienes que pensar en ella. Ya tienes casi dieciocho años; no eres un niño. Y ella está en edad de casarse. No será sólo un verano en el campo, sino casi un compromiso. Estoy segura de que es lo que pensará el señor Carlbach —señaló Mary—. Pero eres lo bastante grande como para decidir por tu cuenta.

David estaba por intervenir, pero la mirada de su esposa le recomendó que no lo hiciera.

—Lo voy a pensar —prometió Amos y salió hacia la escuela.

—Si se aman —observó David— no está tan mal que se case con una muchacha como Otilie Carlbach.

—Es tan joven... —musitó Mary—. No quiero que cargue con la responsabilidad de mantener una familia antes de decidir qué quiere hacer de su vida.

—Con un suegro como Arthur Carlbach, eso no será problema.

—Siempre que Amos decida ser banquero —aclaró ella.

—Ya he renunciado a la ilusión de que sea médico. ¿Qué deseos podría tener de imitarnos? Horarios largos, ingresos modestos, luchar contra los administradores de hospitales, la ignorancia de los pacientes y nuestra propia ignorancia. ¿Quién puede criticarlo?

La invitación a cenar recibida de Charlotte Carlbach tomó a Mary por sorpresa. Después de muchas discusiones en la intimidad del dormitorio, Mary decidió que era preferible aceptarla.

—Después de todo, no podemos demorar esto por más tiempo, sobre todo si Amos decide pasar el verano con ellos.

Habían visto al matrimonio Carlbach en la sinagoga, pero sólo en los grandes acontecimientos. Aunque él contribuía con fuertes donaciones al templo Emanuel, era más fácil verlo en las reuniones de directorio que en los servicios religiosos. El rabino Rosenson solía disculparlo diciendo: «Carlbach está demasiado ocupado trabajando por el bien del templo; nosotros debemos rezar en su nombre».

Carlbach era un hombre imponente, de bigote gris y rasgos fuertes, bien definidos; aunque siempre afable y, a veces, condescendiente, se lo reconocía como persona dura cuando de lograr sus propias ambiciones se trataba. Tenía las manos fuertes del jinete y la tez bronceada de quien pasa muchas horas al aire libre.

En la sinagoga se decía que Charlotte Carlbach había sido modelo de pintores en su primera juventud, pero nadie podía probarlo. Era una mujer de silueta estatuaria,

morena y de cutis muy blanco. Sólo una cosa era cierta: cuando entraba en una habitación, todo el mundo reparaba en ella.

El salón de los Carlbach podría haber albergado toda la planta baja de los Lilliendahl. David contempló aquella mansión como si fuera un desafío, como si el dueño estuviera diciendo: «¿Ve lo que podemos ofrecer a su hijo? ¿Puede usted hacer otro tanto?». Sin embargo, era preciso reconocer, aun a desgano, que Carlbach era afable y encantador; no intentaba abiertamente utilizar su posición ni su riqueza para expresar opiniones aplastantes.

Durante la cena, David y Mary se sentaron a la derecha de la señora Carlbach, con Amos y Oillie enfrente. Mary había visto anteriormente a la muchacha, pero David apenas la conocía. pues Emanuel era una sinagoga ortodoxa, donde los hombres se sentaban aparte de las mujeres. Aquélla era su primera oportunidad de estudiar a la niña. No era tan alta como la madre, pero tenía su misma belleza morena y sus llamativos ojos negros: oscuros y profundos, aunque menos calculadores. «Aún es joven», pensó; «puede llegar a emularla». Se preguntó si sería buena esposa para Amos, pues no cabían dudas de que Carlbach había elegido al joven como yerno y estaba completamente seguro de que su decisión prevalecería.

Oillie Carlbach parecía bastante tímida. Tal vez sólo se mostraba circunspecta por la presencia de dos personas a las que ya consideraba como sus futuros suegros. El aura de predestinación se tornó tan oprimente que David llegó a desear no haber aceptado la invitación.

Mary estudiaba a su posible nuera con interés más objetivo. La niña se parecía a su madre y eso significaba que mantendría su belleza por toda la vida; el viejo dicho asegura que en la madre se puede ver el futuro de la hija. No era tan autoritaria como su progenitora y eso era una ventaja; la maleabilidad resultaría una cualidad deseable en la esposa de un joven cuyo futuro era aún incierto y sujeto a cambios. La experiencia obstétrica de Mary la llevó a la conclusión de que tenía buen físico para la procreación.

El teléfono interrumpió la liviana conversación que mantenían durante la cena. Carlbach se preparaba para disculparse cuando el mayordomo anunció que la llamada era para los Lilliendahl. Atendió David, que tenía dos pacientes delicados.

Era John Frank quien llamaba, estaba desesperado. En varios inquilinatos, al este del hospital, se había producido un súbito brote de disentería. En las últimas dos horas habían internado a más de sesenta pacientes. Como la enfermedad parecía limitarse sobre todo a los niños, quería la asistencia de Mary, pues el doctor Jacobi estaba pasando la semana en el lago George. David respondió:

—¡Iremos los dos!

Carlbach insistió en que su cochero los llevara al hospital, mientras Charlotte expresaba su pena por tan brusca interrupción de la cena. Mary dio permiso a Amos para que se quedara, a condición de que volviera a la casa antes de las once, pues estaba en el último mes de clases y no debía arriesgar la graduación, considerando

que ya estaba inscripto en Yale.

Cuando los Lilliendahl se retiraron, Carlbach aprovechó la oportunidad para comentar:

—La medicina es una noble carrera, pero altera por completo la vida privada, ¿no, Amos?

—Sí, señor. Y ésta no es la primera vez —admitió él, apenado.

—Ah, bueno, los Bancos son mucho más considerados para con las obligaciones familiares. ¿Has pensado en lo que vas a hacer en el verano, muchacho? En la granja tengo algunos caballos nuevos que me compraron en un remate de Maryland. Para saltar, dos bellezas. ¿Alguna vez practicaste salto?

—No, señor, pero me gustaría.

—Ottillie te enseñará. Es una experta —afirmó Carlbach, seguro de que las circunstancias, esa noche, habían actuado a su favor.

El vestíbulo de entrada de la clínica infantil, así como la sala de emergencias, estaba atestado de frenéticos padres que suplicaban para que se aliviaran los dolores de sus hijos. Los niños, asustados, lloraban. Algunos estaban desnudos, pues ya habían ensuciado toda la ropa.

Dos jóvenes practicantes trataban de atenderlos, pero estaban perdiendo la batalla ante el desorden y el pánico generalizados.

Mary entró por el corredor y captó aquella escena. De inmediato pronunció, en voz alta y firme, llena de autoridad:

—¡Los padres, por favor, levanten a sus niños y formen fila contra esta pared! Los atenderemos en cuanto podamos, pero se necesita un poco de orden.

Indicó a los dos jóvenes médicos que pusieran a todos los padres en fila, mientras se ponía una chaquetilla blanca sobre el vestido de fiesta. Comenzó a examinar a los niños enfermos, de a dos y de a tres al mismo tiempo, con tanta celeridad como le era posible. Les dio órdenes de internación en la clínica y prescribió dosis de antidiarreicos.

Mientras tanto, David iba entre los pacientes tomando muestras. Después de reunir unas cuantas, fue a trabajar en el laboratorio y tiñó las placas con un nuevo producto, descubierto en Alemania por Paul Ehrlich.

Amanecía ya cuando David terminó su trabajo en el laboratorio y fue en busca de Mary. Ella seguía en funciones, a pesar de que ya habían empezado a llegar los médicos y enfermeras de la mañana, e insistía en hacerse cargo de un nuevo grupo de niños, recién traídos. Sólo después de instalar al último en una cama de la sala de hombres, puesto que no había otra disponible, dejó caer los hombros, exhausta.

—Te traeré un poco de café —dijo David.

—Llévame a casa, pero caminando. Necesito aire fresco para quitarme de la nariz este olor y de los oídos el llanto de todos esos niños doloridos.

Se quitó la chaqueta, que no la había protegido por completo de los vómitos y ambos avanzaron por el corredor hacia la luz del alba. Mientras caminaban hacia el

sur, por la avenida desierta, David le informó que había encontrado la misma cepa de bacilo de disentería en todas las muestras. Por lo visto, la epidemia tenía un origen común.

—¿Y cuál puede ser esa fuente común? —inquirió ella.

—Como Koch descubrió en la India, tienen que ser los excrementos. Y, tal como en la India, la mejor protección sería la higiene.

—Pero ¿cómo se esparció eso tan rápidamente de casa en casa, de calle en calle? Algo debe de haber llevado el bacilo a todos los hogares.

—Dice Koch que en la India fue el agua. Pero nuestra agua es relativamente limpia.

—¿Y qué, entonces? —insistió Mary.

—¿Quién sabe? —exclamó David, demasiado exhausto como para aventurar opiniones de peso.

Siguieron caminando, en silencio. En la esquina se detuvieron para dar paso a un carro lechero, arrastrado por un caballo, que giraba y bajaba lentamente por la calle desierta. Cansados, ya sin ánimos, volvieron a caminar, hasta que Mary se detuvo súbitamente.

—¡David!

—¿Sí, querida?

—Además del agua, ¿qué cosa entra en casi todas las casas y proviene de una fuente común?

—Además del agua... —Inmediatamente, David comprendió también y la tomó de la mano—. ¡Vamos!

Corrieron hasta la esquina. El carro lechero se había detenido ante la puerta de un almacén, aún cerrada. El carrero estaba descargando un enorme y abollado tarro metálico, lleno de leche.

Volaron hacia él. David lo enfrentó en el momento en que descargaba un segundo tarro.

—¿Usted reparte la leche a las otras almacenes del vecindario?

—Daisy Farms cubre casi todo este vecindario —afirmó el carrero, mientras forcejeaba para llevar el tarro hasta la puerta del almacén—. ¿Por qué?

—Daisy Farms —repitió David—. Gracias. —Y se volvió hacia Mary—. Ve al hospital. Consigue la hipodérmica más grande que puedas y una jarra grande. Mientras tanto haré algunas investigaciones en el vecindario. Te espero en la esquina de la Segunda Avenida con la calle 35.

A esa temprana hora de la mañana, David fue de inquilinato en inquilinato, llamando a las puertas y despertando a los resentidos padres para preguntar:

—¿Tiene usted algún niño internado en el Hospital del Monte Sinaí?

A aquellos que, tras un momento de vacilación, respondían afirmativamente, les volvía a preguntar:

—¿Dónde compra la leche?

La respuesta era siempre: «En Gottlieb» o «En lo de Cudahy». Casi siempre, el soñoliento interrogado agregaba: «¿Está loco, usted?».

Mary lo esperaba en la esquina fijada. Hallaron el almacén de Cudahy a mitad de cuadra y descubrieron que el lechero había depositado allí dos grandes tarros de leche. La pesada tapa de cada uno rezaba, en letras impresas: Daisy Farms. David retiró una y hundió en la leche la gran jeringa, para vaciar el contenido en la jarra que Mary llevaba. Había repetido varias veces la operación cuando, desde la calle, se elevó un grito furioso:

—¡Ladrón! ¡Detengan al ladrón!

Ambos se encontraron ante un hombrecito panzón, que vestía chaqueta y pantalones viejos, mal combinados. Corría hacia ellos sacudiendo el puño.

—¡Ladrón! ¿Qué está haciendo con mi leche? ¡Deje esa leche!

Sus agudos chillidos hicieron que varias cabezas asomaran por las ventanas de los inquilinatos y atrajeron al policía del distrito, que apareció con el bastón en alto, listo para arrestar a algún delincuente peligroso. Al llegar se encontró con Dudahy, el almacenero, con los brazos extendidos, protegiendo de David Lilliendahl y de su hipodérmica a sus tarros de leche.

—¿Qué pasa, Matt? —preguntó el policía.

—¡Estos dos! Los pesqué robándome leche. Menos mal que llegué a tiempo. ¡Mira lo que tiene ella en la jarra!

El policía estudió suspicazmente a Mary y a David. Quedó sorprendido. Aquellas dos personas no eran como los rateros comunes que debía arrestar con frecuencia. Esas ropas de fiesta eran demasiado lujosas para ese distrito, sobre todo para ladrones de cosas menudas. Por eso preguntó:

—¿Qué les pasa? ¿Se pasaron de copas?

—No, agente —aseguró David.

—Bueno, ¿y entonces a qué viene esto? —preguntó el policía, iracundo.

—Necesitamos un poco de la leche que vende el señor Cudahy.

—Ah, así que necesitan un poco de esa leche —repitió el hombre, sarcástico—. Y se la quitan así nomás, ¿eh? Bueno, paguen y se van.

—Sí, agente.

David metió la mano en el bolsillo, pero en cuanto sus dedos tocaron las monedas se detuvo. Fuera por pura perversidad contra la autoridad, fuera por la rebeldía de su juventud, reanimada por los sufrimientos que él y Mary habían presenciado durante la noche, un impulso indomable le impidió sacarlas.

—¿Y si no pago? —preguntó.

—¡Lo llevo detenido! Podrían darle seis meses, tal vez más.

Tranquilamente, David Lilliendahl se volvió hacia su esposa.

—Mary, lleva esa jarra de leche al hospital, querida. Después consigue una muestra de leche en lo de Gottlieb y...

El policía interrumpió:

—Oiga, si ella trata de llevarse la leche los detengo a los dos, ¿entiende?

Mary se abrazó a la jarra, como para dar a entender al agente que sólo por medio de la fuerza bruta se la quitarían y que aun así podrían fracasar. El policía, viéndose ante una mujer desafiante y un hombre que parecía loco, trató de razonar.

—Vean, yo pago los diez centavos, pero salgan de mi distrito. —Y como esos dos tercios no cedieran, estalló—: ¡Está bien! ¡Ustedes se lo buscaron! Vamos.

Los curiosos que miraban desde las ventanas se encontraron ante el espectáculo de un policía que llevaba arrestadas a dos personas muy bien vestidas, como si fueran delincuentes comunes.

El sargento de la comisaría los estudió desde su escritorio. Mary seguía abrazada a la jarra; David aún tenía en la mano su hipodérmica.

—¿De qué se los acusa?

—A él, de robar. A ella, de posesión de mercancía robada.

—¿Qué clase de mercancía? —preguntó el sargento.

Mary alargó la jarra. El sargento, después de echar un vistazo, fulminó al agente con la mirada.

—¿Está loco, Timmons? ¡Dos arrestos por diez centavos de leche!

—Ellos insistieron en que se los arrestara. ¿Qué quería que hiciera?

—¡Salgan de aquí, ustedes dos! —ordenó el sargento.

David no se movió. Mary le clavó una mirada desafiante.

—¡Les digo que se vayan!

—Lo siento, sargento —respondió David—, pero se ha cometido un delito en su jurisdicción. El agente cumplió con su deber al efectuar el arresto. Usted debe cumplir con el suyo encarcelando a los delincuentes para procesarlos.

—¡No voy a encarcelar a una mujer por diez centavos de leche!

—Está bien. Que mi esposa se vaya. Pero a mí tiene que demorarme. El agente y el señor Cudahy atestiguarán que fui yo quien efectuó el robo.

—Vea, ¿por qué no se van y nos olvidamos de todo esto?

—Eso es, exactamente, lo que no queremos —afirmó David—. Mi esposa se va. Yo me quedo. Mary, lleva esa leche al hospital y consigue un poco en lo de Gottlieb. Analiza ambas muestras y fotografía los resultados. Y luego tráemelos lo más rápido que puedas.

Al caer la tarde, Mary había aislado en ambas muestras de la leche provista por Daisy Farms el mismo bacilo que David identificara como causa del brote de disentería. Con la técnica de Koch, había teñido y fotografiado varias de las muestras bajo su microscopio. Logró que un fotógrafo se las revelara inmediatamente y, armada con los resultados, se puso en marcha hacia la comisaría.

En el trayecto le sobresaltó oír que los vendedores de periódicos corrían por la calle, gritando:

—¡Extra, extra! ¡Médico judío arrestado por robo! ¡Extra! ¡Entérese de los detalles!

Apretó el paso y, por fin, echó a correr. Ante la comisaría se había reunido una pequeña multitud. Ella se abrió paso a empujones, pero alguien preguntó:

—¿Usted es la esposa del médico? Soy del *Tribune*. ¿Quiere hacer alguna declaración?

Mary pasó rozándolo y entró.

—¿Dónde está mi esposo? ¿Quiero verlo?

—Lo tenemos incomunicado —le informó un agente.

—¿Por qué? No es violento.

—Es un alborotador. Empezó a revisar a los otros presos y descubrió tres casos de tisis y uno de hernia. Tuvimos que aislarlo. Venga.

El hombre la condujo por un corredor estrecho, hasta una celda pequeña y oscura, que sólo tenía un ventanuco bastante alto. Como el policía se negó a abrir la puerta, tuvieron que besarse por entre los barrotes.

—¿Y bien? —preguntó David.

—Tenías razón —confirmó Mary, entregándole las fotografías.

Él las levantó hacia la ventana para estudiarlas a la luz escasa. Allí estaba la prueba que esperaba hallar.

—¡Cielos —exclamó—, y nosotros obligamos a los niños a beber eso!

—Debemos darlo a publicidad —dijo Mary.

—¿Por qué crees que me negué a pagar? ¿Te acuerdas de Sheila Meighan y la fábrica de Simonson? Dijeron que, por suerte, el asunto no se había convertido en escándalo público y me obligaron a disculparme para disimular el peligro. Esta vez no será así. Vamos a provocar un escándalo público, no importa lo que digan. No me dejaré tapar la boca otra vez. Pero antes debes ir a investigar lo que resta de la leche. ¡Ahora busca el bacilo de la tuberculosis!

—¿Y tú?

—Me quedaré hasta que vuelvas con la prueba. Entonces quiero vérmelas con el periodismo.

—Eso no será hasta mañana.

—No me importa, aunque echo de menos a mis compañeros de la otra celda. No son mala gente. Y ofrecen un campo fértil para el diagnóstico.

Mary se sintió obligada a decirle:

—Se están vendiendo ediciones extra en la calle, donde te llaman «el médico judío».

—La sintaxis de esta gente deja mucho que desear, pero al menos lo que dice es correcto.

Ella volvió a besarlo por entre las rejas y le estrechó suavemente la mano, diciendo:

—Volveré por la mañana.

Ya avanzada la noche, Mary volvió a su casa, cansada por las tensiones de la jornada y deprimida por lo que había encontrado en las muestras de leche. Le

sorprendió ver la luz encendida en el consultorio y se preguntó si David habría sido puesto en libertad.

Descubrió que era Amos quien estaba allí, aunque había pasado hacía tiempo la hora de acostarse. Tenía la cara limpia y el pelo recién peinado, pero bajo el ojo izquierdo se le veía un feo cardenal rojo y un gran raspón en la frente. El labio hinchado daba más testimonios de la paliza que había recibido.

—¡Amos! —exclamó Mary, más madre que profesional, mientras se acercaba a revisarle las magulladuras—. ¿Qué te pasó?

—Una pelea en la escuela.

—¿Con quién?

—Con Johnny Bruce. Y algunos otros, también.

—¿Todos contra ti? ¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—No fue por lo que hice yo, sino papá.

—¿Papá? —repitió ella, completamente desconcertada.

—A la hora del almuerzo salieron las ediciones extra de los periódicos. Empezaron a decir cosas y a hacer chistes sobre papá. No pude permitirlo —dijo el joven.

—Por supuesto que no. Pero ¿tenías que pelearte así por eso? —Lo llevó hasta la camilla y encendió las dos lámparas de gas para asegurarse de que las heridas fueran superficiales—. Aunque la gente no comprenda, papá tiene razón. Está obligado a actuar así por el bien de los niños de esta ciudad. Y tú hiciste bien en defenderlo.

Al tocarle las magulladuras, él hizo un gesto de dolor.

—También dijeron cosas sobre los judíos.

—Me imagino, querido —expresó Mary, con tristeza—. Pero eso nunca debe impedir que hagamos lo que creemos correcto.

—El señor Carlbach no está de acuerdo —dijo el muchacho.

—¿Sobre qué?

—Esta noche vino a casa. Para ver si podía hacer algo.

—No sólo para eso, por lo visto, si dices que no está de acuerdo.

—Bueno, estaba muy alterado. Muy alterado. Dijo que ya hay bastante prejuicios contra los judíos sin que nos hagamos tan conspicuos.

—Conque alterado, ¿eh? —replicó Mary, sintiendo que su coraje se agitaba como en los viejos tiempos en que había luchado contra los prejuicios masculinos—. ¿Y qué piensa hacer?

—Dijo que estaba obligado a ver al doctor Frank en el hospital. Como miembro del directorio se siente en la obligación de proteger la reputación del hospital. Teme que sea necesario desautorizar a papá.

—¿Y qué le dijiste tú, Amos?

—¿Qué le iba a decir? Después de todo, papá provocó un escándalo. Toda la ciudad está hablando de eso. Y siempre usan la palabra «judío». Por eso el señor Carlbach cree que...

Mary lo interrumpió:

—No me interesa lo que cree el señor Carlbach. ¡Quiero saber qué crees tú!

—Preferiría... preferiría que papá no hubiera hecho eso —dijo el joven.

—En ese caso, hijo mío, por la mañana me acompañarás.

Por la mañana, cuando Mary Lilliendahl y su hijo llegaron a la comisaría, la multitud era aun más numerosa. Todos los periódicos de Nueva York habían enviado a periodistas para que cubrieran la historia del obstinado médico judío. Mientras Amos le abría paso, Mary se acercó a la puerta, sin prestar atención al periodismo, y exigió ver a su ya famoso marido.

La primera pregunta de David, después de darle un beso y alegrarse de ver allí a su hijo, fue:

—¿Trajiste las fotografías?

Le entregó el sobre recibido del fotógrafo. En ese momento, un policía se acercó por el pasillo, buscando la llave que correspondía a la celda de David entre las del llavero, y comenzó a abrir la puerta.

—Está en libertad. Puede irse.

—¿Qué significa eso? —preguntó David.

—El sargento le va a explicar —dijo el hombre, mientras abría la reja.

Intrigado y cauteloso, David se reunió con su esposa y con su hijo. Los tres echaron a andar por el pasillo, mientras los presos de otras celdas lo saludaban:

—Adiós, doctor.

—Cuando salga, doctor, lo voy a consultar por esa hernia.

—Doctor, ¿le parece que se me puede curar esa tos?

—¡Buena suerte, doctor!

David se detuvo ante el escritorio, clamando:

—Quiero saber qué pasó, por qué estoy libre.

El sargento sólo respondió:

—Se arregló todo.

—¿Qué se arregló? ¿Quién fue? Insisto en que se me juzgue.

—Vino un hombre que no quiso dar su nombre, pero dejó una nota enviada por la intendencia, ordenando que se lo dejara en libertad.

—Pero se me va a juzgar, ¿no?

—Eso no depende de mí. Ahora salga de esta comisaría. No quiero que haya tantos periodistas por aquí. ¡Bueno, váyase!

David salió de la comisaría con una barba de dos días, la camisa arrugada y el traje ajado, después de haberlo usado por tres días seguidos. Su presencia no tenía nada de imponente. El sol fuerte lo hizo entornar los ojos. Los periodistas lo rodearon de inmediato, medio separándolo de su esposa y de su hijo. Él respondió a todas las preguntas levantando el sobre.

—¡Caballeros, caballeros! ¡Aquí tengo las pruebas de una implacable conspiración para envenenar a los niños de esta ciudad!

Su declaración aumentó la curiosidad general. Todos exigían detalles y pruebas. Trataron de apoderarse del sobre, pero David lo guardó dentro de su chaqueta.

—Tendrán oportunidad de ver esto en el momento debido y en las condiciones adecuadas. Por ahora pueden divulgar como cierto lo siguiente: dos litros de leche producida por Daisy Farms y vendida en este distrito por los almaceneros llamados Cudahy y Gottlieb contienen más enfermedades de las que cualquier niño saludable puede resistir. Los padres, confiados, pero ignorantes, tienen tanta fe en esa mercancía que obligan a sus hijos a beberla: «Toma, toma que te hará bien», les dicen. ¡Y en realidad es veneno!

Un periodista levantó la voz:

—Lo que usted tiene en el sobre, ¿lo prueba?

—¡Sí!

—Entonces, ¿por qué no nos lo muestra? —exigieron varios.

—Lo verán. Pero el privilegio tiene su precio.

Algunos de los periodistas más experimentados, sospechando una triquiñuela, gruñeron escépticamente.

—Vayan al Hospital del Monte Sinaí a las nueve de la mañana. El precio de la entrada es una muestra de la misma leche que ustedes dan a sus niños en el desayuno.

Como intentaron hacer más preguntas, David se limitó a decir:

—Si quieren ver nuestras pruebas, traigan esas muestras.

Y con eso, David tomó a Mary por una mano y a Amos por la otra para abrirse paso, sin prestar atención a las dudas ni a los comentarios.

Capítulo 56

A pesar de que en las últimas dos noches apenas habían dormido, ni David ni Mary pudieron descansar mucho. Ambos esperaban ese familiar sonido de la mañana: el golpe seco del diario contra la puerta de calle. Corrieron por las escaleras, se apoderaron del periódico y lo desplegaron. Amos apareció a los brincos por la escalera, clamando:

—¡Déjenme ver!

David y el joven vieron, por sobre el hombro de Mary, el gran titular de primera plana: ENVENENADORES DE NIÑOS. El artículo mencionaba a Daisy Farms, a Cudahy, Gottlieb, David y Mary Lilliendahl, así como al Hospital de Monte Sinaí. Concluía prometiendo más detalles y las pruebas en la edición del día siguiente.

Los tres Lilliendahl llegaron al hospital mucho antes de las nueve, pero ya había varios periodistas esperando, con muestras de leche en jarros esmaltados o en frascos de vidrio. Todos se acercaron a David con sus presentes, pidiendo, a cambio, ver sus pruebas. Él los invitó a pasar al laboratorio del hospital, pero mientras caminaban por el corredor se vieron interceptados por un mensajero del doctor Frank. Los Lilliendahl debían presentarse en la sala de reuniones de los miembros del directorio.

—Iremos en cuanto hayamos concluido lo que debemos hacer en el laboratorio.

—Se me ordenó llevarlos de inmediato —insistió el mensajero.

David y Mary intercambiaron una mirada, sospechando lo que les esperaba:

—Caballeros, temo que tendrán que tener un poco más de paciencia. Esperen aquí. ¡Ya volveremos!

Amos iba a reunirse con sus padres, pero Mary dijo:

—No, querido. Ve a las salas de internados y verás con tus propios ojos contra qué está luchando tu padre.

Cuando David abrió la puerta de la sala de reuniones, ambos quedaron sorprendidos ante la diversidad de adversarios a los que debían enfrentarse. Allí estaban todos los miembros del directorio. Además: Cudahy, con su abogado y el cura de su parroquia. Un hombre que debía de ser Gottlieb, acompañado por otro abogado. Jacobi, sentado junto a Nathan Straus, uno de los directores. Y, dominando a todos, en el sitial preferencial, debido a su eminencia en el mundo de las finanzas, Arthur Carlbach, que había desplegado ante sí diez o doce periódicos, todos audazmente marcados para destacar los artículos referidos a la acusación de los Lilliendahl sobre la leche contaminada.

El doctor Frank, que presidía la reunión, saludó a David y a Mary.

—Bueno, ahora podemos comenzar.

Se volvió hacia Carlbach, dándole la oportunidad de comenzar.

—Créanme —empezó el banquero—, debido a ciertas vinculaciones personales con la familia Lilliendahl, preferiría no hacer esto. Pero cuando los diarios hablan de

que un médico de este hospital, un médico judío, acusa a un almacenero judío de vender leche envenenada a niños cristianos, me veo obligado a alzar la voz. Sabe Dios la cantidad de acusaciones injustas que recibimos de los gentiles, sin agregar las nuestras. Este asunto, en el caso de que tenga fundamento, debería haber sido manejado con más delicadeza. Por eso tomé algunas medidas para ponerle fin.

David interrumpió.

—¿Fue usted quién me hizo liberar?

—Sí —admitió Carlbach—. Y, como no carezco de influencias, también me encargué de que no haya consecuencias legales.

—Yo insistiré en presentarme a juicio —replicó el médico.

—No habrá juicio. No permitiré que nos veamos todos mezclados en una demanda pública. Para variar, nos manejaremos con un poco de tranquila diplomacia.

—¡Tranquila diplomacia! —lo desafió David—. ¿Y cómo nos manejaremos con las veintenas de niños enfermos, aterrorizados y doloridos? ¿Con diplomacia? Quisiera, con toda su influencia, ver cómo los «tranquiliza» cuando lloran y se quejan.

—¡Usted sabe muy bien lo que quiero decir! —replicó Carlbach, impaciente al verse refutado.

—¡Lo sé muy bien, claro! Me he pasado la vida mordiéndome la lengua. Las palabras cambian, pero el significado es siempre el mismo. En vez de *Schweig*^[23], como decía mi abuelo, ahora se dice «tranquila diplomacia». Ya sea por mi propia seguridad o por la de todos los judíos, debo permanecer callado ante el mal, permitir que prevalezca la injusticia y triunfe la enfermedad. Sin duda, lo más fácil habría sido sacar los diez centavos y evitar todos estos disturbios. Pero estaba decidido a que esta vez no fuera así, ¡por Dios! Tengo toda la intención de hablar claro. Voy a insistir en ir a juicio, para que todo el mundo sepa lo que se está haciendo con sus hijos. Y no pienso hacerlo con tranquilidad ni con diplomacia, sino armando tal escándalo que la gente exija protección contra esos venenos.

—No digo que eso no se deba hacer —replicó Carlbach—, pero ¿por qué ha de ser un judío el que arme el escándalo?

—Lo hago como médico, no como judío —fue la respuesta.

—No puede separar ambas cosas. Lea estos artículos. ¡En todos: el judío Lilliendahl! Se lo ruego, sea razonable. Piense qué espectáculo da un judío acusando a otro de envenenar a niños cristianos. Es como resucitar esa vieja creencia de que les sacábamos sangre para celebrar nuestra Pascua. ¡Esto puede traer consecuencias!

Isidor Fuentes, un rico mayorista de algodón, descendiente de judíos expulsados de España siglos antes, intervino, furioso:

—Arthur, creo que tus vinculaciones personales con los Lilliendahl, cualesquiera sean, te han nublado la vista. Enfrentémonos a los hechos. Nos ha provocado un terrible problema. Por el bien de este hospital, su reputación y su futuro, digo que sólo hay una cosa a hacer: ¡obligarlo a renunciar!

Pero otro miembro del directorio, con la esperanza de hallar una solución menos extrema, preguntó:

—Dígame, doctor: supongamos que usted está en lo cierto y que la leche está contaminada. ¿Qué se puede hacer?

—La solución es muy simple. Un científico francés llamado Pasteur ha descubierto que si se calienta la leche a cierta temperatura, los gérmenes mueren y la leche se puede beber sin peligro —explicó David.

—¿Eso es todo? —inquirió el hombre, atónito—. Y eso ha dado resultados en Francia —dio por sentado, por primera vez dispuesto a dejarse convencer.

David se vio obligado a admitir:

—En Francia no se utiliza ese método.

Fuentes se precipitó nuevamente al ataque.

—Ya lo ven, caballeros. El doctor provoca semejante bulla por un método que ni siquiera usan sus descubridores. Cuando eso salga en los periódicos, el hospital quedará en ridículo.

—Vengan al laboratorio —dijo David—. Lo puedo demostrar. ¡Da resultado!

—En ese caso, ¿por qué no lo usan los franceses? —clamó Fuentes—. Lilliendahl, por el bien de todos y hasta por el suyo, renuncie y deje que esto se olvide antes de que se desate en la ciudad una ola de antisemitismo.

Mary Lilliendahl se levantó para ponerse junto a su esposo y enfrentó a Fuentes.

—He tenido más motivos para pensar en mi judaísmo que ustedes, judíos por accidente de nacimiento. Al principio me costó hacer a un lado las creencias de mi juventud. Sobre todo, el concepto de Cristo, un mesías que había venido a la Tierra para sacrificarse y redimir los pecados de toda la humanidad. Hasta que comprendí algo: que nosotros, los judíos, somos el Cristo. Crucificados y sacrificados por los pecados ajenos, no una vez, sino invariablemente en todas las generaciones, en algún lugar de esta Tierra. Aunque se nos odia y envilece, es nuestra obligación sagrada luchar para que éste sea un mundo mejor. Temo que es una obligación eterna, de la que los judíos no podemos escapar. Y no lo haremos si obligamos a un hombre como mi esposo a permanecer callado ante el mal. Él hizo lo que hizo precisamente por ser judío. Y si ustedes lo crucifican profesionalmente, habrá sufrido por el bien de todos los niños de esta ciudad, católicos, protestantes y judíos.

”Si quieren evitar un juicio público sobre el tema, hagan que se promulgue una ley para que toda la leche de este estado se venda higienizada y sana.

Salió del cuarto y David la siguió.

David y Mary, tomando muestras de la leche llevada por los periodistas, trabajaban simultáneamente en dos microscopios, aislando los gérmenes de disentería y los bacilos de tuberculosis. Cuando los colorearon para destacarlos con claridad, invitaron a los periodistas a observarlos, uno a uno, por los microscopios.

Mary quedó complacida al ver que Amos cerraba la fila de curiosos, tras regresar de una recorrida por las salas de internación.

Cuando el desfile terminó, David dijo:

—Cuando informen sobre esto, no dejen de aclarar que no se encontraron estos gérmenes sólo en las muestras de Daisy Farms, sino en la leche que ustedes dieron a sus propios hijos esta mañana, estas muestras provienen de diez o doce granjas y almacenes distintos. ¡Toda la leche de esta ciudad está infestada!

”Y recuerden: aunque una epidemia de disentería puede parecer más súbita y dramática, el más peligroso asesino de nuestros hijos es la tuberculosis. Una vez que estos gérmenes arraigan, son mortíferos. La mitad de la población de esta ciudad, compuesta por jóvenes y viejos, morirá por su causa. Por causa de los mismos microbios con que ustedes alimentaron a sus hijos esta mañana.

Luego, los Lilliendahl tomaron nuevas muestras de leche, las calentaron sobre la llama y, una vez frías, volvieron a mostrarlas bajo el microscopio. Los periodistas pudieron comprobar, con asombro, que tan sencillo procedimiento acababa con los bacilos homicidas.

—Mi esposo y yo —dijo Mary— sólo pedimos que nuestros legisladores protejan a nuestros hijos haciendo obligatorio este simple procedimiento. Ahora informen sobre lo que han visto y hagan que el pueblo lo exija.

Después de que los periodistas se retiraron, David descubrió a su hijo mirando por uno de los microscopios.

—Asombroso —murmuraba—, totalmente asombroso.

Mientras tanto, en la sala del directorio proseguía la batalla en todo su furor. La posición de Fuentes iba ganando apoyo. Por eso Jacobi insistió en que se lo escuchara, a pesar de no ser director.

—Caballeros, correr y esconderse no es ocupación digna para hombres adultos. Y eso es lo que ustedes aconsejan a Lilliendahl. No importa cuál sea la opinión de los miembros del directorio: eso no es tolerable para los médicos, que tenemos en nuestras manos el futuro de la raza humana. Por eso lo digo desde ahora: si los Lilliendahl se ven obligados a renunciar, yo renunciaré también. Y si yo me voy se irá Pflug, sin duda. Si Pflug se va, lo hará también Seixas. Caballeros: se lo advierto: no tomen medidas apresuradas.

Fuentes iba a replicar, pero Nathan Straus, un hombre pequeño y de pocas pulgas, pero importante en el comercio, se puso de pie.

—Quiero expresar simplemente mi posición. El escándalo armado por los Lilliendahl es lo bastante fuerte como para acicatear a toda la ciudad. Ahora bien, entre los Lilliendahl y yo hay una diferencia: ninguno de ustedes me puede hacer callar con amenazas. Sin importar lo que este directorio vote, mañana los almacenes volverán a abrir sus puertas. Por lo tanto, los comerciantes no dependemos de esta decisión. Si lo que les preocupa es la reputación de este hospital o la de los judíos de esta ciudad, en vez de pelear contra los Lilliendahl, únense a ellos, como pienso hacerlo yo. Pongamos término al envenenamiento de nuestros hijos. ¿Hay algo más honorable para los judíos?

Straus, sin esperanzas de convencer a Fuentes, se volvió hacia Carlbach, puesto que eran amigos.

—Arthur, despójate de tu dignidad herida por un momento y déjate ganar por el orgullo ante lo que ellos han hecho. Únete a mí. Vamos a Albany y los dos hablaremos con el gobernador. —Straus, sonriendo, agregó—: Te prometo que lo haremos con tranquila diplomacia.

Ni la amenaza de Jacobi ni la declaración de Straus se impusieron, pero al menos evitaron que los directores tomaran medidas.

Al día siguiente, todos los periódicos de la ciudad publicaban largos y detallados artículos, revelando lo que los Lilliendahl habían descubierto, junto con fotografías de sus placas. Carlbach se comunicó telefónicamente con Straus para quejarse.

—¡Nathan, en todos los periódicos, en primera plana! Y todos mencionan nuestro hospital.

Los vespertinos, para no ser menos, ampliaban detalles; varios publicaban editoriales elogiando la obra y el valor de los dos médicos del Hospital de Monte Sinaí, aunque uno de ellos escribía mal el apellido Lilliendahl. Ante eso, Carlbach se tragó el orgullo y volvió a llamar a Straus.

—Nathan, ¿crees, de veras, que el gobernador nos escucharía, a un banquero y a un comerciante, sobre un problema de salud pública, considerando lo que esto va a costar a la industria láctea?

—Arthur, el gobernador no es tonto. Hay más votantes que granjeros. Claro que nos va a escuchar. En cuanto a la industria láctea, si no aceptan la ley, la gente dejará de comprar leche. Yo, como comerciante práctico, te lo pregunto: ¿qué harías tú?

—Entiendo —respondió Carlbach—. ¿Quién llama al gobernador? ¿Tú o yo?

Straus, conociendo la vanidad del banquero, respondió:

—Lámalo tú, Arthur. Eres hombre importante. Y por las dudas, dile que iremos con Jacobi y los Lilliendahl.

Y el comerciante colgó el tubo, sonriendo.

Algunas semanas después, un coche de ferrocarril particular, fletado especialmente por Arthur Carlbach, viajó a Albany. Además del banquero iban en él Straus, Jacobi, David y Mary Lilliendahl, un delegado del arzobispo de Nueva York, un obispo de la Iglesia Episcopal, el rabino Rosenson y otros doce líderes cívicos que se habían unido a la lucha. La batalla ya estaba ganada y todos se reunían para presenciar el momento de gloria final.

Arthur Carlbach también invitó a Amos y a su hija Oillie, por supuesto. Aunque su estrategia era transparente para los padres del muchacho, era posible sonreír ante la insistencia del hombre.

Mary, riendo, dijo:

—Una querría tener más hijos varones, ya que se los cotiza tan bien en el mercado.

El gobernador saludó a la delegación en la escalinata, estrechando la mano a cada uno para que los fotógrafos le proporcionaran la mayor ventaja política posible.

En las cámaras, firmó el decreto que hacía obligatoria la aplicación del método de Pasteur a toda la lecha destinada a la venta en el estado de Nueva York. Utilizó una pluma diferente para cada letra de su nombre y entregó esas plumas a los diversos miembros de la delegación, para conmemorar el acontecimiento. Guardó la última para los Lilliendahl, comentando:

—Como dice el Libro Santo, los últimos serán los primeros. Doctores, ustedes han prestado un gran servicio al pueblo de este estado, un enorme servicio. —Se volvió hacia Amos, que estaba junto a su madre—. Joven, debes sentirte orgulloso en un día como hoy.

Amos estaba en el consultorio de los Lilliendahl examinando la pluma que Mary le había entregado antes de ponerla en el marco, pues pensaba exhibirla en la pared, tras el escritorio de su esposo.

—Supongo que esto hace de papá un hombre muy importante.

—Amos, querido, los hombres no son importantes. Lo importante es lo que ellos hacen.

El hijo, alto y apuesto, le devolvió la pluma, con la reverencia debida a objeto tan precioso. Se abrió la puerta de calle.

—¿David? —preguntó Mary.

—Sí, querida —anunció él, cansado. Entró en el consultorio y reparó en la pluma enmarcada—. ¿La vas a colgar?

—¿Por qué no? Podemos estar orgullosos de ella.

—Entonces permíteme que inscriba una pequeña nota dentro del marco.

Se sentó ante el escritorio y escribió con su letra más legible:

*A la memoria del doctor Adolph Fischof.
«Debemos aprender a prevenir las enfermedades
que no podemos curar».*

Firmó e invitó a Mary a hacer lo mismo. Después de que ella lo hizo, se recostó en el asiento y preguntó, suavemente:

—Bueno, Fischof, ¿estamos a mano, finalmente? ¿Está saldada la deuda? ¿Puedo considerarme perdonado? ¿Ya no soy Flavio Josefo?

Amos miró a su padre, intrigado, pero Mary sacudió la cabeza imperceptiblemente, como diciendo: «Ahora no; algún día te lo contaré».

En el momento en que David ponía cuidadosamente la pluma en su sitio definitivo, lo interrumpió la áspera campanilla del teléfono, que habían instalado

hacía poco. Se levantó de inmediato, diciendo:

—Jamás me voy a acostumbrar a este instrumento. Cualquiera puede entrometerse cuando se le antoja. —Y levantó el tubo—. Hola. Sí, habla el doctor Lilliendahl. Ah, señora Ickleheimer. ¿Sí, sí? ¡Ajá! Sí, sí, ahora mismo. Voy hacia allá.

Y colgó el engorroso artefacto.

—Ahora estoy seguro de haber cometido un error. Este maldito objeto es un juguete para viudas ricas que, a voluntad, pueden arrinconarte y hacer que corras a atenderlas. Me gustaban más los viejos tiempos, cuando nuestros pacientes eran todos pobres y tenían que venir en persona. Bueno, será mejor que vaya a ver qué enfermedad mortal tiene hoy.

—Papá, antes de que te vayas...

—¿Sí, Amos?

—Te dije que el señor Carlbach me había invitado a trabajar en su granja este verano, ¿recuerdas? Ahora insiste como nunca, pues está orgulloso de lo que tú y mamá hicieron.

David sonrió.

—Supongo que la presencia de Oillie en la granja no tiene nada que ver con tu decisión.

Amos se ruborizó.

—Bueno, ya que es mi último verano antes de ir a la universidad...

David se adelantó.

—Comprendo, hijo. Quieres un último verano sin problemas, un postrer bocado de libertad antes de afrontar toda una vida de obligaciones adultas.

Iba a retirarse, pero Amos dijo:

—No. —David se volvió—. Quería pedirte que averiguaras en el hospital si hay algún puesto durante el verano para un joven que quizá se decida a estudiar medicina.

—Amos, quieres decirme que...

David se interrumpió para evitar que sus propios deseos y ambiciones influyeran sobre los de su hijo. Su elección debía ser libre.

—Quiero decirte, papá, que después de ver la angustia y el sufrimiento en las salas de internación, ese día, y después de ver lo que se puede hacer para evitar esos sufrimientos en el futuro, me puse a pensar. Si sólo dos médicos pueden ejercer un efecto tan importante en la vida de tanta gente, tal vez eso sea lo que me guste hacer. Y lo sabré mejor, sin duda, si puedo pasar un tiempo trabajando en el hospital.

—Se lo preguntaré al administrador. Pero si decides estudiar medicina, recuerda que esas victorias son escasas y las derrotas, en cambio, numerosas. Además, siempre tendrás que combatir la ignorancia de mucha gente. Tampoco es todo gloria después de una batalla ganada, porque cada uno de los pacientes que atiendes es igualmente importante. Cada uno, aun esa fastidiosa señora Ickleheimer, con todas sus enfermedades imaginarias, merece toda la consideración y la confianza que puedas brindarle. En eso consiste la práctica de la medicina.

Echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo para sonreír a su hijo.

—Amos, si te decides por la medicina, tu padre quiere darte un consejo: nunca instales un teléfono. Es un instrumento diabólico. ¿Me equivoco, querida?

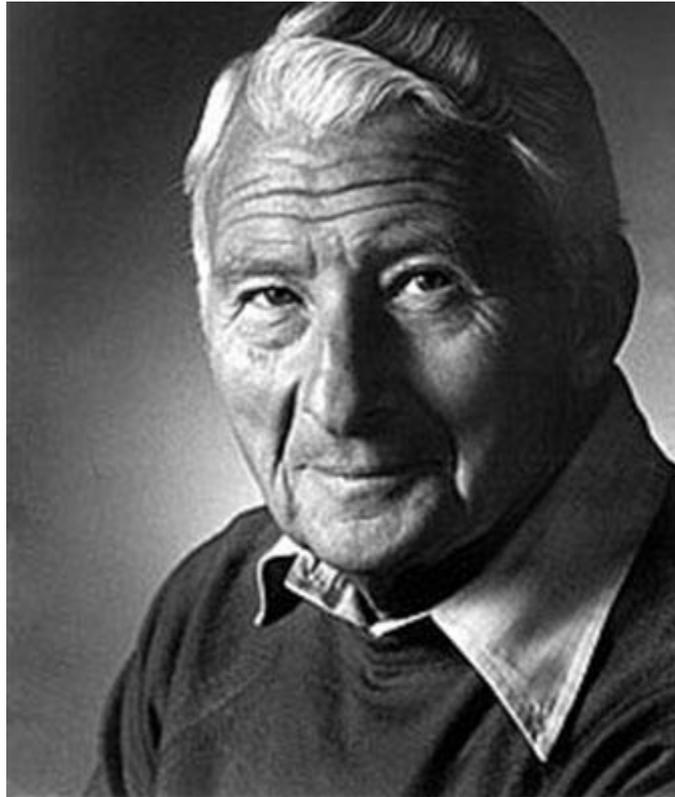
—¡Tienes razón! —asintió Mary, sonriendo. Cuando la puerta de calle se cerró, dio a su hijo un beso muy tierno—. Has hecho muy feliz a tu padre. Y a tu madre también.

La campanilla de la puerta sonó con una urgencia a la que Mary se había acostumbrado hacía ya mucho tiempo. Se encaminó hacia allí diciendo:

—No te molestes, Celeste, que atiando yo.

En cuanto abrió la puerta, un padre desesperado entró bruscamente, llevando en los brazos a una niña de cuatro, años.

¡Doctora! —suplicó— ¡Haga algo!



HENRY DENKER (1912-2012), guionista y dramaturgo americano. Estudió Derecho y ejerció durante la Gran Depresión, sin embargo, pronto abandonó el oficio para dedicarse por completo a la escritura. Fue el creador de la serie de televisión *False Witness* para NBC (1939) y de numerosas producciones para radio.

En cuanto a obras teatrales, debutó con *Time Limit!* (1956, escrita junto a Ralph Berkey) y consiguió llevar seis de sus historias a Broadway. Su versión cinematográfica, de cuyo guion fue el responsable, se estrenó en España bajo el título de *Labios sellados*.

I'll Be Right Home, Ma fue el título de su primera novela (1949). Publicó más de una veintena de libros, y algunos de ellos han sido traducidos al castellano. Los más reseñados son: *El hilo rojo* (1969), *A la sombra de la justicia* (1976), *Fabricante de estrellas* (1978), *Error de diagnóstico* (1979), *Horowitz y la señora Washington* (1979), *Ultraje* (1982), *Síndrome* (1982), *Vocación de curar* (1983), *Mi hijo Robert* (1985), *Este hijo es mio* (1995), *A Marcy con amor* (1996), *Un hogar para Kathy* (1997)

Notas

[1] *Gymnasium*: escuela secundaria en alemania, con énfasis en cursos teóricos y preparación para una formación académica más posterior. <<

[2] *Gott*: Dios (en alemán). <<

[3] *Gott in Himmel*: Dios de los cielos (en alemán). <<

[4] *Heuriger*: nombre dado a muchos locales de Austria en los que se sirve vino y los patronos (son viticultores) permiten que la gente en el local pueda experimentar *Gemütlichkeit* (Sentirse cómodo). Antiguamente se vendía en estos locales el vino elaborado del año. <<

[5] *Come, mein Kind!*: ¡Vamos, mi niño! (en alemán). <<

[6] redituable: aquello que rinde una utilidad o un beneficio de manera periódica. El concepto está vinculado al rédito (la renta renovable que rinde un capital) y a la rentabilidad (que produce una renta o una remuneración suficiente). <<

[7] retacear: Escatimar algo que le da a alguien, como información, dinero, comida, etc. <<

[8] *Goyim*: término usado por un judío para referirse a alguien que no es judío. <<

[9] Flavio Josefo: considerado como un traidor a la causa judía y odiado por los judíos, porque al ser hecho prisionero fué trasladado a Roma, llegó a ser favorito de la familia imperial Flavia. <<

[10] *porridge*: plato parecido a las gachas. <<

[11] *repasador*: paño de cocina. <<

[12] palenque: Madero al que se atan los animales. (en sudamérica). <<

[13] recibirse: Terminar un ciclo o carrera de estudios y obtener la investidura o el título para ejercer alguna facultad o profesión. <<

[14] *Schnapps*: aguardiente transparente típico de las regiones germanófonas. Fermentado y destilado a partir de cereales, raíces o frutos, en particular de cerezas, manzanas, peras, melocotones, ciruelas, albaricoques o de mirabolanos. <<

[15] *Bist a Yid?*: ¿Eres judío? <<

[16] François Magendie: médico francés que fundó en 1830 el primer laboratorio de fisiología de Francia. Su reduccionismo metodológico le llevó a sentar las bases de la farmacología moderna, al entender que las sustancias químicas contenidas por los remedios naturales debían poder ser aisladas y administradas a los pacientes. <<

[17] *dummkopf*: tonto, estúpido. <<

[18] *shiksa*: palabra de origen *yidis* usada también en otros idiomas, sobre todo en idioma polaco, y principalmente por los judíos estadounidenses, como un término de mujer gentil, inicialmente, y utilizado a veces como peyorativo, y actualmente satíricamente. Shiksa se refiere a cualquier mujer o chica no judía. <<

[19] *wiener Schnitzel*: filete al estilo de Viena o escalope vienés, es uno de los más famosos platos de la cocina austriaca. Está preparado tradicionalmente con una rebanada fina de carne de ternera, que se ablanda previamente golpeando la carne con un mazo. Tras esta operación se sumerge en harina de trigo, huevo batido y pan rallado antes de ser frito en mantequilla clarificada. El pan rallado se sazona a veces con pimienta negra recientemente molida. Una versión popular del Wiener Schnitzel es la que se prepara de igual manera pero con carne de cerdo. <<

[20] *Schrecklich*: tremendo, horrible, espantoso. <<

[21] *mezuzah*: pergamino que tiene escrito dos versículos de la Torá; se encuentra albergado en una caja o receptáculo que se encuentra adherido a la jamba derecha de los pórticos de las casas y ciudades judías. Es una de las características más singulares de las moradas de los judíos. <<

[22] Buenos días, abuela, Te quiero. <<

[23] *Schweig!*: ¡Calla! ¡Silencio! <<